

AMELIA NOGUERA



La Hermandad de la Rosa

SOBRE LO ÚNICO QUE NOS SALVA
DE LA LOCURA

La Hermandad de la Rosa

Amelia noguera

A mi padre. Sigo de tu mano bajo el tragaluz. En tu memoria.

«Mujer, despierta; el rebato de la razón se hace oír en todo el universo; reconoce tus derechos. El potente imperio de la naturaleza ha dejado de estar rodeado de prejuicios, fanatismo, superstición y mentiras. La antorcha de la verdad ha disipado todas las nubes de la necedad y la usurpación. El hombre esclavo ha redoblado sus fuerzas y ha necesitado apelar a las tuyas para romper sus cadenas. Pero una vez en libertad, ha sido injusto con su compañera. ¡Oh, mujeres! ¡Mujeres! ¿Cuándo dejaréis de estar ciegas? ¿Qué ventajas habéis obtenido de la revolución? Un desprecio más marcado, un desdén más visible. [...] Cualesquiera sean los obstáculos que os opongan, podéis superarlos; os basta con desearlo.»

Olympe de Gouges,
Declaración de derechos de la mujer, 1778

«Siempre he sentido predilección por Leibniz, una de las mentes más claras de la historia.»

Julián Marías,
La previsión de Leibniz, 1992

Sobre “La Hermandad de la Rosa”

Esta novela histórica de suspense es la primera de “La Trilogía de las tres Damas”, obras independientes que pueden leerse en cualquier orden.

Sobre la autora

Amelia Noguera ha publicado las novelas: “La marca de la luna” (Roca Editorial), “La pintora de estrellas” (Suma de letras; Rebis), “Prométeme que serás delfín” (Suma de letras), “Escrita en tu nombre” (Berenice).

Un importante sello editorial prepara la publicación de su próxima novela, “El Paseo de los canadienses”.

Infinidad de lectores recomiendan sus novelas: <https://amelianoguera.com/mis-novelas/>

Puedes encontrarla en Internet en:

Sitio web: amelianoguera.com

Facebook: <https://www.facebook.com/amelianoguera>

Twitter: @AmeliaNoguera

Nota para quien pirateó esta novela

Si descargaste el ebook de este libro de un sitio de descargas piratas, tienes que saber que cuesta en torno a 4 euros (en España) o su equivalente en otros países. La autora agradece que se reconozca su trabajo y el de la fotógrafa de la cubierta, la revisora, la correctora, etc., pero, si no tienes posibilidades de adquirir esta novela pagando ese precio simbólico, la autora te hará llegar el ebook si te pones en contacto con ella.

¡Disfruta del viaje!

© Amelia Noguera, 2019

Diseño de la cubierta: fotografía de Rosana Cafe.

Primera edición: Julio 2019 (Título “La Hermandad de la Rosa”, I de la Trilogía de los tres Libros)

- [0. El comienzo](#)
- [1. El descubrimiento](#)
- [2. Flores del limonero](#)
- [3. Menocchio](#)
- [4. Lagartijas y otros reptiles](#)
- [5. Disimula, siempre disimula](#)
- [6. La encrucijada](#)
- [7. Una parada en el tiempo](#)
- [8. El caballero de la Barre](#)
- [9. Hélène](#)
- [10. Los clásicos](#)
- [11. El hotel de la rue Saint-Honoré](#)
- [12. El salón de Madame Geoffrin](#)
- [13. Nieva en Tullerías](#)
- [14. El topo](#)
- [15. Besos](#)
- [16. Sorpresas](#)
- [17. Memorias de una dama](#)
- [18. Los ojos de la locura](#)
- [19. Las flores de Leibniz](#)
- [20. Rosas abiertas](#)
- [21. Carne y pellejo](#)
- [22. La tercera letra](#)
- [23. Otro salto hacia adelante en el tiempo](#)
- [24. El bosque de Bolougne](#)
- [25. El secreto de Hélène](#)
- [26. El Dios de los desamparados](#)
- [27. Camille](#)
- [28. Y las rosas se esconden](#)
- [29. La dulce Hélène](#)
- [30. Lisbeth y Christophe](#)
- [31. El cadáver](#)

[32. Montmartre](#)

[33. ¡Oh!... ¡Cuánto amor!](#)

[34. Michel](#)

[35. El mirlo](#)

[36. Y otra vez](#)

[37. La flor de Leibniz](#)

[38. La confesión](#)

[39. Amélie](#)

[40. Borrón y cuenta nueva](#)

[41. Nausicaa](#)

[Nota de la autora \(de la de verdad\)](#)

J. El comienzo

Amélie mira extasiada las estrellas. La luna es solo un borrón pardo en el cielo, que se ve despejado y de un azul profundo, salpicado por cientos que reverberan. Su padre, tumbado a su lado sobre una manta en la tierra del jardín de la casa, en el arrabal Poissonniere, le va señalando las que forman la constelación de la Osa Mayor... *Ursa Maior*, la llama él, usando su nombre en latín, y ella lo escucha atenta. Allá, la más brillante, *Alioth*, cien veces más luminosa que el sol; muy cerca, *Dubhe*, la segunda con más luz, y luego *Alkaid*, *Mizar* y *Alcor*... y así sigue enumerando y señalando todos esos puntitos quejumbrosos que palpitan sobre sus cabezas.

A la niña le encanta cuando él le habla, con esa voz tan dulce y calmada que le brota siempre que se dirige a la pequeña; ni siquiera cuando su madre la reprende por alguna de sus trastadas, él se pone de su parte. Está de parte de su niña.

—La malcrías, Josep —le dice Camille a menudo, cuando observa cómo él mantiene con su hija esa complicidad que ahora, al mirarlos a los dos tumbados contando estrellas, le enternece—. Y eso nos va a costar caro a los tres, a ti, a mí y sobre todo a ella.

Pero Josep solo sonrío a su esposa y sigue disfrutando de la única compañía que en verdad lo serena. Son instantes de felicidad que luego, en los muchos momentos terribles, tiran de él hacia la luz; su memoria se aferra a ellos para sobrevivir.

Por eso, dentro de poco, cuando Amélie se vaya a acostar, también se quedará velándola recostado en el lecho un rato, como cada noche, a la luz de la vela, hasta que todas las brujas se hayan dado por vencidas y la cría, de puro agotamiento, se duerma por fin.

I. El descubrimiento



¡Ten el valor de servirte de tu propia mente! Corría el año 1757 de la era de nuestro Señor y la palabra *civilización* estaba, como quien dice, en pañales. En esa nueva Europa que muchos ansiaban, en algún castillo de su amada Francia, el marqués de Mirabeau, el orador del pueblo, acababa de inventar el término. Pero muchos eran los escollos que asomaban en el océano que se debía surcar para conquistar esa tierra de nadie y quizá nunca lleguemos a saber si la isla a la que se arribó fue o no la más fértil y hermosa, o solo un islote con cuatro palmeras y un par de playas cuyas montañas ocultaban, allá a lo lejos, la verdadera tierra prometida.

Los hombres, por aquel entonces, andaban a vueltas con *la luz de la razón*. Y eso, desventurados ellos, les traía por la calle de la sinrazón, precisamente: cómo olvidarse de la revelación divina, de lo maravilloso y lo sobrenatural, de su medieval herencia cristiana para aspirar a la verdadera religiosidad, a la búsqueda de un Cristianismo más sensato, más moderado, más *razonable*. Razón, razón y razón que surgía del saber divino de Cristo y pretendía conducir a la tolerancia, al progreso, a la naturaleza y, por fin, a la civilización.

Pero los caminos del señor son inescrutables y aquí les presento a Robert François Damiens, «un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, de estatura alta, larga cara, nariz aguileña y prominente, ojos muy hundidos, picaviruelas a rabiarse, cabellos crespos como los de un cordero; vestido con un rendingote pardo, casaca de droguete gris, chupa de terciopelo verdoso y pantalón de pana roja», según consta en las memorias que años más tarde escribió el biznieto de su verdugo. Damiens, por Dios y por el pueblo, había tenido la tonta idea de intentar matar a su no muy querido rey Luis XV armado con un cuchillo de dos hojas (una larga y puntiaguda y la otra como la de un cortaplumas demasiado grande para servir de cortaplumas —casi cinco pulgadas de largo tenía— y demasiado pequeño para ejercer de espadín, como el camarero pretendió); treinta y siete luises de oro; y un libro titulado *Instrucciones y oraciones cristianas*. Como era de esperar —nadie, aun

siglos después, se explica cómo el aspirante a regicida no lo esperó—, el infeliz camarero del rey no logró su empeño, pero desde su húmeda celda Damiens no se lamentaba por ello, sino por no haberse podido despedir como le habría gustado de su mujer Isabel y de su hija Antoinette. Y, por encima de todo, se arrepentía de no haberles dicho cuánto las quería.

En el cielo de París ni una nube amenazaba tormenta y en el suelo olía a cabra, dado que casi nadie se lavaba. Damiens había tenido que bajar de su calabozo de la Consejería para que le leyeran su sentencia porque no había hecho falta una inteligencia muy curtida para confirmar que allá no habrían cabido todos. Llevaba puesto un saco de cuero que solo le dejaba a la vista la cabeza y daba pasos cortos, ya que no le permitían andar más presto las múltiples heridas, moratones y quemaduras ocasionadas por el celo, algo salvaje, de los guardias que lo capturaron. Asimismo, le dolían las llagas y las desgarraduras abiertas durante el juicio como si el demonio estuviera hurgando en ellas con un dedo embadurnado de ajo y vinagre. Y ahora, además, esperaba con interés conocer cuál sería el tormento. Y es que incluso varios individuos habían dado ideas, quizás debido a que la sentencia había sido tan cruel que la imaginación se les había avezado, y los procedimientos de tortura sugeridos habían sido tan creativos como inhumanos. Algún cristiano propuso que se le clavaran entre las uñas astillas de cáñamo seco y azufrado y que se les prendiera fuego; otro que se le desollara por varias partes y se echara un líquido corrosivo en los músculos descubiertos hasta que se decidiera a hablar; un tercero que se le arrancaran con tenacillas todos los dientes; y más. No caía en balde el que todos estos ciudadanos vivían en la ciudad de la luz y en la época de la luz, y sus fantasías eran muy luminosas; no, no eran indios salvajes de las Américas quienes sugerían esto, sino ciudadanos franceses en el tiempo de la Ilustración.

Antes de que escuchara cuál era su destino inmediato, despojaron al infeliz Damiens de su saco y, enseguida, lo obligaron a arrodillarse. Él miraba a todos mientras con ojos desorbitados buscando su compasión, pero oyó su triste suerte con resignación, entereza y hasta algo de deleite, dadas las sugerencias de sus conciudadanos que le había filtrado con amabilidad alguno de sus carceleros. Para no levantar sus iras fáciles, sonriendo con timidez, había dado gracias al cielo al conocer que el suplicio que se le aplicaría antes de ejecutar la sentencia sería el tormento de los borcegués: un método respetuoso con su vida, aunque no tanto con algunas valiosísimas partes de su

cuerpo.

Entonces, conocido ya el veredicto, entró el abate Gomart, que debía confesarle. Damiens sacó fuerzas y se levantó despacio, se agarró al instante a la mano que el flacucho sacerdote le ofrecía y, asido de ella, le relató hechos que no podemos transmitir porque conocemos casi todo de lo acontecido, pero no esto, pues es secreto deseado de un muerto y no ha quedado escrito en los anales.

Sin embargo, tras la confesión, el sacerdote informó al reo de que él no podría estar presente en el tormento, como este le había solicitado, para darle ánimos y reforzar su fe. El pobre abate sufría tanto con estos servicios imprescindibles de su parte que ante esta condena tan cruel no pudo sacar la fuerza suficiente.

—¿Deseas llevarte al estómago algo para comer que te levante las fuerzas? —preguntó a Damiens el oficial de boca que tenía que atenderlo.

—¿De qué serviría? —respondió el desventurado—. Dadle eso a los pobres. A ellos les aprovechará. ¡Mi fuerza está en el Señor! ¡Solo en él!

Damiens pronunció esas palabras con la cara desencajada y los músculos del cuello agarrotados cual ganchos de ganzúa, como les había ocurrido a casi todos los malhechores que habían ocupado su lugar antes que él. Aunque hacía muchos años que ninguno había sufrido una suerte tan atroz: atentar contra el rey era atentar contra Dios, incluso armado con un mísero cortaplumas que no podría haber ocasionado al monarca más que un ínfimo rasguño. O dos.

Recostado de nuevo en su hamaca y vigilado de cerca por el ejecutor jefe Sansón, sus ayudantes lo llevaron al salón donde, si el infeliz insistía en su empeño de no revelar quiénes habían sido sus cómplices en primera instancia, se llevaría a cabo el tormento en segunda. Allí se encontraban ya muchos de los comisarios que tendrían que presenciarse: los consejeros Pasquier, Rolland, Severt y Lambelin; y los presidentes Maupeou y Mole. Pero el interrogatorio fue tan en vano como los anteriores y Damiens no confesó.

—Ya que no denuncias a quienes te ayudaron a atentar contra nuestro amado rey, nos obligas a atormentarte —Sansón bajó los ojos una vez le confirmaron que, lo que tanto temían ambos, iba a suceder. El abate Gomart le tocó la mano al ejecutor y este intentó sonreírle.

Prestos, los ejecutores ayudantes se acercaron a Damiens, le colocaron los borceguíes en ambas piernas y le apretaron las ligaduras. Las tablas

comprimían sus espinillas. Las maderas crujieron al tirar de las correas. El infeliz no resistió mucho, su esqueleto magullado recordaba bien el suplicio de las semanas pasadas, en los interrogatorios; al primer envite de dolor en los huesos de los tobillos, los primeros que solían quebrarse ante la presión de las cuñas, perdió el color, la temperatura y el sentido, en ese orden. Los ayudantes lo sostuvieron y aguardaron unos minutos hasta que volvió en sí y, entonces, el regicida rogó que le acercaran, por el amor de Dios, un poco de agua. Solícito, el mismo ejecutor jefe le ayudó a tomarla; al señor Sanson le temblaba el pulso al sujetar el recipiente, pero solo él podía saberlo pues la iluminación de la sala era escasa y ninguno de los que los rodeaban, ni los dos ujieres ni el fiscal ni sus criados, podía ver con claridad: el ambiente era tan asfixiante que ni la luz fluía entre las partículas de aire.

Damiens dio varios tragos y, cuando ya no quiso beber más, cerró los ojos y se le oyó rezar. Nadie osó interrumpirlo en tal menester y, solo cuando cesó su oración, un atormentador ayudante, de nombre Chasel, introdujo la primera cuña entre la carne y la rígida madera. Los alaridos estremecieron a Sansón e incluso a algún otro fornido hombre, pero se quedaron en nada comparados con los que emitió el desamparado diablo mientras, a martillazos y sin tardar, los ayudantes del ejecutor insertaron cuña tras cuña entre los tablones que rodeaban sus piernas, hasta llegar a la de gracia, la séptima, cuando ya había lamentado amargamente a grito pelado el que su mala cabeza lo hubiera conducido a esa situación; que su mujer y su hija quedaran, por culpa de su estupidez, indefensas; que su buen Dios lo hubiese castigado por su atrevimiento y su insolencia; que hubiera intentado matar a su amado rey y, ya en estas, le pidió perdón, a él y a todos los santos apóstoles y hasta a sus discípulos; que una hechicera lo hubiera embrujado para obligarle a ello; que Satanás convertido en vieja lo hubiera hechizado para anular su atontada voluntad; y otros tantos lamentos más que surgieron de su descarnada boca, incluso algunos destinados a rogar, suplicar, implorar y reclamar a sus jueces que lo mataran, si tenían a bien, en ese mismo instante.

Tras el martillazo sobre la octava cuña, la del tormento extraordinario, los cirujanos que miraban por el bienestar del paciente afirmaron que, si este sufría un ápice más, ya no sería posible quemarlo un poco por encima y terminar de asarlo para acabar con su vida, como la sentencia dictaba, porque su vida ya se habría extinguido por sí misma.

Entonces, los jueces comisarios, empapados de sudor y alguno

lloriqueando, se levantaron, miraron al atormentador y este por fin soltó las ligaduras de los borceguíes. Damiens intentó dar un paso, pero al instante su expresión cambió por la de un extremo sufrimiento y se quedó muy quieto y a punto de volver a aullar. Sin moverse ni una pulgada, firmó el acta del suceso que le ofrecían los magistrados y dos ayudantes lo llevaron casi en volandas a la plaza Grève, donde le aguardaba su destino ineludible: el cadalso.

La plataforma, de tosco aspecto y madera de los bosques más cercanos, había sido erigida la noche anterior, la del 27 de marzo, en la redonda explanada. Así, se ubicó dentro de un espacio de cien pies cuadrados delimitado en un lateral por robustas empalizadas —para evitar que la plebe se acercara demasiado como era su gusto habitual— y solo se permitía el paso a Damiens, sus ejecutores y la fuerza armada de su majestad, y en el otro lado, justo en el extremo contrario, con un largo pasillo hasta la puerta del Ayuntamiento. Mientras esperaba que fuesen a por él, Damiens continuaba en la capilla, rezando. Dadas las cuatro en el reloj de palacio, el atormentador fue en su busca.

—Ya es hora de salir —le dijo Sanson, con voz suave.

—Sí, en breve anochecerá — Damiens, con lágrimas en los ojos, contestó. Luego miró al suelo y continuó—. Pero mañana ¡ya no amanecerá para mí!

Sus confesores le repitieron que confiara en la misericordia de Dios, pero las lágrimas seguían cayendo por la cara de Damiens sin consuelo ni decoro. El abate Gomart le aproximó un crucifijo de plata y el reo lo besó, mientras los archeros lo agarraron por los sobacos y lo llevaron en volandas hasta la carreta. En cada esquina del camino hasta la plaza se apostaba al menos un piquete de guardias. Al llegar al Pórtico de Nuestra Señora, el abate instó al pobre diablo a que se pusiera de rodillas ante la venerable imagen y se retractara de sus pecados y, más que nada, de su horrible crimen, pero el dolor en sus huesos y sus articulaciones era tal que Damiens se cayó de bruces y sus alaridos se sintieron en todo París, o casi. Dos archeros volvieron a subirlo en vilo a la carreta y continuaron avanzando, hasta que, pocos minutos después, se detuvieron al pie del cadalso.

La plaza de Grève estaba tomada por parisinos que seguían bajando en tromba por la rue del Mouton, la rue de la Tannerie y la rue de los Tisseranderie: en los balcones, en las esquinas, sobre los escalones; aupados hasta en los salientes de los edificios, unos pisando a los otros. Ricos y

pobres, altos y guapos, airados y contenidos, feos y gordos: todos deseaban presenciar la espantosa muerte, como hacía tiempo no había habido ninguna otra, del proyecto de regicida. Los archeros sentaron a Damiens en las escaleras del cadalso y el infeliz miró a los que lo miraban.

Nunca se había sentido tan solo.

En ese momento, los ayudantes atormentadores lo subieron al tablado. El azufre del brasero, al combustionar con los carbones encendidos, impregnaba la plaza con un nauseabundo olor a infierno por pocos soportado, aunque no lo pareciera por la aglomeración. Los criados sujetaron con cuerdas a Damiens a la plataforma y le amarraron el brazo derecho a una barra mientras dejaban su mano libre. Sin tardar mucho, el verdugo del rey, Sansón, le acercó el brasero a la palma y esta comenzó a arder. El reo se intentó retorcer, pero las ataduras se lo impidieron y soltó un alarido. El atormentador, conmovido, casi dejó caer el brasero, pero la muchedumbre solo tenía ojos para la mirada despavorida y el sufrimiento de Damiens. Rugían animándolos, al segundo, a morir y al primero, a matarlo.

Sansón hizo de tripas corazón y siguió. Pero dejaremos aquí la descripción de lo que sufrió Damiens hasta que, agotado el aire de su pecho, afónico ya y con la mano chamuscada y terribles llagas en algunas otras partes, entre varios ayudantes lo soltaron y lo bajaron del cadalso. Porque aún le quedaba por sufrir. Y los que lo observaban lo sabían. Y esperaban callados como muertos mientras miraban con expectación a los caballos.

Pues, en aquel entretenido lugar, abriéndose paso con dificultad entre las piernas de los que aguardan y sin levantar más de siete palmos del suelo, una niña mira horripilada hacia el cadalso. Es Amélie Sanson, y sus ojos entre verdes y amarillos no parecen los de la descendiente de un demonio; ella, en realidad, es tan solo la única hija del ejecutor, que acompaña en la plataforma al reo: Josep Sanson.

2. Flores del limonero

Los días anteriores, la casa de la pequeña Amélie había sido un trasiego de idas y venidas, de entradas y salidas de hombres desconocidos que la criatura había presenciado protegida siempre bajo la falda de su madre, quien, a diferencia de otras ocasiones en que ocurrían sucesos parecidos, no le había querido explicar qué hacían allí aquellos señores de aspecto serio y voces altivas. Tampoco hasta ese horrible momento en que había vuelto a ver a los animales, había entendido la urgencia y la razón de su padre para comprar, sin que fuera estación, cuatro caballos jóvenes, lustrosos y enormes y por qué, al cabo de un solo día y por orden de uno de esos señores tan peripuestos que se dirigían a su padre con inusitada autoridad, habían sido sustituidos por jamelgos que hasta a ella con su corto entendimiento le parecieron mucho más escurridos. Los primeros, por Dios que sí, habrían logrado ya desmembrar a ese pobre desventurado que esperaba su penalidad con las manos estiradas hacia el cielo.

Pero eso, Amélie ya no lo ve, casi nada ve más que a su padre dirigiendo semejante escena de horror antes de apartar la vista. La niña, cuando logra recuperarse de la rigidez en las piernas que la ha inmovilizado mientras su cerebro se niega a reconocer lo evidente, sale corriendo de vuelta a su casa, abriéndose paso entre el gentío con las lágrimas brotándole casi a chorros. Su padre, sí, ese hombre bárbaro y vil que sostenía a la piltrafa en que han convertido al atacante del rey Damiens, es su padre. El mismo que estuvo contando estrellas con ella en la última luna nueva, el mismo que se reía, la abrazaba y le relataba historias de la Antigua Grecia o de donde tocara esa noche.

Sin embargo, por suerte o por decisión propia, quién lo sabe, Amélie, antes de salir corriendo a trompicones de la plaza de Grève mientras tropieza con infinidad de piernas sudorosas, no vio cómo colocaban a Damiens a los pies del cadalso, lo amarraban a una cruz de San Andrés bien anclada al suelo y ataban luego la soga enganchada a un caballo a cada miembro. El condenado tampoco vio todos los preparativos porque no había vuelto a abrir los ojos desde hacía un buen rato, pero, mientras lo terminaban de sujetar los brazos y

las piernas, y él no quería pensar en lo que venía a continuación, gritaba a todo pulmón, aunque su quejido sonara hueco y nadie pudiera oírle suplicar:

—Dios me da la fuerza..., sostenme, ayúdame, mi Dios. Jesús, María, José... Socorredme... Y permitidme morir de una vez.

Los próximos cinco párrafos, si se es sensible, sería mejor omitirlos, aunque se mantienen aquí por el deseo de ser fiel a lo que allí ocurrió. Un ayudante tomó entonces una de las bridas de cada caballo y otro más, a su espalda y con un látigo en la mano, se dispusieron a seguir las órdenes del padre de Amélie. Cuando él les indicó, el uno tiró de las riendas y el otro hinchó a latigazos a los animales y estos, hemos de creer también, a falta de confirmación, que, por su propia voluntad de seguir los designios de Dios, echaron a andar en direcciones diferentes. Y Damiens aulló y sus miembros se alargaron, pero ni uno solo se separó de sus articulaciones. El abate Gomart cayó al suelo fulminado, el fiscal se cubrió el rostro con la toga, la infame multitud calló.

El padre de Amélie, tiritándole los dedos de los pies y de las manos y con la boca pastosa, volvió a dar la orden a sus ayudantes y los caballos obedecieron su mandato de nuevo, y echaron a andar, aunque con la misma suerte: Damiens seguía sin despedazar. Entonces el señor Boyer, el cirujano, se dirigió a todo correr a la casa del Ayuntamiento a pedir consejo. Cuando volvió corriendo más todavía, cuchicheó al oído de uno de los ayudantes más avisados del ejecutor Sansón, Andrés Legris, quien, a fuerza de golpes de hacha, terminó de cortar por varios lados los tendones de las ingles y los sobacos del infeliz, cuyos ojos ya no eran ojos sino dos esferas ensangrentadas y cuya lengua parecía por su aspereza la de una bruja medieval, cuyas fisonomía e idiosincrasia son las hasta ahora más documentadas, mientras, en ese justo momento, los cuatro caballos tiraron de los miembros del reo otra vez.

La pierna izquierda se separó primero en un respingo; a continuación, la derecha; casi de inmediato y a la vez les siguieron ambos brazos, todos ellos en muy mal estado, como es de imaginar.

Aún el tronco del antes hombre completo se movía acompasadamente con los envites de una agitada respiración cuando los criados se pusieron en marcha para recoger las extremidades y arrojarlas a la hoguera. La cabeza fue lo que más se demoró en arder, aunque el olor a sesos quemados sí que tardó nada y menos en comenzar a elevarse a paso de tortuga vieja sobre los tejados

de París.

Y la multitud, el pueblo, rugía viéndolo así. Incluso damas elegantes y distinguidas, que lo miraron todo sin pestañear, hasta lo último. Hasta lo más infernal.

Sin embargo, como decíamos, la niña Amélie, gracias al cielo, no ve todo eso. Por el contrario, ella, muy al principio —casi en el mismo momento en que observó angustiada cómo su padre daba las órdenes a quienes ataban al reo y después su brazo a las tablas, y pudo confirmar que aquel ser era su progenitor, como le habían confesado en secreto los hijos de su vecino quizás más por querer sacarla de su ignorancia que por mala uva—, se había negado a seguir mirando a aquel medio hombre y medio bestia al que casi todos los demás no quitaban ojo. Todo por mayor gloria de Dios y de su excelsa majestad el rey.

Amélie sale corriendo entonces: sube por Quay Pelletier, llega a Pont Notre Dame y ni se detiene a mirar los tenderetes que, aprovechando la aglomeración, instalan en plena calle los de las tiendas que pueblan los bajos de los pisos de esa margen del Sena. Allí siempre hay mucho donde cotillear: estampitas de vírgenes y santos, crucifijos y rosarios, ejemplares manidos del *Journal des Dames* de la ínclita Madame de Beaumer, ropas de muertos, peras y manzanas, maquillaje para las mejillas rozagantes, lápices azules y hasta lunares para el rostro de seda, satén, tafetán.... Amélie tampoco mira el río, que la entusiasma, porque sigue y sigue corriendo.

Y por culpa de sus lágrimas que le impiden ver dónde dirige sus pies y de la mugre que impregna el empedrado de casi todas las callejuelas de París, la niña se ha salpicado de barro y de bosta de caballo hasta las rodillas y termina estampándose contra un señor que, ataviado de una forma extraña, pinta bajo la sombra de una acacia cercana a la puerta de su casa. De ese modo tan pueril, su imaginación deja de obligarla a visualizar de nuevo el suelo lleno de sangre y a ese pobre hombre seccionado en trozos, al que realmente no había visto con sus propios ojos sino con los de las extensas explicaciones que sus amables vecinos le brindaron de lo que su amado padre procedería a hacer con él aquella mañana.

Y Amélie, en su huida, tira al suelo la mitad de los bártulos del pintor,

pero él no le grita por ello. Su voz es dulce, calmada, incluso algo femenina.

—¿Por qué vienes corriendo de esa guisa? —le pregunta el pintor a nuestra amiga—. ¿No has podido soportar la tremenda fiesta? El hombre es una bestia para el hombre. Pero una cría tan pequeña no debería haberse acercado siquiera a esa macabra escena, aunque a muchos otros les parezca agradable de contemplar y hasta digna de celebrar. Buen espectáculo ha proporcionado al populacho hoy nuestro rey, Dios le conserve el entendimiento y le dé un final parecido.

Amélie baja la cabeza. El pintor continúa.

—Vete a casa y pídele a tu madre que te abrace, es la mejor medicina para que todo esto se convierta solo en una pesadilla. Lo olvidarás.

La niña mira el lienzo sobre el caballete y se percata de que el hombre reproduce en colores la casa de enfrente. Es un cuadro extraño, parece real, como si los árboles fueran árboles y estuvieran donde tienen que estar. Jamás ha visto algo parecido. Quiere seguir llorando, pero se aguanta las ganas.

—¿Qué haces? —le pregunta la niña, a quien le apetece hablar de cualquier cosa menos de lo que ha presenciado o imaginado antes. Incluso con un desconocido y desobedeciendo a su madre.

—¿Nunca has contemplado una pintura?

—Sí, he visto cuadros. En mi casa hay varios. Y he estudiado, sé lo que es pintar. Pero nunca había observado a alguien en el oficio en mitad de la calle. Es muy hermoso eso que haces. ¿Se puede aprender?

—Ni verás a nadie más. Al aire libre no se pinta, los pigmentos no se pueden transportar. Pero vivo aquí mismo y todo lo tengo al alcance. Y claro que se puede aprender. Pero solo pueden los elegidos. ¿Eres tú una elegida, pequeña?

Amélie se pregunta si lo es. No sabe qué responder. Se limpia las lágrimas, saladas y mojadas como todas, hasta las de las hijas de hombres piadosos.

—Tengo que irme, me van a echar a faltar en casa. No quiero que me regañen. Tengo que llegar antes que mi padre.

El hombre asiente y sonrío a Amélie. Ella ya no tiene ganas de correr. Tampoco de llorar. Solo quiere regresar y hacerle muchas preguntas a su madre. Ahora entiende demasiadas cosas, por ejemplo, por qué apenas reciben visitas en sus tardes de aburrimiento y no puede hablar más que con los niños del vecindario que, digamos por decir algo, no le gustan especialmente.

Mucho menos después de hoy. Pero el padre de estos mequetrefes, Joan Gerbert, también estaba subido en el cadalso, al lado del suyo.

Amélie se despide del pintor haciendo una reverencia y continúa su camino andando despacio mientras ata cabo tras cabo y se muerde los labios para no volver a llorar.

La casa de los Sanson se encuentra en el barrio de París donde las hojas de los árboles huelen a limón y hay almendros en flor, cuando hay flores en los almendros y en arbustos y vegetales, en las afueras, pero sin llegar a ser lejos, demasiado cerca del río maloliente, donde los especuladores de terrenos aún no han llegado y aún muy pocos vecinos viven cerca. Amélie entra en la propiedad y, al ver a su madre, siente náuseas y no puede evitar la arcada. El suelo se llena de vómito y, entonces, la cría comienza a gemir. Sus hipos son inconsolables. La madre se le acerca enseguida y le limpia el rostro con su pañuelo de hilo.

—¿Qué te ha ocurrido, amor? ¿Dónde has estado? Me he preocupado mucho por ti, una niña sola no debe andar por las calles de esta ciudad salvaje. ¿A dónde has ido?

—¿Por qué no me lo dijisteis, madre? ¿Por qué nunca me dijisteis que el luto que siempre lleva padre es porque mata a los que los demás no quieren matar?

La mujer abraza a su hija y se mantiene así enlazada a ella un buen rato, hasta que siente que puede hablarle. Nunca habría pensado que lo descubriría de ese horrible modo.

—¿Qué has visto?

—Da igual —responde Amélie y de repente parece mucho mayor de lo que es—. Por favor, explíqueme.

—Cuánto siento que todos nuestros desvelos en estos años por ocultarte lo que tu padre hacía, no hayan tenido éxito y haya tenido que ser así, de tan malísima manera, como te hayas enterado. Pero lo que has vivido con tu padre, su amor, su forma de ser contigo, eso es todo lo que deberías tener en cuenta. Nada más tienes que saber. Por ahora. Intenta olvidarlo. Aún es pronto para que entiendas.

—Madre, lo vi en el cadalso.

La madre se lleva las manos a los ojos. Después de un momento de maldecirse a sí misma por no haber puesto más celo en evitar lo que ahora ocurre, mira a su hija.

—¿Qué quieres saber?

—Si a padre le agrada lo que hace.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no crees?

—No lo sé.

La mujer, a la que bautizaron como Camille, igual que varias generaciones de hembras de su familia antes que ella, se pregunta por qué su hija se llama Amélie, la contempla con todo el cariño que puede concentrar en su mirar y le responde con la voz muy templada y el ánimo nada sereno.

—Mira a tu alrededor. Todo lo que tienes. Dónde vives. No pasas hambre, no pasas frío y si la enfermedad llamara a tu puerta y no fuera muy cruel, podrías sortearla. Disfrutas de un jardín, muñecas y criados, un cochero que te lleva si es necesario en nuestro propio carro y nuestros propios caballos. Incluso de un instructor que te enseña latín, griego, matemáticas y filosofía. ¿Crees que podría ser así si tu padre no fuera lo que es?

—¿Y qué es, madre? ¿Qué es?

—Lo que ha sido nuestra familia durante muchos años, el ejecutor del rey. Dios ha creado el mundo para que sea perfecto, si no existieran hombres como tu padre, ¿quién se encargaría de hacer lo que él hace? ¿Quién expulsaría de él a los malhechores, los asesinos, los violadores, los que intentan matar a nuestro rey? Debe hacerlo, como lo hizo su padre y su abuelo antes que él. Como lo hará tu esposo, Amélie, si cumplimos con nuestro deber y te conviertes en una mujer piadosa que siga la tradición de nuestra familia.

Amélie mira a su madre a los ojos. La imagen de su padre dando órdenes a aquellas bellas bestias se le hace insoportable. Ahora sí siente ganas de volver a llorar. Pero sabe que esta es una de esas ocasiones en las que no debe. Recuerda al pintor con el que, hace solo unas horas, se ha topado cerca de la plaza. Su mirada es la de un hombre sereno. Ella necesita su serenidad.

—¿Puedo aprender a pintar?

—¿A qué? —pregunta la madre, con el rostro crispado.

—A pintar. Cuadros. Con pinceles y pigmentos y una tabla grande.

—¡Ay, por Dios! ¿Qué has visto en la plaza, Amélie? ¿Has sido capaz de verlo todo? Sea lo que sea lo que por desgracia has visto, te ha nublado la razón. No volverás a escaparte o te prometo que te mantendré amarrada a la pata de tu cama hasta que te encuentre un buen marido. Tú serás esposa y madre, no necesitas aprender otros menesteres más que los propios de ese

digno destino. La esposa del verdugo no precisa más que honrar a su familia y asumir su condición. Otras lo hacen, se educan en cosas raras y les meten en la cabeza lo que no deberían tener, es verdad; dicen que para instruirse. Pero tú no. Tu padre tiene la culpa de todas esas ideas extrañas, tu padre y solo él. Pero que él sea un loco, que haya cultivado esas amistades tan extrañas para un hombre de su condición, que te haya malcriado en ese intento alocado por transmitirte sus pasiones a pesar de ser mujer y a pesar de ser quien eres... todo eso no significa que yo vaya a seguir transigiendo en lo demás. Hasta aquí hemos llegado, Amélie. Entiéndelo de una vez o dejaré de hacer la vista gorda. Porque lo hago por él, pero dudo tanto de si a ti te estoy haciendo un flaco favor...

En ese momento, Josep Sanson atraviesa la cancela. Mira al suelo y no levanta la vista al sentarse junto a su esposa y su hija, que lo observan en súbito silencio. Camille le toma la mano y se la besa. Él se la suelta, se lleva las dos palmas a los ojos, apoya los codos sobre las rodillas y se echa a llorar.

3. Menocchio



Aquella noche, Amélie soñó con caballos que se convertían en horribles monstruos y se comían la noche y se despertó, bañados en sudor todos los poros de su piel. Y pensó que seguía inmersa en su pesadilla porque, a pesar de haber entrado ya bien la madrugada y escuchar a los grillos rabiosos amenazando a la luna desde las oquedades del suelo, oía a alguien hablar. No eran los criados, ellos dormían en su propia casa por decisión de Josep, y Amélie tardó en reconocer las voces, que cuchicheaban cerca. La niña se levantó y se dirigió sin hacer ni un ruido a la alcoba de sus padres.

La luminosidad que atravesaba la ventana, al igual que cualquier otro día que no hubiera sido tan aciago como ese, pintaba de amanecer sus caras y el cuarto, por las sombras, parecía trasladado desde una tragedia de Shakespeare. Se quedó junto a la puerta, espiándolos. Después de haber observado a su padre toda la tarde sentado en el patio donde las flores blancas de los cerezos estaban a punto de brotar —tieso como un pasmarote, sin hablar, sin moverse, sin pestañear—, tampoco se atrevía ahora a mirarlo a los ojos y preguntarle.

—No debería haber sido así, Camille, ese pobre diablo ha sufrido la más horrible de las muertes. No se doblegarán estos pelos como escarpias mientras mi cerebro no consiga deshacerse de esa imagen espeluznante. Y ni en cien años ocurrirá eso. ¿Cómo ha podido nuestro rey consentir semejante castigo? ¿Es que acaso no sabe lo que es la misericordia? —la voz de Josep suena como si estuviera siendo comprimida en el diafragma por una mano invisible que le aprieta la garganta.

—¿Y quiénes somos nosotros para juzgar los actos del rey, Josep? ¿No es esa forma de justicia la que permite que todo siga en pie? A veces todo debe ir a peor para que vaya a mejor. Imagínate lo que ocurriría si los hombres viles no tuvieran miedo a los castigos. Imagínatelo. Si puedes. Yo sí.

—Pero si ni siquiera podría haberle hecho ningún daño, si era un idiota, o peor, un alucinado. Hacía décadas que nadie moría de esa forma, medio achicharrado, estirados sus miembros hasta el máximo del sufrimiento y, por fin, descuartizado. No puedo dejar de ver su rostro de horror y de oír

sus alaridos, Camille. Sería un insensible si pudiera.

Y es verdad que el hombre no puede. Josep se levanta de la cama y se dirige al balcón. Ahora, todo es silencio en las calles. Solo el maullido de una gata en celo o quizás el llanto de un hambriento niño de pecho acompañan su pesar. E, incluso, lo acrecientan. Y huele a espliego, aunque no sea la estación.

—La justicia es otra cosa, lo que ha ocurrido hoy no es justicia. Y no es mi actuación la que critico, ¿qué podría haber hecho yo, miserable de mí? Si soy la última de las bestias de ese estrambótico bestiario. Pero el rey, los jueces, los magistrados, todos ellos, deberían haber impedido que se cometiera esa barbarie. Para eso son superiores y saben de la naturaleza del hombre.

—Pues no parecía pensar eso el pueblo, Josep. La plaza de Grève estaba repleta, me lo ha dicho la mujer de nuestro vecino Bernabé, que ha asistido a la ejecución. Aquello era un hervidero de almas que querían ver actuar a la mano de la justicia.

—Dicen que también el infierno está lleno de almas. Pero de nada sirve lamentarse, en eso tienes razón. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar? Solo digo que han pasado más de cincuenta años desde que una ejecución tan espantosa tuvo lugar en París y que ojalá nunca más vuelva a suceder. Y que el rey, sí, nuestro rey, debería haberlo impedido. No es propio de un rey comportarse como una hiena. Pero, dime, ¿cómo está Amélie? ¿Sabes qué fue lo que presenció? No podía haber elegido peor ocasión para asistir al suplicio de un condenado. Damiens ha sido desmembrado de la peor forma posible.

—Ella está bien, no sufras por ella. Se le pasará pronto. Se ha quedado dormida, no creo que lo haya visto todo. Y aprenderá, como hice yo, que lo que haces es necesario.

—¡Diantre! No sé yo si será verdad.

—¿El qué no sabes tú, Josep?

—Ella siempre ha sido una cría muy suya, Camille. Y es una hembra, no heredará mi puesto, podríamos pedir que el ministro de la Justicia nos concediera la separación de mi deber y que yo fuera el último de los verdugos en nuestra familia.

—¿Y por qué insistes en esa idea?

—Porque ese fue mi destino y en su momento no me planteé cambiarlo, pero ahora, muchos años después, no las tengo todas conmigo de que hiciera lo más adecuado. Porque es atroz y cada noche me acuesto soñando que mato a

alguien. Porque no deseo que ella viva la vida que te hago vivir a ti. ¿Sigo? Porque no quiero que a ella la terminen llamando, como te llaman a ti, «la señora de París». Porque François Damiens no debería haber muerto de ese modo. ¿De verdad quieres que siga? Porque los ejecutores tenemos también corazón y alma y remordimientos. Porque no somos asesinos sino herramientas que otros usan para ejercer su poder y tú, amor mío, lo sabes bien, también tienes, como yo, cabeza y razón dentro de ella. Y también tenías corazón. ¿Qué te ha hecho endurecerte así, Camille? ¿Que al nacer Amélie quedaste estéril para engendrar más hijos? ¿Ha sido eso lo que ha hecho que en ti haya desaparecido aquella luz de candidez que tanto me encandilaba?

Amélie, casi sin respirar en su escondrijo, no puede ver la expresión de su madre, pero, si la hubiese visto, habría entendido que su padre podría haber dado en el clavo. Él acaricia el rostro a su esposa, y ella se aparta enseguida. Tiene pies ágiles y nariz pequeña, como los hurones.

—Discúlpame, amor mío, la rudeza —continúa Josep—, pero no puedes seguir por ese camino de sombras. ¿Cuántas noches como esta tendrán que pasar en el futuro nuestra hija y el que sea su marido oyendo en su mente los monstruosos gritos de un hombre indefenso?, dime, ¿cuántas? A veces, sí, matamos a quien mató, pero otras... ¡Ay! Otras solo somos la cuchilla de una justicia que no atiende a principios verdaderos, lícitos ni humanitarios. Demasiado a menudo pasa así últimamente. ¿Hasta cuándo durará esto? Esta injusticia, este maltratar al desamparado, al más débil, al que no se puede defender. ¿Nadie le pondrá remedio? Cuántas veces he escuchado las palabras de mi padre cuando me instaba a no seguir su herencia, a abandonar antes de comenzar. «¡Eres libre!», me decía, «¡Nadie puede obligarte a seguir mi ejemplo!». Y cuántas veces pensé en huir. Pero luego lo veía con la cabeza gacha y sabía que, a pesar de su discurso, le aterraba que yo me avergonzara de él. Y, si me iba, ¿no sería justo eso lo que yo estaba haciendo? «Dios nos perdonará», susurraba siempre mi madre, «todo lo hacemos para que el mundo que él creó sea el más perfecto». Y por eso seguí yo. Pero ¿ella? ¿Por qué habría de seguir nuestra hija? No es necesario que Amélie se avergüence de mí. Ya lo hago yo solito. Y mi conciencia. Esa lo hace cada noche.

»A pesar de que la sociedad dice necesitarme, también me condena cada vez que ejecuto su condena. Y, si no, dime por qué nadie se atreve a venir a nuestra casa, por qué nadie nos saluda, por qué hasta han tenido que hacer leyes para que nos vendan la comida. Por qué las hijas de mis ayudantes

ocultan su identidad si se casan con hombres normales y luego siempre se van a vivir lejos de sus padres. No somos monstruos. No matamos por placer. ¿Por qué al pensar en el verdugo siempre lo hacen como si fuera un ser despiadado y ruin que disfruta con su trabajo? Ya te lo digo yo: porque les permite mantener su corazón limpio y no hacerse preguntas. Solo por eso. Pero ciento once ejecuciones son demasiadas, Camille, y, esta última, la peor. La más inhumana de todas.

—Pero no te corresponde a ti juzgar, tú solo haces lo que la sociedad te impone. Es tu obligación, y cumplirla bien siempre ha sido tu orgullo.

—No siempre, y tú lo sabes. Voy y vuelvo. Y nunca maté sin pena ni remordimiento. Ni a los hombres o mujeres que más merecían morir, aquellos cuyos crímenes probados me inspiraban más horror, pena o misericordia. Habría preferido mil veces que los hubiera juzgado ese Dios tuyo. ¿Son las leyes humanas que invaden la parcela de lo divino, justas conmigo? Y, sobre todo, ¿previenen el crimen?, ¿lo reprimen? ¿lo evitan? ¿Son ellos, los pacientes ejecutados, inferiores a quienes los ejecutan?, ¿menos viles?, ¿más inmorales? Y, a nosotros, muchos nos repudian, pero ¿acaso somos peores que los jueces que juzgan, los magistrados que acusan, los jurados que determinan la pena, el tribunal de Casación que rechaza la apelación o el rey que desestima el indulto? ¿Somos nosotros más ruines que todos ellos?

—No deberías leer tanta Filosofía, Josep. Siempre te lo dije. Deja a los filósofos y a los sabios que se ocupen de las cosas de la razón y de la política. Nosotros solo tenemos una vida y debemos vivirla con resignación. Dios nos marcó el camino. Y deja también de leer los juicios de la Inquisición, desde que, por azar extraño, descubriste al molinero Menocchio, no hay quien te entienda, Josep. Esas artimañas tuyas para acceder a lo que no deberías me tienen muy preocupada.

—¿Qué Menocchio ni Menocchio! Es razón y nada más que razón. Solo hay que usarla, Camille. La historia la escriben los grandes, siempre es así, pero los pequeños, los humildes, también tenemos mucho que decir, Menocchio era un molinero con mucho juicio, con ideas, con razón. Por eso le ajusticiaron. Sus declaraciones en el juicio son sorprendentes, cuando menos, demuestran que no todo es como nos dicen, que no somos tan tontos como nos hacen creer. Que los pobres hombres también somos grandes de pensamiento, Camille, y que escuchar a nuestros ancianos recitando o incluso leer por nosotros mismos, que ahora está más de moda, nos abre la mente y no nos la

cierra, no, porque la cultura popular no es tan de mastuerzos como algunos pretenden, a muchos no les hacía falta leer, como al pobre Menocchio. No todo está en los libros, la sabiduría ancestral todavía permanece en la boca de los demás. Pero es cierto que lo hecho, hecho está. Yo seguiré con mi suplicio y, cada noche en la que ejecute a un hombre o a una mujer, volveré a ti, y tú calmarás mi malestar y el tiempo y la mañana me harán confiar de nuevo en que mi sufrimiento es necesario para que todo sea lo mejor que puede ser. Pero ella..., ella no. Ella no tiene por qué seguir mi ejemplo.

Aquí se hace un inciso, por si el avezado lector se preguntara cómo un hombre del XVIII se formulaba esas preguntas, solo indicamos que haría bien en leer la obra *El queso y los gusanos*. Porque casi ninguna historia de hombres pequeños ha sido transcrita por los grandes hombres precisamente para que no se supiera que no todos los pequeños eran tan tontos como sus señores, sus dioses o sus demonios desearían. Y Josep era un pequeño hombre de su época, pero sabía, como otros muchos, que el pueblo sufría en demasía por culpa de los excesos de su excelso gobernante y de sus acólitos y que no era de recibo que todas sus culpas debieran pagarlas ellos. Aunque se guardara bien de expresarlo en alto, como cualquier otro.

—¿Y qué vamos a dejarle en herencia? ¿De qué vivirá Amélie? — responde la esposa de Josep, que no está muy de acuerdo con las ínfulas de su marido y sus reivindicaciones extrañas, cada día más ajenas a su forma de vivir. Y, al hablarle, las luces de sus ojos se encienden como candelas, no podemos saber aún, porque no la conocemos lo suficiente, si por aflicción o por alegría—. ¿Quién la querrá como esposa si no es alguien que ocupe tu puesto, Josep? ¿De verdad crees que podríamos renegar de lo que somos?

—Al menos ella podría intentarlo, sí. Otras veces ha ocurrido. El rey firma el retiro y, *voilà*, todo se terminó. La vergüenza se desincrusta enseguida de la piel si nadie te conoce. Y el remordimiento solo es mío. Pero Francia es muy grande. Ahora, dicen que se llega de una punta a otra en varios días de viaje.

—Pero tu corazón es muy pequeño. Siempre terminarás encontrándote en él.

—Mi padre y mi abuelo y mi bisabuelo antes que yo fueron ejecutores; mi bisabuelo, un criminal condenado a muerte, obligado a ocupar el puesto de ejecutor que otro antes que él rechazó porque, cada vez que ejecutaba, moría un poco. De ese modo cambió una pena por otra que fue mucho peor y le pesó

como un fardo a la espalda toda la vida: si abandonaba su cargo, el que le sucediera ejecutaría sobre él la pena dictada y su propia cabeza sería la que pendería de una soga. Luego, mi propio padre, por herencia, a los siete años tuvo que ocupar el lugar de su padre muerto antes de tiempo —por pesar de la conciencia, quizá— que a su vez había heredado su cargo de mi bisabuelo. Él no ejecutó en persona las sentencias mientras fue un chiquillo, pero sí presencié las horribles muertes hasta que se hizo adulto, para que se fuera haciendo. Y se hizo: tú lo conociste, era un hombre serio, poco dado a hablar, que nunca discutía ni tampoco reía nunca. En mi familia somos como los reyes, pasamos nuestra pesada corona de padres a hijos. Y eso siempre ha sido así para no ultrajar la memoria de nuestros antepasados. Por nacimiento tenemos una función: hay que castigar a aquel que pervierte el orden que precisa la sociedad para salir adelante. Hay que proteger la vida, nos dicen los curas que dice Dios. Pero yo la quito. ¿No es un sinsentido, Camille? ¿De verdad no lo es? No deseo que ninguno de mis nietos siga mi destino miserable. Y tú, en tu interior, tampoco. No insistas. Amélie no será la «señora de París».

Y Josep baja entonces la cabeza porque no se atreve a mantenerla erguida. Es su propia cobardía para cambiar aquello que le atormenta lo que le obliga a agacharla. Sabe, desde hace mucho, que su vida está ligada a la horca, a los suplicios, a los castigos o torturas, y a todos aquellos métodos que le repugnan y que el código legal ha dado a los grandes hombres para que otros pequeños, como lo es él en apariencia, mantengan en su sitio, atemorizados y así controlados, a la plebe. Y también sabe que no son los únicos sistemas que unos y otros emplean para sujetar al pueblo en su lugar debido; esos abundan. Pero también sabe, y no porque lo haya leído o escuchado sino porque es verdugo, pero no tonto y tiene ojos y orejas, que tiempos de cambio deberían llegar y que la sociedad en la que viven, injusta y con muchas sombras, habría de evolucionar hacia un mundo diferente, aunque no se sepa bien cuál ni si será el más perfecto de los posibles o solo un poco menos malo. Pero el futuro de su hija es otra cosa y eso y solo eso le está haciendo sudar ahora.

—Bien, veo que lo tienes decidido y que no hay forma posible de convencerte de lo contrario. —Camille le toma de la mano antes de continuar—. Hagamos entonces lo siguiente: no le busquemos marido ni intervengamos en su destino. Que sean los designios de Dios los que la guíen. Si este es el mejor mundo que podría existir, lo que tenga que suceder, será lo

que deba ocurrir. No hay forma posible de ir contra eso. Pero prométeme, por ti y por mí, que te alejarás de la biblioteca. Por muchas ediciones curiosas, manuscritos raros y libros de grandes sabios que haya guardado celosamente tu familia, prométeme que dejarás de leer. Que te está haciendo mucho mal tanta lectura, hazme caso, Josep. Júramelo ahora, dame tu palabra de que no intervendrás.

—¿La necesitas? —Josep mira a su esposa a los ojos.

—Sí, la necesito. —Camille le sostiene la mirada.

—Tienes mi palabra. No intervendré en el destino de Amélie. Si tú no lo haces tampoco. Ella será la esposa del próximo ejecutor de París o no lo será. Solo tu Dios decidirá. Pero...

—¿Pero?

—Pero no dejaré de leer.

4. Lagartijas y otros reptiles



Amélie alza la vista y se queda mirando a su madre, si la doncella se ausenta, monda patatas con la misma soltura que remata el bajo de una enagua. Y con una sonrisa igual de ancha. Jamás la ha visto llorar, ni siquiera cuando murió su abuela y todos menos la mujer —que se aferró al lecho donde la anciana había expirado y nadie consiguió moverla de allí por mucho que lo intentaron— acudieron a aquel sitio donde se despedían de los muertos. Su madre solo la había abrazado antes de dejarla ir con los demás y su cuerpecito había sentido la misma tibieza entrañable que recuerda de toda la vida. La niña quiere mucho a Camille, más que a Josep, aunque él le presta más atención de lo que es habitual, al menos entre sus conocidos, contados con los dedos de una mano. Ahora, tras haber presenciado aquella horrible escena semanas antes, no puede saber si los padres de los demás niños serán también así o si la profesión maldita del suyo le volverá diferente. ¿Tendrá menos sentimientos, más sangre fría o más amargura? A ella no se lo parece, ni antes ni ahora, y siente mucha curiosidad, pero no se ha atrevido a preguntarle a su madre.

Amélie deja sobre la mesa el libro y continúa observando a Camille. No entiende por qué no le permiten seguir estudiando: tienen dinero suficiente, ella puede disponer de tiempo para dedicarle y, sobre todo, le sobra el interés. Está a punto de llorar. No conoce a ninguna otra muchacha que asista a la escuela, pero en todo París solo hay tres o cuatro verdugos y eso no impide que su padre lo sea. Tampoco apenas nadie lee a solas, como hacen ambos a menudo... ¿acaso es que ellos eran en algo como los demás? Sin embargo, cuando consiguió por fin entender de qué le protegían no permitiéndole estudiar en alguna de las pequeñas escuelas del arrabal o de los Hermanos de la Doctrina cristiana con otros alumnos, continuó insistiendo durante días para que le dejaran ampliar sus conocimientos en aquel vetusto edificio a cien pies de su casa, donde ella a menudo iba a espiar a los niños cuando salían corriendo de sus aulas. No comprendía entonces que su nombre haría que estuviera siempre sometida a injurias y desprecios, pues casi todos escupen a

los ejecutores, los temen, los odian. Los repudian. No se molestan en conocerlos. Pero su madre sigue negándose. Y su padre baja la cabeza.

—No necesitas más estudios —le dice Camille sin levantar la vista de la patata—, todo lo que te conviene saber, te lo enseña el abate Gomart, buen director de las conciencias de esta familia. E incluso estás aprendiendo más de lo que sería conveniente —la mujer mira con reproche a su marido, que observa los pájaros revoloteando en el jardín—. Y puedes leer, si lo deseas, aunque no lo entiendo ni lo comparto. Si nos descubrieran... Algunas llevan esas novelas a la iglesia incluso, como si fueran los libros de horas, yo las distingo bien y tú... tú serás sin duda una de esas. Miedo me da, Amélie, sobre todo viendo las ideas que están obsesionando a tu padre; ninguna suya, por supuesto. Pero allá vosotros, eso no te hará mal siempre que conserves los pies en la tierra y le muestres a él cada libro que comiences, siempre de los que están a tu altura. Los demás están prohibidos.

Pero Amélie no puede evitar volver a la carga. Si no le permiten seguir estudiando, al menos eso sí debe conseguirlo. Toma algunas habas y comienza a pelarlas mientras las mondas de las patatas van cayendo de manos de su madre a su lado. La cocina tiene el techo bajo, frente a la puerta hay dos ventanas y debajo de ellas el fogón arde; su madre echa un leño para avivarlo. A la izquierda, la chimenea alta está ennegrecida y, a la derecha, una escalera sube al piso de arriba. Amélie mira por la puerta abierta al patio: dos gorriones se persiguen. La niña sonríe. Varios utensilios de cobre cuelgan de las paredes, y los platos y las vasijas están limpios ya. La criada se ha esmerado hoy. El reloj del péndulo da las diez en el salón. Todo es como siempre. Menos ella.

—No quiero ser maleducada, pero, madre...

—No insistas, Amélie. Ya te dije que no.

—Solo les pido que al menos me permitan aprender el arte de la pintura. No es pecaminoso.

—Mira que tienes poco arte pelando habas. Debes sacarlas enteras. Anda, anda, presta atención...

—Por favor, ¿no podría pensarlo un poco?

Camille abandona el cuchillo y la patata en el cuenco y respira hondo varias veces.

—Quien contra el viento escupe, a la cara le vuelve —termina diciendo mientras reúne las mondas y las arrincona a su lado sobre la mesa.

Luego las echará también al fuego.

—Por favor, madre...

—No, Amélie, no —la mujer continúa con la faena.

—Pero padre no está en contra.

Él sale al jardín, y sigue observando a los pájaros. Le maravilla su libertad. Sabe que es inútil insistir. Pero no es de los que se imponen. Mima demasiado a su mujer, aun a costa de chanzas y directes.

—Padre no está en contra de nada que tú le pidas. Pero no me has contestado a mis preguntas: ¿es que acaso ese conocimiento te va a enseñar las bondades que toda buena mujer debe atesorar? Ni mucho menos. Así que no hay nada más que decir.

Precisamente esa es la mayor preocupación de Camille. ¿Qué iba a entender Amélie de lo que era la vida? Su hija aún es una cría, y también es muy dulce, más que el almíbar, pero no se muestra tímida ni reservada y la modestia y el pudor no se encuentran, precisamente, entre sus dones más desarrollados.

—La mujer, de natural —dice Camille—, debe ser suave, tranquila y tolerante, Amélie. Para eso la naturaleza nos dota de compasión y sensibilidad en mucho mayor grado que al hombre. ¿Cómo pueden esas ideas modernas alterarlo todo? Ese Rousseau con sus pensamientos extravagantes. ¿Qué gimnasia necesita hacer una dama? ¿Qué ciencias ni qué letras precisa conocer? ¿Es que todo eso te va a servir para desarrollar tus afectos de la manera en que una buena madre y esposa deben?

—Pero yo quiero aprender a pintar. Al menos permítame eso. No quiero ser filósofa. No quiero hacer gimnasia. Y padre dice que soy muy cariñosa.

Camille duda. Amélie parece más decidida que otras veces. En ocasiones, la mujer se pregunta si su hija podrá ser la esposa de un verdugo. No todas valen. Ella sí, por supuesto, por eso se casó con orgullo, sabiendo con quién, desafiando los cuchicheos, las humillaciones y las risas. Lo peor son los insultos o las bajadas de cabeza al cruzarse por la calle, y que algunos se nieguen a venderla frutas, verduras o huevos. Pero Dios que da el mal, da su remedio cabal y ella hace oídos sordos y se va dos calles más abajo a otro tendero menos pretencioso; o si no, se dirige al mercado del cementerio, que está lleno de ellos, nada melindrosos con los luises de un verdugo. El oro es oro, lo apriete quien lo apriete.

Y ya se ha convencido de que su esposo es un héroe, algo parecido a un ángel de Cristo, su mano ejecutora, la mano de Dios. Ese pensamiento, reforzado con el paso de los años, ha logrado aliviar cualquier escozor. Camille no duda, como su marido, de la legitimidad de sus actos: no es él el que decide sobre quién caerá la cuchilla. Los otros, esos que en sus manos tienen el poder de elegir, esos son, en todo caso, los verdaderos verdugos. Y le deben mucho a su Josep.

Con esa seguridad de espíritu, Camille ha vivido siempre tranquila. Al menos hasta que nació su hija y ella a punto estuvo de morir en el alumbramiento. Su cabeza venía tras sus pies, ¿quizás por ello es tan cabezota y tiene pensamientos extraños? Podría ser, pero, a Camille, el día del parto, ese empecinamiento de la niña en aparecer al contrario casi le costó la vida. Y, como se puede comprobar, la cría se salvó, pero a ella le acarreó una terrible infección que con mucha dificultad le sanaron la partera y ese doctor apegado al rey con emplastes y ungüentos y otros artefactos. Aunque, por encima de todo, la ha curado Dios.

Ahora, a su pesar y persignándose por ello, Camille piensa que Él fue cicatero en su gracia porque le dejó la matriz seca y de su vientre no volvió a surgir el aliento de ningún otro ser. Los ojos de la mujer, desde entonces, se habían tornado más grises y su mirada menos viva. Como había intuido su marido. Entonces hizo de tripas corazón y se aferró a su única hija como si fuera de oro. ¿Sería también por ello que la niña forjó ese temperamento fuerte más propio de una cabra montesa que de una mujer como debe ser? Dulce, sí, muy dulce cuando quiere, pero más terca que una mula de las más tercas. Y ahora se ha empeñado en ese afán: pintar, pintar y pintar. Camille no puede dejarle que se salga con la suya. Debe aprender que la vida siempre manda.

—Ni escuela de lenguas muertas ni de artes plásticas, Amélie. No son buenas para ti. Aprende a bailar, si insistes en aprender algo, que eso puede darte mejor marido que leer en esos idiomas extraños que tu padre se empeña en que te enseñen. Pero ahora, ¿también pintar? Eso no puede ser, hija mía.

Amélie baja la vista y agarra otra haba. En ese mismo momento, observando una de esas regordetas legumbres y haciendo gala de la terquedad que le llevó a nacer del lado contrario al que tendemos a llegar a este mundo a sufrir por lo general todos los demás, toma la decisión de encontrar, por su cuenta y riesgo, a quien le enseñe. Esta todavía niña recuerda el encuentro con el pintor con todo detalle, quizás porque su mente se ha empeñado en borrar

de su memoria los pormenores de lo que presenció justo antes. Cuanto más se esfuerza en volver a visualizar la pintura del lienzo que remataba aquel hombre, más olvida, como por arte de hechicería, la mirada enloquecida del pobre diablo Damians y sus gritos, y el jolgorio de la muchedumbre que lo observaba y le animaba a morir. Cuanto más rememora sus preciosos colores y los trazos finos que enmarcaban el dibujo, más se diluye en ellos el amargor en el estómago que le hizo vomitar al poco de llegar a la plaza y confirmar, sin ninguna duda posible, sus más horribles temores.

Así, sin más equipaje que su determinación, Amélie sale una mañana a dar su paseo habitual tras despedirse con un beso de su querida madre. Sube por la callejuela de la cervecería, en la calle de Chaillot, cerca de los Campos Elíseos, el paseo de moda que tanto le gusta y tan poco transita. Sus padres suelen entrar por esa callejuela para tomar su salida que lleva a la casa del jardinero Cordory, de gran fama, donde compran flores raras para su jardín. Pero, esa vez, en lugar de salir por allí, se aleja hasta pasar el río y llega, sin dar ni una vuelta de más ni de menos, a la reja ante la que vio a aquel hombre con su lienzo. La niña asoma su menudo rostro a través de ella, pero no divisa nada interesante. Da una vuelta alrededor de la tapia y, allá donde alguna oquedad se lo permite, repite la inspección, aunque obtiene la misma e inútil recompensa. Entonces, a pocos pasos de donde lleva a cabo la última de sus pesquisas, evalúa la situación. El tronco de la acacia que se eleva sobre la verja está suficientemente tupido con varias ramas gruesas y retorcidas por los lados como para ocultarla de posibles intrusos o curiosos al tiempo que le sirve de sostén. Se levanta la falda como una señorita jamás debe levantársela, se la ata a los lados con nudos rápidos y bien rematados y trepa hasta la copa. Allí se sienta, parapetada entre las hojas mientras escucha el canto de dos estorninos valientes, como ella, que la miran con estupor desde su nido situado un poco más arriba que su coronilla. Desde allí, Amélie puede divisar toda la propiedad. Una gran higuera ocupa el centro del enorme patio, mucho mayor que el de su padre; a la izquierda, un huerto de unos treinta pies de lado lleno de verduras que no sabe reconocer desde la altura, aparte de los tomates inconfundibles incluso desde un árbol tan alto. Ve dos rosales enormes de flores amarillentas y las caballerizas, y al otro lado un banco de forja oxidado junto a una fuente de piedra de la que pende una hidra de cinco cabezas. De dos de ellas mana agua. Pero ni rastro del pintor.

A punto está Amélie de abandonar la espesura, bajar de la acacia y dirigirse hacia la cancela de entrada, donde ya decidirá su paso posterior, cuando, de detrás de un muro encalado en azul —raro en las callejuelas de París, pero cierto como si nos fuera la vida en ello—, sale un chico. No debe de medir más que la cría y lleva una camisola y un calzón corto que le deja a la vista dos robustas rodillas, negras, seguramente, o muy oscuras quizás por heridas de batallas perdidas contra el suelo. En una mano agarra un recipiente cuya abertura tapa con la otra. Camina despacio y va a parar justo a los pies del tronco sobre el que, cual doncella desvergonzada, hemos dejado revoloteando a Amélie por encima de la tapia. Esta lo mira sin parpadear, picada su curiosidad por la actitud callada, el pelo oscuro del crío y, sobre todo, por el recipiente extraño. Él se arrodilla sobre la tierra y, por fin, quita la palma del orificio del bote y lo tumba. De él salen varios bichos rápidos y grandes, muy grandes, pero no tanto como para que Amélie averigüe su especie. Lo que sí sabe con seguridad es que están vivos y que corren demasiado, puesto que el niño, enojado, lanza un grito quejándose.

—¿Dónde creéis que vais? De ninguna manera. Hoy toca morir —dice el chico que, aunque Amélie lo desconozca todavía, se llama Christophe porque su madre se empeñó en ponerle un nombre que sonara a un tercio de camino entre el francés, el inglés y el griego. Enseguida, el crío atrapa a los bichos que intentan huir y los mantiene presos entre sus dedos.

Amélie, tras escuchar sus palabras, en especial el vocablo «morir», empieza de súbito a profesar al muchacho un respeto creciente y centra mucho más su atención en lo que este sostiene. En una de sus manos, dos de los animales capturados se mueven con afán. Por fin identifica a los rehenes: las lagartijas intentan liberarse con desesperación, pero el niño las sujeta con firmeza por la cabeza. Sin embargo, en ese mismo momento, las libera en el suelo. Amélie suspira, ha llegado a temer por la vida de los bichos, como si los bichos, con independencia de su naturaleza, tuvieran que vivir cien años. Pero la niña enseguida se percata de que no todos los seres humanos tienen las mismas debilidades. El niño se aleja unos pies antes de recoger algo que ella no puede identificar hasta que observa, con mucho menos regocijo, cómo lo arroja sobre una de las lagartijas, que ya ha conseguido separarse de él, aunque no lo suficiente, y luego repite la operación con la otra, demostrando una puntería certera y vil. Los pedruscos le caen encima primero a la una y luego a la de más allá como las losas del cementerio de Saints-Innocents,

sobre las pozas llenas de carne en proceso de incipiente putrefacción.

Amélie puede incluso cerciorarse del estado en el que han quedado los perjudicados animales cuando el niño se arrodilla junto a ellos, levanta ambas piedras y observa durante algunos minutos y con apreciable interés lo que la fuerza de la gravedad —interacción gravitatoria o gravitación, descubierta hacía ya cien años por un erudito inglés del que Amélie conoce casi todo pero no la experiencia práctica de sus investigaciones— ha ocasionado sobre un cuerpo blando que opone más bien poca resistencia.

Los dos estorninos de las ramas superiores salieron volando entonces y Amélie, por un instante, temió con un miedo que le heló la sangre que el niño mirara hacia arriba y la descubriera. Pero eso, gracias al Señor de los cielos, por supuesto, no ocurrió.

Pocos minutos más tarde, Amélie ve por primera vez —porque, hasta entonces, no ha tenido más que ojos y orejas para el crío—, apoyado en un árbol a un hombre de pelo canoso, sin peluca, chaqueta abotonada en azul y negro, y un calzón corto de pana de color leonado, cubiertas sus piernas con unas polainas de lienzo blanco grueso y zapatos con hebilla de acero, con pretensiones de elegancia, pero con familiaridad. No podría jurar en ese momento si el hombre acababa de salir al patio o si en realidad había visto la ejecución sumaria de los bichos desde el principio y no intervino para salvarlos, como ella hubiese deseado. Es, en efecto, nuestro pintor y padre tutor del menor doblemente lagarticida.

—Christophe, Christophe... —dice el hombre, acercándose a su hijo—. Eres increíble, Christophe. Si tu madre te hubiese visto, le habrías provocado un síncope. ¿Es que acaso no te sirve ninguna de nuestras conversaciones? Eres un monstruo, hijo mío, un monstruo con todas las palabras. No sé qué voy a hacer contigo.

El hombre le acaricia la cabeza al niño, quien, desde que se percató de que su padre lo había descubierto, la había bajado y mira sin cesar al suelo, no se puede saber si en busca de perdón, de misericordia o de ambas.

—¿Acaso no vas a decirme nada? ¿No tienes algo que aclarar? ¿Has disfrutado esta vez? ¿Has visto su composición por dentro? ¿Te han resultado de interés sus vísceras? Creo que has fallado en el intento, les has dado demasiado fuerte. A ver si aprendes.

—Solo jugaba, padre. Solo jugaba —responde el crío, sin levantar ni un ápice la frente—. Tenía curiosidad. Esos animales son bichos asquerosos.

—Sí, y siempre hay quien tiene que sufrir para que otros puedan salvarse, vivir mejor o, simplemente, divertirse. Pero ¿no podrías tener más cuidado? No es este el lugar ni el momento. Ven conmigo, lo lamento, pero tendré que castigarte otra vez. Algo hay que hacer para que entiendas que esos animales son también criaturas de Dios. No tienes compasión. Y hay que inculcártela de algún modo. La humanidad, si no se tiene, se aprende. Y tú debes aprenderla quieras o no.

Entonces a nuestra Amélie le parece que la mirada del niño, que ha vuelto ya la cara hacia su padre, se torna a una expresión de un horror extremo —los ojos abiertos hasta el máximo que dan las órbitas, a punto de llorar o de gritar—. Se levanta de golpe e intenta zafarse de las manos del señor, quien le ha agarrado justo entonces por los hombros.

—Tranquilo, hijo, tranquilo. Las lecciones más duras de la vida no te las daré yo. Yo soy tu padre y te quiero.

El crío deja de revolverse. Vuelve a mirar al suelo. El pintor le da la mano y, a duras penas pues el chico arrastra los pies por la tierra en cada paso que da, lo lleva hacia el interior de la vivienda.

Amélie se queda patidifusa sobre el árbol, aunque algo más tranquila: decide enseguida que está bien que alguien intente que el niño deje de aplicar las leyes de la Física con esos pobres animales y se acuerda de su propia madre. Ella la habría castigado un mes a lavar en el río la ropa de todos en lugar de llevarla a la lavandera, como poco. Ante la perspectiva, concentra sus pensamientos en su primera intención. Para alivio de la hija del ejecutor, que así pudo ya volver feliz a su hogar; se dio cuenta de que había conseguido su objetivo y ya sabía cómo y dónde iba a aprender a pintar, como que se llamaba Amélie.

5. Disimula, siempre disimula



Así, la niña Amélie, tras aquella extraña escena y durante años, cada vez que volvía por la casa del niño lagartícida, se subía a la misma acacia enorme y, parapetada tras su follaje y con los descendientes de los estorninos ya de su parte que retornaban primavera tras primavera a construir su nido en la misma rama o en otras adyacentes, miraba en primer lugar que el niño interesado en las leyes de la Física no anduviera trasteando. Y pasó mucho tiempo hasta que dejó de sopesar si simplemente debía llamar a la puerta y rogarle al padre que le enseñara a pintar en cuerpo presente. Sin embargo, por culpa de aquel mocoso sádico, había llegado a la determinación de que, sin otros elementos de juicio más que las incontables veces que había ocurrido algo parecido al incidente con los bichos mientras ella esperaba a que llegara el pintor, lo mejor era mantenerse en la distancia durante un periodo lo más prolongado posible, al menos hasta que la tendencia a la investigación, que de natural concluye con el anochecer de la niñez, desapareciera del ánimo del crío.

Amélie regresó a aquella casa siempre que el clima no fuera adverso cada mañana en que su madre la liberaba por fin de sus obligaciones y le dejaba salir a pasear, pues desde el incidente con una posible amiga del arrabal que descubrió que su padre era, como le escribió en su carta de despedida, *Pater tuus carnifex*, ya no había vuelto a intentar tener ni siquiera conocidas. La visita a la casa del pintor le servía de entretenimiento. Allí permanecía durante un rato y, a base de observar, fue haciéndose una idea bastante certera de las actividades de padre e hijo. Más adelante, cuando pudo averiguar que en las primeras horas de la tarde el padre también aprovechaba para descansar o lo que fuera que hiciera en su alcoba con su hijo cuando su madre salía casi siempre de visita, también empezó a demorarse encima del árbol, aunque ya para abordar otras necesidades que en breve desvelaremos. Y no siempre encontraba al pintor en la faena, pero muchas, sí.

Y de ese modo un tanto increíble, aunque cierto, como demuestran las numerosas crónicas que de lo sucedido en adelante se relataron, Amélie llegó a aprender el oficio de la pintura. La técnica solamente, no la maestría. Nada

de perspectiva, ni de encaje, ni de magro sobre graso, ni de mezclas ni de luces que por aquel momento ya empezaban a estilarse; solo el modo en que el pintor medía sus modelos, mezclaba sus pigmentos con sus aglutinantes, mojaba los pinceles, los arrastraba sobre el algodón de la tela estirada entre los bastidores de madera de roble, la mejor de todas para esa finalidad, por otra parte, pues no se quebraba ni se doblegaba como las cañas contra el viento de la mañana.

Y así transcurrieron, sin exagerar, al menos siete u ocho años, porque el tiempo pasa volado cuando la vida nos deja vivirlo sin inmiscuirse demasiado en sus ocasos.

Cuando Amélie, por su propio peso en aumento, llegó a temer por su estabilidad sobre las torneadas ramas del árbol, tuvo que pensar qué hacer a continuación. Había querido muchas veces preguntarle a aquel hombre, de nombre Albert, el padre de Christophe el revienta lagartijas, sobre los secretos de su arte, pero algo se lo seguía impidiendo aún después de tanto espionaje a su persona y de que ella, al cabo, le considerara ya bastante cercano: continuaba aterrándole que les sorprendiera él, el niño que ya no lo era tanto, aunque por razones algo diferentes a las iniciales. En ese tiempo, Amélie le había visto cambiar. Y le había gustado el cambio.

Christophe crecía por etapas; un día le parecía a la niña que tenía la tripa más gorda; a la visita siguiente le habían engrosado las espinillas y la barriga parecía mejor encajada entre las costillas; unas semanas después, los brazos largos como los de los orangutanes simulaban lianas de selva virgen, similares a las de las lecturas sobre lugares ignotos de la biblioteca de su padre; y así hasta que todo, más o menos, llegó a adquirir las proporciones que, gracias a otros ejemplares de la excelsa biblioteca, sabía que debían tener los cuerpos humanos desde Policleto, Praxíteles o Da Vinci, unas veces llegaba al de uno, y otras al de los otros. Pero algo en él no había variado demasiado: sus ojos. Eran muy brillantes. ¿O sería que a ella le gustaban en exceso?

Por esa extraña razón Amélie, la que había nacido patas arriba, había terminado por desistir de su idea inicial de hablar con el pintor para pedirle que la siguiera enseñando y había dado otro paso más hacía mucho: los martes y los sábados, de doce a dos, padre e hijo y la que debía de ser la madre — aunque Amélie no podía asegurarlo porque solo la veía en esa ocasión y cuando ella atravesaba al jardín para llegar a la letrina—, salían al servicio

de la misa. Entonces, aprovechando que conocía dónde dejaban un llavín por si se les perdía el suyo por accidente, se dejaba caer desde el árbol hasta el lateral derecho del jardín y tomaba prestado del estudio del pintor, una caseta enorme situada en todo el centro, lo que durante esa semana se le hubiera acabado en sus prácticas ya en su casa y debiera reponer sin falta: un nuevo lienzo, un pincel con más pelo, un poco de pigmento *caput mortuum* para el púrpura cardenal o un vasito de aceite de linaza. Oculto en la cochera de su propia casa, Amélie había ido acumulando poco a poco todo lo necesario para pintar y varios cuadros se amontonaban escondidos bajo el colchón de paja sin otro uso desde hacía años.

Ya se había convencido de que aquello no era robar —no, no—, solo tomar prestado hasta que pudiera pagarle al señor Albert por unos servicios que no le había solicitado primero por culpa del miedo y, después..., después por algo que Amélie no llegó a identificar a tiempo de enmendarlo.

Y precisamente en una de esas ocasiones en las que Amélie había tenido que hacer una incursión algo más larga de lo habitual en el taller del señor Albert y volvía a su hogar cargada con una tela de algodón muy amplia que no había podido evitar tomar prestada porque se adaptaba a su nuevo proyecto de cuadro como un corpiño holandés al talle, al atravesar la puerta del comedor, se encontró de sopetón con su madre y su padre que, sentados en los sendos sillones de terciopelo rojo de Utrech que presidían el salón, la miraban; su madre, con el mohín contrariado; su padre, con las dos manos puestas en las sienes, indicándole a Amélie con su expresión que nada había podido hacer por evitarle el sonrojo.

Y así fue, el rubor le sube a las dos mejillas ipso facto. Pero nuestra ya joven eleva la cabeza conservando parte de su dignidad innata, deja la sábana que sería el lienzo perfecto sobre el diván y se acerca a su madre. El beso que le da en la mejilla suena efusivo. Su madre agita la cara.

—Ya puedes ir explicándonos de dónde sacas todo eso —le dice ella, sosteniendo entre las manos unos cuantos pinceles y un par de trapos llenos de pintura reseca y pringados de aceite y otros pigmentos, que no debían estar allí.

—No —le responde Amélie.

—¿Cómo que no?

—Es que no es mío.

Josep sonrío. Camille no.

—No me vengas con chanzas.

—No bromeo. Es verdad, no es mío. Solo me lo han prestado. Tenían que sacarlo de una casa porque se mudaban a otro lugar y yo me ofrecí a guardárselo hasta que puedan recuperarlo.

—¿Quiénes? —pregunta la mujer arqueando las cejas.

—¿Quiénes? —repite Amélie arqueando las cejas.

—Sí, quiénes, y no me vuelvas a preguntar —insiste Camille.

Amélie parpadea varias veces y termina acercando su rostro al oído de su madre. Su padre lo acerca también.

—No puedo decírselo..., entiéndalo, madre —insiste Amélie.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—Tampoco puedo decírselo. Si se lo dijera, la pondría a usted y a mí misma en un grave peligro y yo no quiero eso.

—Mira, señorita, he sido monaguillo antes que fraile.

—Lo siento. Puede castigarme si quiere, con lo más horrible que se le ocurra, déjeme sin comer todo un mes o sin agua una semana, o azóteme hasta que las carnes se me vuelvan puré. Pero mis labios permanecerán cerrados.

Josep se separa de su hija y se la queda mirando pensativo. No sabe bien si se parece a él o a su esposa, o, quizás a su tío bisabuelo, el que había muerto achicharrado en la hoguera en Lion por explicarle a su señor que no entraba en su intención volver a dejarle prestada a su buena mujer. Pero a alguien debe de parecerse porque los seres como ella, con una luz interior, inextinguible y lastimosa, siempre la heredan de otros desdichados similares. Y lo peor es que no aprenden de su ejemplo.

—A ver, hija mía, deja de seguir por esa senda que no te va a llevar a buen puerto —le dice Josep a Amélie—. ¿No será que esos conocidos tuyos a quienes les estás haciendo este tremendo favor te han pedido que les ayudes y tú, que tienes un corazón piadoso y dulce, como debe tener una dama sin duda, no has podido resistirte? Si además te han rogado que les guardes el secreto, creo que poco más podemos hacer, ¿no te parece, Camille?

La mujer lo mira elevando ya las cejas hasta el límite posible antes de desencajarse de la frente.

—Claro, además, tú consentirás que esto quede así —le dice Camille a Josep.

—Si así lo deseas, la mandamos a la horca. Tengo contactos —responde, muy serio, el marido. Y se alisa el chaleco negro a juego con la

camisa negra y el calzón negro, que solo debe de llevar él en todo París.

—No tiene ninguna gracia, Josep. Ninguna.

—Lo sé. Pero estoy harto de iniquidades, mujer. Si hubieras permitido que Amélie aprendiera a pintar, quizás no habría tenido que llegar a estos extremos. ¿Qué podía ocurrir? No se pueden poner puertas al campo, los trigales se salen por los bancales.

—¿Es que no vas a hacer nada por averiguar de dónde ha sacado todos esos artilugios que hay en la caseta del jardín? ¿Y los pinceles, y los líquidos extraños? ¿Cuándo ha pintado tantos cuadros? ¿No te importa que nos haya estado engañando sin saber ni siquiera cómo? ¿Cuánto tiempo hemos estado ciegos, creyendo a pies juntillas que nuestra hija se educaba como debía con el abate Gomart?

El padre tuerce el labio y baja la vista. Y la madre reconoce enseguida en su marido la expresión.

—¡Tú lo sabías! Cielo santo. Estoy rodeada de locos y mentirosos.

—No te enfades, Camille, no entiendo por qué has transigido en que aprendiera otras cosas que no son piano ni costura, y sin embargo te enfadas tanto porque aprenda a pintar.

—¡Tu no lo entiendes! ¡Tú! Me va a dar un ataque, Josep. A punto estoy... Pero dejemos eso y explícame qué debemos hacer con ella para que escarmiente de su engaño. Ese que tú ya sabías.

—No nos engaña, yo creo lo que está diciendo. Todo eso no es suyo. Está haciendo un favor a alguien que buscó su ayuda. Eso es de buena cristiana. No puedes recriminárselo.

—Por supuesto, Josep, y tú de verdad lo crees. Pues yo no consiento su mal comportamiento. Ya es una mujer, no debe hacer cosas extrañas o su mala fama correrá como el gato por las brasas.

—Como si a ella le fuera a afectar un poco más de mala fama —responde Josep al tiempo que no puede evitar soltar una carcajada. Aunque a Camille sigue sin hacerle gracia el ingenio macabro de su marido.

—Atiende, mujer. No hace ni siete días que llegó a nuestra casa otra comunicación del Ministro de justicia que me condenaba a ejecutar a otro desdichado. No contentos con que ese fuera el destino del infeliz, también había que cortarle la mano extendida de un tajo con el hacha, por supuesto, antes de ajusticiarlo. Le llevé al cadalso, lo hice y, por humanidad, le até el muñón con un saquito con salvado, para que el fluir de la sangre no le matara

antes de tiempo. ¿Podrías decirme entonces, Camille, en qué nos diferenciamos de las bestias antiguas? No es posible imaginar ni un solo apéndice del cuerpo humano que no se haya usado para hacer sufrir al paciente. Los ojos cegados, la lengua cortada o arrancada, los labios quemados con un hierro redondo ardiendo. Y si nos centramos en los herejes y en las barbaridades varias a las que hay que someterlos delante de la puerta de la iglesia, o en el desorejamiento, para el siervo que desagradaba a su señor... Aunque mejor no sigo. Sí, no me mires así, Camille; Amélie ya tiene suficiente cabeza como para inventar una salida para su embrollo, así que la tiene también para ponerle imágenes y sentimiento a lo que yo me dedico. ¿Qué peor fama puede tener la pobre si es hija de quien es? Pero este tiempo de canalladas ha de pasar, el levantamiento está cada vez más cerca y nada podremos hacer si esos filósofos siguen equivocándose y hablando de lo que no deben.

—Te has vuelto loco, Josep.

—Nada de eso, nunca he estado más cuerdo. Él lo sabía bien cuando escribió lo que escribió hace seis décadas. Lástima que su obra no se haya publicado hasta hace poco, aunque quizás no sea tarde.

—No sé de lo que hablas, desvarías. Y me asustas, Josep.

—No tienes por qué, nunca he estado más cuerdo. La solución la tenemos delante de nuestros ojos: amor tierno, amor con razón, amor por tu Dios, si es imprescindible para ti, y por nuestros semejantes. Si aplicamos eso, todo lo demás se superará. Menos mónadas y menos mundos perfectos y más a lo que hay que estar. Cuánto tiempo han perdido fijándose en lo menos importante. Si todo está ahí. En su escrito, en el que Leibniz replicaba a Locke las ideas de su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Lástima que el maestro fuera tan respetuoso y, por consideración a la muerte de su adversario, no lo publicara cuando lo concluyó y tuviéramos que esperar más de cincuenta años para conocer sus ideas. ¿Cómo podemos saber qué habría pasado si llevara tantas décadas leyéndose y estudiándose, y, sobre todo, si ambas obras se hubiesen contrastado? ¿Sobre qué estarían discutiendo ahora nuestros filosofillos? La de Leibniz es la gran obra de este siglo y no las noveluchas de otros. Pero sí podemos hacer mucho nosotros mismos para seguir el camino correcto.

—¡Loco de remate! ¡Basta ya! ¿Cuál es ese camino, según tú?

—Lo dice el maestro Leibniz, ojalá le escucharan muchos otros:

Camille, quiere a tu hija sin condiciones, con ternura, con luz, con razón. Y déjala que se exprese. Si ha elegido pintar, que pinte. No hace mal a nadie.

—No tienes remedio, Josep. Parece mentira. Tú, un hombre, que seas así de libertino con Amélie, a quien deberías educar como lo que es: una mujer que debe pensar y actuar como una mujer. Pero no puedo luchar contra los dos. Así que tú ganas. Los dos ganáis. Y ya está bien, deja de guiarte por las ideas de locos iluminados o terminarás mal. Y yo contigo.

—Estás equivocada, esas ideas de iluminados mueven el mundo y lo harán girar hacia el lado correcto. Si no, como dice Leibniz, el gran sabio de todos los sabios, pronto habrá una revolución, que arrancará como un huracán toda esa crisis de los valores y de la moral, de todas las iniquidades. Cuando toda la perfección humana ya no vale nada, ¡es lo que vendrá si no ponemos remedio!

—¿Pero es que todavía sigues con eso? Pensé que lo habrías dejado ya. Es imposible entender a gente que habla de torbellinos, de animales como máquinas, de substancias extrañas, de conatos, ¡de armonías preestablecidas! Que no paras de hablarme de él y me lo sé de memoria, Josep.

—No es imposible. Solo hay que interpretar. Él es el primero de entre todos esos mequetrefes que hablan y hablan y se pelean y se pelean que defiende una verdadera libertad del hombre. No espero que lo comprendas. Tú no has vivido encadenada. Es su Dios al que yo amo, es ese Dios y no otro el que todos deberíamos seguir. Un Dios al que hay que amar con ternura y con inteligencia. Con razón. Solo ahí se encuentra la felicidad. ¡Qué mayor perfección, como dice mi maestro!

Josep guiña un ojo a su hija. Tiene los ojos pequeños de los seres inteligentes y el pelo largo, recogido en una coleta. Y siempre viste así, porque la pena es un color. El suyo siempre fue el negro. Ella le sonrío cuando su madre no la mira. Hay esperanza.

—¿Maestro? —responde la mujer, enojada—. ¿Te atreves a llamar maestro a alguien a quien es imposible comprender? Ni en mil años lo entenderán, estoy segura, no me interesan todas esas lecturas, no tengo por qué comprenderlas, pero lo que me cuentas es excesivo, Josep. Me estás asustando. No me hiciste caso y ya es tarde para ti.

—No te asustes, amor. Porque amor es lo que predica este hombre. El amor tierno, el amor amable es lo que nos hace ser felices. No el amor ciego, tapado con el pañuelo de la estupidez, sino un amor luminoso, el nuevo amor

razonable que será lo que haga evolucionar el mundo. Armonía preestablecida, en un nuevo universo en el que se ame con ternura y con cabeza. Si no lo entendemos, peores tiempos que estos vendrán incluso. Mi hija será una flor, una de las flores que las teorías de Leibniz harán crecer. Yo no lo dudo, con amor, así crecerá.

Camille mira a Amélie. La joven no resiste su indignación: baja los ojos. Ha seguido con interés la charla entre sus padres y, durante unos minutos maravillosos, ha creído que se saldría con la suya. Pero, sin quitarle la vista de encima, su madre sigue hablando.

—No puedo ir en contra de los deseos de tu padre, Amélie. Dos locos en esta familia son demasiados para mí. Os dejo a los dos en vuestro mundo de locura. Es todo para vosotros. Si esto es lo que tiene que ser, que sea. Espero que la vergüenza o algo peor no me haga arrepentirme en un futuro de no haber intentado nada para doblegar al padre que ha perdido la cabeza y a la hija que la perderá como él.

Amélie ya sonrío sin tapujos. Por un milagro, un hechizo o una casualidad, sí que se ha salido con la suya. Mira a su padre: nota en sus ojos ese amor por ella del que él habla. Ella también lo siente por él.

—Pero... —repite Camille. Amélie la mira. Habría sido pedir muelas al gallo, salir así de airosa de ese encuentro.

—¿Pero? —replica la niña, que tiene esa mala costumbre.

—Pero pondré una condición a que sigas yendo a donde sea que vayas a aprender a pintar a mis espaldas.

—¿Qué condición? —pregunta Amélie, mirándola con ojos de gata asustada.

—Que nos llesves al lugar donde has sacado todas estas cosas y nos presentes a tu maestro. Quiero conocer a ese otro loco. Alguien que enseña a pintar a una mujer y lo hace sin el conocimiento de sus progenitores no debe de estar en su sano juicio. Así que quiero que tu padre y yo lo conozcamos y que él sepa quiénes somos.

—¿Pero nosotros no podemos mostrarnos a los demás de esa forma, madre! Bien lo sabe usted. —Amélie intenta reprimir el tono de su respuesta y a duras penas lo logra. Su padre la toma de la mano y se la aprieta.

—Lo siento —dice Camille—. Esa es mi condición. O nos muestras a quien te enseña este arte inútil, aunque bello, he de reconocerlo, o no volverás a salir de esta casa con ese fin. Si hasta ahora ese insigne maestro ha accedido

a ilustrar a la hija del ejecutor de París, ¿no lo hará después de conocernos en persona? Entiendo que además lo hace sin recibir nada a cambio y eso dice mucho de él. Pero entiende tú también que no es ni lo normal ni lo habitual y, si no das este paso, no podré creer que sucede de ese modo y, por tanto, tendré que intervenir. Tú decides, Amélie.

6. La encrucijada



Amélie espera ante la puerta, los aldabonazos de las campanas de la iglesia de Saint Valerie no pueden evitar que oiga sus propios latidos. Y huele a magras con coles.

—Vaya, por fin —dice el señor Albert al abrir su puerta y encontrarse a la niña en la cancela, aún moviendo la campanilla ágilmente en la mano derecha. En la izquierda, aprieta algunos luises.

—¿Por fin? —pregunta ella intentando disimular sus ojos enrojecidos. Lleva varias noches durmiendo apenas unas horas, pensando en cómo resolver el enredo.

—¿Vienes a decirme que ya no volverás más por mi casa o a pagarme todos los pertrechos que te has llevado?

Amélie se queda tan perpleja que le resbalan las monedas con las que, en efecto, pensaba pagar lo que ha ido tomando prestado. Hasta donde le dé de sí.

—Vamos, recoge eso y pasa. Me alegra que por fin te hayas decidido a entrar en mi casa por el lugar apropiado. Pero ¿no hablas, niña?

—¿Y qué podría decir? —responde Amélie, aún ruborizada.

—Muchas cosas —contesta el señor Albert. Él se ajusta los calzones, le aprietan—. Por ejemplo, podrías satisfacer mi curiosidad: ¿te han sido de utilidad tantas horas ahí subida? ¿Has llegado a dominar la técnica? ¿Eres diestra en este arte? Te has llevado pinceles, aceite, óleos, pigmentos, lienzos..., de todo. ¿Los utilizaste o los vendiste? Eso no he llegado a saberlo, mis informadores no fueron capaces de averiguar qué hacías con ellos, no quise que entraran en tu vivienda. Pero mucho tiempo ahí subida has pasado como para que solo seas una mera raterilla. Me apuesto el alma a que los empleas para pintar o no habrías aguantado allá arriba. Tienes coraje, niña, mucho coraje. De hecho, me sorprende que estés aquí. Y, de no ser por mi hijo, no habría sabido de ti. Pero pasa y toma asiento, ¿o si no para qué llamaste?

Amélie está tan avergonzada que le cuesta abrir la boca. Pero recuerda el ultimátum de su madre. Recoge las monedas.

—¿Aceptaría mis disculpas? Puedo pagarle por todo lo que le robé. Si

me dice en cuánto lo valora... Mi madre las guardaba para mi ajuar, pero no es buena con los escondites. No teme que nadie le robe.

—Siempre me divirtió saber que había alguien que me observaba cuando pintaba. Aunque habría preferido que te hubieras mostrado mucho antes, si no hubiera sido por la tremenda curiosidad que me inspiraba tu comportamiento, habría intentado que bajaras y entraras. Y te honra tu intención, pero no es necesario que me pagues. Quizás más adelante puedas hacerlo de otro modo mucho más valioso para mí de lo que valen las monedas, ¿quién puede saberlo más que Dios?

—¿Y seguirá enseñándome su arte?

—He tenido mucho tiempo para meditarlo. A cualquier otra jovencuela le habría dicho que no. No os corresponde ese don, ni esa función. Las mujeres no estáis destinadas a la grandeza del arte. Pero ¿acaso importa el resultado? En tu caso, yo creo que no. Sería un mezquino si te privara de aquello en lo que tanto interés has puesto. Me maravillas. Estaba deseando conocerte, Amélie.

Ella se sorprende. No espera esa confianza en boca de aquel señor. El lunar pegado en su rostro es demasiado grande, como de hijo favorito, y tiene dedos largos y las uñas limpias.

—¿Conoce también mi nombre?

—Lo conozco todo de ti. Te he investigado a fondo. No podía permitir tener en mi acacia una joven intrusa sin identificar, lo entiendes ¿verdad? Eres astuta, seguro que sí.

Albert sonríe. Amélie cree ver en esa sonrisa un doble matiz, como si fuera el filo de dos hojas pegadas entre sí. Pero cree que esa molestia se debe a otra razón.

—Entonces... ¿sabe también quién es mi padre?

La sonrisa de Albert se vuelve más amplia.

—Por supuesto.

—¿Y a pesar de ello seguirá enseñándome?

—Lo haré. Sí. No soy hombre de remilgos ni quién para juzgar. Respeto profundamente la profesión a la que se dedica. Sin embargo, deseo que me permitas saber dos cosas. La primera es por qué amas de ese modo la pintura. Las mujeres por lo natural no tenéis esos intereses. De todos es sabido que Saturno gobierna vuestro comportamiento, melancólico y dado a la inestabilidad, al vicio y a las tretas. Por mucho que algunos ahora se empeñen

en proclamar que algo está cambiando, eso es incontestable. Pero tú has demostrado sobradamente que sí tienes algo que te atrae de forma inexorable hacia la belleza. ¿Por qué? Me interesa.

—Pintar es para mí huir de un mundo que me desagrada y adentrarme en otro que me invento a mi manera.

—Buena respuesta. Es inteligente. La segunda es por qué has aparecido hoy en mi casa. No ha cambiado nada aquí, que yo sepa, así que debe de haber una razón de peso que te haya obligado a ello precisamente en este momento. Y no se me ocurre ninguna. O tal vez... —Albert piensa durante unos instantes. Sus ojos pequeños se iluminan y las arrugas a su alrededor se pronuncian al entornarlos mientras piensa—. Quizás sí se me ocurra una, en realidad es muy obvia: tus padres te han descubierto.

Amélie baja la vista.

—¡Voilà! Qué estúpido he sido. De hecho, han tardado demasiado en darse cuenta. Les habrá extrañado que alguien a quien ellos no han encomendado tu instrucción se aventure a adiestrarte y desean conocerme. Quizá descubrieron los pertrechos que ellos no habían comprado. Porque los llevas a tu casa, eso me dicen mis informadores. Así que —Albert sopesa durante unos instantes sus palabras y continúa—, así que vienes a pedirme que te permita presentarme a ellos como tu maestro y, por supuesto, que omita el detalle de que yo no te había visto nunca antes de hoy. Y también que robabas los materiales de mi estudio para seguir pintando. ¿Estoy en lo cierto?

Amélie asiente con la cabeza. En realidad, no tiene fuerzas para pronunciar ninguna palabra. El rubor le calienta la cara como un gato que la araña.

—Lo haré. No temas. Me gustaría seguir contando con tu presencia aquí. Quizás en este momento no lo creas, pero esperaba con mucha expectación que te decidieras a dar este paso. Supone una nueva oportunidad en muchos sentidos. Para esta familia, eres un regalo del cielo, Amélie. Un regalo muy valioso. Así que trae a tus padres cuando desees. Estaré encantado de recibirlos.

—¿Puedo hacerle yo también una pregunta?

—Es justo, sí. Aunque podría no responderla.

—¿Cómo me descubrió Christophe?

—Mi hijo es muy inteligente, mucho más que yo. A veces me sorprende su lucidez. Él me dijo que alguien nos espiaba. Yo pensé que era solo su

imaginación y no le hice caso. Pero empezaron a desaparecer artilugios de pintura del estudio. Entonces empecé a creerlo y te vi en lo alto de la acacia, aunque hace ya tiempo que no te arriesgas a subir.

—¿Y por qué no me sorprendió él cuando se dio cuenta?

—¿Christophe? —Albert se levanta—. No se rige por las mismas normas que el resto de los mortales. Es impredecible. No sé responderte a esa pregunta. Podría haberlo hecho, había veces que se escondía para verte subir al árbol. Otras, sin embargo, desaparecía justo cuando me ponía a pintar. Yo me olvidaba de ti, me abstraigo cuando estoy ante el lienzo y todo lo demás no existe; pero él, simplemente, decide por sí mismo.

Amélie se levanta también y vuelve la vista hacia el jardín. Un ratón se mueve bajo las hojas. Suenan sus patitas escarbando y le asoman las orejas y el hocico entre el verde apagado.

—Gracias, señor. Pero tengo que irme ya. Mis padres volverán a casa en breve y deben encontrarme allí.

—Aún no he terminado. No te he expuesto mi condición.

—¿Su condición?

—Por supuesto. Te seguiré enseñando el arte de la pintura, pero a cambio me gustaría pedirte algo. Algo tan especial como lo que yo haré por ti.

7. Una parada en el tiempo

Estimado lector, te ruego que me perdones esta interrupción en el relato que, espero, te gustaría seguir leyendo. Sí, soy su autora y enseguida te explicaré por qué he tomado la decisión extraña de introducirme aquí. Si alguien me hubiera dicho alguna vez que la novela que me resultaría más difícil de escribir relataría mi propia muerte, me habría reído mucho. Eso no sucede en la vida real, al menos no le ocurre a una. Yo no he vendido más que algunos pocos miles de libros de mis anteriores novelas, la prensa especializada y la crítica académica me han ninguneado como suele pasar con las autoras desconocidas y, antes de dudar de si estaré viva mañana, buscaba con desesperación un trabajo que me permitiera empezar a pagar las facturas e incluso poder irme por fin de casa de mi hermano Enrique, mientras cada día tenía menos esperanzas de seguir dedicándome a mi pasión: la Literatura (en mayúscula).

Pero esta novela cuyos capítulos iniciales has leído (en una primera versión que tal vez requeriría cambios o mejoras que no tendré tiempo de acometer, por lo cual te pido disculpas) y que empecé a escribir como última oportunidad antes de verme obligada a dejar la escritura, ha terminado convirtiéndose en un lastimero intento por salvar mi vida. Así que todo lo demás no importa. Estoy convencida de que la única forma de no terminar asesinada, asfixiada para ser más precisa y luego dolorosamente mutilada de un modo que me dan escalofríos tan solo de recordar, es concluir y publicarla enseguida para que quienes pretenden ocultar lo que yo descubrí por pura mala suerte se den cuenta de que fracasaron y de que matarme a mí ya no les servirá de nada.

En realidad, yo no había creído nunca en sectas macabras ni en sociedades secretas ni en oscuros grupos que se reúnen a la luz de la luna a conjurar demonios o decidir el futuro del mundo. Ni siquiera creo en ningún dios, ¿cómo podría admitir que haya hombres todopoderosos que muevan los hilos desde las sombras? Pero ahora estoy segura de que las manos negras han existido siempre. Tengo las pruebas. Sin embargo, no deseo reivindicar nada

en nombre de nadie, no quiero ser una heroína que se inmole por las otras, mujeres a las que no conozco y a las que, en realidad, muchas veces, desprecié por débiles o por estúpidas. Ellas son lo que desean. Ya no hay excusas.

Y me voy por las ramas, sí, porque escribir el relato de tu intento de salvación es el ejercicio más difícil al que me he enfrentado. Pero necesito que sigas leyendo para que yo pueda seguir viviendo. Literalmente. Y esta, tal como te la cuento, es la historia. Maldita la hora en que empecé a escribirla. Recuerda, ahora solo importa que sigas leyendo para que yo pueda continuar en este mundo —el real, no el literario—. Por favor.

Todo empezó hace más de un año; como decía, ninguno de mis libros se estaba vendiendo bien, los periodistas, los medios culturales y los lectores me habían ignorado como suele suceder, abrumados por infinidad de lecturas quizá mejores que las que yo les proponía; la piratería tan de moda en este país de lazarillos se encargaba del resto. Entonces me estrujaba los sesos por intentar adivinar qué podía convertir en un bestseller la siguiente de mis novelas, todas deliciosamente escritas, con personajes inolvidables y tramas fantásticas, al menos en opinión de mis lectores más audaces que vienen a darme esos y otros detalles a mi muro de Facebook, a Twitter o a mi sitio web. Si existiera la fórmula, al menos una vez al mes una editorial, o todas, la pondrían en práctica, para qué engañarnos. Pero yo llevaba estudiando el mercado, las listas de los libros más vendidos, las reseñas de los blogs de lectores, la reacción de los medios culturales y cualquier otra pista que se me ocurriera, desde hacía ya casi ocho años, cuando terminé y publiqué mi primera novela “La bruja de la luna plateada”, y había ideado una nueva trama que me apasionaba. Estaba segurísima de que esta vez iba a funcionar.

Con esa primera idea en mente, al indagar entre las incontables fuentes que consulto siempre para documentarme cuando comienzo una novela con ambientación histórica, llegué por casualidad al registro de protocolo de la ciudad donde vivo. Reúne ese depósito datos maravillosos sobre la Historia cultural de nuestro país, nunca bien explotados todavía por escritores e incluso por estudiosos de nuestro pasado y, por tanto, de nuestro presente. Ya lo había consultado antes infinidad de veces, puedo pasar allí muchas horas cada día leyendo los apuntes de las personas que vivieron en otro tiempo, a las que, gracias a lo que en su vida cotidiana consideraban importante, llego a conocer un poco: sus anhelos, sus penas, sus dineros y posesiones, y, sobre todo, a quiénes amaban al morir, que resulta casi siempre el principal indicio de cómo

vivieron.

Y así, buceando entre los registros que me interesaban, anteriores a la mal llamada Guerra de la Independencia —que fue más una revolución que una guerra hasta que los historiadores decidieron no aludir a la Ilustración y sus cabezas cortadas—, me topé con uno que me llamó la atención: eran las memorias de una mujer parisina, recién llegada a España y a quien ya conoces, Amélie, que mencionaban hechos escalofriantes sobre una oleada de crímenes en serie y a sangre fría cuyas víctimas fueron, al menos, cinco jóvenes francesas. Todas ellas, pertenecientes a familias de la alta sociedad, habían muerto de la misma forma, estranguladas —aparecieron con aparentes marcas oscuras en el cuello y otros signos en los ojos y en la boca que lo demostraban —, y compartían varias peculiaridades: les rasuraron el pubis, arañaron a cuchillo en él una letra del alfabeto griego, les amputaron los pechos, les colocaron una peluca de largos rizos empolvados con arroz, además de maquillarlas como era el gusto de las reinas, que entonces yo desconocía aunque poco tiempo después por desgracia me quedó tan claro como las tardes de julio en la sierra. Y, sobre el cadáver de todas ellas apareció siempre un alargado capullo de rosa.

Además de datos sobre las asesinadas y sobre la espantosa manera en que fueron torturadas hasta morir, Amélie aportaba información sobre su procedencia y sus inclinaciones: casi todas formaban parte de la llamada secta de las Anandrinas, un selecto grupo de jóvenes lesbianas, entonces llamadas libertinas o *racourt*, a falta de la denominación actual, que es de origen muy posterior. Dada la época, estas mujeres atrevidas habían soliviantado al París prerrevolucionario. Amélie, sin embargo, hablaba de ellas con tristeza, pues, en sus propias palabras: «a pesar de no ser partícipe de sus juegos y coqueterías, eran casi todas conocidas mías y las llegué a tomar mucho cariño».

En ese momento no entendí los motivos para escribir su testimonio, pero, si sigues leyendo, tú también terminarás comprendiéndolos. Para proporcionar evidencias de su declaración, Amélie había escrito sus memorias recopilando todo lo que recordaba de los hechos macabros que había vivido e indicaba también dónde encontrarlas, junto con otros documentos y un libro imprescindible, según ella, para dar sentido final a su narración.

Por si todo esto fuera poco para alimentar mi viva imaginación de

escritora mindundi, aunque muy cotilla, resultó que Amélie era la hija del ejecutor de París y en su declaración mencionaba en numerosas ocasiones nada más y nada menos que a los verdugos principales de dicha ciudad, uno de los cuales, años después, segó el cuello del rey Luis XVI y señora cual Arguiñano y sus cebollas. Mi idea anterior para conseguir un bestseller se desinfló como una pelota de plástico aplastada por un camión: ¿qué podía igualar a un argumento como ese, que además era real de cabo a rabo? La respuesta estaba clara y me propuse llegar mucho más allá.

Para tener de qué comer sin recurrir a mi hermano mayor como casi siempre, al menos mientras lograra concluir la investigación y terminar mi novela con el nuevo giro requerido, pedí en el banco un préstamo personal. Al fin y al cabo, lo que yo quería era poder independizarme de él y esa novela quizá me proporcionaría el dinero suficiente. Los dos vivíamos juntos en su casa desde que nuestros padres murieron, hacía ya varios años, y yo, sinceramente, ya no aguantaba más. Así que ya saldaría la deuda con lo que, sin duda, mi editorial iba a pagarme de anticipo por esa maravillosa obra con la que me haría famosa. Mi sueño al alcance de mis manos. Ya me veía yo en el Página Dos, al lado de mis adorados Eduardo, Rosa y Almudena. Ojalá puedan perdonarme los lectores algún día mi falta de humildad, puedo asegurar que ya he sufrido castigo suficiente.

A continuación, reservé habitación en un hotel cercano al lugar donde Amélie había vivido. Lo más difícil, sin embargo, fue explicarle a mi hermano Enrique lo que iba a hacer y por qué. Creo que él se había acostumbrado a ejercer de padre y no solía llevar muy bien que yo saliera tantos días. Así que, para fastidiarlo un poco, quizás exageré la importancia de mi descubrimiento en «términos económicos». Le hablé de la información que había encontrado, de la historia de Amélie, de la secta, de las asesinadas, de los verdugos, del valiosísimo libro y, sobre todo, le dejé claro que esa era la oportunidad que estaba esperando y no iba a dejarla pasar por él ni por nadie. No se quedó muy contento, como yo esperaba; insistió en que habláramos, siempre quería hablar, aunque yo ya me había cansado de escucharlo. Creo que en ese viaje veía yo algo más que un éxito de ventas: divisaba una luz que se encendía tímidamente en mi vida, sosa y apagada desde hacía mucho. Lo único que no me gustaba demasiado de este argumento es que girara alrededor de un libro: ¿otra novela más de libros malditos, asesinatos extraños y mujeres vilipendiadas? Pero algo en mí no quería ni oír hablar de todos esos

prejuicios: una buena historia es una buena historia y para mí solo es importante saber contarla con estilo y de un modo diferente de las otras tres millones parecidas que ya se narraron antes, para que emocione a los lectores y para que me emocione a mí. La literatura es eso, emoción, y si te hace pensar un poquito, mejor que mejor. Cuánta razón tenía Aristóteles.

Esa misma tarde hice la maleta con una sola idea en la cabeza: encontrar los documentos de los que hablaba Amélie y disponer de más referencias para armar mi superventas. Sí, ya sé que fui un poco impulsiva, pero soy escritora, no puedo evitar vivir en un mundo de irrealidad. Tenía la esperanza de que, quizá, todo aquel material imprescindible para mí todavía seguiría allí casi trescientos años después.

Me metí en mi coche, un Golf blanco del año 2000 a falta de la última ITV que siempre me ha encantado, y llegué a mi hotel a las tantas de la madrugada. Hacía mucho tiempo que no me encontraba así de excitada: me invadía una euforia tremenda, tanta que me sentí incapaz de esperar a la mañana siguiente para comenzar a buscar e hice lo que hago a menudo cuando no puedo concentrarme: cotillear en el *féisbuk*. Una vez allí, la vida transcurre sin que te des cuenta. Es mucho mejor que ir al psicólogo. Y como mi cabeza estaba en otra parte, supongo que no pude evitar hacer lo que hice: teclear "secta de las Anandrinas" en la barra de búsqueda del cara libro y, a la vez, en Google. Mi expresión debió de ser el espejo de mi alma (entusiasmada) cuando el programita me enseñó un grupo de Facebook con ese nombre, que incluso mantenía un blog. Curioseé un poco: mensajes sobre escritoras y teorías feministas, quejas sobre el chiste machista de un humorista muy famoso en la última gala de televisión (que a mí me había hecho gracia) con decenas de comentarios espantosos debajo, referencias a libros, un hilo larguísimo sobre el estreno de una película en el que, al menos hasta que me cansé de leer, la palabra más bonita vertida hacía alusión al potro de tortura que merecían visitar la autora de la novela y, por extensión, los guionistas.

No lo pensé demasiado y pedí que me aceptaran en el grupo. A los cinco minutos, mientras curioseaba otros mensajes de alguna de las miles de fotografías que tengo como contactos, los administradores del grupo de las Anandrinas aceptaron mi solicitud y les dejé un mensaje en su muro, escueto, pero claro.

«—Hola, ¿por qué os llamáis así? He encontrado la confesión de Amélie. ¿Vosotras sabéis algo de ella y del libro? Abrazos».

A la mañana siguiente me puse en pie antes de que amaneciera y organicé el día en mi agenda. No podía presentarme en la casa de alguien, así como así a la búsqueda del diario de su tatatarabuela, pero conozco un método infalible y en él confiaba: se llama «dinero». Yo, gracias al director de mi banco que seguía creyendo en mí no sé por qué extraña razón a pesar de que hacía años que mis ganancias eran misérrimas, lo tenía. Planeé las visitas por orden: la casa mencionada, que aún existía, en el barrio viejo del pueblo de Massamagrell, estaba en primer lugar. Después, acudiría al registro de la iglesia, que solía ser un recurso maravilloso y productivo donde buscar información. Los curas tienen una memoria prodigiosa y, casi siempre, se muestran encantados de hablar sobre cotilleos de otros tiempos. Si eso no funcionaba, ya pensaría el siguiente paso.

Llamé a la puerta de la que llegué a concluir, tras una investigación minuciosa en el padrón y los archivos del Ayuntamiento, que había sido la antigua vivienda de Amélie, la que ella mencionaba en su anotación en el registro, y, sin insistir demasiado, me abrió un hombre. Era joven, calvo como el pomo de una puerta y atlético, e iba vestido como para subirse a un yate. En cuanto le conté lo que venía a buscar, me puso cara de fastidio y me dijo de corrido que él había comprado la propiedad a los nietos de su antigua dueña que la habían heredado y que, antes de entrar a vivir, tiró abajo el interior. Allí no iba a encontrar nada de nada. Pero me proporcionó también otra valiosísima información (y sin llegar siquiera a sobornarlo): en esa zona existía un curioso organismo llamado «Museo de objetos desahuciados», que habían creado algunos enamorados de lo antiguo hacía ya décadas, a mediados de los ochenta. No pude contener mi alegría y le di a mi informador un beso sonorísimo acompañado de un abrazo demasiado largo a juzgar por su prisa en cerrarme la puerta.

Los señores extraños que habían creado el museo, no imbuidos todavía del espíritu del compra, tira, compra, se habían dado cuenta de lo fácilmente que los herederos se desprendían de lo que consideraban sin valor: muebles viejos, libros, cuadros, lámparas, adornos, herramientas, armas... Trastos. Lo que los pobres conservan al morir no suele tener demasiado valor, más allá del sentimental que se pudre con los muertos. En algún momento, habían llegado a coincidir incluso varias defunciones y de todas partes llegaban traperos que se quedaban los trastos casi regalados. De esa estúpida forma se separaban y perdían para siempre antigüedades a menudo maravillosas y que,

bien lo sabía yo por mis novelas anteriores, contaban increíbles historias de nuestro pasado. Para evitarlo, algunos amigos crearon la asociación que se había convertido en una institución en el pueblo.

Nunca había oído nada igual, pero la idea me pareció ingeniosa: según su página Web, moderna y actualizada, el museo reunía una gran parte de la memoria de muchas otras localidades de la zona, muy poblada desde la Edad Media por la riqueza de su tierra y su cercanía al mar. Pero cada día había menos objetos valiosos que salvar y ahora la asociación se dedicaba sobre todo a cuidar de sus fondos, que constituían casi un museo etnográfico.

Llegué sin perderme al gran local donde los guardaban: un antiguo almacén de grano propiedad de uno de los miembros de la asociación, ubicado en lo que hacía doscientos años había sido el centro y ahora era la parte más bonita de la nueva ciudad, ya que no había habido dinero en la época de la especulación para tirarlo todo abajo y construir megaedificios de diez alturas y monocapas espantosos. No me resultó fácil encontrar lo que buscaba, allí pasé más de cinco días, removiendo entre libros, más libros y papeles viejos hasta que, catalogada como «Curiosidades tras la guerra de la Independencia» y con el nombre de alguien que parecía descendiente de Amélie, encontré una carpeta con las memorias y algunos otros documentos.

La responsable del museo era una becaria de la Universidad de Valencia que estaba estudiando el Grado en Historia, según me contó con el entusiasmo propio de quien conoce y acepta el futuro que le espera, por desgracia para la Humanidad. La joven sustituía con esa tarea algunas asignaturas optativas por prácticas no remuneradas, que está muy de moda en estos tiempos.

—Disculpa, ¿sabes si con estos documentos había algún libro? —le pregunté cuando por fin encontré lo que buscaba.

—¿De Voltaire? —me preguntó la historiadora en ciernes, creo que orgullosa por poder contestarme con el nombre de ese famoso filósofo.

Asentí, por probar...

—Se lo han llevado unas profesoras de la Universidad Felipe IV. También se llevaron otro documento de la época, creo que ambos son de lo más valioso que he encontrado aquí hasta ahora: una carta manuscrita con la declaración de derechos de la mujer escrito por Olympe de Gouges en 1789. La carta, desde luego, parecía original.

Aunque la joven, claro está, no podía atestiguarlo y las reglas son las

reglas y ella no estaba allí para discutir las, así que les permitió llevárselo, anotó sus datos y su intención y santas pascuas. No dijo nada sobre si las reglas le impedían revelar datos confidenciales como quién se llevaba sus fondos, adónde y cuáles, y yo no se lo pregunté.

—Les interesó mucho —agregó la chica dándose importancia—, y nosotros tenemos pocos libros como ese, solo los cedemos para estudios así, de gente que aprecia la cultura. Si te interesa también, deben devolverlo todo en tres meses, puedes regresar a buscarlo, te apunto en la lista de espera, aunque solo estarás tú. No hay mucha preocupación por estas cosas, es una pena.

Es fácil imaginar lo contenta que salí de allí, tenía en mi poder el testimonio de Amélie, algunas cartas, incluso la inscripción de su nacimiento en una parroquia de París y algunos libros cuyo contenido investigaría enseguida. Los llevaba en mi cara cartera de piel *Made in Spain* de la de antes que me había regalado mi hermano Enrique en algún momento de los pocos que no estábamos a la gresca y estaba convencida de que me servirían para crear la novela de mi vida. Y, más adelante, podía volver a buscar algún documento más y el ejemplar raro de Voltaire, cuya importancia aún no llegaba a calibrar, pero mi olfato de narradora me decía que era mucha, incluso suponiendo que no fuera una edición manuscrita original, sino una de tantas copias mal hechas que se imprimieron casi como panfletos revolucionarios.

Tan solo había tardado unos días en reunir la clave de mi éxito y aún me quedé algunos más en el hotel. Allí comencé a ojear los detalles de la vida de la francesa, a reunir documentación y hasta escribí los capítulos que relataban la extraña niñez de Amélie, los que habrás leído hasta llegar aquí. Me moría de ganas por seguir trabajando en la novela, traduciendo las memorias de Amélie y transcribiéndolas. Son los espeluznantes testimonios que vienen a continuación. La mayoría están escritos en primera persona por la misma Amélie y ya no tienen el narrador omnisciente de los primeros capítulos, el que lo sabe todo, y a veces también incluyen anotaciones tuyas que he incorporado al relato intentando mantener la fidelidad de lo que ella quiso contar de sí misma. A pesar de lo escabroso y lo literario que sus escritos se vuelven en ocasiones, no he añadido nada inventado a su testimonio y he conservado incluso sus incoherencias, que algunas he encontrado, sin duda porque no todo lo escribió en forma de diario sino años más tarde de que sucediera lo que relata. Por eso, a veces en el texto se

cambia del presente al pasado, tal como ella lo dejó y yo no cambié para que se vea a su protagonista real y no a la escritora.

Durante el tiempo que tardé en traducir todos esos documentos, mi hermano Enrique pareció apiadarse de mí y me dio una tregua desapareciendo por exigencias de su trabajo. Además, al concluir la traducción y empezar a revisarla, dudé como todo aspirante a buen escritor cuando se enfrenta a una novela que transcurre en un tiempo pasado, en especial si se remonta atrás más de cien años: ¿debía actualizar el lenguaje? Mientras lo decidía, opté por la opción más fácil; aunque mi francés es bastante bueno, no lo es tanto como para conocer los recovecos de la terminología de época y puede ser que a veces la narración no se corresponda exactamente con la forma de expresarse de Amélie. Pero lo dejé estar: ya decidiría luego, cuando le presentara el primer borrador de la idea a mi editor y me diera su opinión, si la historia daba de sí lo suficiente como para contratar a un lingüista experto en terminología del siglo XVIII que me ayudara a darle un tono más de época.

Sin embargo, no tuve tiempo para eso. Un par de días antes de mi cita con él, ocurrió algo que trastocó todos mis planes y de paso dio un vuelco a mi vida entera, como un vendaval de la Cochinchina: por la noche, escuchando las noticias mientras Enrique y yo cenábamos en la mesa de la cocina, él más amable de lo que era habitual quizás porque yo llevaba sin hablar de lo que siempre nos hacía discutir desde que me había encerrado a escribir la historia de Amélie, al oír al presentador del telediario, la cuchara se me resbaló de la mano, cayó sobre el plato y la sopa se desparramó sobre el mantel. Esa misma mañana, una mujer había aparecido desnuda, con el pubis rasurado y los pechos horriblemente mutilados, ataviada con una peluca, la cara embadurnada de polvos de arroz y los labios pintados de color carmín, a la moda de las antiguas reinas. Justo en ese momento se llevaban su cuerpo delante del cámara que no perdía detalle del macabro acontecimiento. El portavoz de la policía se lamentaba del desliz de los del servicio de urgencias que llegaron los primeros y, en estado de shock, no habían podido evitar dar detalles a la periodista sobre cómo habían encontrado el cadáver. Él miraba a la cámara con mucha preocupación, casi daban risa sus ojos tan abiertos y su mueca compungida, pero, ante el ruego de la entrevistadora para que proporcionara otros datos, terminó respondiendo: «Todo lo demás queda bajo secreto de sumario. Lo único que les puedo decir es que parece tratarse del crimen homófobo más horrible que he visto en mi vida».

La mujer asesinada era una profesora de la Universidad Felipe IV que formaba parte de un grupo de investigación feminista muy crítico, al parecer, conocido como «secta de las Anandrinas». Miré en mi móvil. A punto estuve de atragantarme: la muerta era una de las administradoras del grupo de Facebook. A la espalda de la periodista, una mujer lloraba desconsolada; cuando le preguntaron por la muerte de su compañera, le dio un golpe con tanta fuerza a la cámara que la tiró al suelo y los de Antena 4 siguieron emitiendo desde otro ángulo y otra cámara diferente. La mujer ni siquiera respondió a los insultos del operario de imagen y se subió sin volver la vista a la ambulancia junto al bulto que debía de ser la víctima.

Como afirmaron después los contertulios que comentaron la noticia en un alarde de intención comunicativa objetiva y rigurosa y de buen hacer periodístico, las dos mujeres iban a casarse en junio y los preparativos de la boda estaban ya concluidos. Y el vestido era diseño de Clara Usán. Y olé.

Enrique debió de ver en mi cara el espanto que la noticia me provocó y me preguntó entre sorbo y sorbo de la sopa, aunque con el reproche impreso en sus ojos porque su naturaleza meticulosa le impedía ignorar que mi caldo hubiera empapado el mantel y le estaba costando un mundo no levantarse para agarrar una bayeta:

—¿Qué ocurre? ¿La conocías?

Pero yo no era capaz de responder.

—Parece que tiene algo en común con lo que has estado investigando estos meses para tu nueva novela —continuó él—. Ahora sí que va a ser un bestseller, ¿no crees? ¡Qué suerte hemos tenido!

Tampoco pude contestarle, yo no lo había visto desde esa perspectiva y la verdad es que no fui capaz de llegar a verlo: ¿aquel crimen era bueno o malo para el éxito de mi novela? ¿Era ese el éxito que yo buscaba?

Tras enjuagar el plato como mi hermano quería, lo dejé en el lavavajillas y me encerré en la habitación con el portátil. Allí permanecí casi todo el tiempo hasta días después, cuando terminé de revisar el resto de las memorias de Amélie y algunos otros de sus papeles. A partir del próximo capítulo, esta narración continúa por esos documentos ordenados de forma que compongan la historia, para que todo el mundo sepa lo que ocurrió y yo pueda tener una oportunidad. Quizá lleguemos aún a tiempo y no tenga que sufrir la misma suerte que la profesora. Además del borrador con el inicio de la novela que me llevó a este sinsentido y que constituye los capítulos anteriores, los

testimonios de Amélie y otros documentos que proporciono a continuación permiten encajar todas las piezas. Puedo dar gracias de que la profesora fuera asesinada cuando yo ya había terminado de traducir la mayoría de esos documentos, porque no puedo saber cuánto tiempo tardarán en intentar matarme a mí también.

¿Y por qué estoy tan segura de que alguien intentará asesinarme? Pues muy fácil: una semana después del horrible asesinato de la profesora —que se llamaba Carmencita—, yo aún no había logrado decidir qué hacer con la novela, si seguir escribiéndola ya que Enrique podría tener razón —siempre la tenía— o pedir trabajo en el bar de abajo. Entonces la mujer que iba a casarse con la asesinada, la que salió en la televisión, apareció en mi casa. Me había localizado a través de Internet y venía a traerme el libro de Voltaire. Aquí lo tengo, delante de mí cuando escribo estas palabras, sin poder creer todavía su versión y que pueda haber sido la causa de varias muertes y de la posibilidad de la mía. Pero ella estaba convencida y así me lo dijo, por eso me lo entregaba.

Durante unas horas, las más extrañas de mi vida, Inés y yo hablamos. Lo que me contó adquiere todo el sentido tras conocer el testimonio completo de Amélie y comprender sus miedos y por qué lo escribió. Inés había llegado a él del mismo modo que yo a los diarios y a los demás documentos. Ella y su compañera incluso leyeron parte del diario de la francesa, pero para las dos profesoras no tenía el mismo interés que para mí y lo dejaron donde yo lo encontré. Enseguida decidieron formar un grupo de investigación asociado a la cátedra de Estudios de género, el del grupo de Facebook, que se llamara como la secta del pasado. Entonces había aparecido yo, dejé mi mensaje y mataron a Carmencita. Conmocionada, Inés había seguido investigando sobre las muertes en el pasado, las que Amélie mencionaba en sus memorias y su conclusión no podía ser otra. Ella estaba convencida de que la única forma de que las dos nos salváramos era que yo hiciera público el contenido de los diarios y, sobre todo, el del texto subversivo del gran filósofo.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —le pregunté, y me ahorré explicarle que ya estaba escribiendo esta novela, aunque por otras razones mucho más divertidas que las que ella me estaba dando.

—Por tu mensaje del Facebook —me contestó—. Decías que tenías los documentos de Amélie. Esos documentos son lo que buscan estos hombres. Tú tienes las memorias de Amélie, sabes casi todo lo que yo sé. Pero solo cuando

leas el libro del filósofo entenderás lo que está ocurriendo, lo que pasó con las mujeres asesinadas del mismo modo horrible que Carmencita. Este libro es lo que quieren los asesinos, y creen que lo encontrarán a través de las memorias de Amélie. Cuando lo leas, entenderás por qué las dos corremos un gran peligro. Ojalá le hubiéramos dado la importancia que tenía a lo que ella contaba en esos cuadernos y no nos lo hubiéramos llevado. Pero ahora el libro lo tienes tú. Así que concluye la novela y publícala enseguida o nosotras seremos las siguientes de esta lista macabra.

Desde ese momento supe que debía entregarle la novela cuanto antes a mi editor y que él la distribuya a las librerías enseguida, como juró hacer en cuanto le hablé de ella. Aunque, por si acaso, también llevo siempre conmigo un spray de pimienta. Y rezo cada día para que me caduque sin abrir. La verdad es que resulta irónico que «La rosa y el ejecutor» pueda convertirse al final, como dice mi hermano, en un éxito de ventas, pero, para que eso suceda, tengan que asesinarme. Así los periodistas me prestarían atención y mi libro saldría en los periódicos y en las revistas culturales, y hasta en la televisión en *prime time*. Seguro que da hasta para que a Enrique lo entrevisten tres veces. No soy capaz de imaginarme nada que venda más que una novela cuya autora haya muerto de la misma forma que los personajes de su obra. Una paradoja muy graciosa, si su lastimosa protagonista fuera otra.

El caballero de la Barre



Ser la hija de un verdugo ha marcado mi carácter. Aunque mi madre siempre me aseguró que la culpa de mis desmanes, de mis malas maneras, de mi insolencia y mi mirada tan poco femeninas a veces, la tiene haber nacido con el culo por delante en lugar de con la cabeza, como debe ser. Así solo nacen, cuando lo consiguen, los más desdichados, decía ella, como si la fortuna tuviera que ver con los apéndices humanos (cabeza, rabadilla o culo, qué más da) y no con el dinero y el poder. Sin embargo, por mucho que ella creyera, ni siquiera despuntar en este mundo de esa forma irreverente al tiempo que milagrosa —lo normal es que hubiera muerto en el parto y me la hubiera llevado conmigo al otro mundo—, me preparó para la vida que me ha tocado llevar. De no haber sido por esa fuerza de carácter algo masculina y esa predisposición mía a llevar la contraria, no estaría donde estoy.

Pero Dios poco tuvo que ver en eso. Es incluso posible que Él, que al parecer se encuentra en todas partes, sin embargo no haya podido acercarse a donde yo moraba, ocupado como debió de estar durante aquellos años durísimos en renovar la fe de los muchos que empezaban a perderla (y siguen perdidos), y si me atrevo ahora a hablar de este modo y arriesgarme a que algún hombre de buena voluntad interesado en mi relato lo considere una blasfemia, solo es por una razón: el tiempo y la experiencia me han llevado a creer que el único dogma que realmente te salva de la perdición es el que tú mismo vas conformando con tus propias creencias y te aporta la fortaleza necesaria para superar las penas que la vida te planta en mitad de tu camino. Y no es el Altísimo quien lo llena de escollos, son los hombres. Siempre los hombres. Al menos, a mí su misericordia no me llegó más que, quizá, en este momento, cuando ya me hallo a muchos días de camino de donde el demonio quedó. Dios le castigue por ello con una sífilis fulminante. O con algo mucho más doloroso.

Sin embargo, ahora que por fin he tomado la decisión de organizar y anotar mis diarios y añadir algún apunte cuando me parezca pertinente para contar toda la verdad de lo que aconteció en ese tiempo ya pasado con la

única pretensión de mantener alejado de mí a quien tanto daño me hizo y salvar mi vida, e intento recordar y organizar mis pensamientos para que sirvan de fiel testimonio, lo único que me viene a la cabeza del momento en que estuve frente a Christophe cara a cara por primera vez es que acababa de tener mi primera mancha y me dolían el vientre y los riñones igual que si los seres más desalmados estuvieran jugando en ellos al hoyuelo con piedras y no con nueces. Y él, el hijo del pintor me miraba como a uno de los reptiles a los que le había visto aplastar años antes desde el gran árbol centenario. No estaba yo para monsergas y le habría dejado allí sin más dado que él tampoco había demostrado antes ningún interés especial en mí, e incluso al devolverle la mirada tuve la sensación de que le habría complacido infligirme el mismo mal que a sus malogradas lagartijas, pero su padre me había fijado con claridad la condición indispensable para seguir enseñándome el arte de la pintura. Y, sobre todo, para no revelar a mis padres el verdadero origen de los artilugios que encontraron y la naturaleza de mis clases.

Esto, el que un joven de semejante linaje y una muchacha del mío fuéramos presentados de ese modo, no era ni es lo común ni siquiera ahora, lustros después de aquello, cuando las ideas andan todavía a la gresca; las mujeres debemos mostrarnos recatadas siempre con respecto a los hombres y servirles para suavizar sus tensiones, no para soliviantarlas. Pero lo habitual en el señor Albert era justo lo que para los demás se percibía como extraño. De eso ya me había dado cuenta tan solo observándolo desde las ramas más altas de la acacia que invadía por el cielo su jardín. Y, sobre todo, me di cuenta cuando, asustadísima, me presenté en su casa y él no me echó de allí. De no haber seguido mi juego, me habría metido en un buen embrollo. Y su petición era singular, puesto que las mujeres y los hombres nos movemos en ámbitos diferentes: a nosotras nos corresponde la alcoba (para fornicar o para trastear); a ellos, los salones (para fornicarnos o para trastear, pero de un modo mucho más universal). Así ha sido siempre y así seguirá siendo.

Pero al señor Albert transgredir esa norma le hacía gracia, al menos al principio. Y yo me sentía agradecida. Por eso lo que mi maestro me rogó a cambio de su silencio en ese momento me pareció una nimiedad. Yo había esperado las condiciones más horribles y sin embargo lo que ese hombre bajito y panzón me requirió solo fue que no rehuyera a su hijo Christophe.

Y yo no lo hice; de hecho, incluso tengo que reconocer que en ese momento ya sentía cierta atracción hacia él, todavía apenas solo el influjo que

sus ojos maravillosos ejercían sobre mi ánimo al mirarme de soslayo en ocasiones, pocas, porque él sí que me evitaba casi siempre. Al menos hasta que sucedió algo que —ahora lo sé— marcó mi futuro. No sé bien por qué razón me acuerdo como si hubiera sucedido ayer de que hubo un momento no mucho después de que el señor Albert hiciera las presentaciones y Christophe y yo cruzáramos algunas palabras, a partir del cual él comenzó a estar presente siempre que yo me acercaba por su casa: fue cuando relaté cómo había sido la última ejecución que había llevado a cabo mi padre, la del caballero de la Barre, porque el señor Albert había tenido noticias de ella y me rogó que les explicara los pormenores. Yo me resistí al principio, pues no era un plato de buen gusto para mí recordar los hechos, pero el señor Albert siguió insistiendo y al final consideré que no estaba en situación de contradecirle. Aquella conversación marcó, sin que alcanzara ni a imaginarlo, el resto de mi vida. Antes de eso, él no sabía quién era yo.

Este relato que les conté entonces a Christophe y a su padre mientras limpiaba y recogía los bártulos de la pintura una tarde lluviosa y algo fría constituye por eso la esencia de mi desdicha, y por tal motivo comienzo con él los añadidos a mis diarios con la intención de dar fe de las razones y los caminos de mis miedos. He agregado ahora, eso sí, algunas informaciones que entonces no aporté, para que se entienda también lo que luego sucedió.

Corría bien avanzado junio de 1766, los frutales de nuestro jardín habían perdido las flores, y mi padre tuvo que salir apresuradamente para acudir a Abbeville, donde le requerían para llevar a cabo una ejecución capital. Se había ido apesadumbrado, porque la urgencia del despacho recibido y lo que en él se explicaba le seguía causando demasiado dolor. Mi madre y yo esperamos su regreso con cautela, ella no me quitaba ojo de encima creo que porque todavía no había asimilado que mi principal pasión tuviera que ver con los pinceles y los colores y poco con lo que a una dama bien educada se le esperaba que tuviera como dones —danza, música, cocina, cuidar a tus hijos y a tu marido, y leer para ser capaz de educarlos en el sagrado mensaje de Cristo— y aprovechaba la mínima ocasión para enderezarme, lo cual incluía, incluso, perseguirme hasta el orinal para ver qué estaba haciendo.

A mí, pueden imaginárselo, me estaba empezando a resultar insoportable aquel cautiverio en mi propia casa después de tan solo dos días

en los que mi padre faltaba de nuestro lado y hacía lo imposible por mantenerla ocupada en otras aficiones que no fueran vigilar mi educación (o mi micción, lo cual digo yo que era muy fácil, con tanta tarea que había siempre por hacer a pesar de la ayuda de los sirvientes para estar perdiendo el tiempo en esos quehaceres), cuando él apareció por el quicio de la puerta. Pasó enseguida a la cocina. Los leños de castaño chisporroteaban en el hogar. Los utensilios de cobre y de peltre colgados de la pared reflejaban sus destellos. En los ojos de mi padre, mucho más acongojados que cuando se despidió de nosotras, vi que sus temores eran fundados. Ni siquiera haber llegado en su montura bordeando las orillas del Sena como hacía siempre que regresaba de Abbeville para intentar que sus aguas maravillosas le calmaran, había dado resultado. Y en algunos tramos el río apestaba, pero a pesar de ello podías ver peces luminosos al fondo. Eso es la esencia de la vida.

Cuando lo saludé, él temblaba. Mi madre le acercó un vaso de vino de Anjou, un mendrugo negruzco con mantequilla, queso y un melocotón maduro y él se sentó ante la mesa. Miraba al suelo. A duras penas había conseguido yo que ella me contara qué había hecho esta vez el condenado, y solo cuando la amenacé con montar a horcajadas algún caballo de la cuadra y asistir en persona a la ejecución, ella consintió. Sabía que cumpliría mi amenaza, o que incluso haría algo peor.

La Barre era un joven de veinte años, de familia acomodada. El juez Duval de Soicourt le había acusado de sacrílego: según él, mientras la procesión de los capuchinos pasaba por el puente de Abbeville, el caballero y sus amigos habían cantado una canción impía contra la Virgen y los santos y se habían reído de ellos y, lo que aún era peor, no se habían quitado el sombrero ni se inclinaron al pasar por delante de los monjes. De los otros jóvenes acusados con él, un tal Moissnel de quince años fue absuelto, mientras que Gaillard d'Etallonde, de dieciocho, también resultó condenado a ser torturado y quemado en la hoguera como la Barre; aunque, más listo o menos valiente, huyó en cuanto encontró la oportunidad. Sin embargo, este último no pensó en escapar, ya que creyó que su condena no se ejecutaría gracias a que su familia era de alta alcurnia. Confiaba así el infeliz en que la apelación ante el Parlamento de París fuera escuchada y anulada la pena por su tremenda desproporción entre delito y castigo. Solo el martirio le llevó a confesar su crimen y también el de algunos otros, como solía suceder, pero aun así la sentencia fue tan desmedida como injusta: más tortura tras la ya infligida,

muerte por decapitación y, después, la hoguera. Así que yo sabía bien a qué se debía la congoja en la mirada de mi padre.

—Ya está hecho, Josep, de poco sirve ahora tu tristeza. Es la vida —le dijo mi madre.

—No puedo creerlo todavía, no pensé que esto llegaría a suceder —le respondió él, afligido.

—¿Qué? —contestó mi madre.

—¿Qué? —respondió mi padre, sin apenas levantar la vista.

—Sí, que me cuentes.

—El rey..., nadie creía que iba a resistirse a no usar su derecho de gracia con el condenado. No era más que un crío. Aún no doy crédito a lo que vi y lo que oí. No puedo asimilar lo que tuve que hacerle.

—Sería culpable...

—No lo era. Era inocente. Su vida a cambio del calvario y la imagen de Jesucristo. Esa fue la excusa primera, alguien arrancó uno de los malditos brazos de la figura de tu Dios, le quitó la corona de espinas y llenó de lodo su rostro. Los filósofos con sus discursos nuevos están perturbando a los católicos, les tienen miedo. Este es el resultado.

—No te entiendo, Josep —le dijo mi madre, intentando enmascarar su pesadumbre con el tono alto de su voz.

—Sí, claro, ¿cómo podrías? Todo eso que le hicieron a la imagen del calvario de Pont Nouveau de Abbeville fue visto por los muy religiosos como un sacrilegio. Incluso el prelado llegó en procesión hasta allí descalzo y excomulgó a los culpables aun sin haberlos podido descubrir todavía. Comenzó la investigación y se tomó declaración a más de cien testigos, pero nadie supo a ciencia cierta quiénes fueron. Pero, tanto hablar tanto hablar, que ya sabes cómo la calumnia y la murmuración se confunden, al final llegaron a suponer que se trató de una conspiración contra los católicos. Y de ahí a buscar una cabeza de turco que pagara por lo que otros habían hecho como escarmiento solo se necesita una intención y mala leche. Ni siquiera Voltaire, que intervino en el juicio, pudo evitarlo.

—No sigas, Josep. No quiero saberlo.

Yo sí quería. Pero miraba al suelo.

—Necesito seguir, mujer. Por favor.

Mi madre bajó la cabeza. Mi padre prosiguió con las manos enlazadas.

—En el convento de la abadesa de Villancour, tía del pobre caballero

de la Barre, había una huérfana rica cuyo tutor era, precisamente, el teniente criminal Duval de Soicourt, de donde partió la acusación y la investigación. Dicen de él que estaba convencido de que ella se casaría con uno de sus hijos. Pero, cuando llegó el momento, la joven se negó y la abadesa la apoyó. El teniente pensó que la señora prestaba oídos a su protegida para que su propio sobrino pudiera casarse con ella. Lo demás ya te lo puedes imaginar, el teniente acusó a de la Barre, la intransigencia religiosa y el miedo de la superstición solo fueron la mecha que le han permitido prender el fuego de su venganza. Y yo he sido quien ha tenido que matarlo incluso sabiendo todo esto.

—No te atormentes, Josep.

—Hay más. Cuando llegué y me alojé en la casa del ayuntamiento, el chico, guardado por un centinela, no paraba de preguntar por mí. Tuve que ir a visitarlo. Nunca olvidaré su cara, barbilampiño, casi una jovencita parecía, como un niño en su tez y su figura, delgado, elegante, tan noble y tan calmado se le veía que no podía creer que él fuera la persona a la que al día siguiente debía ajusticiar. Era admirable. Solo tenía los ojos algo rojos, de haber llorado sin duda, el zagal. Pero me sonrió antes de hablarme.

—¿Y qué te dijo? —le pregunté, sin poder contener la emoción.

—Me pidió disculpas por si había hecho que me despertaran y luego me preguntó si yo había sido el que decapitó al conde de Lally-Tollendal. Le respondí tartamudeando, como imaginaréis. Y más turbado me sentí cuando me acusó de maltratar al conde cruelmente y luego me rogó que tuviera cuidado con su cabeza, puesto que era muy presumido y no podría soportar terminar asustando a los que le fueran a mirar a la mañana siguiente. Le expliqué que lo que pasó con el desdichado conde no fue culpa mía, él no paraba de moverse; solo se puede decapitar a los valientes, si tiembles, la cosa acaba mal. Casi me hizo llorar la entereza de la Barre al hablar de su propia muerte. Aunque pude prometerle que su cabeza no seguiría la misma suerte que la del conde. «Quedaréis contento de mí», me dijo, «pero, os lo repito, cuidado de que yo no tenga que quejarme de vos. Los muertos son quizá más temibles de lo que se cree; no vayáis a haceros un enemigo en la sepultura».

La voz de mi padre temblaba y mi madre le cogió de la mano. Pero ambas sabíamos que él debía seguir hablando.

—Cumplió su promesa, al día siguiente, cuando le llegó su hora, no se movió y ni quiso ponerse de rodillas: «los criminales son los que se arrodillan, esperaré la muerte en pie», me dijo, mirándome a los ojos. Al

atravesar mi espada su columna y su carne, la cabeza permaneció erecta sobre su cuello sin moverse y solo cayó al suelo, a los pies de los que lo miraban, cuando su tronco se derrumbó. Su muerte fue una estupidez, ¿no es tolerancia lo que ahora se pregona, la filosofía del amor? Ha sido una aberración. Y hay algo más, que no consigo entender.

—¿Y qué es, padre? —le pregunté yo, con lágrimas en los ojos. El me las limpió con su pañuelo impoluto antes de responderme.

—Antes de su ejecución, el caballero, que, por cierto, se llamaba François Jean Lefebvre, me pidió algo inaudito.

Mi madre y yo lo mirábamos con estupor. Creo que mi madre tampoco podía imaginar nada más inaudito que lo que ya nos había relatado.

—Cuando le arrestaron, registraron su casa y encontraron tres libros prohibidos. Tuve que quemarlos con él. De dos de ellos, no tengo noticias, pero el tercero...

—¿El tercero?

—El tercero era el *Diccionario filosófico* de Voltaire. Leo a Voltaire a menudo, aunque está prohibido, pero ¿van a matar al verdugo? —mi madre suspiró y él la ignoró—. Esa obra en particular aún no había caído en mis manos. Cuando Lefebvre me reclamó para hablar conmigo la noche anterior a su desdichado fin, los tres libros estaban bajo la tutela del carcelero jefe. Lefebvre me pidió que robara el libro del filósofo y me lo llevara conmigo. Y añadió «aunque tengas que matar al carcelero para ello. Es justo, tú acabarás con mi vida y a cambio solo te pido que salves ese libro. Bien saben ellos lo que queman. Y por qué me queman a mí». Y no bromeaba, sus ojos estaban encendidos por la fiebre. O quizás por la locura, ahora ya no lo sé bien. Ese infeliz veía en mí la única salida para salvar algo que él apreciaba casi más que su propia existencia.

—¿Y lo has hecho? —le pregunté, sin poderme reprimir.

Mi padre me miró incrédulo. Creo que temió que yo le considerara capaz de matar a alguien por un libro, como si fuera un salvaje del peor tipo.

—¿Y poner en riesgo mi propia testuz? Por supuesto que no. Y así se lo confesé con tristeza. No sé cuál fue su razón para pedirme semejante cosa, pero yo estoy ya a salvo de eso, mi alma solo ardería en el infierno por salvaros a vosotras. Lo demás no tiene valor. Ni siquiera las ideas. En esto me han convertido. Entonces, todavía sin resignarse, el caballero me rogó, con lágrimas en los ojos, que lo leyera, si no entero, por lo menos una parte que

me indicó con precisión, y que memorizara el texto lo más fielmente que fuera capaz y luego lo transcribiera y guardara ese documento en algún lugar seguro, para que no se pierda nunca. Que su tía la abadesa y otras muchas como ella no merecían que desapareciera. Y así lo hice. Me costó toda la noche y varias jarras de vino para el buche del carcelero. No había oído yo acerca de esa revolucionaria forma de pensar de Voltaire, la verdad. No me extraña nada que el libro esté prohibido y que leerlo pueda costarle a uno la decapitación. Ni tampoco que el propio Voltaire estuviera interesado en que el joven se salvara. Ya me parecía extraño que ese advenedizo moviera un dedo por salvarlo. Pero más extraño todavía me parece ese escrito. Nunca había oído semejante teoría, aunque la comparto, es el amor el que nos salva. Y vosotras, princesas mías, lo merecéis todo.

Mi padre nos sonrió. Percibí en él los síntomas de la vejez, aunque aún era joven. A mí me parecía entonces que se reflejaba en sus ojos la sabiduría del tiempo y por debajo de ellos se desplegaban las arrugas de la vida. Ahora creo que solo era cansancio y desesperanza. También miedo, angustia y arrepentimiento.

Mi madre lo abrazó. Yo me quedé con la lengua a punto de saltar la boca para preguntarle qué era lo que aquel filósofo había dicho de las mujeres, tan importante como para que el libro tuviera que arder con el caballero y para que este le suplicara a mi padre que lo salvara. Extraña petición a quien precisamente va a echarse de este mundo de un modo tan horrendo. Pero su mirada abatida y sus labios temblorosos me hicieron callar. Ya habría tiempo de preguntar, quizás él me lo contaría pronto, pues ambos compartíamos el gusto por la lectura, los idiomas, la Filosofía y otros que a mi madre descomponían, no por él sino por mí, porque no eran ni son propios de una dama. Ni siquiera cuando esta es la hija del verdugo de París y ya se le puede presuponer cualquier indignidad o rareza.

—Come, Josep, y vamos a acostarnos —le dijo ella, mientras le ofrecía un plato hasta arriba de liebre con tomillo y setas—. No hay nada más reparador que cerrar los ojos con el estómago lleno sabiendo que también lo harás al día siguiente, con la ayuda de Dios. Piensa en ello, que antes tuerto que ciego.

9. Hélène



La madre de Christophe parece frágil como una avecilla de cabeza esmirriada. La primera vez que me la encontré cara a cara, me alarmé: al mirarla, me pareció que me temía, a mí, que tan solo era una niña, la hija de un mequetrefe. Yo la había visto alguna vez desde lo alto de mi árbol trasteando por la casa, pero habría seguido sin acercarme a ella mucho más tiempo de no ser porque sintió un aprieto inexcusable mientras yo me encontraba en la caseta del jardín practicando con una nueva pintura. El retrete estaba al otro lado; a pesar de que su hogar era muchísimo más lujoso que el de mis padres, ellos aún no habían llegado a disfrutar de las comodidades que algún tiempo después se pondrían de moda y yo conocí guiada por ella, precisamente. Cuando pasó corriendo junto a mí, Hélène me miró de soslayo con esa expresión asustadiza que le vi tantas veces después, pero al regresar al interior se detuvo ante el cuadro que yo remataba.

—¿Qué estás pintando, muchacha?

Ni siquiera ahora que ya soy adulta y he vivido una gran parte de los años que me tocarán en suerte, tengo costumbre de que las personas que se entrecruzan en mi camino me hablen con amabilidad —es este un tiempo duro, lleno de sombras difíciles de iluminar—, y la dulzura de su voz me envolvió como el canto de la alondra. La miré extasiada. Hélène tenía los ojos claros, del color de las uvas, pupilas temblorosas y su frente y su rostro sonrosadísimos como ubres de vaca lechera. Y toda esa belleza extraña sin asomo de los polvos que me hacían estornudar cuando alguien de alcurnia acertaba a pasar a nuestro lado en los jardines de Tullerías. Allí, a veces, paseábamos entre gentes de bien, arreglados lo suficiente como para que los encopetados guardas suizos que custodiaban la entrada —bigotes mostachudos, miradas altivas, mosquetones empinados como rabos de perro cazador— nos permitieran el paso.

Hélène se colocó delante de mí y observó mi pintura. Un nido de golondrinas era su pelo, desmañado como si llevara días sin peinarse, y a punto de romper el cascarón los huevos. Me gustó desde ese instante. En la mano llevaba un libro cuyo título, en griego, no me dio tiempo a traducir, pues

enseguida lo apartó de mi vista, pero avivó sin duda mi curiosidad sobre su dueña.

—¿Puedes decirme qué pintas, muchacha? ¿O vas a seguir ahí mirándome sin decir nada toda la mañana? —insistió Hélène.

—Lo siento, pero no puedo dirigirme a desconocidos —le respondí, orgullosa.

—Soy la esposa de quien te enseña a pintar. Me habían hablado de ti, pero no creía que tuvieras tanta sensibilidad. Me alegra haberme equivocado.

La juventud es un defecto que, entre otras carencias, impide leer entre líneas y no supe a qué se refería. Solo me gustó su cumplido, aunque me guardé la alegría para mí.

—Bien —continuó con rapidez—, supongo que aún no me conoces suficiente. Yo sé que te llamas Amélie y mi nombre es Hélène. ¿Te importa si te observo?

No pude resistirme a su encanto. Nunca había visto una sonrisa más abatida que la suya. Lánguida como la de una prostituta.

—Por supuesto que no. Puede hacer lo que desee.

—Muchas veces no se trata de lo que deseamos. Ojalá fuera así, ¿no crees que la vida siempre te engaña, Amélie?

Me acordé de mis padres y del tiempo que había pasado sin saber lo que eran. Un reconcome avivó mis vísceras, exhaustas de tanto vigor en los sentimientos o, siendo más clara, a punto estuve de ponerme a llorar delante de ella. Las heridas eran profundas.

—No la entiendo, señora —le respondí rápidamente, no quería que advirtiera mi tristeza.

Hélène miró a su alrededor, su marido había salido sin decirme a dónde y su hijo se afanaba por recoger las hojas secas que habían caído de los árboles con la última tormenta. El otoño había avanzado y yo no quería que se fuera. Esta, precisamente, es mi estación favorita: el día, a veces, sigue rezumando calor tibio, algo impertinente por momentos; la noche es aún acogedora; y el frío no quiebra el aliento ni hace aflorar pérfidos sabañones en las orejas.

—No salgo apenas de mi habitación —continuó Hélène—. No estoy bien de salud. A veces, siento que estoy desapareciendo.

—Pues la luz es muy bonita ahora —seguí la conversación, solo por seguirla, pues no sabía bien qué otra cosa podía hacer yo allí, hablando con

esa extraña señora—. Parece que el fuego se come las hojas. A mí no me gusta que se caigan, me encanta verlas cambiar de color en los árboles. Ha hecho bien en salir a verlo, señora.

—Es curioso, jamás te habría imaginado como eres, muchacha. Qué prepotentes nos volvemos. Creemos que sabemos todo sobre los demás tan solo por los indicios.

—¿Y cómo me había imaginado? —le pregunté, aún más en babia que ella. Sus ojos brillaban cuando se mostraba tal cual era. Siempre. Como los de un animalillo enfermo. Taciturno pero bello.

—Tienes razón. No tenía que haberte imaginado de ninguna forma. Somos presuntuosos. Nos pueden las ilusiones. Nos inventamos lo que nos place. Me alegro de que seas así. Sobre todo, eres dulce, sí. ¿Por qué eres dulce?

—No sé a qué se refiere.

Y es verdad que no lo sabía, Hélène seguía pareciéndome algo atontada; miraba a un lado y al otro, sonreía y, de repente, su rostro se endurecía como el de la María Magdalena.

—¿Por qué te gusta venir a pintar aquí? —me preguntó—. ¿Tus padres te lo permiten? No es habitual ni lo uno ni lo otro.

—No tengo amigos. Nadie viene a visitarnos. Mi madre no puede evitar sentirse culpable. Y cumplo con mis obligaciones, nada pueden recriminarme.

—¿Y los vecinos? ¿No te espían? Llevas demasiado tiempo visitándonos, hablarán. Siempre lo hacen. De mí ya no hablan, se han cansado de espíarme. Pero lo hicieron durante mucho tiempo. Esa loca que siempre está rodeada de libros, decían. Son perversos. Ellos qué sabrán, son unos ignorantes. Zafios. Cuando te los cruces en tu camino, no les prestes atención si te hablan de mí.

—Los vecinos siempre hablan, pero a nosotros nos dejan en paz, ya tienen razones suficientes por las que criticarnos sin necesidad de espíar.

—Me gusta hablar contigo, eres sincera —me dijo.

—No oculto nada.

—Eso no pueden decirlo todos, es cierto. Yo no puedo. Estoy cansada, pero me gustó mucho hablar contigo, ¿vendrás a visitarme? Me agradecería volver a verte.

Extraña pregunta para una mujer que vivía con mi maestro. El aire

silbó entre las hojas, parecía enfadado con nosotras. Empecé a recoger.

—Vengo todas las semanas a pintar —insistí.

Su rostro se encendió como el de una niña ante una golosina.

—¡Magnífico! La próxima vez, prepararé un té con dulces para ti. Yo hacía unos pasteles exquisitos, él se los comía antes de que se enfriaran. Siempre se mostró tan tierno cuando era mi bebé. Aunque ya entonces no era como los demás. Nunca lo fue. No lloraba nunca. Como si no necesitara nada. Ni siquiera amor. Espero que sí lo necesite. Esa es su única esperanza. Tú me ayudarás a comprobarlo. Me voy. Ahora. Pero ven a verme, recuerda que me lo has prometido.

Asentí. Ella me acarició la mejilla. Sus dedos olían a cebolla. Oímos gritos fuera, al otro lado de la tapia, unos niños se insultaban y la reja sonó estrepitosamente al recibir un golpe. Pero ella no se inmutó. Parecía amodorrada.

Se fue. La observé. Desde que había entrado en esa casa por primera vez, me había sorprendido que no hubiera sirvientes aparte del cochero, al menos yo no los había visto, y esa mujer parecía demasiado frágil como para ocuparse sola de las labores domésticas. Y, con su posición, sería extraño que lo hiciera. Pero, al atravesar el jardín y entrar en el vestíbulo, me pareció que pisaba con más fuerza, como si hubiera recuperado de repente una energía que siempre había estado en ella, aunque no la empleara.

Al instante, sin embargo, asomó de nuevo su cabeza tras la puerta.

—Amélie, ¿te gustaría que te enseñara algo fascinante? —gritó.

Dejé los bártulos sobre la mesa, metidos en aguarrás los pinceles, y me dirigí aprisa donde estaba ella, con cuidado de no rozarme para que mi bata llena de mejunjes no manchara nada a mi paso, y es que, de natural, soy yo un poco descuidada en ocasiones. Aún no había entrado nunca en la casa, tomaba las clases al aire libre, en el gran patio, o dentro de la casona del jardín. Ella no me esperó. En el segundo piso, ante una gran puerta doble de roble oscuro, sí aguardaba mirándome divertida.

—¿Sabes lo que hay aquí dentro? —me preguntó desde el zaguán, señalando el interior con un dedo alargado y extrañamente nervudo. Como serían, de existir alguna, los de una bruja salvada de la hoguera.

Negué con la cabeza.

—Bien. Pues debemos solucionar ese gran desaguisado.

Subí. Ella abrió las puertas ante mí. La enorme cantidad de estanterías

repletas de libros que vi al otro lado me abrumó. Apoyadas en todas las paredes de la sala que parecía ocupar completa la segunda planta, también formaban largos pasillos, unas contra el respaldo de las otras, en varias hileras. Entre ellas, varias ventanas permanecían veladas con gruesos cortinajes para proteger los ejemplares. Hélène las miraba con un fulgor en sus ojos que solo mostraba ante ellos: sus libros.

—Imagino que no sabrás leer.

Me ofendió, pero no se lo mostré. Las mujeres necesitamos leer para aprender a rezar y enseñar a nuestros hijos el catecismo. En mi casa solo rezaba mi madre, pero Hélène no tenía por qué conocer eso de nosotros.

—Sí sé.

—Debería haberlo imaginado. No eres cualquiera. Eso está bien. Aquí encontrarás de todo, es una gran biblioteca, con ejemplares de antes y de ahora; algunos, maravillosas piezas de coleccionista, ejemplares raros, clandestinos, que nadie pensaría encontrar aquí jamás. Impresos en varios países y en diferentes lenguas, *in folio*, en cuarto, algunas primeras ediciones.

Me ruboricé. ¿Por qué me lo mostraba? La biblioteca de mi padre palidecía ante semejante maravilla. No me atrevía ni a mirar los libros, me sentí pequeña tan solo ante la explicación de lo que allí había.

—Algunos son ejemplares rarísimos. ¿Lees en latín?

Asentí, orgullosa como una hortensia bajo la lluvia.

—¡Fabuloso! Cuánto daño han hecho esos curas empeñándose en traducir los libros sagrados a las lenguas vernáculas. Ahora ya no es necesario aprender latín y esa ha sido la mejor forma de impedir que las mujeres tengamos acceso a todo lo que se ha escrito antes. A los clásicos. ¿Sabes lo que son?

Volví a asentir. Mi maestro el abate Gomart me había hecho leer y traducir muchos libros escritos en las lenguas muertas.

—Ellos nos explican. Por eso son clásicos. Para entendernos, para entender nuestra naturaleza, hay que estudiarlos sin parar, desde Homero a Virgilio, Platón, Aristóteles, Sófocles, Anacreonte... la lista sería tan larga... Ellos son nosotros mismos. Y nos explican a todos, a hombres y a mujeres, para saber de dónde procedemos y qué es lo que debemos combatir. Y cuando llegue el momento en que se revele lo que ocultan... En ese momento, sí, solo en ese momento brillará la verdad. Descartes lo dijo ya: el intelecto es independiente del cuerpo, y si es cierta o no esa elucubración sobre el

desarrollo del pene o del útero según cómo se oriente el feto dentro de su madre con respecto a sus órganos, carece por completo de importancia.

Al escucharla estupefacta, debí de abrir los ojos mucho más de lo que me pareció porque ella se echó a reír. Riendo todavía, se movió entre las librerías con soltura, tomó varios ejemplares a la vez, los olió y acarició su lomo. Los abría, los cerraba, los olía y los besaba, y los volvía a colocar minuciosamente en el lugar de donde los había sacado. Nunca tanto antes la belleza se convirtió en razón.

—Este es mi tesoro, Amélie. El mayor de los que nadie podrá mostrarte jamás. Espero que consigas comprender por qué. Y supongo que no llegarás a eso, pero ¿entiendes el griego?

Sonreí y ella aplaudió. Recordé mi lucha con mi madre para que me permitiera seguir estudiando esos idiomas extraños, tan ajenos a nosotros, alentada siempre por mi padre, apasionado por todo lo que tenía que ver con Grecia y con Roma. No podía permitirse comprar ningún libro sobre esas fantásticas civilizaciones que, según él, constituían la razón de lo que éramos, pero su extraña amistad con mi maestro el abate Gomart le permitía leer todo lo que se publicaba en Francia sobre ello e incluso, a veces, también lo que salía en otros países.

Mi madre, sin embargo, me habría encerrado en mi habitación hasta que hubiera encontrado un marido, que me quitara esas ideas extrañas de la cabeza. Pero mi padre venció y yo, gracias a él, también. Qué feliz me sentí.

—¡No puedo creerlo! —gritó Héléne y por un instante pensé que iba a abalanzarse sobre mí—. ¡Eres estupenda! Jamás podríamos haber elegido mejor. Un regalo, sí. Aunque, no creas, también hay muchas obras de esa literatura prohibida que ahora está tan de moda, incluso entre las mujeres, no leen a Platón ni a Diderot pero sí a Dandenis, a Laclos, a Sade o a Restif de la Bretonne. Te enamorará lo que aquí te mostraré, estoy segura.

Héléne siguió hablando de libros entusiasmada, pero yo, por desgracia, apenas podía seguir sus referencias, no conocía a casi ninguno de los autores que ella me enumeraba, ni mi maestro ni mi padre habían llegado a tanto, y reconozco que mi atención se desvió. Me fijé en un escritorio junto a la ventana, nunca había visto ninguno tan bello, la madera brillaba y los cajones y el altillo estaban tallados con hermosas formas. Las cortinas descorridas en un lateral permitían pasar la luz por allá, y convertían la pared de ese lado donde estaba ella en un pergamino al incidir de refilón. Uno que

revelaba secretos. Hélène me agarró de la mano.

—Ven, acércate, quiero mostrarte algo —me dijo, señalándome el escritorio.

Entonces, al otro lado del pasillo se escucharon algunos pasos y Hélène me soltó enseguida y se acercó corriendo al mueble. Con prisa, cerró los libros y las libretas que reposaban sobre él, los amontonó y esperó colocada de espaldas a ellos, mirando hacia la puerta. Christophe y su padre abrieron en ese momento, con un estrepitoso sonido de los goznes.

—No entiendo por qué no deseas hacer engrasar estas malditas bisagras, querida —dijo el señor Albert mientras entraba y caminaba hacia su esposa—, parece que van a desencajarse en cualquier momento. Aunque veo que por fin te has decidido a hablar con Amélie. Te dije que te haría bien.

El señor Albert besó la mano de Hélène. Christophe no pasó del quicio; él me miraba sin disimulo. Me ruboricé y bajé la vista. Aun así, me da cuenta de que el joven no saludaba a su madre. Ni siquiera se acercó a ella.

—Es un encanto, sí, tenías razón, Albert. Pero ya estábamos terminando, creo que se le hace tarde.

—Es cierto —dijo su marido—, no debemos entretenerla más. Debe irse. Pero ¿qué hacíais aquí arriba con la tarde tan hermosa que ha hecho hoy?

Me fijé en Hélène, ya no sonreía.

—Yo le pedí que me la enseñara, señor —le respondí casi en un susurro, ante el temblor en los labios de la señora—. Sabía que en esta casa había una maravillosa biblioteca, aunque no podía imaginar que me encontraría con algo tan fabuloso.

—¿También sabes leer? No dejas de sorprenderme, Amélie. Para una dama, este espacio es una pérdida de tiempo y de esfuerzo. Pero por más que insisto en la oportunidad de vender estos ejemplares raros a alguno de esos locos que ahora se pirran por lo viejo, no consigo convencerla. Este es su lugar favorito, pasa horas aquí metida. Es una sentimental, casi todo esto lo heredó de su padre, Hélène se empeñó en transportarlo desde allende los mares para que ocupara la mitad de nuestra casa. No hay mal en ello, él corrió con los gastos, aunque lo peor es que no he logrado tampoco que mi querida esposa me explique qué beneficio obtiene de su lectura. Pero ¿qué mal puede hacerle? ¿Verdad, Hélène mía?

—No sigas, Albert, te lo ruego...

—Por supuesto, por supuesto. No quiero importunaros. Al contrario,

me alegra mucho que por fin os hayáis conocido. Amélie será para ti una gran compañía, estoy convencida de ello, querida.

Hélène seguía manteniendo las manos tras su espalda, sobre los libros cerrados.

—Padre —dijo Christophe desde la puerta, mientras me sonreía sin pudor—, aún tenemos mucha faena.

—No me interrumpas, Christophe. No me interrumpas...

El joven miró a su padre con desdén. O así me lo pareció. Pocas veces los había visto yo juntos que no tuviera él una expresión de desinterés o incluso, a veces, de desprecio hacia el señor Albert. A mí, la verdad, me daba lástima, pues me caía muy bien. Era mi maestro y conmigo casi siempre se mostró correcto.

—Debemos irnos ya, padre —insistió el joven con determinación—. La reunión es en una hora. Y subimos aquí en busca de algo.

—Es verdad, qué poca cabeza tengo. Cógelo, Christophe. Toma la llave, es el sobre azul del primer cajón, en ese gabinete a tu lado. —Se volvió a Hélène—. Tendrás que disculparme, querida, pero hoy no nos esperes para la cena.

—Estoy cansada. Tomaré alguna fruta y me retiraré pronto. Espero que no tardéis mucho, estas reuniones suelen demorarte demasiado.

—Simples reuniones de hombres bobos emperifollados a la última moda que toman té y bollos de manteca y azúcar, y hablan de Política, Filosofía o Matemáticas. Te aburrirías soberanamente, Hélène. Tendrías que ver qué pelucas y qué casacas gastan algunos.

—Dios me libre.

El señor Albert se fue hacia la puerta y se despidió de Hélène como si ella fuera un perro de compañía, acariciándole el pelo. Christophe salió tras su padre sin decir nada, igual que entró.

Ninguna de las dos nos movimos. Yo solo podía mirar a Hélène, su expresión extraña. En cuanto se escuchó el relinchar del caballo y el rechinar de las ruedas del *fiacré* que se ponía en marcha, ella se dejó caer sobre la silla, ante el escritorio. Respiró hondo y se restregó frenéticamente las manos una contra la otra, aunque no había rastro de suciedad en ellas. Cuando se detuvo, volvió a hablarme más calmada:

—Ven, acércate. Eres la persona adecuada. ¿Me harás un tremendo favor? Yo no puedo ocuparme. Pero, de ti, nadie sospechará.

Con las manos temblorosas aún y los ojos apagados como si la vida la hubiese atropellado, Hélène sacó una llave de su bolsillo, abrió uno de los cajones del bello mueble, extrajo de él un sobre voluminoso y volvió a cerrar. Estaba sellado y atado. Enseguida anotó algo en un papel, lo dobló por la mitad tapando lo escrito y lo introdujo en otro sobre más pequeño que se aseguró de lacrar.

—Aquí encontrarás la dirección donde hay que realizar el envío. ¿Lo harás? —me preguntó, y me pareció emocionada como un chaval jugando a hacer pompas de jabón y verlas volar.

—¿Llevar este paquete a la estafeta? Disculpe mi atrevimiento, señora, pero no dispongo del dinero que costará semejante encargo.

—Yo te proporcionaré lo que haga falta. Por supuesto, este debe ser nuestro secreto. Ni tus padres pueden conocerlo. Cuando llegues, abrirás el sobre, le indicarás al oficial la dirección y destruirás de inmediato la nota. No antes. No la guardarás ni la memorizarás. Y no indicarás ningún remitente, aunque insistan en preguntar. Sé que puedo confiar en ti.

Miré el nombre que ella había escrito como tal: era el de Voltaire. No supe qué pensar. Sus ojos se tornaron más oscuros de repente. Luego tuve oportunidad de ver ese extraño fenómeno en su mirada otras muchas veces: significaba que se sentía turbada, incómoda por algo que había dicho o hecho. Me pareció a punto de llorar. Pero se repuso enseguida. Su sonrisa, cálida como la caricia de una flor de abril, me inquietó aún más.

—¿Y por qué está tan segura de mí, señora?

—¿No lo sabes?

Miré hacia el escritorio. Me moría por saber qué había en esos cuadernos que tan a la vista estaban. También en el sobre y en el paquete que ya sujetaba entre mis manos.

—Si lo supiera, no se lo preguntaría.

—Eres lista, Amélie, una joven prometedora. Y antes me has intentado proteger. Lo más aparente a veces es lo que oculta mayores secretos. —Se levantó y me agarró por la cintura, obligándome a andar hacia la salida—. Sé que he acertado contigo. Míralos bien, mira estos libros. Volverás a los clásicos. Si no los conoces, tendrás que hacerlo pronto. Los necesitarás. No parecen obra de mujeres, al menos ellas no fueron reconocidas como sus autoras. Tenían que ser invisibles. Igual que ahora. Pero eso cambiará en los años venideros. Y tú, quizás, formes parte de ello. Por eso estás aquí, Amélie.

Por eso has sido la elegida, solo por eso. No lo olvides nunca, ni siquiera si algún día llegas a sentirte traicionada. Recuerda lo que te digo y podrás entender. Sin embargo, por ahora, esto es todo lo que deseo mostrarte, muchacha.

Salimos de la sala sin prisa, ella miró al frente y a los dos lados tras las puertas que su marido y su hijo habían dejado abiertas, las cerró con llave y entonces me habló casi en un susurro.

—Y cuando desees volver aquí a leer, solo tienes que pedírmelo. Si eres como creo, me gustará enseñarte la esencia de la Literatura. Jamás nadie te ha contado la verdad sobre ella. Pero la verdad está aquí. Está conmigo.

10. Los clásicos



Me fascinan las palomas, son libres, solo les ata la voluntad de volar; es su naturaleza. Verlas elevarse en el cielo me emociona, me gustaría saber hacia dónde van, qué verán desde allá arriba, qué campanario visitarán, en qué nuevo árbol posarán sus garras menudas pero poderosas. Mi padre decía que los otros animales son más sabios, nunca incumplen las normas de su mundo, nadie se ha visto obligado a ahorcarlos para imponerles su voluntad. Por la ventana las veo pasar y las imagino sobrevolando los tejados. El señor Albert tenía un palomar en su propiedad. Allí, a veces, había visto yo a Christophe haciendo de las suyas. Las lagartijas habían sido afortunadas. Pero ya hacía mucho de aquello y las memorias se terminan convirtiendo en murmullos que se lleva el tiempo. Llegué pronto aquel día a la casa del señor Albert, mi padre tenía trabajo —no sé a quién le llegó su hora entonces— y mi madre había asistido a un entierro —la hija de una vecina falleció al dar a luz a su primogénito, el amor se la llevó, dijo ella al salir del cementerio. El amor se lleva demasiado de nosotras, pero lo perseguimos igualmente como el gato a las mariposas.

—Entra —me dijo Christophe sin apenas mirarme cuando me abrió la reja—. Mis padres han salido, pero no tardarán. Espéralos en la caseta del jardín.

Obedecí y me senté frente al lienzo. Observé a mi alrededor, era la primera vez que me quedaba a solas en la casa con él y esa intimidad me perturbaba. Una granada cayó del árbol a mis pies, el ladrido de un perro al otro lado del muro me asustó. Enseguida me olvidé de la presencia del joven. Me esmeré por conseguir aquel matiz de azul que se me resistía, el que el señor Albert me había pedido que imitara para comprobar hasta dónde llegaba ya mi dominio de sus enseñanzas, que resultaron mucho más provechosas tras todo ese tiempo acudiendo a sus clases con el consentimiento de mis padres. Y tan ensimismada me encontraba que no lo oí llegar. Con rapidez, Christophe se colocó a mi espalda, me metió la mano bajo el peto, me agarró un pecho y me besó en los labios. Jamás antes en mi vida nadie me había tocado así, y, desesperada, intenté separarme de él, pero me aferró rodeándome con el otro

brazo. No logré separar mi boca de la suya. Su lengua sabía dulce, como si hubiera comido nísperos. Cuando me quedé inmóvil, se apartó de mí.

—Te ha gustado —afirmó con una sonrisa.

No respondí.

—Sé que te ha gustado, no finjas.

—¿Por qué has hecho eso? Nunca me hablas. Solo me miras.

—Sabía que te gustaría.

—Mi boca es mía y mis pechos también. No vuelvas a tocarlos.

Él me observó perplejo, las mujeres no contestan así a los hombres. Pero yo me sentía llena de rabia, él me había ofendido.

—Ven, quiero enseñarte algo —Christophe me agarró de la mano y tiró de mí.

Me encontré siguiéndole en su carrera, sin oponer resistencia ni preguntar. La intriga por saber a dónde me llevaba era mucho mayor que el miedo a lo que pudiera querer hacerme; aunque confieso que también sus intenciones me suscitaban curiosidad. Y, además, ya no me avergüenza reconocerlo, él tenía razón: por algún motivo que yo no conseguía entender entonces, su beso también me había gustado. Ahora, sé que ese rubor forma parte de la vida. Subimos corriendo la escalera que conducía a la biblioteca, sacó una llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió con el chirrido espantoso que ya me había sobresaltado cuando conocí a Hélène y visitamos ese mismo lugar.

Christophe entró y se dirigió a una de las estanterías, la que estaba más al fondo. Apenas había luz y olía a cerrado. Yo no podía dejar de mirarlo todo, me maravillaba esa estancia, como si estuviera llena de dioses que me hablaban, aunque siquiera imaginarlo fuera un gran pecado. Uno de tantos. Me santigüé.

—Te he observado —me dijo él—, anhelabas subir aquí, pero no te has atrevido a pedírselo a mi madre, y ya han pasado varios meses desde que ella te mostró todo esto. ¿Por qué no le has dicho que querías regresar?

Me ruboricé, era la primera vez que hablábamos a solas y yo siempre había pensado que él no sabía nada de mí. Sin embargo, parecía conocer demasiado.

—Eso no es asunto tuyo —le respondí, intentando mantener la compostura.

—Sí lo es. Y mucho. Si no insistes, ella no te enseñará. Y mi madre te

necesita.

Me quedé perpleja, pero su seguridad me desarmó. Preguntarle para qué me necesitaba Hélène era reconocer mi estupidez. Christophe sacó con sumo cuidado cuatro libros de la estantería y, detrás de ellos, deslizó despacio hacia un lado lo que me pareció una falsa pared. Hurgó tras ella y extrajo dos ejemplares mucho más antiguos que los que estaban a la vista.

—Cógelo —me dijo, ofreciéndome uno—. Sabes lo que es, ¿verdad?

Asentí, el ejemplar de *La Odisea* era hermosísimo. El otro, el que aún sostenía en su mano, parecía *La Iliada*. De ambos había oído comentar a mi tutor, tan apasionado del mundo griego como mi padre, de los muchos que empezaba a haber en ese momento en Francia. Para el lector normal y corriente que pueda tener interés en este escrito, pero sea, seguramente, desconocedor de semejantes obras extrañas en estos años en los que los analfabetos son legión —yo doy gracias a mi padre por sentir y pensar como un ser de luz y hacer de mí una de las raras excepciones— explico someramente que se trata de los dos primeros poemas de que la Literatura Occidental tiene constancia. Pocos lo saben, sí, porque pocos leen en esta era de tinieblas y muchos menos aún conocen las obras provenientes de la lejana y desconocida Grecia Antigua. Su importancia empezaba a entenderse entonces, y ya suscitaban airadas discusiones entre sabios. La primera traducción al francés de la Odisea había sido obra de Madame Dacier hacía apenas unas décadas, y solo los eruditos la habían leído. Para mí, sin duda, son las obras más maravillosas que tuve ante mis ojos, o al menos así Hélène logró después que yo los viera. Quizá dentro de siglos se los conozca y se los considere de ese modo, si la moda que parece haberse iniciado entre los de nuestra época tiene continuación. Yo así lo deseo.

—Bien, no esperaba menos —respondió él, con satisfacción—. Estos ejemplares son los más antiguos que podrás encontrar en Francia, y yo diría que también en toda Europa, de la época romana. Son los más importantes que posee mi madre, aunque en realidad ahora le pertenecen a mi padre. Todo y todos aquí le pertenecemos a él. Pero si le pides a ella que te ayude a traducir del griego, terminará enseñándotelos. ¿Lo harás?

Recordé entonces que esa había sido la intención de Hélène la primera vez que nos vimos, deseaba mostrarme algo que no llegó a concretar, pero no había vuelto a mencionarlo. Como había dicho Christophe, habían pasado muchos meses. Desde entonces no la había visto más que como una sombra

saliendo y entrando. Asentí de nuevo. Me sentía cohibida y al mismo tiempo excitada ante él. Sus ojos eran penetrantes y sus manos grandes. Me encontré inquieta y, aunque sorprendida por mi desvergüenza, esperando otro beso que esta vez no llegó. Él continuó:

—Mi madre atesora varios ejemplares que recogen lo que en un principio podría haberse ido pasando de boca en boca, quizá, aunque nada se sabe en realidad sobre ello. Estos son muy valiosos, este incluso está comentado por Heródoto, los heredó de mi abuelo, un inglés bastante loco.

Christophe volvió a dejar los libros donde los había encontrado y lo colocó todo como estaba. Con el plumero se esmeró en limpiar los estantes y el lomo de los libros a su alcance.

—Vamos, tenemos que salir de aquí, pueden llegar en cualquier momento. Pero recuerda que me lo has prometido.

—Yo no te he prometido nada.

—Vaya, tienes lengua.

—Eso ya lo sabías.

—Sí, es cierto —me dijo y yo me fijé de nuevo en sus ojos. No podía evitarlo, me atraían—. Solo una advertencia más: nunca hables de esto delante de mi padre. Él no debe saber nada de lo que hacéis, tampoco mi madre debe enterarse de que yo te he hablado de estos libros. ¿Lo has entendido?

—Por supuesto. No soy estúpida.

—Por supuesto, no lo eres. O ella no te habría elegido.

—¿Elegido? ¿Para qué?

Sonaron relinchos y el ruido del coche frenando ante la reja. Los dos salimos a toda prisa. Christophe se metió en su pieza y yo bajé a la caseta y me senté de nuevo a trabajar en mi lienzo intentando calmar los latidos de mi corazón al admirar sus vivos colores. Olía a aguarrás y a aceite de trementina, y me sentí rara, algo en mí había cambiado, mientras las palomas echaron a volar por encima de los muros de aquel patio lleno de mentiras.

Tardé semanas en encontrar el momento propicio, un día en que por fin el señor Albert se había ausentado sin avisarme cuando yo llegué para recibir una de sus clases y entonces hice como me había pedido Christophe y le rogué a Hélène que me ayudara a mejorar mi conocimiento de esos idiomas antiguos

tan maravillosos. Y como él había predicho, tras unas primeras lecturas más sencillas, insistió en que estudiáramos dos, de radical importancia: los que él me había enseñado. Aunque ella, antes de mostrármelos, me hizo jurar que jamás le hablaría a nadie de nuestro secreto. Y mi trabajo me costó hacerle caso porque bien sabía yo lo que mi padre habría disfrutado al compartir mis nuevos conocimientos. Esa traición todavía no me la perdono, fue lo que más me costó, ocultarle a él que su hija iba a traducir dos obras que le habría fascinado conocer. Sin embargo, tuve que hacerlo. Fue una lealtad a cambio de otra.

Tardamos más de dos años en traducir, a ratos, *La Odisea*, y en breve comenzaríamos con *La Ilíada*. Y me gustó tanto aquel trabajo que cada vez que debíamos posponer nuestras sesiones, me cambiaba el carácter y estaba así días, enfadada y quisquillosa. También percibía en ella su fastidio en la mirada o en el gesto cuando se acercaba a saludarme. Sin embargo, ante su marido, las dos aprendimos a mentir.

Así, durante ese tiempo traté a Hélène a menudo y, aunque aquella primera sensación que me produjo cuando la conocí de hallarme ante una dama desamparada no me abandonó nunca, me di cuenta enseguida de que era una gran mujer, distinta de todas las que había tratado en mi vida. A ella mi presencia le reconfortaba, y me convencí de que esa había sido la razón por la que su hijo me había hecho aquella extraña petición, más extraña aún por cuanto él, sin embargo, apenas le dirigía la palabra, al menos mientras yo me encontraba delante.

Guiada por ella, descubrí un universo maravilloso, que superaba en mucho aquel en el que mi instructor me había introducido a duras penas, por la resistencia de mi madre a que perdiera mi tiempo en lo que no me habría de servir para nada. Siempre me he preguntado si la razón de su diferencia con mi padre era que él fue el único hombre que conocí que realmente estaba por encima de los otros: mataba a sus semejantes como si tuviera licencia divina, con el beneplácito, en teoría, de los demás hombres buenos. Sin embargo, mi madre no tuvo más remedio que darse por vencida y asumió que no podía hacer nada por impedir que siguiera acudiendo al hogar de los Lambert. Lo dejó en manos de Dios. Confiaba en que Él omnipotente me pondría en la senda apropiada; no sé cuál sería su reacción ahora de haber sobrevivido el tiempo suficiente para conocer el destino al que me condujeron los acontecimientos que para ella entonces fueron motivo de grandísima alegría.

¿Se tiraría de los pelos y lloraría desconsolada? No, ella no era así. Ella era una mujer seria, que cumplía con sus obligaciones y quería, como todas las madres, que yo fuera como ella.

Pero disculpe el lector el rodeo, el pensamiento se mueve sin timón, con libertad, a través de las sendas de la memoria, no sé bien según qué vientos. Yo querría olvidarme de mi pasado, si lo recuerdo es solo por miedo. Pero todo lo malo no había sucedido aún y yo era una muchacha feliz, a pesar del extraño lugar que ocupaba en el mundo. Y habían dejado de importarme los cuchicheos y las miradas despectivas y aprendí a considerar a mi padre por lo que era conmigo y no por lo que hacía. Su deber no le definía. Él no era libre para zafarse de él y, para mí, era un gran hombre tal solo por cumplirlo, fuera cual fuera. Las miserias de los pequeños hombres son a menudo provocadas por el tiempo que les tocó vivir más que por su propio ser. A mi padre le tocó ser verdugo; a mí, mujer.

11. El hotel de la rue Saint-Honoré



Con el beso de Christophe, algo se alborotó en mí. Nunca me había sentido así, mi mente había permanecido alejada de las pulsiones del amor y mi cuerpo dormía, como duermen todos hasta que de repente salta la locura de las pasiones. Supongo que, simplemente, él me despertó para el placer, y desde entonces, cada vez que volvía a casa del señor Albert, me encontré buscándolo. Cuando por fin estaba cerca de mí, lo espiaba, aun a mi pesar, pues algo en mí me decía que me alejara, una especie de intuición que, lejos de seguir, ahogué. La tiré al mar, la guardé bajo siete llaves, la asfixié. Siempre me gustaron los colores claros, la luna llena y los hombres equivocados. Tampoco estaba yo entonces en disposición de elegir de quién podía enamorarme, pobre de mí, ¿cómo podría yo escoger, si no era más que la hija del verdugo de París?

Sin embargo, por suerte, Hélène siempre me hizo sentir una persona como cualquier otra, una mujer normal. Ella era dulce y comedida, y jamás habló de mi procedencia, de mi familia ni de la horrible profesión a la que se dedicaba. Quizás porque ella ocultaba un secreto aún más atroz que el mío. Tampoco era corriente como la mayoría, llenos de horribles prejuicios en contra de nosotros, apestados para cualquiera, como la estúpida marquesa que se encontró con mi abuelo en una fonda y, sin saber quién era él, lo invitó a compartir con ella su mesa. Mi abuelo Frederic Sanson era un hombre culto, como mi padre, y bien parecido, agradable de ver y de escuchar, y se encontraba en un lugar al que solo podían entrar personas de linaje; la marquesa no dudó de que lo fuera, y él se presentó como «oficial del Parlamento». Es lo que era. Comieron en compañía el uno de la otra, mi abuelo era un gran conversador y la marquesa pareció disfrutar de su charla. Al abandonar la posada, un conocido de la señora le reveló su oficio y ella se echó a llorar. Dolida, acudió al Parlamento para exigir que mi abuelo le pidiera perdón y que se le obligara a llevar una señal que le distinguiera en su ropa y en su carruaje. Él no encontró quién le defendiera en el juicio. Solo su inteligencia le salvó de la condena a muerte: dada la poca tela que había hecho falta para crear su acusación, consiguió demostrar que su profesión no era tan

ignominiosa como para ofender a la condesa, ya que ¿puede el Estado encomendar a otros cargos infames y deshonorosos? ¿No sería entonces él responsable de lo que les encargó?

Y la señora Hélène se convirtió con el tiempo en una razón casi igual de poderosa que mi pasión por la pintura para pasar muchas de mis horas de asueto en su casa. A veces, sin embargo y a pesar de que el tiempo pasó entretenidas en estas vicisitudes y yo me convertí a su lado en una mujer, me trataba como una niña, como si no pudiera valerme por mí misma. Me ofrecía regalos que yo no aceptaba nunca y luego solía insistir a la siguiente ocasión como si no los hubiera rechazado, y olvidaba también detalles triviales, como la hora, o cómo se debía servir el té. Llegué a pensar que estaba perdiendo la memoria como mi tío abuelo el de San Remy, que terminó sin recordar ni cómo se comía el paté o se debía asear —no sabía ni qué hacer con el paño humedecido que mi tía le ofrecía.

Así, por todo lo que ya había vivido a su lado, no me extrañó en absoluto la extraña propuesta que me hizo en otra de esas ocasiones en que el señor Albert tuvo que atender una tarea pendiente y no envió a nadie a avisarme para que no fuera a su casa.

—¿Me acompañarías? —me preguntó Hélène en cuanto Christophe abandonó el jardín donde ella me esperaba dando vueltas de un lado a otro, con la impaciencia reflejada en sus ojos y la bata arremangada sobre las rodillas y a pesar de la nieve, que cubría el suelo y, bajo su peso, hacía temblar las plantas mustias del jardín—. Regresaríamos a la hora que acostumbrabas a marcharte. Es una sorpresa. Una joven como tú, tan despierta y sensible, disfrutará de la presencia ante la que me gustaría llevarte. Lo único que te pido a cambio es que lo mantengas en secreto. Hace muchos meses que no acudo y sin duda a mis amigas les alegrará que nos acompañes. Ya estás preparada.

Miró a los lados, se acercó a la puerta de entrada y escuchó con la oreja pegada. Me fijé en su atuendo, ese día no demasiado estrambótico pues al menos iba bien abrigada; a menudo me la encontraba vestida de una forma estafalaria, una vez con los calzones de terciopelo de su marido, otra con un sombrero de caza, el camisón de dormir y una falda rematada en fino encaje bajo la que sobresalían las botas de montar. Las combinaciones eran, desde luego, para no olvidar. Yo me guardaba mucho de hacérselo notar, me divertía verla así ante mí, una gran dama que parecía una cría jugando a un juego

misterioso que tardé muchos años en comprender. Pero, a pesar de todo, Hélène era una mujer especial. Eso lo supe siempre.

Entonces, de repente, se acercó corriendo, me tomó de la mano y me llevó a su alcoba. Un globo terráqueo del tamaño de una sandía sobre el armario llamó mi atención; pero solo fue el principio: desparramados sobre una enorme mesa de caoba oscurecida, en el suelo y en cualquier lugar en el que hubiera espacio suficiente, urnas, ánforas y jarras, pintadas algunas con maravillosas figuras negras o bellos dibujos geométricos, casi todas incompletas; un par de vasos de alabastro para perfumes; fragmentos de estatuas de mármol: el tronco de un soldado con casco de hoplita, una hermosa cabeza de mujer, un centauro sin la cola ni los brazos humanos; trozos de cornisas, algún capitel corintio y pedazos minúsculos de columnas jónicas; un gigantesco mapa incompleto de la Grecia antigua, de piel curtida, y otro nuevo y en ambos marcas de un misterioso viaje; y algunos otros artilugios que ni siquiera supe identificar. Me quedé maravillada observando aquellos tesoros, que ocupaban una gran parte de la amplia habitación. Ella, mientras tanto, trasteó en el armario, de una madera hermosa y mucho más grande que los que yo había visto jamás, y me mostró un vestido.

—Póntelo —me ordenó, sin dar ninguna importancia a lo que había allí.

Hice un esfuerzo por apartar la vista de los objetos y fijarme en la prenda que me ofrecía. Era demasiado lujosa para mí.

—No lo mires así, es mío, no siempre he sido tan desaliñada. Y, por favor, date prisa, no quiero tardar mucho en salir o no llegaremos antes de que Albert regrese.

Hélène era delgada, demasiado para considerarse hermosa o hasta sana, e incluso entonces la prenda podría haberle servido, aunque me costó mucho trabajo imaginármela con ese vestido alegre, de seda y tafetán, volantes e infinidad de lazos en el cuello y el peto, miriñaque incluido, y esos preciosos zapatos rosados de tacón.

—No tengas pudor, niña. He visto muchos más cuerpos desnudos y son todos iguales. Carne y huesos. Humores y excrecencias. Poco más. Te sentará muy bien. Déjame que te ayude a colocarlo como se debe.

Me desnudé con rapidez y me volví a vestir con mayor atropello aún; su ayuda, en efecto, me vino bien.

—Preciosa. Estás preciosa, Amélie —me dijo con una sonrisa

reconfortante como el aguacero en agosto—. No es imprescindible que vayas así ataviada, pero sin duda causarás mucha mejor impresión. A donde vamos, siempre es apropiado parecer mucho más de lo que se es.

No me atreví a preguntarle sobre ese misterioso sitio. Parecía que la idea de volver le gustaba mucho, porque se arregló también con premura. Como última recomendación, Hélène me pidió que me calzara los chapines forrados de pelo de marta y me enfundara al cuello una de sus pieles, como ella misma había hecho.

Fuera, el frío arreciaba. La ventisca y la nieve habían dejado de caer, yo lo había comprobado antes de salir de casa porque, de otro modo, mi madre no me habría permitido acudir a mi cita con el señor Albert, asustada por la dureza que aquel invierno había demostrado, ni aunque nuestro cochero me llevara o la criada me acompañara, como a veces hacía cuando salía sola. Y el cielo seguía despejado, aunque las últimas nieves no se habían deshecho todavía y los árboles continuaban ennegrecidos de la quemazón que el hielo continuado les había infligido. El cierzo soplabá, sin embargo. Tan frío llegó a ser ese invierno, que los hospitales y los conventos y algunos otros edificios públicos sirvieron para dar cobijo a los centenares de miserables que se helaban en las calles; incluso llegaron a resguardarse en las cocheras de algunos. Mi padre me avisó también de que fuera precavida y no me acercara a los barrios donde no se debía ir, era el mes de abril y llevaba nevando sin cesar durante cuatro meses, no había combustible y no había pan, y sin combustible nadie habría podido cocinarlo. Muchos tenían hambre. Además, las calles permanecían mucho tiempo congeladas y los caballos no podían avanzar con demasiado peso en sus carruajes; pero, cuando se deshacía, no había jamelgos ni mercaderes suficientes para cubrir las necesidades de alimentos de la imponente ciudad.

Al salir de la propiedad de Hélène, un obrero, de los muchos que se encargaban de esa tarea, retiró con la pala la nieve que se había amontonado tras el portón. Era imprescindible impedir que los caballos resbalaran y los peatones corrieran más riesgos; incluso se llegó a multar a los ricos que, por desidia o urgencia, aplastaban a los pobres. Algunos empezaron a viajar en trineo y no en carroza. Las calles parecían espejuelos plateados y el río se llenó de patinadores pánfilos que caían intentando piruetas.

Subimos al trineo, que conducía un cochero sin librea, no el de la casa, pues Hélène no deseaba dejar rastro de dónde habíamos ido. Dejé de

mirar fuera al avanzar por el bulevar de Montant, donde infinidad de mendigos esperaban a que llegara la noche. Por ahí, jamás se debía pasar. Me ajusté mejor la piel al cuello. En todo el camino el hielo y la nieve siguieron cubriendo el suelo, pero no tanto como para que pasara lo que algunas otras veces, que las aguas pestilentes terminaban por inundar ciertas calles, en ese París sin cloacas ni pendientes que permitieran el desagüe.

Frente a la puerta del lujosísimo edificio donde nos detuvimos, en la rue Saint-Honoré, vis a vis con Les Capucins, ante los dos criados vestidos de gala y peluca a la moda de la corte que nos abrieron, Hélène me sujetó por los hombros:

—Cuando entremos, solo escucha. Entre personas de agudo ingenio, lo más inteligente es prestar atención. No es mejor orador el que habla más, sino el que interviene lo que debe. Aquí se viene a conversar, antes que escribir, hablamos y antes que crear, escuchamos.

Al percatarme de dónde me había conducido, se me escapó un grito. Ella me sonrió y se llevó el dedo índice a los labios. Yo había oído hablar de los famosos salones que tenían lugar en París y en otras ciudades importantes, en casas particulares, casi siempre dirigidos y atendidos por mujeres de exquisita educación y mucho dinero, ellas, sus amantes o sus maridos. Aunque esa intimidad los hacía inalcanzables para mí, todos sabían cuál era su papel y que en ellos se cocían las judías del pensamiento, el arte, la vida social y, a veces, hasta el poder.

Me sentí cohibida y se lo dije, mientras el sirviente nos retiraba la capa y la piel, y se las llevaba.

—No seas niña, Amélie, dentro está lo interesante. Tu entrada en el mundo. *Hay que ser mujer del mundo*. A este salón han venido poetas, escritores, filósofos y grandes pensadores de nuestro tiempo, y llevan haciéndolo décadas. Es uno de los más importantes de París. Madame Geoffrin reúne aquí a la *crème de la crème* de la alta cultura, eruditos, artistas, filósofos, escritores. Cada dos semanas ofrece a sus huéspedes una cena. Ella tiene algo especial que atrae a las inteligencias más brillantes como si fueran ellos las polillas. Pocas hay como mi amiga, aunque algunas sí: parisinas, sobre todo; si tienen marido, ellos son liberales como para permitirles esto, aunque lo mejor es que no lo tengan, que sean viudas —como ella, y su dinero lo recibe de su fábrica de hielo— o abandonadas para que puedan ser independientes, pues solo así pueden realmente vivir como desean,

con sus propios medios y gran cultura. Les cuesta mucho sacrificio lograrlo, siempre es así: quizá aprendieron al escuchar cómo sus hermanos recibían instrucción de sus maestros, tras una cortina gruesa o un gabinete... Hay tantas historias así... Ellas son dignas de admirar, Amélie. Las más afortunadas son las hijas de los clérigos protestantes que, como tu propio padre, decidieron enseñarles latín y muchos otros de sus valiosos conocimientos, y con bibliotecas donde hurgar mundos nuevos. Fascinantes siempre son estas damas, muchacha, no lo dudes.

No supe ni qué decir. Me tomó de la mano y pasamos dentro. Otro sirviente nos acompañó a la sala repleta. La gran casa me impresionó, antes había sido un hotel en el que una escalera de mármol blanco llevaba hasta las múltiples habitaciones, tan enorme y lujosa que no podía dejar de mirarla, aunque era igual de magnífica que todo lo que le rodeaba: tapices de punto de seda, cortinas de encaje de Tours, candelabros de Clodion —en algunos conté hasta trece bujías—, gabinetes con incrustaciones de marfil, sillas de tijera y, por todos lados, cestos repletos de olorosas flores. Sobre las consolas, hermosas piezas de porcelana de Meissen, jarrones de Sévres, vasos venecianos, orfebrería y hasta algún tapiz de los Gobelinos, todo adornado al estilo de Meissoniere. Las paredes estaban repletas de pinturas de autores talentosos, a los que yo, por supuesto, no conocía. Me sentí pequeña, diminuta, y supe que mi amor por el arte era lo más hermoso que Dios me había dado. También, que era muy cruel por no permitirme vivir rodeada de él, como a Madame Geoffrin.

—Como ves, mi amiga adora la belleza, por eso dedica los lunes solo para recibir a los artistas. Ahí arriba acomoda a sus invitados, esas son sus habitaciones —me dijo Hélène, señalando a las escaleras—. Es raro ver esta disposición en una casa así, ella la ha construido de este modo adrede. A veces, recibe en su alcoba, tumbada, con las cortinas de su magnífico dosel de brocado de seda azul, una obra de arte, descubiertas mientras los visitantes se sientan en sillas colocadas para ello en la callejuela. Dicen que es porque tiene frío... no es verdad: ella tiene un problema de espalda que a veces la impide moverse. Es todo un espectáculo verla debatir con mujeres y hombres entre las cuatro columnas adornadas de plumas de ave del Paraíso, Amélie. Marie-Thérèse es una mujer excepcional, habla o entiende cinco idiomas, entre ellos por supuesto latín y griego, y ¡se atreve a escribir! Hoy la reunión será más animada, siempre hay más gente a estas horas, cuando recibe en su

salón. Y solo habrá mujeres. Desde hace años nos dedica la jornada de hoy a nosotras. Pensé que sería lo mejor para introducirte en este mundo maravilloso.

En mitad de la sala, un busto de Voltaire sobresalía entre dos grandes espejos que duplicaban la luz de las tres arañas de cristal cuyas incontables velas llevaban un rato encendidas. En las paredes colgaban retratos de personajes que yo conocía de oídas y también por las octavillas que mi padre me enseñaba: un actor recitaba en ese momento una de las obras del filósofo. Todos escuchaban en silencio. Hélène y yo nos sentamos en una esquina, en un sillón con respaldo alto y recto, mullido y cómodo que tampoco había visto antes en ningún otro lugar, procurando no llamar la atención. Me acomodé allí. Me moría por escucharlas. Hélène me señaló a la anfitriona, una mujer que debía de haber sido hermosísima; los rasgos de la belleza se quedan impresos en el rostro, aunque la vejez los desdibuje con su cruel paño incluso en los lienzos más lujosos. Cuando terminó, aplaudieron hasta que otra dama, rechoncha, baja y con la piel blanquísima cual escayola de Sévres, comenzó a hablar. Era la pobre Rose y fruncía el ceño sin cesar como un castor de montaña. Las demás, que la rodeaban, la escuchaban con atención.

12. El salón de Madame Geoffrin



—Os digo que es así. Yo he tenido en mi poder esa versión del libro. —En el salón, algunas la increpan, pero Rose continúa sin escucharlas; alza la voz. Todas la atienden con interés; ella medita cada palabra que pronuncia—. ¿Y por qué no iba a ser así? ¿Es que acaso tiene lógica? Rousseau y otros como él nos relegan a nuestros hogares, la calle está reservada para ellos. Pero no tenemos por qué continuar igual. No debemos creer que nuestro papel tiene que seguir siendo ese siempre, ¡nosotras no podemos dejar pasar la oportunidad que nos dan los nuevos tiempos que se avecinan!

—No nos dan otra opción, Rose —responde otra de las damas, de baja estatura, brazos regordetes, lunar en la mejilla sobre fondo de polvo blanco de arroz y primorosos labios violetas; me parece la más coqueta—. Muchos nos critican. Ya he oído hablar antes de ese libro, pero el propio Voltaire rechazó haber escrito esa parte de la que hablas. Sabemos que no puede aceptar ser el autor de obras prohibidas, esa no está incluido en el *Index librorum prohibitorium*, al menos todavía, pero él sí reconoció ante algunos amigos haberlo escrito y sin embargo negó haberse referido de ese modo a las mujeres.

—¿Porque es un cobarde, igual que los otros! Muy pocos hay que pongan la mano en el fuego por nosotras —Rose grita. Sus pecas, naturales esta vez, bajo el colorete intensísimo se tornan de color naranja—. Pero yo he tenido ese libro entre mis manos, os aseguro que sé lo que vi.

—¿Y por qué no nos lo traes? —pregunta Madame Geoffrin con tanta tranquilidad que parece una estatua. Todas la escuchan—. Es tan fácil como eso. Dejará de ser una leyenda esa versión del *Diccionario filosófico* de Voltaire.

—¿Es que es un disparate! —grita otra joven desde el lado opuesto—. ¿Acaso alguien cree de verdad que nos permitirán educarnos como a los hombres? ¿Que una dama podrá estudiar Filosofía, lenguas o Retórica?

—¿Y por qué no? —responde Madame Geoffrin.

—Porque no somos capaces —dice otra con extraña serenidad, medio oculta en un lateral.

Me llama la atención su aire de superioridad, parece mucho mayor de lo que el timbre añinado de su voz delata. Se arma un revuelo, las otras mujeres la increpan, pero ella les sonrío y hace una reverencia.

—Por favor, dejadla hablar, que no se diga que mi hija Adelaide no tiene derecho a expresar sus opiniones como cualquiera de nosotras en su propia casa.

—Gracias, madre. Tu ecuanimidad es de agradecer. ¿No habéis leído los artículos que d'Alembert y Diderot nos dedican en su perseguida y fabulosa *Enciclopedia*? Han descrito exquisitamente lo que las mujeres somos. Ni un punto ni una coma sobra para definirnos.

—Ilústranos, hija mía. Seguro que algunas no conocerán el nuevo apunte de esa obra de arte de la nueva Filosofía que tú te sabes de memoria. La *Enciclopedia* es justo la representación de lo nuevo que viene: el reconocimiento de que apenas sabemos nada sobre nosotros, de que hay tanto por hacer, tanto por conocer, tanto por descubrir. La representación de lo que la Ciencia nos traerá, prosperidad y, sobre todo, conocimiento.

Adelaide se levanta y se coloca en el centro de la sala. Sus movimientos son lentos, premeditados, de sinuosa gata.

—El abad Mallet pone el acento en la cuestión —explica la joven en voz más baja. Cuanto menor es su tono, más silencio guardan las otras—: te remite a las palabras *hombre*, *hembra* y *sexo*. Nos definimos en función de lo que ellos son, ellos son lo general. Por eso hay que consultar el artículo sobre el hombre para entender lo que somos nosotras. Diderot en su primer artículo considera que la definición de *hombre* debe remitir a otros artículos magníficos y universales: «concepción», «embarazo», «embrión», «feto», «alumbramiento», mientras que la mujer es tan solo «la hembra del hombre». Él siente, piensa, reflexiona, tiene cuerpo y alma, es capaz del bien y del mal y vive en sociedad; a la mujer, sin embargo, se define en lo biológico en función de ellos, como dice Diderot, «de nosotros». También Mallet afirma que somos «un hombre frustrado» aunque achaca a las costumbres de religiones, pueblos antiguos y sistemas políticos esos prejuicios, excepto a la religión cristiana en la que claramente, el hombre es superior, aunque la mujer en teoría posea derechos de igualdad. En el segundo artículo sobre la mujer, que nos interesa aún más, De Jaucourt afirma que somos una posesión del marido, necesarias para conservar la especie, en lo que ambos colaboramos, aunque solo uno de los dos debe gobernar. ¿Adivináis quién? —la hija de Marie-Thérèse sonrío

— También, al casarnos, aceptamos nuestra sumisión y lo hacemos de modo voluntario, o ¿acaso os obligan a desear un marido? Cuánta hipocresía... El artículo a cargo de Desmahis es aún más interesante: moralmente, la coquetería es un hecho primitivo en nosotras, mientras que ellos gobiernan de forma natural. ¿Alguien puede aportar argumentos sólidos que nieguen estos? Son pura razón y así ha de ser. Solo sois unas estúpidas engreídas e histéricas.

Adelaide, de pie en medio de la sala, mira con desafío a su madre, que le retira la vista, e ignora el murmullo que se convierte en algarabía: unas dicen que sí y otras que no, hacen aspavientos, la increpan. Madame Geoffrin habla de nuevo y todas callan. Parecen ratas alrededor de la cobra.

—Gracias, hija, por tu intervención, siempre serena y a favor de tu sexo. —La mirada de Marie-Thérèse me parece triste, pero enseguida se recupera y se dirige a todas—. Mal favor nos hacemos a nosotras mismas si ni siquiera en esto nos ponemos de acuerdo. Pero tengo que objetar a tu argumentación, hija mía, bien razonada, eso sí, y de fuentes de prestigio, pues Diderot y d'Alembert tienen toda mi admiración... Hace un tiempo frecuentaban nuestra conversación. Sin embargo, hay aclamados filósofos que sí nos explican en función de nosotras mismas. Y no es la primera vez que se nos define como un espejo del hombre, Platón ya nos consideraba tan solo como oposición a ellos. Pocas cosas han cambiado desde entonces. Sin embargo, creo que callas, querida hija, por desconocimiento y no por interés, que hay también en la *Enciclopedia* otros artículos referidos a la mujer en los que se contradice tu exposición. Por ejemplo, los que señalan como un simple prejuicio sobre la inferioridad de las mujeres la idea de Hipócrates y Galeno sobre que los órganos femeninos no son más que los masculinos sin desarrollar; o también el primer artículo, que opone, con las ideas de Jocourt que tú, mi amada Adelaide, no has mencionado, el derecho natural al derecho positivo para defender que existan contratos de matrimonio que permitan que las mujeres conserven su autoridad tras casarse.

»Pero ahora no entraré más en esa cuestión. La que nos importa es la de nuestro amigo Voltaire. Te ordeno con todo mi amor, querida hija, que tú tampoco vuelvas a ella. —Los ojos de Adelaide se encienden. Pero se sienta y se mantiene en silencio mientras su madre continúa hablando. Yo me siento anonadada por tanto conocimiento. Pero me callo y escucho. Casi siempre resulta mejor—. Y sobre el libro del gran filósofo, creo que nuestra amiga tiene razón: la única forma de que podamos creer lo que Rose nos cuenta de él

es tenerlo en nuestro poder de una vez para comprobar su contenido. Yo misma he escuchado a François-Marie renegar de esa versión rara del *Diccionario Filosófico* de la que habláis. Si el propio autor proclama no haberla escrito, ¿cómo podemos los demás poner en duda sus palabras? ¿Y de qué nos serviría? Y muchos reniegan de la autoría de los libros prohibidos, solo si se reconoce ser el autor de un anónimo, como sigue siendo de forma oficial esa dichosa obra suya, se puede sufrir la condena por haberlo escrito. Negando la autoría, los pensadores como él se ponen a salvo en estos tiempos revueltos. A nadie le gusta perder la vida y la honra. Y menos, como todas sabéis, a él. Se dice que le atrae demasiado el poder y el dinero y que huye de polémicas peligrosas. Pero ¿no parece extraño que haya reconocido haber creado el *Diccionario* y sin embargo reniegue de haber defendido en él la igualdad de derechos de mujeres y hombres? Es una locura y creo que, aunque tuviéramos en nuestro poder ese ejemplar raro, no podríamos deducir que él es su autor. ¿No deberíamos entonces dejar de discutir sobre ello?

Rose, que habló en primer lugar, se levanta la falda y señala su vientre.

—Como que esto es virgen y jamás será ultrajado por un varón juro que ese libro existe y que esa parte también está escrita del puño y letra del filósofo. No podrá renegar más de su autoría. —Se recoloca el vestido entre las risas de muchas y las manos en la cabeza de otras y sigue hablando, extremadamente serio el rostro—. Solo existían dos como ese, ambos manuscritos originales de Voltaire, y uno de ellos fue quemado en la hoguera hace años junto con su poseedor, el caballero de la Barre. ¿Por qué no queréis creerme?

—Dejad tranquilas las faldas, por favor, y traednos el libro—insiste la anfitriona.

—No puedo. La persona que lo guarda lo hace tan celosamente que jamás permitirá que salga a la luz.

—¿Y por qué? —pregunta otra que enseguida se oculta. Esto mismo me pregunto yo.

—Porque es muy valioso. Hay muchos interesados en destruirlo. Ya lo hicieron con el de la Barre y le costó la ejecución. Significa demasiado, imaginaos: ¡las mujeres iguales que los hombres! Si muchos se agitan tan solo porque algunos hablan de la igualdad entre un marqués y un pirata de agua dulce de los que pueblan la isla del Sena; de una duquesa y un vendedor de sombreros, ¿qué no harían para impedir que se extienda esa idea macabra para

ellos de que nosotras podemos ser igual de inteligentes y no sigamos creyendo que nuestro lugar en el mundo es el de convertirnos en meros floreros donde ellos pongan sus horrendas flores? Si el respetado Voltaire hiciera saltar la liebre, muchos más pensadores como él podrían llegar a la misma conclusión, como han hecho en parte ya otros más osados, aunque menos influyentes, y ponerse de nuestro lado, darnos las alas que la mayoría y la costumbre nos niegan. ¡Aquí en este gabinete tenemos la demostración de que podemos ser incluso mejores que ellos!

—¡Maldito Rousseau! ¡Maldita Sofía y maldito Emilio! —El grito procede de la dama regordeta, que se acerca enseguida a Rose y le da la mano. Yo he visto antes esa mirada amiga entre ellas, es, sin duda, la de quienes se tienen mucho aprecio.

—Solo un hombre puede hablar sobre educación y condenar a Sofía a ser educada para agradar al varón, para serle útil, para que lo ame, le facilite su existencia y lo consuele. ¡Solo para eso valemos, según ellos! —grita la que aferra la mano a Rose—. Rousseau les habla a los hombres, pero habla también sobre mujeres y, para él, solo somos las madres de sus hijos. Cinco libros le sirven para idear la que en su opinión debe ser la educación de la nueva Francia, cuatro dedicados al hijo y tan solo uno para educar a su compañera. Y el único fin de su Sofía es hacer feliz a Emilio. Ni siquiera en ese nuevo paradigma ven los hombres espacio para cambiar el destino de las mujeres. Solo para eso debemos ser instruidas, si cabe, porque Dios, bueno y justo, quien garantiza el orden en nuestro mundo, así lo desea. ¿Es lo que merecemos? Todas conocéis a Hélène, que nos honra con su presencia hoy.

La joven señala hacia mi maestra y le hace una reverencia. Ella se la devuelve, feliz.

—Es un placer escucharte, Sylvie —responde Hélène y me parece más erguida que nunca.

—Hélène constituye una de las pruebas más claras de que somos inteligentes —continúa Sylvie—, de que podemos dominar las mismas artes que ellos, conocer incluso más sobre cualquier tema. Solo es necesario, sí, lo que se nos quiere seguir negando, educarnos del mismo modo, y no para ser solo madres y esposas. Ahí está todo, ahí mismo, delante de nuestros ojos, en esos libros malditos de los que quieren privarnos. Pero si no lo consintiéramos, si lográramos estudiar lo mismo que ellos, si no nos educaran para hacerles la vida agradable y feliz sino para salir al mundo como ellos...

¿Qué ocurriría? ¿Por qué no nos dan la oportunidad? No somos solo nuestro útero, no somos solo naturaleza, también somos cultura. ¡Siguen engañándose a sí mismos porque quieren seguir teniéndonos a horcajadas sobre sus penes para siempre!

Varias mujeres del corro que rodeaba a la joven alzaron la voz. Estaban excitadas, algunas asentían con fuerza, otras negaban con la cabeza como si les repulsaran las ideas, subversivas y ridículas incluso en este momento, décadas después del descubrimiento de otro futuro posible que viví por primera vez aquel día, y habiendo ocurrido lo que años más tarde tuvimos que sufrir sin que nada cambiara para nosotras, al menos aquellas cuyas cabezas no rodaron. Madame Geoffrin volvió a intervenir y de nuevo las demás callaron.

—Es cierto, Rousseau nos pinta una Sofía fiel, cuyo marido la respeta solo como esposa recatada, atenta, de virtud y honra intachables, casta, dulce y sumisa. Debe contentar al hombre, hacerle agradable la vida, consolarlo y servirlo. Pero ¿acaso las que estamos aquí somos como nos quieren ellos? ¿Permitiremos que la nueva forma de educar que proponen Rousseau y otros tenga esa finalidad? Salvo algunas dolorosas excepciones —Marie-Thérèse mira a su hija con tristeza—, somos el ejemplo más claro de que otra mujer es posible y debemos luchar por ello. Y, por supuesto, nadie duda de que nuestra querida amiga Hélène es un ejemplo claro de que Rousseau es, simplemente, un papanatas.

Muchas ríen. Hélène se acerca a su amiga, la saluda y toma la palabra. Yo la escucho feliz por ella y, sobre todo, maravillada de su transformación. Brilla entre tantas mujeres diferentes.

—Me alegro de volver a encontraros con este ímpetu. Pero os ruego que no me pongáis de ejemplo, seréis vosotras, las jóvenes, quienes debáis tomar las riendas y demostrar que Rousseau y otros como él, a pesar de la novedad de sus ideas sobre lo que debemos cambiar para dejar atrás lo que no nos interesa de lo antiguo, se equivocan con lo femenino y que ya es momento de reivindicar nuestra libertad y nuestra igualdad, aunque solo algunos lo vean. Los que no, quieren seguir ciegos. ¡Por supuesto que no somos solo nuestro útero! Ya lo decía Helvecio y otros le seguirán. Voltaire quizá sea capaz de ver eso, pero es cobarde también o daría la cara. Yo tan solo soy una estudiosa del mundo antiguo, apasionante y muy valioso como explicación y espejo del nuestro, pero me quedan pocas fuerzas ya para luchar. Y nos

seguirán atacando, claro, intentarán ridiculizarnos y saldrán muchos más Molières, pero no debemos rendirnos. Platón no podrá imponerse, no somos un único sexo capaz de reproducirnos como hermafroditas a través de bolas redondas, las que, según el maestro, Zeus dividió en dos para obligarlas a acercarse a las demás. Y no olvidéis que Sofía, ni miente ni traiciona, pero sí deja de pertenecer a Emilio.

—No seas modesta, querida Hélène —replica otra mujer, mayor que las que hablaron antes, vestida con un peto de seda y flores, y encaje a la española. Camina despacio por la sala mientras habla. El silencio es absoluto —, todas sabemos de tu maestría en esos estudios, en los que ni los hombres son capaces de llegar a conclusiones, pues acabamos de descubrir ese universo del que nos hablas, ¿quién el siglo pasado en París había oído hablar de Grecia o Roma? Por eso eres un gran ejemplo para nosotras, Hélène. Y muchas objeciones se le pueden hacer a la argumentación de Rousseau, pero la más poderosa de todas es obvia: ¿quién sino un hombre se permitiría la vanidad de escribir un tratado sobre la educación de los hijos habiendo entregado a la inclusa a los muchos suyos nada más nacer?

En ese momento, varios sirvientes pasan con bandejas llenas de todo tipo de entremeses, quesos, frutos secos y *crudités* y las van dejando sobre la gran mesa. Son el prelude de la cena. Madame Geoffrin nos invita a probarlas y, de un modo tan pueril, las conversaciones cesan. Hélène se agarra de mi brazo y en un suspiro muchas nos rodean. La saludan con efusión y se van luego entre gritos, como si hubieran cumplido un sueño de infancia de los inalcanzables. La anfitriona se acerca también acompañada por la última mujer que intervino, cuyo discurso me ha causado una hondísima impresión. Como el besugo con coliflor y pepinillos.

—¡Cómo me alegra volver a verte, mi querida Hélène! —le saluda Marie-Thérèse—. Cuánto te hemos echado de menos.

—Me encuentro mucho mejor, las jaquecas me han dado una tregua, amiga mía. Pero no deseaba dejar pasar la oportunidad de traer a tu salón a mi estimada compañía, mi querida Amélie, que demuestra una gran inteligencia también en el estudio del mundo clásico. Hemos comenzado ya con las grandes obras. Y es capaz de traducirlas. Ella aprenderá todo de mí. Pronto estará preparada para mucho más.

Me ruborizo, pero las mujeres no lo advierten, ni siquiera me miran, atentas a lo que Hélène cuenta.

—¿Eso significa que has seguido con tus investigaciones? —pregunta la acompañante de la Madame con muchísimo interés—. ¿Nos mantendrás al tanto de los resultados?

—Marie, te rogaría que no hablaras de eso en público, no es inteligente —responde Hélène en un tono de voz apenas perceptible—. Todo lo que había que demostrar, ya está concluido y a buen recaudo. Pero debemos ser precavidas. No podemos olvidar a quiénes nos enfrentamos. He hecho algo ya para dar un paso importante, pero os lo contaré cuando sea pertinente.

—Por favor, discúlpame, estamos entre amigas. Lo importante es que te encuentres mejor y que tu investigación siga adelante. Ya has visto, Hélène, que eres un ejemplo para todas.

A nuestras espaldas se oyen gritos: Sylvie y Rose se besan como si estuvieran descorchando una botella la una en la boca de la otra. Muchas las corean.

—Vive Dios —maldice Madame Geoffrin —, a estas jóvenes les ha sentado mal el chocolate. Y por mucho que a mis buenos amigos el Marqués de Sade y el oficial de Laclos les agrade pensar que la libertad de la mujer tiene que ir por esa otra senda, es una gran irresponsabilidad cambiar la razón por la libido ante todo el mundo.

Marie-Thérèse se acerca a ellas y les aconseja, mucho más amable de lo que podría esperarse, abandonar la sala dado que tienen mejores cosas que hacer.

Y continuamos un buen rato más mi maestra y yo en aquel lugar, admirada por todo lo que veo y oigo, y, sobre todo, por ella, por su soltura y su desparpajo cuando en la esfera en la que yo la he conocido, la de su hogar flanqueada por su hijo y su marido, resulta casi siempre torpe, gris, medrosa y hasta un punto atolondrada.

—Bien, Amélie, ahora ya podemos seguir con nuestros planes.

Me dice, enigmática, al abandonar el salón. Yo la miro desconcertada. Ojalá supiera qué planes son los que esta extraña mujer tiene para mí. Aunque, después de conocer a todas estas damas, cualquier proyecto me parece posible, aunque sea tan misterioso como el brillo de sus ojos me transmite.

13. Nieva en Tullerías



Al regresar, con la capa embozada hasta las orejas y las manos metidas bajo la piel anudada al cuello para entrar en calor, deseo con todas mis fuerzas que el cochero sea un poco más precavido. En algunos trechos, la nieve llega a cubrir el camino incluso hasta la rodilla, pero avanzamos a toda velocidad. El caballo relincha. Las estrellas se reflejan en el río helado como bujías encendidas. Cuando consigo dejar de imaginarme estampados mis huesos sobre la blanquísima y blanda manta congelada, pienso en lo que acabo de presenciar. No consigo entenderlo. Mi padre es una persona insólita; yo no soy tampoco corriente; Hélène es distinta de todas las mujeres que conozco y, además, muy querida y respetada, como acabo de comprobar, pero esas damas me resultan mucho más alejadas del mundo que todos nosotros en suma. Su forma de discutir sobre nuestro sexo, la seguridad con la que hablan de sus derechos, de su libertad; la forma en que exigen cambios..., nada de eso se escucha en las calles, en el mercado, en la iglesia, en las largas colas para recoger agua de la fuente o lavar la ropa.

Sin embargo, las mujeres no son felices. Y se dedican a sus tareas y a menudo reniegan de la cruz que les ha tocado, pero ¿luchar por cambiarlo? ¿Exigir algo diferente a aquello en lo que nos han educado durante siglos? ¿Lo que marcan los cánones, los curas, los padres, los maridos, los hijos? Su discurso rebelde me atemoriza y, al mismo tiempo, las entiendo. Yo también deseo con toda mi alma hacer algo que me está prohibido, aunque mi destino más probable sea convertirme en la esposa de un verdugo. Y solo con pensarlo la sangre me hierve. Yo no quiero seguir siendo lo que mi padre aborrece, lo que le tiene esclavizado, lo que causa su infelicidad. Pero a ello debo resignarme, es lo que tiene que ser, lo único para lo que debo prepararme. Es natural.

Además, la actitud y la reacción de Rose y Silvie es escandalosa. Su beso desvergonzado ante todas —apasionado, impúdico, maravilloso— me trae sin cesar a la memoria el beso robado de Christophe y se me eriza el vello.

Esa sensación primera de estar haciendo algo indebido se ata a la piel. Luego, más tarde, en cada caricia y en cada encuentro, se buscará de nuevo, casi siempre sin hallarla, pues la mayor parte de los amantes son tacaños en la pasión con nosotras. Yo no conseguí dejar de pensar en ellas mientras avanzábamos, a duras penas sin patinar, y en mis pensamientos se mezclaba la inexperiencia ante lo que significaba besar a otra persona de ese modo —aún no podía intuir la fuerza del amor o del sexo— y el descubrimiento repentino de algo novedoso: las mujeres también podían sentir entre ellas el placer que te lleva a aproximarse a otro ser humano. Lo había leído en alguno de los libros de la biblioteca de mi padre, que no ponía límite a lo que yo podía leer: los libidinosos textos prohibidos que muchos buscaban, tan explícitos en eso del amor carnal, y tan divertidos. Pero una cosa era la literatura y otra muy diferente verlo con tus propios ojos. Las personas no demuestran sus afectos en público, pero, en privado, ¿podían amarse dos mujeres? Yo descubrí que sí en el salón de Madame Geoffrin. Y me pareció hermoso. Quizá este pensamiento contra natura cause horror a quien lea esto, pero ¿acaso existe algo más allá del amor? Después de haber conocido la atrocidad más dolorosa infligida a manos de los hombres, ese sentimiento solo ha podido enraizarse y crecer en mí. Ellas se amaban. Eso es lo único que importa.

—Pobre Marie-Thérèse —me dice Hélène y me saca de mis pensamientos, a punto de salir de la rue de Saint Croix de la Bretonnerie por donde acortaremos camino.

El ruido de la calle presagia viento en la cara al abandonar el carro. Espero que ahora me cuente más sobre sus planes. Se oyen las espuelas restallar contra el lomo del caballo. La nieve sucia rebosa de las ruedas dejando un reguero grisáceo y triste cual pis de gato.

—Con la de personalidades ilustres que han acudido a su salón. Tenías que haberlo visto hace diez años... Qué digo, durante más de una treintena ha sido una referencia para los nuevos pensamientos, Marie-Thérèse lleva décadas reuniendo a los personajes más variados: literatos, nobles, artistas, burgueses enriquecidos. Las conversaciones allí marcaban la cultura de París y, a veces, del mundo conocido. Ni el nacimiento ni la cuna le interesan, el mérito sí. En esa sala he escuchado yo las idas y las venidas de Richelieu, de d'Alembert, de Montesquieu, del viejo Fontenebleau, del rey de Polonia e incluso de la zarina. Por algo la llamaban la zarina de París.

—¿Había alguien ilustre hoy en la sala? —pregunto, pensando en

Marie, la mujer que tanta impresión me ha causado.

—Nada en comparación con lo que fue. Es triste. Pero defender los derechos de la mujer siempre es peligroso; somos bichos raros, pocos piensan como nosotras. Aunque la necesidad carece de ley. Y casi todos han abandonado a mi amiga, la acusan de radical, de demasiado femenina, de conflictiva. Pero otros tiempos vendrán en los que esto cambie, y para eso tenemos que estar dispuestas.

—Discúlpeme —le interrumpo, mientras por la ventana sigo observando la nieve caer y el frío me entumece los mofletes—, pero no sé qué es lo que he presenciado.

—Claro, eres demasiado joven, y no perteneces a ese mundo. Quizás te impresionó. ¿Qué opinas de lo que viste? ¿Te pareció atrayente?

—Sí. Es... distinto.

—El pensamiento superior siempre lo es. Pero la influencia de estos salones se está perdiendo. Esos nuevos clubes y las sectas... las logias... Los masones siempre son hombres. Nos excluyen de todos lados. Ya lo has visto, ni siquiera nosotras nos ponemos de acuerdo en cuál debe ser nuestra vida y cómo debemos vivirla. ¿Cómo se puede esperar que lo hagan otros? El mismo Diderot se alza en nuestro favor, al menos en su discurso, aboga por cambiar las leyes para que nos protejan del sometimiento al que nos tienen condenadas, pero no podemos ser tan necias de pensar que tendremos que dejar en sus manos lo que a nosotras nos corresponde defender. Solo así quizás lleguemos a donde muchas deseamos. Si queremos cambios, tendremos que ser nosotras quienes luchemos por ellos o todo cambiará para seguir siendo igual.

»Pero, Amélie, te ruego que me respondas: ¿qué opinas de lo que has visto? Quizá te haya parecido extraño. Muchas mujeres nos tacharían de locas y casi todos los hombres; histéricas, nos llaman ellos. En ese insulto, es cierto, se ocultan todos sus miedos, les aterroriza nuestro útero al tiempo que, claro está, lo aman. ¿Hay algo que quieras que hablemos de lo que has presenciado allí? —me dice, y el cochero detiene en seco el carruaje ante la puerta de su casa.

—Ellas eran extrañas.

—Supongo que te refieres a Rose y Sylvie. No son extrañas, son amantes. Existen, a pesar de que ni dispongamos de un sustantivo para nombrar lo que son. Quien maneja el lenguaje maneja el mundo. Y sin término que las defina, no existen. Por eso todo esto tiene tanta importancia. Sin

embargo, no se puede confundir el amor por la mujer con el odio por el hombre. Ellas tienen derecho a amarse, pero se ponen en la picota cuando atacan al varón. Deberían ser más inteligentes.

Me extraña mucho la lucidez de su discurso. Sus divagaciones habituales han desaparecido por completo. Incluso parece serena, el talle más erecto, la mirada tranquila. Se sigue mostrando tan segura de sí misma como en el salón. Eso no es lo que yo he percibido hasta ahora en ella más que cuando me transmite lo que sabe. Solo entonces se maneja con esa misma seguridad. Subimos a su alcoba.

—¿Por qué me ha llevado allí? —le pregunto el tiempo que me desvisto y vuelvo a ponerme mis ropas. Ella me mira divertida mientras me ayuda a abrocharme.

—Porque tú también eres diferente. Lo intuía y no me has defraudado. Te traje porque tú quieres pintar. Y además has seguido viniendo a traducir las grandes obras. Tú no crees que una mujer sea una loca por querer hacer algo más. Sobrevivirás a las pruebas que te vendrán. Quería darte algunas herramientas... puesto que también te quitaré otras...

Hélène me acompaña hasta la reja y allí nos despedimos. Me embozo la capa, me tapo bien la boca para evitar malos fríos que entran como espíritus en cuaresma y la observo mientras vuelve a entrar, tan pequeña y tan grande al mismo tiempo, como una emperatriz en miniatura. André, el cochero de mi padre, espera fuera ya y subo al *fiacré*. Hoy no es día de caminar. Es día de volver y volver y volver a lo que acabo de vivir.

Al recordar las palabras de Hélène, ahora me doy cuenta de que ella también fue cómplice. Y eso duele. Es lo que más duele. Yo acababa de cumplir dieciocho años cuando sucedió aquello. Aún no había vivido. No supe a qué se refería, pero tampoco me atreví a preguntarle.

Al entrar en mi casa, mi padre me esperaba. Se había quedado dormido en el sillón con el libro entre las manos. Se lo quité y le besé en la mejilla; se despertó al sentirme. Su piel siempre olía a jabón, él no se pasaba el paño humedecido por la piel para afeitarse, sino que tenía la extraña costumbre de echarse agua enjabonada por encima, en la cocina, después de su faena; decía que, al menos en su exterior, debía permanecer inmaculado. Era un ser raro. Me encantaba.

—¿De dónde vienes, Amélie? Tu madre teme por ti y a mí se me

acaban las excusas, debes estar de vuelta a tu hora.

—Lo siento, padre, se nos hizo tarde. No volverá a ocurrir —respondí y noté en él el cansancio del día. ¿A quién habría tenido que matar para hacerle el trabajo sucio a los hombres buenos?

—¿Y no me contarás qué fue lo que te retrasó?

Dudé, pero necesitaba hablar con él de lo que me angustiaba. Su mirada sobre las cosas era tan distinta que siempre me sorprendía. Me hacía sentir especial.

—En realidad... La señora Hélène me ha llevado al salón de Madame Geoffrin. Por eso me he retrasado. ¿Qué opinas de esos salones, padre?

—Que no son tu lugar, Amélie, que eres demasiado joven y que quienes a ellos acuden no son como nosotros. ¡Me encanta!

Me acarició la cabeza. Me sentí libre, tan libre que podría echar a volar como una paloma como cuando las veía a través de los vidrios de la cocina.

—Pero debes tener cuidado y evitar que descubran quién eres. Supongo que no lo olvidas. ¿Y qué has oído allí que te tiene tan nerviosa?

—Hablaron de Rousseau.

—¡Ah!, ese, sí, menudo personaje. Da consejos a otros aquel que está lejos de seguirlos.

—Eso mismo afirmó de él una dama. También lo criticaron por su obra prohibida, lo que defiende que debe ser la educación de Emilio y de Sofía. ¿Tú crees lo mismo?

—¿Y tú me preguntas eso, hija mía? Yo sé lo que es la igualdad mejor que nadie, la igualdad está siempre en el suelo del cadalso: una cabeza, un tronco, un cogote que los une; ahí se ve que todos somos iguales, la sangre deja de fluir y la vida huye. Otro menester es lo que los que no quieren perder nunca su testuz, sus privilegios, sus riquezas, hacen creer a los demás. Sí, hombres y mujeres somos iguales, pero diferentes. Aunque hago mal en dar pábulo a lo que sin duda ya pensarás. Tienes esa hermosa cabeza para algo, lo demuestras continuamente y eres mi orgullo por ello. La única salvación para el ser humano es el amor tierno que defiende ese loco de Leibniz, lástima que pocos lo conozcan ni siquiera entre esos tan listos con los que te tratas últimamente. No es fácil conseguir sus escritos. Y las mujeres sois sus flores, estáis más preparadas para amar, sin duda lo creo así. —Pensé por un instante hablarle del libro de Voltaire, pero él continuó y no deseé interrumpirle, sus

ojos se le habían iluminado al tratar de lo que le apasionaba. —Si todo esto te preocupa tanto, y yo creo que haces bien pues nadie debería ser aquello que no es, te recomiendo leer a d'Alembert, la carta de refutación del manual del Emilio. Creo que te sorprenderá, hija mía. Aunque hay más filósofos que argumentan en favor de las mujeres, son muy pocos, claro está. D'Alembert lo hace ahí maravillosamente.

»Pero dejémonos ya de tejemanejes y ve a ayudar a tu madre con la cena, no tardes más o se preocupará y no volverá a dejarte ir. Y no le hables a ella de nada de esto, ni se te ocurra nombrarle el salón. Si llega a enterarse de que te han llevado a semejante lugar lleno de histéricas e infantiles mujeres, tendrá la excusa que necesita para impedirte regresar a casa del señor Albert.

Mi padre se levantó y me abrazó con ternura. Nunca he vuelto a sentir como entonces el amor de alguien sin cortapisas, sin pedirme nada a cambio. Quizás en mi hijo, pero ese es un amor distinto. Él depende de mí. El de mi padre era diferente; todavía ahora, muchos años después, siento su afecto. Él, el ejecutor de París, fue la persona más triste y, al mismo tiempo, la persona a quien yo más amé.

14. El topo



Las arañas me dan asco. Recuerdo que, bajo mi caballete, una vez encontré una con el cuerpo muy gordo, negrísima y con las patas demasiado largas. La aplasté con el mango del pincel con el que debía aplicar el color rojo a la sotana. Y no sabía por qué debía yo pintar como los académicos, cuando jamás expondría en ningún salón. A mí me habría gustado mucho más retratar como ese Goya que luego me encontré en Madrid. Sus cuadros sí que eran impresionantes y no los que yo tenía que aprender a imitar.

—No te quejes, Amélie —me dice el señor Albert—, los temas son los que son y la técnica, la que es. Y confórmate con que los estás aprendiendo. Pocas damas tienen ese privilegio. De hecho, a veces me sorprende a mí mismo por lo que estoy haciendo contigo. No hagas que me arrepienta.

Él me mira mientras perfilo las sombras; ya apenas retoca mi trabajo. Y yo, como lo sé, callo.

Pero al matar a esa asquerosa araña me di cuenta de que todo obedecía a un plan de alguien superior: las arañas están donde deben para asustarnos en el momento preciso y que sigamos pintando escenas del Antiguo Testamento. Con el tiempo descubrí que todo obedece a ese mismo plan y que somos apenas briznas de hierba que se mueven a su antojo. A mí, lo que me habría gustado era pintarme a mí misma como la casta Susana, es decir, como mi madre me trajo al mundo. Pero, si se lo hubiera dicho al señor Albert, me habría echado de su casa y ahí habría concluido mi instrucción. Él me lo dejó muy claro desde el principio. Y no desaprovechaba ninguna oportunidad para recordármelo.

Christophe entra en la caseta y se coloca detrás de mí. Me tiemblan las manos. Desde aquella lejana tarde en que me besó, se ha convertido en una costumbre que aparezca al menos unos minutos mientras pinto con su padre. Su presencia me perturba. Como si yo fuera una gallina y la cola del zorro asomase por el alféizar del gallinero. En los últimos años, ha cambiado. Es mucho más alto que yo y su espalda ha ensanchado. Ya no lleva calzones con las rodillas al aire. Tampoco le he vuelto a ver aplastando lagartijas. Esto es un alivio.

—Lo haces muy bien, Amélie —me dice Christophe, casi rozándome la espalda con su pecho—. ¿Verdad, padre, que es una artista? Parece mentira. Podrías dedicarte a hacer retratos para la corte, como mi padre.

—No digas insensateces, Christophe. ¿Dónde se ha visto que una mujer trabaje en palacio? Y los pintores de corte están muy escogidos, no solo por su pericia. Jamás nadie reconocerá su arte, por mucho que yo pueda enseñarle la técnica y reconozca que hay algo especial en sus pinturas, carece de lo mismo que todas las mujeres: le falta la genialidad.

Me esmero porque la sonrisa de la joven la muestre de verdad, a falta de algún instrumento contundente con el que atizar al señor Albert. Eso, es lo que me gustaría hacer cada vez con más frecuencia. Me contengo, como siempre. Y resulta complicado seguir pintando, cada vez más, entre el padre y el hijo, me aturden hoy: Christophe me acaricia la cintura en cuanto su padre aparta la vista.

—¿Has terminado todo lo que te ordené? —le pregunta el padre al hijo y este me suelta al instante, parece que le quemó mi cuello suave como porcelana de Sèvres o casi.

—¿Este es el momento de tratarlo?

—Llevo días intentando encontrarte, hijo. Te has vuelto difícil de tratar. Y Amélie está a lo tuyo, a ella no le molestará. ¿Lo hiciste como te dije?

No levanto la cabeza de mi lienzo, aunque a ellos mi presencia no parece importunarles.

—Quedó todo tal y como me ordenó. Es un genio en esos menesteres. Siempre sigo sus consejos. Me ha instruido bien. Y me aseguré de que no nos equivocábamos.

—¿Encontraste las pruebas? —pregunta el señor Albert, y lo veo algo nervioso, se mueve sin parar de un lado a otro.

—Fueron muy gentiles. Me ayudaron en todo —responde, calmado, Christophe.

Tan calmado está, que dibuja una ese en mi cuello con uno de sus dedos. El índice, quizá, por lo bien trazada que me parece. Mi cuerpo se estremece. Su padre debe de ser algo cegato, pues parece no enterarse de los juegos de su hijo sobre mi piel.

—¿Tienes los documentos? —pregunta el señor Albert, todavía más turbado.

—No pude conseguirlos —esta vez, Christophe dibuja una “o”. Para él yo soy invisible pero tangible. O, peor, tangible pero insignificante.

—Te dije que los necesitamos. ¡Es que no puedes hacer nada bien!

Me sorprende el grito del señor Albert. Pero no muevo un ápice mi cabeza de su posición, cuanto más baja, mejor.

—No pude conseguirlos, padre —repite Christophe y empieza a dibujarme alguna otra letra del abecedario que esta vez no pienso dejarle concluir; me levanto e intento buscar algo que deba buscar: un pincel es lo único que se me ocurre.

Voy a lavarlo a la fuente de la hidra. Una de sus cabezas parece sonreírme. Christophe me sonríe también y pían demasiados pájaros que ya han vuelto de países extravagantes. La primavera está a punto de explotar. La ira del señor Albert también. Como una calabaza arrojada desde lo alto de la catedral.

—¿Por qué? —pregunta el padre y parece más alterado todavía. Aunque no grita, a punto está. Su hijo le responde con suma tranquilidad.

—Porque fueron muy valientes. Me dijeron que no los tenían y tuve que creerlo. Sus circunstancias no eran propicias para mentirme.

—¿No crees que te excediste algo?

Me siento incómoda, pero siguen sin prestarme atención. Me doy cuenta de que en realidad yo no les importo, actúan como si no fuera capaz de comprenderlos. Es curioso, esa sensación es habitual.

—No es el momento de hablar de eso —responde Christophe—. Puedo explicar todo lo que pasó. Además, ¿no es esa la razón por la que me aprecia tanto?

—¿Todo? ¿Estás seguro? No creas que estás a salvo de la mirada de Dios.

Christophe se ríe a carcajadas. No puedo evitar mirarlo. Parece que se va a desencajar. Vuelvo a sentarme ante el lienzo y él, de inmediato, se acerca de nuevo a mí. Respiro hondo. Los nervios me hacen respirar como si me hubiera comido una guindilla de Ruen, rápido y resoplando.

—Dios no tiene nada que ver en todo esto —dice él y pone sus dos manos sobre mi cuello—. Es algo entre usted y yo. Su mirada también lo alcanza. No lo olvide. —Tiro al suelo un pincel y él se aparta—. Tengo que irme ahora, aún queda algo que debo resolver. Pero le aseguro que Dios sigue de mi parte, no tenga ningún temor.

Christophe no espera la respuesta del señor Albert y se despide de mí inclinando la cabeza antes de salir. Recojo el pincel. Ha caído sobre la parte aún impregnada de pintura, pero mi maestro no se ha percatado, creo que ni de eso ni de nada. No levanto la vista del lienzo, aunque él se ha quedado callado y camina en círculos a mi alrededor. Sus pies levantan el polvo del suelo, de arena de albero.

Intento disimular mi turbación limpiando el resto de óleo de los demás pinceles. Hélène aparece en la caseta de repente. Se sienta a mi lado, en el banco de madera junto al caballete, se sirve una taza de té. Huele a aguarrás y hace frío, y el armario que siempre está cerrado tiene las bisagras tan oxidadas que al abrirlo suena a fin del mundo. Pero ella va vestida tan solo con la enagua y la camisa. Lleva un pañolón rosa alrededor de la cabeza. Se coloca frente al lienzo y lo mira.

—¿Cómo te encuentras, Hélène? Parecías inquieta —dice al cabo de un rato el señor Albert ya más sereno, aunque por su rostro, a rodales enrojecido y sudoroso, se ve que la discusión con su hijo aún lo tiene alterado—. Te estuviste moviendo en el lecho toda la noche.

Hélène se intenta arreglar el pelo, completamente enmarañado bajo el pañuelo, y se sube una polaina. Suspira, y no responde a su marido. Observa mi pintura.

—Es hermosa... muy hermosa, Amélie. Enhorabuena.

—Gracias, señora.

Me siento orgullosa de ella. Algo en su forma de hablar y de mirar le hace conservar la autoridad a pesar de su atuendo extraño. Ni rastro percibo ahora de la mirada ida, de la expresión nerviosa que a menudo raya en el llanto. Yo la he visto así otras veces, sobre todo en las pocas ocasiones en que su hijo está cerca de ella, siento que sufre por él. Jamás se dirigen la palabra. Al principio no me di cuenta, él no suele estar presente cuando Hélène sale a recibirme o se sienta a mi lado mientras sigo las indicaciones de Albert para mejorar mi técnica. Pero he llegado a la conclusión de que, por alguna razón que se me escapa, sus ojos se apagan al mirarlo a él. Solo cuando yo misma me convertí en madre, entendí los motivos de la inmensa tristeza de Hélène. Y ya era demasiado tarde para ella y también para mí.

—No me has respondido, querida mía. Te veo mucho mejor hoy. ¿Saldrás a algún lugar después? Quizás a Amélie no le importe acompañarte.

Ahora sí, él ya parece el de siempre. Ella sigue observando mi cuadro

sin responder. Después, echa un vistazo al jardín.

—Tengo que podar esos rosales, el jardinero no sabe hacerlo como es debido, Albert.

—Si eso te hace feliz...

—La felicidad está en todas partes, y en ninguna al mismo tiempo. Tú lo sabes muy bien, ¿a que sí, querido? —le acaricia la mano—. Pero vuelvo adentro, tengo frío. Amélie, ¿volveremos a vernos?

No me da tiempo a responder, el señor Albert casi no la deja terminar la frase. Y, en ese momento, él me desagrada muchísimo.

—¿Has vuelto al salón de Madame Geoffrin, mi querida Hélène? —le pregunta a Hélène con el gesto tan serio que parece una gárgola de Notre Dame.

Ella me mira. El temblor de sus manos da pavor. Pero consigue controlarlo antes de responderle.

—¿Y por qué habría de volver, mi amor? Sé que no deseas que visite más a mis amigas.

—No es eso. Es que es peligroso, ya te lo avisé hace meses. No estás enterada de lo que ha pasado, ¿verdad?

—¿Y cómo podría? Últimamente no he salido a la calle y nadie viene a visitarme.

—Has dejado claro a nuestros amigos que estás indispuesta, es lo lógico.

—Dime qué ha sucedido, Albert.

—Algo espantoso. Si te lo cuento sólo es para que me creas cuando te prevengo de ir a ese lugar. Allí solo encontrarás perversidad. Parece que han asesinado a dos de las mujeres que lo frecuentaban. Eran muy jóvenes. Un escarmiento, seguro, no se puede ir por ahí provocando a los hombres con esas desvergüenzas.

La taza de té de Hélène le resbala de las manos. No suena al estrellarse y hacerse trizas contra el suelo. Su felicidad de las últimas semanas se despanzurra al tiempo que el líquido es absorbido por la tierra marrón, muy removida últimamente por un topo que, según el señor Albert, se ha colado en su propiedad. Lo está buscando. Lo matará en cuanto dé con él.

Siento un escalofrío al pensar en ellas. Sé que las dos asesinadas son Rose y Sylvie. No sé por qué, quizás es solo una intuición o tal vez ocurrió que sus bocas ávidas la una de la otra, aún siguen en mi mente, y solo ellas

existen para mí de todas las damas que en el salón vi.

La crueldad de Albert con su esposa me sorprende. Yo nunca lo he visto hablarle con tal frialdad. Al escucharle, tengo la seguridad de que conoce nuestra furtiva visita al salón de Madame Geoffrin.

—Aunque creo que no era necesario llegar a tal sadismo para escarmentar a quienes no quieren quedarse en el lugar que deben —explica el señor Albert, mientras ella tiembla con cada palabra de él—. Son sádicos, esas letras *pi* y *alfa* marcadas en los pubis rasurados... Y violadas por todos los lugares imaginables... Así se doblega a quien no quiere aceptar su sitio. Ellas se saltaban todas las normas del decoro, desvergonzadas. Luego, o quizás antes, quién podría saberlo, les han cortado los pechos. Ni siquiera el maquillaje y la peluca han logrado disfrazar su rostro de horror... Crímenes espantosos..., espantosos.

A Hélène se le ha ido crispando el gesto y, al callar él, me doy cuenta de que ha terminado llorando; de repente, echa a todo correr hacia la casa. Hago intención de seguirla, pero el señor Albert me sujeta por el brazo.

—Continúa —me ordena y siento su voz lacerante como un puñal—. Ella se repondrá enseguida. Y tienes que aprovechar la luz que queda todavía. ¡Pinta, mujer!

Obedezco. Él observa a Hélène mientras entra en el vestíbulo, se mantiene callado durante un rato y luego se gira y continúa dándome órdenes con un tono que nunca ha empleado conmigo ni con ninguna otra persona delante de mí. Está molesto, como si yo le hubiera ofendido en lo más hondo de su ser, y lo demuestra cada vez que habla. Me gustaría irme de inmediato, pero salir de aquí de ese modo, como si hubiera hecho algo indebido, sería reconocer mi pecado. El nuestro. Y yo ya he decidido de parte de quién estoy. Y querría echar a llorar igual que Hélène y salir corriendo hasta dejar de ver los muros de esta casa, y no volver jamás, pero no me voy justo por esa mujer. Necesito saber que sigue bien.

Aguanto el mal humor del señor Albert, mientras sigo esmerándome incluso más en rematar mi lienzo y espero hasta el mismo minuto que siempre para irme. Falta poco para el anochecer, y un gato de hermoso pelo gris, limpiísimo, pelea con un ratón, lo acaba de atrapar y lo lanza por los aires para volverlo a coger entre las fauces. Al elevarse, el ratón intenta correr en el aire moviéndose desesperado. De una dentellada, el gato se lo come.

15. Besos



A Christophe no lo vi durante semanas después de aquel día, aunque no pregunté por su paradero y no puedo asegurar qué fue lo que anduvo haciendo, si él tuvo algo que ver con aquellos dos primeros asesinatos, que, en efecto, fueron los de Rose y Sylvie. Y de su palabra dudo como de los presagios de Santa Brígida así que solo le implicaré en ellos si algún día puedo demostrar su culpa.

Al salir de su casa aquella tarde, corrí lo más rápido que pude. No podía contener las lágrimas. Sin embargo, si hubiera entrado en ese estado, mis padres se habrían alarmado. Mi madre esperaba cualquier excusa para impedirme volver con el señor Albert, así que no se la di. Ahora, por Hélène. Esperé afuera hasta que logré calmarme y luego me excusé diciéndoles que me dolía la barriga y me retiré sin cenar. En mi alcoba, volví a llorar. Ser la hija de un verdugo no te prepara para la crueldad. Entre las sábanas, frías aunque suaves, seguí llorando. No conseguía dormirme, imaginándome lo que las dos jóvenes habrían sufrido. Sería ya bien entrada la noche cuando sentí que mis padres se habían retirado también. Y no sé cuánto tardé en caer rendida por el sueño, solo recuerdo que, de madrugada, un ronquido muy grave me despertó. Allí, a los pies de mi lecho, mi padre resoplaba. Me levanté para taparlo y entonces él abrió los ojos y se puso en pie también, tambaleándose por haber visto interrumpido su sueño de un modo tan abrupto. Lo abracé.

—Acuéstate o cogerás frío. ¿Ya estás mejor? —me dice y me palpa la frente.

—Conseguí dormirme..., es algo, ¿no?

—Lo sabía —me susurra—. Esa cara que traías no me gustaba nada. Te oí llorar. En cuanto tu madre se durmió, vine a comprobar qué te ocurría, pero el sueño te había vencido. Y ya soy demasiado viejo para velar a los jóvenes. Sois imbatibles como las mareas. Tú eres una lozana rosa y yo...

Y no quiero contarle la razón de mi miedo, pero verlo allí, dándome la mano y esperando mis respuestas, compungido y sufriendo conmigo, me hace sentir mejor. Ya un poco más calmada, le doy un beso e intento encontrar un argumento que pueda explicar mi actitud. No soy capaz.

—¿Recuerdas al caballero de la Barre? —le pregunto al fin.

—¿Cómo podría olvidarlo? Pero ¿por qué le recuerdas tú, hija mía?

—Quiero saber qué fue lo que leíste en el libro de Voltaire que él te pidió que salvaras. ¿Lo copiaste?

—Amélie, no te metas en asuntos que te superan, cántaro que muchas veces va a la fuente o quiebra el asa o la frente.

—Necesito saberlo.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que te ocurría esta noche?

—Mejor que no lo sepa.

—¿No confías en mí? ¿Me merezco tu desconfianza? Diantre, creí que no, Amélie.

—No es eso, padre, es que... bueno, han hablado de él en casa del señor Albert y se me ha avivado la curiosidad.

—Entiendo. Has sabido lo que ha ocurrido con las dos damas del salón de Madame Geoffrin.

Su sagacidad me sorprende, pero ¿acaso un hombre como él no va a estar enterado de unos crímenes tan espantosos?

—Todo París habla ya de esas desdichadas criaturas —continúa—, ese tipo de sucesos escabrosos corren por los callejones de París como las ratas campan por la sucia corriente; bajan hasta el Sena acompañadas de basuras, desperdicios y rumores. Has tenido noticia de ello y has imaginado conspiraciones donde no las hay.

—¿Y por qué las imagina usted ahora, aunque sea para rechazarlas?

—Estás creciendo muy deprisa, Amélie. Precisamente porque yo conozco el texto que algunos dicen que escribió Voltaire. Hace ya mucho tiempo de aquello, no sé cómo puedes acordarte. Hice mal en contaros lo que me había confiado el desdichado. Bien podría existir una conspiración para acabar con cualquiera que afirme tener una copia de ese libro como ellas, inconscientes, han hecho. Lo sabe todo el mundo, lo que ellas dijeron delante de la hija de Madame Geoffrin.

Me viene a la memoria la extraña joven que defendía lo contrario de Marie-Thérèse, su hija Adelaide. Su intervención ocasionó un gran revuelo y que su madre presentara a Hélène como una gran erudita en asuntos de la antigüedad griega.

—Adelaide odia a su madre —prosigue él—, eso también lo sabe todo el mundo, y a los filósofos a los que ella apoya. Y sobre todo odia a las

amigas de su madre. No pasó ni un día y ya estaban enterados todos los hombres de este lado de la ciudad y al día siguiente se enteraron los del otro.

Ahora entiendo el comportamiento del señor Albert, ¡qué triste es tener la prueba de la ingenuidad de Hélène! Su alejamiento de la vida social durante tanto tiempo la han expuesto al peligro. Se confió demasiado, quizás.

—¿Crees que ese libro podría haber sido la razón del asesinato de las pobres chicas? —le pregunto con un hilo de voz. Siento hormigas en la lengua y un gurrúño en el corazón.

Mi padre me responde mientras se dirige a la puerta:

—Un asesinato tan atroz nunca se debe solo a las ideas, hija mía. Quienes fueron capaces de hacer algo así, no habrían tenido reparos en acabar incluso con el propio Voltaire si su motivo hubiera sido ideológico, ¿no lo crees? No tendrían por qué haberlas matado y, sobre todo, no tendrían por qué hacerlo de esa manera tan horrible. Y ya te expliqué que el célebre Voltaire no es el único filósofo que podría haber escrito algo a favor de la igualdad de las mujeres y no solo de los hombres, muchos otros pregonan esa igualdad, quizá no tan influyentes o en un texto tan subversivo, pero van asomándose a la cuestión. Así que no puedo creer esa versión —se detiene, me mira, se toca la barbilla—. Además ¡Voltaire es un mequetrefe! Ataca a Leibniz, que es el verdadero genio. Si fuera tan listo como se cree, sabría reconocer en su colega esa genialidad que lo supera sin duda. Más bien pienso que quien lo hizo tenía otra motivación, más... personal. No las mataron porque conocieran el contenido del dichoso libro. Tampoco porque ellas se atrevieran a publicar su libidinosidad. Todo el mundo hablaba de su relación, si fueran hombres, habrían pasado por mis manos o por las de otro como yo, seguramente habrían terminado en la horca por algún crimen ad hoc. Pero esas no son las razones por las que han muerto. Fue un acto demasiado pasional, demasiado brutal. Y sus asesinatos no son racionales, Amélie.

—Pues entonces, si el libro no ha sido el motivo, puede revelarme cuál es el texto que de la Barre le pidió que pusiera a salvo. Las huéspedes de Madame Geoffrin hablaron de él con vehemencia en el salón.

—De ninguna manera —dice ipso facto—. Rousseau puede decir lo que le parezca sobre las mujeres, que sois débiles, caprichosas, volubles y que por eso deben decidir por vosotras vuestros padres, maridos o confesores; o que es una pérdida de tiempo educaros para otra cosa y mil estupideces más. Casi todos estarán de acuerdo con él. Hasta las mujeres. Pero argumentar lo

que Voltaire ha escrito en ese libro prohibido podría llevarlo a mis manos, a él y a quien lo respalde. La policía de libros está atenta a estas infracciones. No lo dudes. Y, además, ¿puedes explicarme por qué tus amigas le dan tanta importancia únicamente a ese libro? Voltaire es un cascarrabias, pero sabe guardar su cabeza, y escribió algo inaudito en esa obra extraña como otros que miran más allá de sus narices. Incluso quienes hablan de igualdad entre todos los hombres, ¡igualdad! Qué sabrán ellos de la verdadera diferencia.

La mirada de mi padre huye tras sus pensamientos. Puedo intuir su pesar, su gran tristeza; no le abandona casi nunca. Él odia ser quien es, pero aún se siente peor por saber que no podrá dejar de serlo.

—Por favor... padre. Necesito conocer su contenido.

—No sé si esto es apropiado, pero me arriesgaré. Creo que no entiendes dónde estás hurgando, hija mía. ¿Recuerdas a aquel pobre infeliz a quien viste por primera vez ajusticiar en la plaza de Grève? Eras aún una cría, pero quizás por eso aún no lo habrás olvidado.

Tengo grabados en mis retinas los ojos desencajados de aquel desdichado, ni con un afilado cuchillo las podría despegar de mi recuerdo.

—Damiens, el camarero del rey —continúa él—, quien intentó herirlo. Un necio. Durante mucho tiempo estuve pensando qué le habría vuelto loco para intentar semejante estupidez, ¡armado con un espadín del tamaño del dedo pulgar! Ese desgraciado sabía cuál iba a ser su fin si atentaba contra nuestra majestad. Justo el que tuvo. Pero, aun así, lo agredió.

—Padre...

—Déjame terminar, Amélie. Hay algo en estos tiempos que se masca en el ambiente, algo que es solo un fermento de libertad, y está en el aire desde ese momento o incluso antes, quién lo sabe. Ya entonces empezaba a haber trifulcas, muchos estamos descontentos. Incluso los curas que se opusieron al edicto del vigésimo. Su ánimo era reunir a todos los católicos contra el jansenismo, que tanto los altera. Por eso se soliviantaron; tú eras muy pequeña, pero los sacerdotes llegaron a exigir hasta certificados de confesión antes de conceder el viático, se negaban a dar los sacramentos, e, incluso, a officiar la cristiana sepultura que prácticamente todos anhelan. Fija esto en tu cabeza: hasta ellos estaban así de enfadados. Entonces el Parlamento reaccionó y expidió decretos en su contra, la gente se enfureció y el rey corrió a anularlos. Volvieron a subirnos los impuestos —y siguen tan altos—. Solo nosotros los pagamos, ni el clero ni los nobles están obligados a ello, a pesar

de que ellos sí tienen de sobra para vivir, así que ¿qué otra cosa cabe hacer más que protestar? Parece que nuestro amado rey se esforzó por aumentar el desprestigio que la regencia comenzó, y promulgó un edicto que obligaba a prender y a enviar al Canadá a todos aquellos que no tuvieran profesión. ¡Otra locura más y suma y sigue! Por todos lados escuchabas conjuras contra él, algunos incluso llegaron a acusarle de robar a los niños del seno de sus madres para extraerles la sangre y bañarse en ella.

—¿Y esto qué tiene que ver con el libro de Voltaire?

—Mucho, hija mía, mucho. ¿Tú crees que el rey se iba a molestar en robar niños a sus miserables madres para bañarse con su sangre pudiendo tomarlos de los miles que mendigan abandonados por las calles y que nadie echará de menos? Si tuviera esa rara manía, cualquiera con algo de cerebro concluiría que es una patraña, como otras muchas. Pero esa patraña, que vino después de la cadena que te he contado, hizo estallar entonces enormes disturbios en París, tres días duraron y se sofocaron a base de mano dura. Entonces crecieron más y más las murmuraciones en toda la ciudad, ningún lugar se salvaba: los palacios, las cabañas, las plazas, los salones. De ahí, llegaron a las tabernas y Damiens, que bebía, fumaba y jugaba en ellas, terminó intentando matar a su señor. Y, luego, murió de la forma más horrible que se pueda imaginar.

—¿Y?

—Que no te voy a contar lo que decía el libro, Amélie. Que del mismo modo que Damiens y muchos otros se han vuelto locos a partir de una locura colectiva que es muy fácil de avivar a base de falacias y mentiras cada vez más grandes, y han perdido su vida por algo que no los iba a llevar a ningún lugar más que a mis manos (eran pobres y lo seguirían siendo después, hicieran lo que hicieran) y de la forma más tonta, ese libro afectaría sin duda las mentes de muchas mujeres. Y las consecuencias serían impredecibles. ¡Seguramente, horribles!

—Pero, todas en el salón de Madame Geoffrin admiran a Voltaire. Lo consideran un genio, sus artículos están en la *Enciclopedia* y su fama corre como la espuma por toda Europa, incluso prohibida, su popularidad seguirá creciendo. Los libros son ideas y sus ideas en ese libro podrían ser tan importantes que alguien mate por ellas.

—¿Y eso te sorprende? Me extraña tanto de ti... Las ideas mueven el mundo, pero no siempre lo hacen hacia adelante. En estos tiempos tan

convulsos, muchos son los que opinan, demasiados para mi gusto, y quizás les vendría bien mostrarse algo más piadosos y tener cuidado con el mal efecto de sus opiniones. Lo dice el genio Leibniz, incluso cuando son de personas irreprochables, como ocurrió con Epicuro o Spinoza, pero estos al menos fueron comidos. No suele pasar lo mismo si otros imitan a los grandes o, incluso peor, si se dicen discípulos de ellos y no son tan humildes. ¡Ay! ¡Ese von Wolff dichoso! Mejor que admirar al gran genio y esforzarse por difundir lo que tan mediocrementemente entendió de su obra, podría haberse dedicado a plantar crisantemos. Esos, esos... esos son los peligrosos; lo dice el maestro: *dan rienda suelta a sus pasiones y usan su ingenio para seducir y corromper a los otros*. Amélie, sé que te será difícil de entender todavía, y que quizás nunca nos dé el intelecto para ello, pero este es el verdadero peligro de ese libro que tanto te interesa. Precisamente Voltaire es ambicioso y débil, y *sería capaz por su placer o por su prosperidad de prender fuego a las cuatro esquinas de la tierra, en cualquier libro de moda*. No contribuyamos a seguir predisponiendo al mundo para esa revolución que el genio adelanta y que justamente *lo separa de los sentimientos generosos de los antiguos griegos y romanos, que preferían el amor de la patria y del bien público y el cuidado de la posteridad a la fortuna y hasta a la vida*. Yo, lo creo así. Por esto no te diré lo que escribió Voltaire. Olvídate de él, Amélie. Me deshice de lo que anoté. Cuanto menos sepas de ello, mejor para ti. De otro modo, si muchos escuchan a estos mediocres imitadores y no a quienes piensan por sí mismos, el mundo irá hacia su perdición.

Mi padre sale de la alcoba y cierra la puerta, pero al instante vuelve a abrirla y asoma su cabeza por el quicio.

—Además —continúa—, y por si no fuera suficiente, tu madre no me perdonaría, si supiera que he colaborado a meterte ideas aún más extrañas en esa cabecita loca, que yo adoro, por otra parte. Aunque tampoco yo sé si es apropiado. Hay cosas que no se pueden cambiar a pesar de lo que mi admirado Leibniz y otros como él digan, y esta, aunque pueda parecerme acertada aun siendo, como es, una locura, resulta demasiado perturbadora. No sé si llegarán a producirse alguna vez los cambios maravillosos que en ese texto se proponen, hija mía. Mucha sangre fluirá para luchar por ellos, estoy seguro, pero no es este el momento. Nuevos tiempos se intuyen, hay muchos que ya así lo vaticinan, demasiadas tropelías, demasiados infortunios y pesares, demasiado daño y penurias como para que todo siga como está.

Leibniz lo dijo, la revolución está cerca si no logramos aprender de lo que somos y mejorar. Hazme caso y saca de tu mente a las dos pobres mujeres, el mundo es cruel, pero tú estás en una posición privilegiada, rara, pero privilegiada. No lo olvides, Amélie. Solo el amor tierno, el amor fraternal de Leibniz, podrá salvarnos. Sus enseñanzas son las que deberían guiarnos. Y no las estupideces de quienes lo interpretan mal, sin un ápice de cabeza, quizás, porque envidian su grandeza. Esos nos están llevando a la perdición.

16. Sorpresas



En mi ciudad, los otoños son tan hermosos..., mañanas amarillo indio en las que las hojas silban al balancearse hasta rozar el suelo y tardes que concluían en la gama de los ocres. Pero ese otoño estaba siendo demasiado frío. Ahora pienso que lo sentí así porque en uno de esos atardeceres desangelados fue cuando todo cambió para mí. Mi mundo tal como lo había conocido se descoyuntó como el cuello de la gallina cuyo caldo nos servirá hoy de cena. Y algo me avisó, me desperté con el estómago revuelto, mareada y sin ganas de levantarme, a pesar de que ya hacía mucho que había amanecido y el gallo había dejado de cantar. Sin embargo, yo no supe escucharlo, al contrario, creí haber alcanzado, por fin, mi sueño. Han transcurrido ya muchos días desde aquel en el que mi madre me anunció que debía vestirme apropiadamente porque iba a venir una visita solemne que me incumbía, pero aún no he conseguido olvidar su elección; no tiene ninguna importancia, pero la bata de tafetán con falda de tul más bonita que yo tenía fue la que lucí para entregarme al diablo. En su defensa, como diría mi padre si viviera, solo puedo decir que nadie podría haber imaginado jamás lo que ocurriría después. Ni siquiera usted, lector. Ni siquiera usted.

Mi madre siempre se levantaba la primera —nunca después de las seis, si hacía calor, o una hora más tarde cuando el frío arreciaba— y se acostaba la última; lo controlaba todo. Como no tuve hermanos, cuando era una niña ella misma me lavaba la cara, me ayudaba a vestirme y me preparaba el desayuno; luego dedicaba una gran parte de su día a vigilar a los criados — y a vigilarme a mí—. Casi siempre tuvimos dos, ella no quería que nadie cocinara en su lugar y se metía a trastear con los pucheros a la mínima oportunidad, pues no solía gustarle el sabor de los guisos de otros. Cada uno con sus panes, solía decir mi madre. La doncella, cuando su tarea se lo permitía, me sirvió a menudo para jugar y el cochero de quien más me acuerdo es de André, porque a veces, en lugar de acompañar a mi padre o a mi madre, me llevaba a casa del señor Albert si no me apetecía caminar, y volvía a buscarme horas después, sobre todo en invierno, sin faltar jamás a su cita. Aún recuerdo su sonrisa bonachona bajo esa nariz de boniato de la huerta de

Montmartre cuando me saludaba desde lo alto de la carreta al salir para ajusticiar a otro desventurado. Él era otro hombre bueno.

La verdad es que no consigo recordar ni una sola vez en que mi madre se quejara de sus muchas obligaciones: organizaba las tareas de todos cada día; supervisaba al detalle lo que gastaban y les reñía si debía; elegía con detalle qué ropas se llevaban a la lavandera y comprobaba las que retornaban una semana después, y si la limpieza le había satisfecho; era escrupulosa midiendo las provisiones de leña, de cera o aceite, y de comida; ordenaba qué había que comprar para el almuerzo y la cena de todos —pues los criados compartían mesa en nuestra casa, aunque en la cocina, porque a mi madre así le apetecía, mientras nosotros comíamos a menudo en el salón siguiendo los extraños horarios de mi padre—. Y, si se había quedado ociosa, ayudaba a la doncella. Jamás salía por la mañana, y, si lo hacía por alguna necesidad —a visitar a alguien enfermo o asistir a alguna misa especial—, regresaba enseguida y sin detenerse con nadie, pues antes no había tenido servicio y siempre le pareció que no debía abusar de su posición privilegiada. Valoraba lo que tenía. Que es la mejor forma en que se puede vivir. Por las tardes, solía acompañar a mi padre a sus escasas visitas o le ayudaba a menudo en el hospital. Pocas veces recibían en casa, y siempre a amigos que, por razones distintas, no les importaba quién era mi padre o incluso lo buscaban por interés.

Por eso, aquel día tan especial ya que los visitantes, al parecer, también lo eran, ella se metió en la cocina. A pesar de mi curiosidad y mi insistencia, no quiso adelantarme nada y la felicidad en sus ojos me angustiaba, conocía demasiado bien a mi madre como para que su alegría me dejara indiferente. Mi padre me dio otro motivo más para la intranquilidad, la vigiló hasta que encontró el momento preciso en el que su atención inquisidora se relajó mientras preparaba con la ayuda de la doncella las viandas para agasajar a nuestros incógnitos visitantes —pasteles de canela, almendra y manteca; cruasanes; quesos variados; y vino especiado— y él se coló en mi alcoba. No paraba de restregarse una mano contra la otra y ese nerviosismo suyo tan extraño en un hombre de sempiterna serenidad terminó de anunciarme que algo no iba bien.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿A qué esperas para contarme qué trama madre? —le pregunto, pues es obvio que sabe a qué viene tanto secreto. Quizás pueda entender de una vez su extraña mirada de estos días.

—Lo sabrás en breve, Amélie, aunque aún es pronto para concretar. En realidad, yo estoy tan intrigado como tú, aun conociendo a quienes esperamos, no sé si entiendo lo que está a punto de ocurrir. Quiero que sepas que estoy de tu lado, sea lo que sea lo que pase dentro de un rato, tienes que confiar en mí. No olvides que no te dejaré sola. Te lo juro. He actuado como todo buen padre haría, movido por lo que creo que es mejor para ti.

Me abraza. No sé por qué, el contacto entre corazón y corazón es infalible para transmitir la esencia de los sentimientos. Mucho mejor que mil millones de palabras. Mejor, incluso, que los besos.

—Sí, lo sé —continúa él, apesadumbrado—, sé que no sabes de lo que te estoy hablando, Amélie. Pero nada más puedo decirte. Este momento tenía que llegar y, a pesar de que llevo preparándome para él mucho tiempo, creo que cualquiera que cruzara esa puerta con el fin con el que lo cruzarán ellos me disgustaría. Todos los padres que conozco desean que llegue este instante, es motivo de felicidad e incluso de gran alivio en estos tiempos oscuros que corren para todos, en los que solo podemos esperar aún más infortunio, pero a mí solo pensar en ello me espanta. Al final va a tener razón tu madre, he leído demasiado y leer enturbia la mente y mancha el alma con ideas estrambóticas. Pero ya es tarde para mí. Todas esas ideas raras se han adueñado de mi ser. Solo recuerda esto, Amélie: tú tienes la última palabra.

Me gustaría preguntarle tantas cosas... ¿Qué significa ese discurso extraño de redención sin pecado? Pero él me coloca un dedo sobre los labios.

—No. De nada servirán tus preguntas. Yo aún no tengo respuestas. Además, no puedo perder tiempo, quiero avisarte de algo antes de que ellos lleguen. Esta misma mañana me han confirmado lo que temía: no debes volver al salón de Madame Geoffrin. Podrías estar corriendo un gran peligro. Esas pobres chicas... Prométeme que harás caso de mi advertencia.

Rose y Sylvie siguen en nuestro recuerdo. Sin embargo, la vida sigue, y en su salón, Marie-Thérèse continúa recibiendo a sus amigas. Yo, aunque no intervengo, he vuelto sin Hélène. Me apasiona escucharlas y, quizá también, lo reconozco, deseo fastidiar a mi madre, aunque ella no sepa de mis incursiones al lujosísimo barrio de Saint-Honoré, a veces me gustaría que lo descubriera.

—Pero, padre, he vuelto ya en otras ocasiones y ellas son damas afables y cultas. A usted le gustarían, y nunca acudí cuando Marie-Thérèse invita a hombres.

—Las desgracias son como las cerezas, que unas a otras se llevan, y

los asesinatos de las dos chicas podrían no ser los únicos. Por tu bien que es el mío, te ruego que me obedezcas y no vuelvas a ese salón. Demasiadas intrigas lo rondan.

Suenan los tintines de la campanilla que anuncia a alguien aguardando en el portón del patio y la doncella va a abrir. Mi madre, nerviosa, grita desde la entrada que acudamos los dos, padre e hija. Añade un mensaje para él: «Si no cumples tu palabra, me iré con mi hermana la de Marsella». Él me abraza y sale a toda prisa. Yo lo sigo.

Aún no he llegado a saber por qué mis padres se amaban, su matrimonio fue, como el mío y como el de todos, un mero contrato para vivir en pareja. El amor, a veces, surgía con el transcurso del tiempo pero, otras, jamás lo hacía y viraba hasta el odio más atroz o hacia la indiferencia, las que más; ella se fijó en él cuando caminaba por el Barrio Latino en busca de saber, según mi padre, y de divertimento, según mi madre, y bien poco le importó que fuera quien fue, se empecinó y consiguió que mi tía mayor —la de Marsella— organizara entre ellos una primera cita. Un mes más tarde, él le hizo llegar el ramo de flores blancas a su padre, su noviazgo se hizo oficial y en otro mes se casaron. Ella se bautizó antes para la boda; él ya lo estaba, por su oficio no tenía más remedio. Y jamás les vi un mal gesto de uno para con el otro y ambos se cuidaban con mimo. Pero en ese momento sentí como nunca antes que entre ellos dos había un mundo de diferencias. Él dudaba y ella refulgía.

—Vamos, ha llegado el momento. Veremos qué es lo que nos encontramos —me dice mi padre, mientras me da la mano con serenidad y los dos nos dirigimos al salón.

Al entrar, la visita misteriosa ha ocupado ya el lugar más cómodo. No es una estancia grande, aunque tampoco pequeña, el sillón en el que se sienta tiene un tapizado nuevo, de flores, como le gusta a mi madre, y la doncella ha encendido la chimenea; aún no hace frío, pero lo hará a medida que la tarde avance. La llama de la lámpara continúa encendida, hay aceite de sobra, y la luz brilla blanquecina, mitigada a través del alabastro del globo; reverbera en los pétalos de las azucenas, compradas esta mañana —ahora entiendo para qué — a pesar de las protestas de mi padre pues las flores que él cultiva son mucho más hermosas, según él. Sin embargo, teniendo en cuenta la morada de quienes ahora lo ocupan, me siento minúscula. Mi intriga ya no puede crecer más. Hélène tiene la vista fija en el suelo, no me dirige la mirada, no habla ni se mueve. Hace semanas que no quiere verme, desde que su marido Albert

anunció en su casa el asesinato de las jóvenes amantes. Yo he seguido acudiendo a mis clases de pintura e intenté varias veces hablar con ella para persuadirla de que volviéramos a la biblioteca, a reanudar nuestro trabajo con las traducciones y el estudio de los clásicos, pero ella me rehúye. A duras penas me saluda desde la puerta de su alcoba y vuelve a meterse allí al instante. Ahora, por la ausencia de color en sus mejillas, semeja una muerta. Quizás esté peor de salud. Y me alegro de verla, aunque ¿qué diablos hace aquí?

Christophe me mira también con insistencia y una sonrisa que no soy capaz de interpretar. Su presencia en la intimidad de mi casa me hace sonreír. Me cuesta mucho reprimirme, pero mi madre me observa. Y no he de esperar demasiado para entender cuál es el objeto de su visita. En realidad, debería habérmelo imaginado: mi madre parece un pavo, henchida y a punto de gorgotear.

—Amélie, es el momento de comunicarte nuestro contrato —dice mi padre, muy serio—. Pero si ellos están aquí ahora, es porque aún no está todo dicho. Monsieur Lambert, su caritativa esposa y su hijo han venido aquí hoy porque yo se lo he pedido.

—Albert, por favor, llámame Albert.

Mi padre asiente y continúa.

—Albert y yo concertamos vuestro matrimonio la semana pasada. Él me relató el gran interés que tiene su hijo en ti y lo mucho que la unión de nuestras familias les agradaría. Parece que, durante todo este tiempo en que has acudido a su casa, te han conocido, y te aprecian, y eso nos honra a tu madre y a mí. Pero yo, siendo como soy, no podía terminar de concertar este matrimonio sin conocer tu opinión. Y las normas del decoro quizás habrían dictado que tu decisión no hubiera sido pública, y te ruego que me perdones por exponértelo ante la vista de todos, pero creo que será la manera más adecuada. No quiero que pienses, solo que me digas lo que de verdad te hace sentir esta unión, y, sobre todo, si sientes que podrías amar a Christophe y que serás feliz con él. Entonces y solo entonces, seguiremos adelante.

A duras penas consigo seguir conteniendo mi alegría. Me gustaría gritar. El corazón trota y seguramente mis mejillas se verán tan rojas como el vino que la doncella vierte en ese momento en la copa del señor Albert. Mi madre se muere por intervenir, pero se aguanta, se recoloca los lazos y calla, como le corresponde. Además, ella seguramente ya no pueda hacer más de lo

que habrá hecho para que esto ocurra. O eso me dicen sus ojos.

Christophe sigue sonriéndome, Hélène continúa cabizbaja y el señor Albert me observa serio. Mi madre no cabe en su vestido. Mi padre da algunos detalles de la posible unión. Enseguida le responde el señor Albert.

—Sí, nuestra querida Amélie ha crecido con nosotros. Prácticamente la consideramos ya de nuestra familia. Concretar esta unión sería un honor y un placer. Espero que aceptes la proposición para desposarte con nuestro hijo.

Miro a Christophe. Aquel beso vuelve a mi memoria y un escalofrío me baja por la espalda hasta llegar a los pies y volver a la cabeza. Qué estúpida fui. Una cría que ya había leído demasiadas novelas prohibidas, con más versos que razón.

—Por supuesto, renunciaremos a la dote. No deseamos más que tenerte en nuestra familia. Estamos de acuerdo en eso. Nos parece suficiente honra para nuestra casa el que formes parte de ella.

Miro a mi padre, él agacha la cabeza. Mi madre no.

Renunciar a la dote era inaudito, pero no podría haber sido de otro modo: lo que mi familia podía ofrecerles no les serviría ni para satisfacer los gastos que yo les supondría durante un año. En realidad, la sola idea de que ellos estuvieran allí, en nuestro salón esperando mi decisión, era ya una incoherencia que me satisfacía incluso tan solo por el hecho de producirse. Menuda ingenua era yo.

Durante unos instantes, mientras mi padre y el suyo hablaban, observé a Christophe, delgado, alto, de hombros y piernas robustos. Lo medí igual que se talla a un carnero y esa pieza de carne me hizo tiritar. Me fijé en sus rasgos hermosos, en su boca suave, en sus ojos bonitos. Imaginé sus manos acariciándome y sentí algo que confundí con el enamoramiento... ¿De qué forma crecería luego? ¿Cómo era eso que te hacía suspirar, que te ponía a ti a los pies de tu amado y a él lo instalaba en tu cabeza para siempre? Yo no vi ningún halo alrededor de su pelo —y mira que lo busqué— ni sentí el corazón palpitar con violencia; pero lo imaginé besándome de nuevo, como aquella remota vez, y me sentía más y más excitada. Y luego me vi de su brazo paseando por París —tan guapo él, tan orgullosa yo incluso sin los polvos de arroz en mi tez—, y también me agradó. Deseé con todas mis fuerzas que se convirtiera en el gentil amo de mi destino. No podía ni imaginar hasta qué punto ese deseo llegaría a convertirse en realidad.

—¿Y bien? —me pregunta mi madre, mordiéndose los labios.

—Acepto —respondo emocionada y de inmediato los ojos de Christophe rebosan de una satisfacción que no le he visto jamás.

Mi madre aplaude, el señor Albert sonrío con timidez, Hélène continúa sin mirarme.

—Entonces —dice mi padre, aún serio, pero con el semblante más relajado—, empezaremos con los preparativos. La boda se celebrará como suele ser habitual: en un mes, a partir de hoy, en la casa del novio. Solo puedo ya daros la enhorabuena y desear que todo sea para bien.

Lo que sucedió hasta que mi prometido y su familia abandonaron nuestra casa es fácil de imaginar: yo me subí a una nube y allí me quedé, mi madre habló sin parar con el señor Albert sobre los arreglos de la ceremonia; él la escuchaba e intervenía a veces, para asentir o ampliar la información que ella le pedía; Hélène parecía ida, como si su mente hubiese viajado al campanario de Saint-Germain-l'Auxerrois y no deseara volver a bajar; Christophe no dejaba de sonreír; y mi padre se sentó en su butacón y pasó el rato mirándonos a todos, con su luto perenne que ni entonces se quitó.

Lo demás no influye demasiado en el resto de la historia así que lo omitiré. Sin embargo, no puedo dejar de añadir aquí, porque la ironía es notoria, lo que ocurrió al anochecer.

Ya estoy en mi cama y, entre nerviosa y alegre, tapada hasta los ojos con las sábanas, escucho a mis padres susurrar. Necesito saber lo que ellos piensan de verdad sobre mi compromiso, así que aguzo el oído. Las paredes son mucho más finas que la seda si apenas se respira y la noche oculta las quejas de los muertos bajo su negra manta. O sea, que los oigo como si estuvieran hablando a mi vera.

—No me gustan —dice mi padre con determinación—. No sé qué ocultan, pero es algo que no consigo entender.

—Son esas tonterías tuyas, Josep, ¿qué iban a ocultar? —pregunta mi madre y se remueve sobre el lecho, que cruje ante su mucho peso—. Sus padres la conocen y la aprecian, él se ha enamorado de ella, ¿no puedes disfrutar de la fortuna por una vez que se cruza en tu camino?

—Por eso mismo me escama todo esto, demasiada fortuna para nosotros. Esa dama no suele caminar de nuestro lado; siempre se ha mostrado distante ¿por qué iba a cambiar ahora de amigos? No me fío, mujer, no me fío.

—Yo creo que no te fiarías de nadie, Josep, y tú lo sabes. Va en tu

naturaleza recelar de la buena disposición de los demás, pero no en la mía, todo es como tiene que ser.

—Pero, Camille, ¿por qué una familia como esta se interesaría por esposar a su único descendiente varón con la hija de un verdugo?

—Menosprecias a tu hija.

Mi padre no duda:

—¡Por supuesto que no!

—Pues entonces, está todo dicho. Y ese joven será el mejor partido que vayamos a encontrar, ¿o es que has tenido otras proposiciones?

Imagino a mi padre negando con la cabeza.

—Hala, no hay nada más que hablar —sentencia mi madre.

—Al menos, el marido de Amélie no será el ejecutor de París —dice mi padre.

Imagino entonces a mi madre frunciendo el ceño. Siempre lo hace cuando algo no le complace. No puede evitarlo.

—No, parece que en eso has ganado, Josep. Alégrate por ello. Y no me lo mientes más. Dios, que da el mal, da su remedio cabal.

—¡Qué Dios ni qué niño envuelto!

—No levantes la voz o Amélie nos oirá. Alégrate por tu hija, Josep, esto es lo mejor que podría ocurrirle. Un regalo del cielo.

—Lo intentaré, pero me cuesta. ¡No viste a Hélène! No dijo esta boca es mía en toda la tarde. Si casi ni me miró cuando yo hablaba... No sé, este ofrecimiento me extraña. Por mucho que ella me parezca una mujer fuera de lo común, que lo es, te lo aseguro. Casar así a su único hijo... No lo entiendo. Y no me regañes, Camille, no puedo creer en la buena fe de los hombres. He visto demasiados especímenes sufriendo por sus maldades.

—Además, me lo prometiste, ¿no lo recuerdas? Porque yo sí. Dijiste que dejaríamos el futuro de Amélie en manos de la providencia.

—Del azar.

—Como prefieras. No seré yo quién te acuse de herejía. Para eso, ya corren otros. Y lo mismo da, azar o intervención divina, ellos quieren a nuestra hija, no pedirán dote, ella se siente bien entre ellos, parece que el chico le gusta. Para ella, será más fácil así... ¿Qué más podemos pedir? Bastantes infortunios nos acechan como para no aprovechar la oportunidad cuando nos sonrío la vida.

—Espero que tengas razón, pero algo me dice que no será como dices.

—No es instinto, solo hábito, Josep. No te permites mirar a la cara a la buena suerte ni aunque te salude y se presente por su propio nombre. Pero Amélie tendrá una buena vida. Como que me llamo Camille.

El estruendoso repique de trueno me asusta y un escalofrío me recorre. Tengo la piel helada y no me he dado cuenta. Me envuelvo bajo la manta y cierro los ojos, la muerte acecha bajo un simple enfriamiento; y no está el asunto en este momento para que ahora fallezca de unas malas fiebres. Pero mi madre tiene razón: ¿por qué temer? Hasta aquel día, no se me había ocurrido que no debía tardar en desposarme, o difícilmente podría encontrar pretendiente, y mis sueños con respecto a Christophe solo eran eso: hermosos sueños.

Pero la forma en que la hija del ejecutor se emparejaba no solía ser la habitual. Eso lo sabía todo el mundo y, sobre todo, lo sabía yo, y había eliminado ese de mis intereses más inmediatos. Yo me sentía feliz en mi vida, tranquila, junto a las personas a quienes quería, atendiendo a mis deberes con ellos y haciendo lo que más me gustaba, y no se me había ocurrido que él, el objeto de mi deseo, se convirtiera alguna vez en mi marido. No pensaba en mi futuro ni con él ni con ningún otro. El mundo es demasiado imprevisible como para andar preocupándonos por aquello que no podemos controlar. Por eso, ¿por qué debíamos ahora desconfiar? Yo los conocía desde siempre, me agradaba su casa, grande, lujosa y recoleta, donde seguramente tendría que mudarme a vivir con mi flamante esposo; Hélène se convertiría así en mi suegra y mi maestro, en mi suegro. Era una familia de buena cuna, con una posición que jamás podría haber soñado y alejada —como mi padre deseaba, aunque tratara de ocultármelo al menos delante de mi madre— del triste futuro como esposa de un verdugo y, por tanto, como deseaba yo, y mi porvenir, estaría resuelto. ¿Qué más podía pedir? Sin proponérmelo, sin hacer nada para lograr mis deseos inconfesables, había alcanzado lo que tantas mujeres siempre habían soñado. Me sentí la más afortunada.

Entonces hago por recordar su rostro, Christophe es guapo, no demasiado alto ni demasiado fuerte, pero sus hombros me gustan, me gustan sus ojos y su boca —y a mí, entonces, cuando aún apenas había sentido la caricia verdadera de un varón, eso me parecía más que suficiente—. Me adormezco pensando en esas manos grandes y en cómo será compartir con él mi lecho mientras las pasa sobre mi cuerpo. Él será mi príncipe azul, me completará, me dará todo lo que yo necesito, a su lado seré feliz. Él será mi

marido.

Y no puedo reprimir una sonrisa al pronunciar en voz baja esa frase muchas veces, hasta que me duermo.

17. Memorias de una dama



He soñado que miraba la luna, ella era una diosa y me devolvía la mirada. Sus ojos, blancos como las plumas de gansa, me espiaban. Después me sentí resbalar por un precipicio y ni siquiera desperté al estamparme contra las rocas al final de mi caída vertiginosa. Noté cómo mis huesos rajaban mi carne y percibí el sabor de la sangre en mi lengua machacada. Se me fue la vida. Así lo soñé yo. Abro entonces los ojos empapada en sudor, sin saber si en realidad morí. Pero no, no; sigo viva.

Miro por la ventana, aún duerme la noche. Me toco los brazos y las piernas, solo al sentir que todo sigue en su lugar, blando, suave y corpóreo, me convengo de que dormía. Vuelvo en mí. Aunque ha empezado con una horrible pesadilla, este día tendría que ser alegre, es el de mi boda. Oigo croar a un sapo y ulular a un búho. Vuelvo a acurrucarme. Los brillos de la luna se clavan en mis ojos. Es la diosa blanca, sí, de la que me ha hablado mi sueño. Ahora yo soy quien la espía. Bien podría ser mi diosa.

Me santiguo y rezo para que Dios me perdone semejante blasfemia. Espero despierta hasta que las luces del alba levantan a todos.

Enseguida llega el mediodía y el primer oficial nos casa.

Escribí mucho más en mi diario ese día, pero esto es todo lo que al final conservé sobre la ceremonia de mi boda con Christophe. No merece un ápice más de atención y el resto de las páginas que relataban en el diario de aquellos días cómo fue nuestro fugaz noviazgo, la firma del contrato en la notaría y cómo el notario se equivocó al leer el acta y leyó la de otros que no éramos nosotros, y hasta la descripción minuciosa de los esponsales, las tiré al Sena hace mucho tiempo. De lo mucho que escribí entonces, lo que ahora me viene a la memoria sobre todo es la canastilla que Christophe me regaló con un frasco de perfume y dos bomboneras de plata, encajes blancos, dos sortijas, una gargantilla y una pulsera de oro, tres abanicos, un misal y una bolsa de monedas recién acuñadas en la última hornada de la Casa de la Moneda. Jamás había visto juntos tantos regalos fabulosos, de un gusto exquisito. Lo que podía venderse, tuvo ese fin hace mucho.

Del día de mi boda, recuerdo también que Hélène no me habló mientras se hacía oficial el casamiento y el alcalde leía el capítulo VI del Código Civil para que conociéramos cuáles eran nuestras obligaciones como esposos. Yo firmé convencida de que las cumpliría. ¿Lo hizo él? No lo sé. Tampoco lloró Hélène en la iglesia, que llenaron de flores y de música para nosotros. Y hubo comida y baile, aunque nuestros invitados fueron escasos y los suyos se sorprendieron de que no fuera el padre de la novia quien la acompañase al altar y de que ni él ni su madre estuvieran presentes en toda la ceremonia, esta vez ni siquiera pagaron el convite y a los músicos. Mi padre había llorado al despedirme ya en la alcaldía, mi madre me besó y me apretó la mano. Desde ese instante sentí la nostalgia de la separación, aunque también se abría para mí una nueva vida que tenía que ser mejor que la que hasta entonces me había tocado. Fui fuerte y no lloré al subirme a la carroza con mi nuevo marido, con el señor Albert y con Hélène. Al llegar por fin a su casa, ella enseguida se retiró a su pieza sin darme la bienvenida ni despedirse. Temí por ella, pero pensé que mi presencia podría ayudarla cuando encontrara mi sitio en el que debería ser mi nuevo hogar.

Y, rápidamente, llegó la noche.

Christophe ha sido muy amable todo el día, y en la cena no me ha abandonado ni un instante, incluso me ha servido agua y me ha puesto más pato en mi plato, un par de olorosas piezas hervidas con verduras y tomillo, y patatas asadas en vino dulce. Ya en la casa, me ha extrañado ver un nuevo miembro en la familia, un hombre serio de mirada huidiza, mayor que Hélène y desdentado; nunca hasta entonces había visto a nadie asistir aquí aparte del cochero. Me alegro egoístamente. El servicio es agradable y útil, pero ¿por qué no es una doncella? Es un hombre grande y feo, parece fácil de trato y se mueve ágil como un gamo.

Me retiro a mi alcoba y me preparo. Yo sé lo que debe pasar.

Nadie me lo ha contado, pero es primitivo como la humanidad. Más aún: del sexo fluye el ser humano y no al revés, como pretenden muchos hombres viejos. Los libros libertinos lo enseñan, el señor Albert también guarda muchos en su biblioteca. Ahora, tengo aún el sabor de los postres en la boca y la saliva me rebosa. Mis piernas y mis brazos están tensos. Me santiguo de nuevo, y miro la alcoba que mis suegros nos han destinado a mi nuevo esposo y a mí, una mucho más grande y espaciosa que cualquiera de las de mi

hogar, y adornada, creo, para los recién casados: un tocador de cachemira azul con pequeñas flores violetas bordadas a mano, un biombo de laca azulada con sus dibujos chinescos, un aparador de boulé y una silla de respaldo tan alto como un asno es lo que veo. Y, al lado, un lecho con un hermosísimo dosel de seda beige. Me tumbo en él. Espero nerviosa por lo que imagino que sucederá. Y me muerdo los labios y me toco las manos recordando aquel beso robado del que ya es mi marido, mientras aguardo a que los ruidos de la noche se vayan calmando y yazcamos juntos.

No sé cuánto tiempo permanezco así, tonta de mí; termino durmiéndome y me despierto al escuchar los gallos anunciar el alba, pero en mi habitación no está él. Me tapo con las sábanas que huelen a dulce de leche y son suaves y amplias, y no recias y estrechas como las de mi casa. Sigo esperando. Christophe no aparece.

Después de ese, pasé muchos días sola. Hélène ni siquiera salía de su alcoba, el criado le llevaba allí la comida y retiraba su bacinilla con las heces. Fueron esos días grises para mí, llenos de angustia, en los que con frecuencia dudé de si me había equivocado. ¿Dónde estaba mi amado? ¿Eso era estar casada? Casi siempre, Christophe desaparecía temprano y volvía ya al anochecer, y apenas me hablaba, aunque, si se cruzaba conmigo por la casa o en las comidas, se mostraba siempre amable. Incluso me sonreía a veces. Me di cuenta de que seguía instalado en su alcoba de siempre. Se encerraba en ella en cuanto tenía oportunidad. Si no hubiese sido porque me resistía a abandonar a Hélène, habría vuelto a casa de mis padres, pero me sentía responsable de lo que pudiera ocurrirle. Quería ayudarla a salir de su tristeza. Le había cogido cariño. O podría ser que esa fuera una excusa para no claudicar aún, con la esperanza de que él un día me visitara, de que solo estuviera ocupado con algún negocio suyo del cual yo desconocía todo. En realidad, nada sabía sobre mi marido. Nada. Me había enamorado de un fantasma. Alto y bien fornido, pero etéreo como el alba.

—Bien, así muy bien —me dice el señor Albert. Aunque cada día con menos interés, sigue enseñándome la técnica de la pintura. Hace tiempo que ya no necesito guía en lo práctico, pero sí en la técnica. Así paso el tiempo entretenida.

—Estás dominando ya la perspectiva. Sin ella, estás perdida. Tus cuadros no serán más que colores puestos sobre un lienzo, pero para meter tres

dimensiones en dos, hay que engañar a la vista y saber muchas matemáticas. Tú eres buena en eso, curiosamente.

Y ese «curiosamente» me duele, pero he aprendido a callar. Cada día entiendo menos por qué se prestó a enseñarme. A menudo me pone a calcular puntos de fuga, la perspectiva aérea, a dibujar volúmenes, a matizar las sombras. Cuando ve que algo no encaja, me corrige y me explica. Tiene una paciencia infinita y mis obras han comenzado a expresarse por sí mismas. Ya no son simples cuadros, la profundidad les ha hecho tomar conciencia de su vida propia.

—Si no fueras una mujer —remata él a menudo nuestras conversaciones— podrías llegar a exponer en la Academia, incluso ocupar mi lugar cuando yo ya no vea. La vista es lo primero que se resiente cuando usas los ojos como los usamos nosotros. Los nobles pagan bien, son vanidosos, les gusta verse en los lienzos, vestidos con sus mejores ropajes, rodeados de sus riquezas. Y tú sabes trasladar eso a la tela. Me siento orgulloso de ti —dice, y baja la cabeza—. Qué estúpido... —continúa enseguida, como si hubiera despertado de una pesadilla—, ¡me gustaría pregonar a los cuatro vientos que soy tu maestro! Pero eres mujer, sería perder el tiempo e indicativo de que también he perdido la razón.

Veo a Hélène asomar la cabeza tras la puerta y me mira, sonriéndome. El señor Albert se gira ahora, como avisado por el demonio de que ella está a sus espaldas, pero ella desaparece.

—Creo que debes empezar a firmar tus cuadros con el nombre de tu marido, Amélie. Sí, firmarás como Christophe Lambert. Él bien podría haber heredado mis dotes. Yo intentaría venderlos. Me parece una gran idea, aceptar encargos como si él fueras tú.

—¿Y qué opinaría mi esposo, señor?

Entonces, como una sombra, Christophe entra y se coloca detrás de mí, me toma de la mano y me la besa. Lloraría de alegría si no fuera porque mi suegro está delante. No consigo entender a este hombre taciturno pero amable que sigue haciéndome cosquillas entre los dedos y consigue que toda mi piel se erice. Parezco toda yo una gallina clueca y él es mi huevo favorito.

—¿Me preguntas qué opinaría sobre hacerme pasar por un pintor con tu talento, Amélie? Todo para hacerte feliz, mi princesa —Me llama así casi siempre ante sus padres. Soy una princesa triste, que espera salir del encantamiento con sus besos. Sus palabras suenan crueles. Y me ruborizo

como si aún fuera una niña. A su lado, es así como me siento—. Por supuesto. No tengo nada que objetar. Lo que deseas.

Siento una alegría desorbitada. Christophe se ha convertido para mí en un misterio insondable que me repele y me atrae del mismo modo, amable, distante, solícito y repulsivo todo en uno, pues su forma de actuar es siempre rara. Se acerca, pero no demasiado. No lo suficiente. Y aún no le conozco ocupación, más allá de salir de la casa por la mañana y volver, casi siempre, al anochecer, y, sin embargo, vive de forma acomodada sin que su padre le reclame oficio ni beneficio. En realidad, jamás le reclama nada. Parece como si tuviera una deuda pendiente con su hijo. Es tan extraño...

—Tienes un don, Amélie, y sería de necios no aprovecharnos de él — sigue diciendo mi marido, y aprieta su pecho contra mi espalda al intentar coger uno de mis bocetos que están sobre la mesa con los otros bártulos para pintar.

Me tiembla el alma. Las piernas me sudan.

—¿Un don? —pregunta el señor Albert y se lleva la mano al rostro para reprimir una carcajada—. No me hagas reír, por favor. Yo diría que tiene, quizá, oficio y técnica, nada que no se pueda aprender con el interés y el esfuerzo que ella le ha puesto. Pero bien podría pasar por un pintor de corte si fuera hombre. Así pues, si ambos estáis de acuerdo, moveré mis influencias para empezar a negociar. Será difícil, puesto que lo que más me encargan son retratos, que requieren la presencia del artista, pero al menos, sí, empezarás a firmar con su nombre, Amélie, serás Christophe Lambert. Nunca se sabe en qué momento podrían seros de provecho.

Tiemblo mientras Christophe, detrás de mí y con disimulo, sigue acariciándome el cuello y me despierta por ahí, y por todo lo que lo rodea hacia abajo y hacia arriba, la piel dormida.

18. Los ojos de la locura



Una pareja de grullas ha anidado cerca. Es asombroso, porque mi padre dice que ya no habitan aquí en París, que necesitan lugares más tranquilos y solo surcan nuestros cielos para llegar a ellos. Pero son grullas, sí, sus cantos son como los de una trompeta. Ponen los pelos de punta. Las miro cuando pasan volando bajo: son el símbolo de la vigilancia y la prudencia. Mi padre sabe hacerlas en papel, aprendió de su padre que nadie sabe de quién aprendió a su vez. Él decía que, si llegabas a crear así hasta mil de esos extravagantes pájaros, tus deseos se convertirían en hechos. Pero era tan solo una leyenda de las muchas que mi padre recordaba haber escuchado de su abuelo, amigo de escuchar, también, a todo el que le venía contando un cuento. Y uno de sus graznidos —de la fiel pareja de grullas que vivirán juntas toda su vida— asusta a Héléne. Se sobresalta y mira al cielo.

Está hoy sentada en el jardín, escribe en su cuaderno con frenesí. Me alegra observarla de nuevo fuera, al sol, vistiendo ropa limpia y aseada. Casi siempre lleva los dedos manchados de tinta, pero hasta ahora no la había visto empeñada en este quehacer con ese ímpetu. Mueve la pluma con tal rapidez que diríase embrujada. Me alegro tanto de su mejoría... La observo, me gusta su pelo, ella casi nunca se pone la peluca. Miro al cielo: las grullas sobrevuelan el campanario. Voy dentro por fin y, al cabo de un rato, Héléne viene y se sienta a mi lado ante la mesa de la cocina mientras yo pelo patatas. No es mi obligación, pero por ahora no encuentro ninguna tarea que me permita ser útil en esta casa. Y huele a dulces de almíbar, el nuevo criado ha resultado ser un cocinero hacendoso y deja siempre listos algunos para la noche, Christophe y el señor Albert los devoran. Héléne no los prueba nunca. Agarra un cuchillo. Toma una patata y se pone conmigo a la tarea. ¿Qué soy yo ahora? Aún no he logrado averiguar cuál es mi lugar aquí.

Christophe ha acudido a ver a un cliente de su padre, un distinguido propietario de una tienda de telas de la ciudad que sirve a la casa real; está convirtiéndose en el acontecimiento de París y alrededores: todos desean vestirse con ese género maravilloso que trae, dicen, del otro lado del mundo, de la India, de Pakistán, hasta de la China. Países tan lejanos que no soy capaz

ni de imaginar si en ellos sale el sol. Desea hacerse un retrato de familia. Si al final le paga el encargo, con cualquier pretexto volveré con él, y prepararé un esbozo de sus facciones, de su rostro, de sus volúmenes. Después lo pintaré aquí. La caseta del jardín se ha convertido en mi estudio. El señor Albert apenas para ya por allí. De repente, tiene muchas otras obligaciones. Pero me gusta la idea de pintar para otros, aunque sea mi marido el que conste como su autor, así ha de ser.

Hélène canturrea mientras deja la patata en la cazuela al lado de las otras.

—¿Deseas volver a nuestro cometido? —me pregunta de repente.

Yo apenas puedo contener mi alegría. No hay nada que me gustase más que reanudar nuestro trabajo juntas. Lo ve en mi rostro, lo acaricia.

—He estado indispuesta últimamente —continúa—. Pero ya me encuentro mejor. Tenerte conmigo es un soplo de aire fresco, Amélie. ¿Seguiremos entonces con nuestra afición? Queda tanto por hacer... Tengo mucho que enseñarte.

—Por supuesto, señora.

—No me llames así, soy la madre de tu esposo y, sobre todo, soy tu amiga. Quiero que me veas como una amiga afectuosa. Llámame siempre Hélène, por favor.

—Me halaga demasiado, pero gracias. Así lo haré.

—¿Eres feliz? No he logrado adivinarlo. No escucho lo que debería escuchar, pero espero que todo esto haya funcionado.

—¿Qué es lo que debería funcionar, Hélène?

—Mi hijo y tú, os veo tranquilos, a él incluso se le ve contento. Pero tú, ¿eres feliz?

Bajo la vista al suelo. No puedo evitar un suspiro. Ella me toma de la mano.

—No ha cumplido aún —me dice, compungida.

Se me enciende el rostro. Me lo imagino del color de la granada en verano. Jamás he hablado con nadie de eso. Es privado. De él y mío. ¿Tengo cara de querer compartir con ella mi intimidad?

—Él es diferente. Quizás se enamore de ti. Ten paciencia. Tan joven... Podrás esperar. Y también eres su esperanza. Te necesita, Amélie. Te necesita como nadie ha necesitado a otra persona en la historia de la vida, como Paris necesitaba a Helena y Clitenmestra a Egisto.

Hace mucho que me he acostumbrado a no entender lo que dice la buena mujer, y no me sorprende no tener ni idea de lo que me habla ahora. Desearía preguntarle cuál es su mal, el que le hace desaparecer durante meses y recluirse en su alcoba, pero el respeto es algo que no debe perderse nunca, lo que nos diferencia de los animales incluso más que el lenguaje. Muchos hombres no tienen lengua, pero en la bajada de sus frentes demuestran su admiración a los superiores. Ella vuelve a parecerme igual de desvalida que cuando la conocí, aunque en sus ojos hay un brillo nuevo, que podría mostrar al final nuevas penumbras o, por el contrario, luces; no soy capaz de distinguirlo. No soy nada hábil en eso.

—Me alegra mucho que se haya recuperado —le digo.

Pero ella insiste. Es terca.

—Él aún no te ha tocado. Pero debes resistir. Eres su esperanza. ¿Estás bien con nosotros?

—Para mí es un honor que me haya recibido en su casa. Me gustaría agradecersele —le respondo con rapidez. Hablar de mi marido con su madre me incomoda cada vez más. No es natural. No es decoroso. Es solo mío.

Me levanto y pongo al fuego la cazuela. La sala está caldeada, por fin. En cuanto anochece, el frío se desliza por debajo de las puertas y los quicios de las ventanas. Es como los sentimientos y las cucarachas, siempre encuentra un lugar por el que colarse.

—No agradezcas aquello que no comprendes, muchacha. Pero en parte me alegro de que hayas terminado siendo tú. Eres muy lista, quizás tengas alguna oportunidad. No siempre hemos sido así, alguna vez fuimos diosas, las hijas de la diosa blanca, la madre creadora. Eso está en nosotras, muchas aún no lo hemos olvidado, por eso seguimos resistiendo.

Qué pena me da. Ella no se percata. Creo que por fin la entiendo, es triste admitir la realidad, pero ya me he cruzado antes con otras que han perdido la cordura, hay muchas en las calles, sucias, tullidas, hambrientas y piojosas; abandonadas por sus maridos o viudas; siempre pobrísimas. Terminan de prostitutas, cuando su cuerpo aún no ha sido demasiado castigado por la vida, mendigando en las escaleras de las catedrales o las iglesias. La mayoría, si no tienen dinero ni amigos, acaban con sus huesos en la cárcel de Saint Marie de Villette; tras tomarles testimonio, las encadenan y las llevan allí a todas juntas, en la misma carreta, como si fueran cerdos o cabras, y a cara descubierta, para que todos las observen y las insulten y les arrojen

desperdicios al pasar. Mi padre dice que aquellas con conocidos poderosos logran hacer ese camino ignominioso en otro carro con capota y en otro momento. Eso, si tienen suerte y posibilidades de sobrevivir. Si están enfermas, o demasiado tullidas, o alguien se da cuenta de que en realidad están locas.... He visto muchas veces el espectáculo. Sus cadáveres se pudren sin sepultura en alguna esquina. Solo son putas. Mujeres. Las mujeres no tenemos mucho más que ofrecer, sin la ayuda de los hombres, no somos nada.

Pero Héléne, al menos, tiene un marido que no la abandonará. El tiempo que yo lo he tratado, el señor Albert ha demostrado un trato exquisito con todos los que lo rodean, incluso conmigo. Solo lo vi una vez alterado y ahora supongo que fue por miedo a que le pasara algo a su esposa si regresaba al salón de su amiga Marie-Thérèse.

Me entristece dudar de si Héléne ha terminado por perder del todo la razón. Me lo parece al verla con esa mirada extraña y las manos llenas de tinta. Rogaré para que sea algo pasajero, que va y viene según su ánimo o sus experiencias. Por rogar...

—¿Has vuelto al salón de Madame Geoffrin? —me pregunta con ese brillo en sus ojos que de un modo misterioso a veces sigue alegrando sus facciones maduras.

—No, señora, no he vuelto desde que el señor Albert nos aconsejó no hacerlo.

Recuerdo también el consejo de mi padre, su prevención contra otros posibles asesinatos. A todos les engaño. No puedo dejar de ir. Allí, soy feliz, escuchando a quienes tanto saben y tanto me enseñan. Pero no puedo advertirla, no quiero perturbarla más.

—Pues volverás, debes volver. Te hará falta, quizá, en un futuro. Allí, tienes que frecuentar a Marie, ella te ayudará si alguna vez lo necesitas. Es de las nuestras. Aunque ya no puedo estar en sus reuniones, Albert me vigila de cerca, pero de ti no desconfía, estoy segura. Tiene puestas en ti grandes esperanzas. Serás una magnífica discípula. Lo sé. Tus ojos tienen la fuerza de las hijas de la diosa madre. Cuida su amistad. Confía en ella. Es como si fuera mi hija.

Héléne me mira con detenimiento. Las arrugas alrededor de sus ojos parecen hilos de seda; de repente mueve enérgicamente la cabeza a los lados. Las patatas han comenzado a cocer, suena el chisporroteo del agua que sale convertido en vapor y empaña los vidrios de las ventanas.

—¿Cómo puedes ser capaz de quedarte ahí pasmada sin preguntarme nada! —grita al levantarse con brusquedad— ¿Acaso entiendes lo que te digo, muchacha?

Me toma de las manos y las besa. Siento tanta tristeza por ella que no puedo evitar abrazarla. Es frágil, (yo así lo creía entonces), tan frágil que su cuerpo parece menguar al posar mis manos sobre su espalda. Como si empequeñeciera. Al separarnos, me habla con más calma.

—Solo nosotras podemos ayudarnos, Amélie, estamos solas, pero somos muy fuertes, las criaturas más fuertes de la creación. Ellos no son nada a nuestro lado y lo saben, por eso nos esclavizan, por eso nos maltratan y nos controlan, se apoderan de todo de nosotras y lo peor es que intentan dominar nuestro pensamiento. Aunque son débiles, no soportan el dolor; nosotras sí, lo hemos sufrido desde que nos robaron nuestro lugar en el cosmos, hace muchos siglos de eso. Pero guardamos la fuerza dentro. Y parimos con valentía. Cada mujer podría vencer a cuatro hombres en la lucha si la batalla fuera justa, sin armas ni violencia. No lo es. No lo es desde que usurparon el trono de la diosa blanca. Aunque esto cambiará, se avecinan tiempos de cambio, tiempos importantes que debemos saber aprovechar. Por eso el conocimiento es tan importante. Y detrás de él vendrán otros. Otros libros, nuevas miradas, otras formas de amar. Ellos aprenderán a amarnos de un modo nuevo. Brillante.

Su mirada se ausenta, la fija en alguna parte alejada de nosotras. Quizá en ese otro mundo del que habla con pasión. Hago la señal de las tres cruces, pero ella no parece percatarse. Sigue hablando.

—Todavía no, aún no has sufrido lo suficiente, aunque en breve estarás preparada para entrar. Entonces me entenderás. Pero tienes que prometerme algo, Amélie. —Me mira fijamente a los ojos—. Es muy importante.

Sigo sin saber de qué me habla; quizás siguiéndole la corriente la ayude.

—Tienes que jurarme que nunca le dirás ni a mi marido ni a mi hijo que vas a esos salones. Ese es nuestro secreto. Solo tuyo y mío. Pero, no perdamos más tiempo, debes avanzar en tu aprendizaje; en las traducciones, en el griego y el latín. Nuevos autores te abrirán la percepción y volverán más lúcida tu mente.

Recuerdo ahora lo que mi padre me reveló sobre la hija de Madame y el odio que le profesa a su madre. Siento pena por esta mujer que se muestra tan segura de sí misma pero no sabe nada de sus debilidades. Ella sigue

hablando, ajena a mis pensamientos.

—Tantos siglos abandonado y ahora vuelve a nosotros con la fuerza de las mareas. Muchos discuten sobre los antiguos, algunos no creen que fueran superiores a nosotros y estos poemas, precisamente, constituyen el centro de esa disputa. Debes saber Amélie, que, durante varios siglos, hasta hace unos cien años, los egipcios eran considerados por muchos como “la antigüedad verdadera”. Los que creían en la modernidad, usaron a Egipto para poner en duda a los antiguos como Aristóteles o Galeno. A principios de este siglo, en toda Francia ganaban ellos, los modernos, pues Egipto se asociaba con los tiempos de Luis XIV, tan identificado este pensamiento. Casi todos los eruditos estaban de su parte.

Ahora sí me sorprende, es ella, de nuevo, Hélène cambia, sí, cada vez que habla de su pasión. Está feliz. A mi lado, dibuja en un papel garabatos que refuerzan su explicación mientras sus ojos se iluminan con cada una de sus palabras. Mi padre también me habló de esa disputa entre antiguos y modernos, y sus ojos mostraban el mismo brillo. Él, por supuesto, se ponía de parte de Homero, para él, el fundador de la cultura. Y en contra del rey, por supuesto.

—¿Y por qué Homero tiene tanta importancia para decantar la balanza? —pregunto, aprovechando las enseñanzas de mi padre.

—Fue el primero en expresar los sentimientos de una época magnífica. Consiguió superar el predominio de los egipcios y la de la civilización hebraica. Aunque idiotas como Voltaire desmienten su relevancia. Yo misma le he oído decir en el salón de Marie-Thérèse que los griegos ya no están de moda desde los tiempos de Madame Dacier, su primera traductora. Entonces no tuve más remedio que callar pues muchos otros aún piensan así. Por esto, mi querida Amélie, debemos seguir esforzándonos. Estoy segura de que, en algún momento no muy lejano, aquí también se reconocerá la superioridad de los antiguos y estos bellos poemas se leerán a menudo. Los británicos ya hace mucho que reconocen que los griegos fueron superiores que los egipcios, hay una Sociedad...

Hélène se lleva las manos a los labios. Calla. Sacude la cabeza y cierra los ojos. Parece poseída por alguna de sus diosas extrañas.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Las patatas huelen ya. Un aroma dulzón llena la estancia. Ella se sienta a mi lado, su expresión cambia, suda.

—Es tan difícil, Amélie. Si tú supieras. El secreto crecerá contigo, pero aún es pronto para revelártelo. Debes ser discreta, ningún sufrimiento debe hacerte confesar. Ni una palabra. Solo eso podría salvarte. A ellas las necesitarás. Yo no sé si podré guiarte. Aunque no te abandonaré, Amélie. Nunca. Él es mi hijo, pero tú eres mi hija, todas somos hijas de la diosa de la luna... ¡Júrame por lo que más ames que no revelarás nuestro secreto!

Ha vuelto a perder el juicio, ¿o es que jamás lo recobró?

—Se lo juro, señora. Tendré mucho cuidado en darme a conocer solo ante quien confíe.

—Bien —me dice con ojos alucinados, y extrae de un cajón un sobre del mismo papel que aquel que me hizo enviar hace tanto tiempo y me lo pone en las manos—. Aún no he recibido su respuesta, así que debemos insistir. Esta que te entrego es una carta muy importante. Te acercarás al despacho de correos y la enviarás, para solicitar la respuesta. Tienes que actuar igual que aquella vez. Ellos ya han tenido tiempo suficiente para valorar mis investigaciones. La dirección y el nombre del remitente son de alguien que no levantará los recelos de los poderosos que nos acechan. Él no es de los nuestros, aunque los hay. De extrañas formas, a veces, el proceso será muy lento y a eso tenemos que resignarnos y no podemos renunciar a ninguna de las herramientas que se nos ofrecen.

Miro de soslayo el nombre anotado con la bella caligrafía de Hélène: vuelve a ser el de François-Marie Arouet, el omnipresente Voltaire. Mi querida amiga no puede estar más trastornada. Y dudo, pero su confirmada chaladura me lleva a intentar avisarla del peligro, la advertencia de mi padre me aplasta como una losa.

—¿No recuerda a Adelaide, la hija de Madame Geoffrin? Creo que debe tener cuidado con volver a ese salón. Debe hacer caso al señor Albert.

—Sí. Sé lo que vas a decirme —me responde—. Ella está en nuestra contra. Y hace mucho ya de aquello, pero aún no he podido quitarme de la mente a aquellas dos pobres chicas. Fue una temeridad hablar del libro ante ella, sí, pero nunca había llegado tan lejos. Es una meapilas, siempre se pone del lado de los reaccionarios. Odia el conocimiento verdadero, y sobre todo odia todo lo que lo representa. Pero... ¿y tú cómo sabes de su traición, Amélie?

Siento el rubor en mis mejillas. Hélène es perspicaz y yo, sin embargo, me estoy comportando como una estúpida. Sopla una brisa fresca que me pone

los pelos de punta. Oigo a los pescaderos afuera que anuncian su género. Es viernes, día de mercado, y muchos pasan cerca, vuelven ya a sus casas, y aprovechan para intentar vender lo que les ha quedado.

—No he podido olvidar su intervención cuando me llevó a ese salón, señora —respondo e intento tapar mi rostro para que no vea mi nerviosismo—. Y cuál fue el resultado. Tengo muy presentes en mi pensamiento a Rose y Sylvie.

—Eres buena observadora. Su madre es quien más sufre, pobre Marie-Thérèse, tener una hija todo lo contrario a lo que eres tú, que destruiría todo lo que has construido solo por superstición, ignorancia o predisposición, que odia todo lo que tú amas.... Como si hubieras criado un monstruo que ha salido de tus entrañas...

El rostro de Hélène se endurece. De repente se echa a llorar, sale corriendo y se encierra en su alcoba.

Cuando volví a verla, días más tarde, me preguntó si había cumplido con su encargo. Yo lo hice enseguida, tal y como me ordenó, aunque estaba convencida de que no tenía ningún sentido, no pude tirar el sobre al río. Es lo que debería haber hecho. Ojalá hubiese sabido entonces lo importante para todos nosotros que era aquella carta que yo envié al otro lado del mar, a la Gran Bretaña, pero ¿cómo habría podido? Ella quedó satisfecha y ya no volvió a hacerme ningún otro encargo, ni durante mucho tiempo insistió en su misteriosa investigación, que creí sin duda producto de su locura. Después de aquella conversación, ella pareció mejorarse y comenzamos de nuevo a subir a la biblioteca, siempre que su marido no estaba en la casa, que cada vez era más a menudo.

Durante un tiempo, volvimos a ese mundo antiguo tan maravilloso, y creí que mientras tanto llegaba a conocerla. Eso es lo que más me duele ahora. Pero su compañía logró endulzar aquellos días tan extraños, hasta que la desgracia se precipitó sobre las dos como las tormentas se apoderan de los cielos y retumban majestuosas sobre la tierra.

19. Las flores de Leibniz



Echo mucho de menos a mis padres, sobre todo, echo de menos mis conversaciones con mi padre, pero no deseo apenarlos ni que sufran por mí. Finjo que soy feliz y no les digo lo que me entristece, que mi marido no me habla ni lo trato apenas; salvo en las comidas, no lo veo nunca. Quizás eso sea lo normal en otras casas, no en la mía, pero ¿es la nuestra una familia como las demás? ¿Cómo puedo saberlo yo que solo conozco del amor y de las obligaciones de las mujeres con sus esposos a través de los sermones del sacerdote los domingos y fiestas de guardar? En mi hogar, entonces cumplimos con el deber de cristianos, como está mandado, y solo mi madre va también a veces a otras misas, si algún oficio se necesita de forma extraordinaria. Pero mi padre es asesino por el dinero del rey y mi madre vive convencida de la necesidad de su existencia, ¿cómo saber qué es la normalidad?

Además, Hélène me preocupa. Deseo ayudarla. Por eso regreso al salón, y me sigo sintiendo mal por desobedecer a mi padre. Pero quizás aquí pueda entenderla. Sobre todo, ahora que ya soy, oficialmente, la esposa de un hombre sin manchas y mi linaje ignominioso puede permanecer enmascarado: nadie en el salón de Madame Geoffrin reconocerá a la hija de un verdugo. Nada tuvieron nunca que ver con él. Y me apena tener que esconder mi origen, pero así ha de ser. Yo lo admiraré siempre: ambos tenemos algo dentro que nos impulsa a saber más, a querer entender el mundo que nos rodea; en París, el conocimiento bulle y muchos somos los que no queremos perdérselo, él y yo, por supuesto.

Ese, interesado lector, fue en realidad el germen de la liberación y la barbarie que sobrevinieron años después, como sin duda sabrá que ocurrió en Francia y en el mundo conocido. Allí, en el salón de la amiga de Hélène, y en otros como ese, fue donde se empezaron a levantar muchos de los aires de cambio que terminaron convirtiéndose en vendaval. Allí había frecuentado yo ya a las mujeres de las que Hélène me había hablado, a quienes, según ella, debería pedir ayuda en el futuro. Tenía razón, las dos fueron importantes para mí: Lisbeth Fleury y Marie de Gouges. Ambas eran mayores que yo, aunque tan diferentes entre sí. Lisbeth era inquieta, temperamental, y, sobre todo,

odiaba a los hombres. No los soportaba ni de vista. Su pareja era una hermosa mujer, con quien venía siempre al salón, algo más joven que ella y con un gusto exquisito. Marie tenía incluso un hijo de doce años, Peter, que vivía con su padre. Ella era... discúlpeme el lector, aún me emociono al pensar en ella. Fue mi maestra. En muchos sentidos. A diferencia de Lisbeth, Marie era una mujer sensata y serena, aunque también vehemente en sus convicciones. Siempre la consideré como una hermana mayor. Se llevaban muy bien. Solían sentarse juntas en el salón y escuchar, pero, cuando ellas eran quienes hablaban, todas callaban. Deseaba preguntarles por Hélène, cómo podía ayudarla a que mejorara, ya que ella tenía tanta confianza en su criterio.

Sin embargo, esa tarde al entrar en el salón de Madame Geoffrin, enseguida me di cuenta de que algo no era como siempre: en efecto, había allí dos invitados ilustres de los que tanto había oído hablar a mi padre, a Hélène y a las otras damas que frecuentaban el lugar, pero que hasta entonces no había visto nunca. Y acababan de protagonizar una acalorada discusión, a juzgar por las conversaciones que había suscitado y se avivaban aún en los corros. Aunque ambos, en ese momento, bebían sendas copas de vino atendidos por los criados de Marie-Thérèse. Seguro que gracias a su moderada intervención que calmaba siempre los ánimos más desabridos, hablaban entre ellos con respeto y hasta gastándose bromas el uno al otro. Me fastidió, un debate de ese calado no se escucha todos los días y menos cuando la reunión se reserva a las mujeres. Acerqué el oído a quienes todavía hablaban de ellos. Mi padre habría disfrutado más que yo incluso semejante enfrentamiento.

Me fijé en ambos: Denis Diderot era un hombre de unos cincuenta y muchos años con cara de tener amigos; a pesar de la peluca, se veía que había perdido ya casi todo el pelo, pero sus ojos, que siempre me sirven para mirar en ellos y hacerme una idea de lo que oculta su dueño, eran límpidos, y su mirada parecía la de un niño, sin recovecos. Me cayó bien. A Voltaire, sin embargo, ahora creo que no pude dejar de contemplarlo con la misma inquina que le tenía mi padre. Era mucho mayor que el otro, viejo en sus ademanes y no solo en su piel, altivo, desdeñoso, y hablaba atropellando a Diderot, cuando este se dejaba, lo que no sucedía a menudo pues no era menos que él en cuanto al uso de su verbo. También, según mi padre, le superaba en mucho más. Me sorprendió su tranquilidad: su discusión, al final, resultó ser la que más habría soliviantado a mi padre; ellos, ahora más calmados, seguían debatiendo sobre Leibniz. El gran Leibniz.

Diderot defendía a su adversario en las ideas. A pesar de no comulgar con ellas, sabía ver en él su extrema genialidad.

—Mi estimado amigo, reconózcalo de una vez —escuché decir a Diderot en ese momento—. Lo único inteligente aquí sería reconocer de una vez que, al leer la obra de quien tanto odia, dan ganas de tirar nuestros libros al mar e ir después a escondernos a un rincón recóndito donde esperar la muerte. Leibniz es insuperable.

Voltaire se rio con una carcajada que resonó sobre las demás voces.

Me acordé de mi padre y el *Cándido*. Tan enfadado se sintió al releer esa basura —según él— que no paraba de gritar por la casa, mientras mi madre lo miraba con reprobación: «¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡Imbécil mayúsculo! ¿Cómo se puede ser tan necio de no entender lo que el gran sabio quiso decir con el mejor mundo posible? Es lo óptimo, es lo óptimo, ¿es que no lo entiendes! ¡No has entendido ni una línea de la gran *Teodicea*! Y lo peor es que conseguirá que todos los demás lo entiendan mal». Se tiró así varios días, enfadado y despotricando de la «novelucha». Sonreí. Lo que habría pagado él por poderle rebatir ahora esos argumentos. Pero de inmediato sentí tristeza: mi padre jamás lo habría hecho, incluso teniendo la talla intelectual, pues de Leibniz conocía hasta el pie que calzaba.

—¿Se ríe usted? —continuó Diderot—. Esa es la salida de quienes no saben qué decir.

—Eres joven y se nota, Denis, y no hace falta que sigas por ahí, todos aquí conocen de seguro tu frase de la *Enciclopedia* sobre tu admirado —Voltaire sorbió su café—. Así que no hay más que decir. Podemos dejarlo por hoy. Me agotas. Y la pieza no merece el esfuerzo de la caza. Si te parece, hablemos ya de algo mucho más interesante, ¿ha resulto Panckouke los inconvenientes para continuar con la gran obra?

La gran obra era, precisamente, su famosa *Encyclopédie* que tenía soliviantados a todos: a la policía de libros pues hacía más de una década que la iglesia la había incluido en su índice de obras prohibidas, a los filósofos y a quienes la leían. En ella había incluido Diderot la frase sobre Leibniz que acababa de mencionar el otro, y que tanto le gustaba a mi padre: “Quizás nunca haya un hombre que haya leído tanto, estudiado tanto, meditado más y escrito más que Leibniz. Lo que ha pensado sobre el mundo, sobre Dios, sobre la naturaleza y sobre el alma es de la elocuencia más sublime. Si hubiera expresado sus ideas con la sagacidad de Platón, el filósofo de Leipzig no iría

a la zaga en nada al de Atenas”.

Me alegré de no haber estado presente en la discusión entre esos hombres, así no me vería obligada a esconderle una ignominia más a mi padre, porque ¿cómo le hubiera podido contar que su admirado genio era atacado en cualquier lugar y momento? Ellos cambiaron entonces de tema, y yo perdí el interés. Pero no pude evitar pensar de nuevo en el dichoso libro de Voltaire. Mi padre debía de tener razón, ¿cómo alguien como el anciano que tenía delante podía haber escrito algo a favor de las mujeres por lo que a alguien le mereciera la pena asesinar? La verdad es que me parecía sarcástico, ácido, interesado y un tanto raro. Lejos se hallaba de la presencia serena de su oponente, aunque en apariencia también amigo. Pero muchos lo admiraban, Madame Geoffrin sin ir más lejos, y casi todas las damas del salón, y sus libros se vendían y se conocían mucho más que los del alemán, así que decidí olvidarme de ese tema por el momento y busqué a quienes había ido a ver.

Marie y Lisbeth estaban sentadas al otro lado, conversando. Las saludé y enseguida se levantaron y vinieron deprisa hacia mí. Supongo que, aun sin querer, iba pregonando mi tristeza por todos sitios y no me dio tiempo a preguntarles lo que en realidad me interesaba, lo que yo había ido a hacer al salón, que había postergado por lo animado de la situación. Al hablar conmigo, mis amigas tardaron solo unos minutos en adivinar la razón de mi visita, que era la misma de mi apatía y mi desánimo de los últimos meses.

—Sigues siendo virgen. ¿Cómo es posible? —Lisbeth reprime el grito. Es una mujer muy atractiva, a pesar de sus orejas, que se ven bajo la peluca como dos hocicos de oveja—. Eres todo un desperdicio. Si fueras mi compañera, ya te habría hecho saber lo que es el placer. Tu marido es un estúpido.

—Déjala ya, Lisbeth —le recrimina Marie—. ¿Es por eso que traes esta cara? Después de tanto que hemos compartido, algo más de sinceridad nos merecemos, creo yo. ¿Aún no has sabido nada de él?

Las únicas personas con las que me había atrevido a hablar sobre mi esposo eran ellas dos, aunque en esas reuniones el sexo era un tema habitual. Yo había aprendido mucho —de la teoría— escuchando a aquellas mujeres que no se parecían a ninguna de las que había tratado en mi vida, aunque decir eso fuera decir más bien poco, puesto que la había pasado casi recluida hasta entonces y mi madre no contaba.

—No —admito—. Él me rehúye.

—Puede que le vayan más los hombres. No sería extraño —dice Lisbeth.

—Puede —responde Marie—. Pero habrá que averiguarlo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que os casasteis? ¿Diez meses?

Asiento. Ella niega con la cabeza en un gesto que mi madre repite a menudo cuando me regaña por alguna faena.

—Es posible —afirma Marie—. Sí, es muy posible que a tu marido le atraigan más los que sean como él. Es demasiado tiempo y la tentación demasiado fuerte. Si fuera así, no podríamos hacer nada por él, aunque sí mucho por ti. Algunos hasta pagarían gustosos por hacértelo, créeme. Así que no te preocupes, solucionaremos esto.

—Siempre puedes entrar en nuestra sociedad, Amélie —dice Lisbeth—. Sabes que eres bienvenida. Quizás te guste más el pescado que la carne. Y nosotras sabríamos introducirte bien en bocados mucho más exquisitos de los que añoras sin ni siquiera conocer.

No sé bien cómo se comerán el pescado al que se refiere, pero la sola idea de besar a una mujer me pone muy nerviosa. No es natural. O al menos eso es lo que nos han metido en la cabeza desde siempre. No me persigno porque en el salón, a diferencia de todos los demás lugares, esa señal es sinónimo de beatería y yo llevo meses evitándola; resulta muy práctico que la fe se lleve por dentro. Pero ya he oído hablar antes de la secta a la que se refiere Lisbeth: algunas de las mujeres que se reúnen aquí pertenecen a ella, aunque no todas son lesbianas como las dos asesinadas, también Anandrinas, algunas no le hacen ascos a ninguno de los sexos y, como dice Lisbeth, lo mismo les parece la carne que el pescado.

Muchos han oído hablar de ellas, casi siempre con desdén, aunque también hay quienes las admiran. Sobre todo, las mujeres. Comentarios en voz más alta de lo debido afirman que entre ellas hay muchas parejas fijas; solo las que lo desean, a veces se intercambian las amantes. Lisbeth me ha invitado a sus ritos, que a ella y a su novia les divierten, pero yo no me he atrevido aún a acompañarla.

—Precisamente dentro de poco celebraremos otra de nuestras asambleas, querida. Quizás harías bien en venir. Dadas las circunstancias, ¿acaso tienes algo que perder? Hoy, como habrás comprobado, vengo sola. Podrías servirme de compañía.

Lisbeth mira divertida a Marie, quien levanta las cejas con

incredulidad.

—Creo que Amélie busca otra cosa, amiga mía —dice la buena Marie—, y seguramente preferiría poder ser feliz con su marido. Ella no quiere lo que vosotras podéis ofrecerle, al menos por ahora.

—¿Tengo que participar? —pregunto.

—Por supuesto que no —responde Lisbeth—. Ella decide sobre sí misma, Marie. Y quizás le gusten ambos platos.

—Yo no tengo más que decir entonces, Amélie, —dice Marie—. Yo seguiré aquí, si deseas saber si a tu marido le gustan o no las mujeres, solo vuelve a preguntarme. Cualquiera hombre que lo sea jamás podría resistirse a lo que yo te enseñaré. Quizás no sea mala idea que vayas a esa reunión. Mira, oye, siente y huele. Si no te gusta la carne que allí podrás probar, vuelves y probamos otra diferente.

—De acuerdo, iré.

Marie me hace una seña de despedida y se dirige a otro corralillo. Me parece distinguir en él a la duquesa de Anjou, conversando con Diderot y d'Holbach, un filósofo ateo y experto en química que me encandila con sus rimas y su erudición. D'Holbach mantiene un salón en el que otros enciclopedistas como ellos se reúnen. Aunque son hombres, son también amigos y a menudo ella les permite asistir juntos a estas reuniones, con el permiso de las damas. Lisbeth me besa la mano. Su sonrisa es un enigma para mí. Su sonrisa y, cada vez más, ella misma.

20. Rosas abiertas



—¿Vienes ya, Amélie?

Lisbeth ha venido a buscarme a la puerta de mi casa con su chófer y su coche de caballos. Me espera. Salgo enseguida y montamos. Estoy nerviosa. Tanto, que apenas he arreglado mi pelo ni he maquillado mi rostro, y las ropas que me he puesto son de las más sobrias que tengo. No quiero que parezca lo que no sé si será.

—Al castillo —ordena mi amiga y el cochero restaña su látigo sobre el caballo.

El precioso animal, de pelo negro y enjaezado con una silla estrecha y dorada, también debe de estar mal herrado, porque cojea al ser picado en el lomo. Avanzamos despacio.

—Ahora tomamos más precauciones, Amélie. Tenemos siempre presentes a Rose y Sylvie, es probable que no se sepa nunca quién las asesinó y, aunque ya ha pasado mucho tiempo, quién sabe qué loco fue capaz de semejante atrocidad y dónde estará ahora. Por eso, debes dejarme que te ponga esto. Yo te guiaré.

Me coloca con delicadeza un pañuelo alrededor de los ojos. No ver nada causa un efecto extraño, de repente, todos los demás sentidos se agudizan. Huelo su perfume, caro, de los que las damas de la corte han puesto de moda, pero tan pocas pueden permitirse. Desde ese momento no sé por dónde transcurre el viaje, aunque siento la velocidad que imprime el látigo sobre el animal. Al detenernos, Lisbeth me ayuda a bajar.

—Está muy cerca, no temas. No es desconfianza, es a lo que nos obligan. Las mujeres, para disfrutar de nuestros cuerpos, debemos escondernos. Pero esto pronto cambiará. Nos obligan a asociarnos, a luchar por ser lo que queremos. Pues lo hacemos.

Me guía de su brazo durante un buen trecho. Su voz suena como un arrullo, sus manos suaves me sujetan con firmeza. Voy andando a ciegas, pero confío en ella. Entiendo por qué una mujer se encuentra a salvo en las manos de otra mujer. Me dejo dirigir sin miedo.

—Cuidado al pisar, hay tres escalones —me dice Lisbeth—. Ahora, al

llegar, no te asustes. Tengo que dejarte a solas, pero nadie te molestará. Estarás en el lugar donde a veces se colocan las aspirantes a tríbades, solo las de más confianza. En nuestra sociedad no admitimos a cualquiera.

—¿Y qué debería hacer para entrar en ella?

—Tendrías que pasar unas pruebas. Todas las postulantes adultas deben superarlas. Pocas lo logran. Pero si eres joven, como tú, somos nosotras, las madres, quienes juzgamos si sois o no merecedoras de este honor.

—¿Las madres?

—Mujeres con experiencia. Juzgamos si estáis preparadas para recibir el amor de otra mujer. Por eso, hoy sabrás tú también si es este el camino que deseas seguir, Amélie. Abre tu mente, y disfruta de tu cuerpo. Las tríbades son inmensamente felices en nuestra sociedad.

—¿Qué es una tríbade?

—«Una doncella que no ha tenido ningún comercio con los hombres y sabiendo bien que su sexo es superior, halla en él la voluptuosidad —Lisbeth recita de memoria, como si esa definición hubiera estado escrita en algún sitio. Años después supe que así era, pues forma parte de una de las cartas que se publicaron con la confesión de una joven Anandrina. La que Lisbeth recitó era la definición oficial de las tríbades. Mi amiga continúa—: Se entrega a él por entero y renuncia al otro sexo, tan pérfido como seductor. Hay mujeres que cumplen con su naturaleza y su finalidad para que el género humano no se extinga y entonces abominan de lo que hicieron, rechazan esos placeres tan brutos y poco femeninos y se dedican a formar alumnas para la diosa».

Marie me avisa de que volvemos a subir escalones y me ayuda para que no me caiga. Caminamos despacio. Huele a un sutil aroma a rosas y escucho agua cayendo cerca. Me muero por saber dónde me lleva.

—Si eso es lo que quisieras, vivirías en nuestra casa, nada te faltaría, las más poderosas se encargan de que así sea. Por eso, solo entran las más preparadas.

—¿Y no podría salir de este recinto?

—No podrías volver a tener trato con ningún hombre. Nuestras tríbades aquí encuentran todo lo que desean, y que casi nunca tienen fuera: a quien no sabe, le enseñan a danzar, a cantar, a escribir y a leer; otras maestras están aquí para eso. Ningún hombre tiene acceso a este recinto, incluso las tareas más duras la realizan las mujeres; la poda, por ejemplo, los jardines lo cuidan mujeres robustas, instruidas para ello. Cada tríbade sale solo con su

maestra, y con ella acude al teatro, a pasear, a bailar. Es este un mundo exquisito para las que pocas son escogidas. Quien entra es porque lo desea y cumple todas las condiciones.

—¿Y todo eso es por amor al arte? —le pregunto, pues me parece insuficiente lo que tienen que ofrecerme por mi entrega.

—Todo eso a cambio de amor, precisamente. Pero hemos llegado ya. Ahora verás con tus propios ojos todo lo que podemos brindarte. La ceremonia de iniciación es en unos minutos. Debes esconderte, que no te molesten. Te he traído para que veas con tus propios ojos si este es tu mundo. Eres hermosa, eres virgen, eres inquieta. Yo querría ser tu madre, Amélie. Pero solo si esa fuera tu inclinación, si disfrutaras de lo que yo puedo darte.

Desde mi espalda, me desata el pañuelo, sus manos permanecen un instante en mi cuello. Su nariz me roza.

—Eres... verdaderamente tienes algo misterioso que me subyuga, Amélie.

Entiendo entonces el interés de Lisbeth en mí y su insistencia en que la acompañase. Recuerdo a su compañera, hace tiempo que no la veo en el salón. Me pongo roja como una frambuesa. No esperaba este desenlace. Me siento estúpida, ¿cómo podrá ocurrir que atraigas a otra persona sin haberlo buscado? ¿Es siempre así la atracción física, inesperada, tormentosa, febril? Ella suda y me sonrío. Tiene cara de perdiz hembra que busca macho. Pero no, no es eso lo que ella busca. Ella me busca a mí. Qué tonta soy. ¿Puede el amor por una mujer surgir con el tiempo, como surge por el hombre a veces? Nadie se casa hoy en día con la persona amada, un matrimonio es un contrato. Y a la vista del mío, pocos parecen tener tantas ventajas como el que ella me ofrece. Lo que veo es maravilloso.

Suena música y me dedico entonces a observar. Sentada donde ella me ha señalado, elevada en un antepecho y oculta de la mirada de las otras. Cuando mis ojos se hacen de nuevo a la luz, veo que estamos en un palacio; me asomo abajo desde lo alto de la barandilla procurando no ser vista. Las paredes del salón oval que está a mis pies llegan hasta el alto techo, en otra planta por encima de mí. El acristalamiento es fabuloso, con una cintra y una estatua gigantesca que cuelga. Abajo, algunas mujeres acarrear una estatuilla de tamaño real, yo diría que es de Vesta, la diosa del hogar y de la fidelidad, la que mantiene el fuego encendido, en el centro. Frente a ellas, ¡oh, dios misericordioso! Un gigantesco pene de algún metal me hace reír. ¿Cómo puede

un santuario de mujeres que se aman estar presidido por semejante artefacto? El pasillo que llega a él está custodiado por otras dos guardianas, y frente a la única puerta, una inscripción en mármol negro con letras grabadas en oro. Penetrantes aromas emanan del hornillo. No los reconozco. Mi olfato es burdo o mis sentidos están atontados aquí, entre tanta sofisticación exquisita, a excepción de ese pene erecto del que solo retiro la vista cuando una mujer comienza a hablar desde uno de los altares que se elevan desde el salón. Junto a ella, hay un fuego bajo el busto de Safo, la más antigua de las tríades, según leo debajo en una gran inscripción. Las guardianas que custodian las salidas llevan túnica verde y falda hasta los pies, y parecen enfadadas por cómo miran al resto. Será que son eso, guardianas.

—Bella presidenta, y vosotras, queridas compañeras —comienza a hablar la mujer; va ataviada con levita de color fuego y cinturón azul—, aquí tenéis a una postulante. En mi opinión la adornan todas las cualidades requeridas. No ha conocido nunca varón, está maravillosamente bien dotada y, según las pruebas que le he hecho, llena de fervor y pasión: pido que sea admitida entre nosotras con el nombre de Safo.

—Mujeres, acogedme en vuestro seno, soy digna de vosotras —dice la tríade.

Las demás mujeres se juntan y hablan. Parecen deliberar. Alrededor, en círculo, los estípites son de bustos de otras griegas a las que, según la mitología de la Antigua Grecia, Safo amó: Amitona, Cidro, Megarra, Pirrina, Cirina y Andrómeda. Entonces, una toma la palabra: la admiten en su grupo. Las madres empiezan a moverse a su alrededor. La desvisten, la calzan, la envuelven en una bata y la llevan ante el lecho situado en el centro, donde la mujer que habló primero la tiende y la desnuda de nuevo. La nueva Anandrina entonces atiende mientras la otra recita los versos que lee en el mármol negro. Enumeran los treinta encantos de la mujer perfecta. Las jóvenes rodean en un círculo los bustos de mármol de las anandrinas antiguas y, en el centro, sobre la cama reposan una mujer mayor y otra joven rodeadas de muchas otras parejas de madre y novicia —la íncuba y la súcuba, según supe luego—, que reposan en almohadones.

No puedo quitar la vista de las paredes, cubiertas de relieves que muestran nuestras partes íntimas. Jamás había visto así mi cuerpo. Es excitante, es curioso, es muy bello. Las demás, una a una, buscan esas partes en la novicia desnuda, la acarician y terminan besándola a la florentina.

Entonces, la joven se viste con la levita blanca y el cinturón rosa de las demás jóvenes y vuelve a entrar con su madre en el centro de las estatuas, se arrodilla ante la presidenta, le agarra las manos y jura renunciar a los hombres. Después, se compromete a guardar el secreto de todo lo que allí ocurra. La presidenta le coloca un anillo de oro en el dedo a ella y otro a su madre, y terminan todas recostadas sobre los almohadones. El discurso de la presidenta habla de mujeres, de sus cuerpos, de sus ambiciones, de cómo los hombres no conocen nada de nosotras. Parece que habla de mí.

Me pongo cómoda en mi escondite, agotada y excitada, y el banquete posterior solo lo imagino por las risas: los vinos griegos, las canciones voluptuosas, las libaciones a la diosa Vesta. Las oigo desnudarse unas a otras entre exclamaciones y gritos. Me levanto y vuelvo a observarlas: comienzan a besarse, por parejas, en tríos; nadie es forzada, todas parecen disfrutar. Me estremezco y no sé si es de temor o de envidia.

Sus besos son dulces, pausados, delicados. Es hermoso. Tan hermoso como había imaginado que sería el amor.

Lisbeth entra ahora y me sobresalta. Se retira la capucha color fuego.

—Pues bien, terminó lo que puedes ver. Debo llevarte a casa.

Me levanto. Me tiemblan las manos. Al volver a ponerme ella el pañuelo tapándome los ojos, siento un escalofrío.

—La secta de las Anandrinas es tan antigua como el mundo —me explica mientras echamos a caminar y me vuelvo a dejar llevar por ella sin ver el camino de vuelta, embriagada también por los besos y los suspiros de tantas mujeres desnudas—. La fundó una diosa y ningún hombre de ley se atrevió a prohibirla. Licurgo en Lacedemonia creó una escuela de tríbades, donde las chicas aprendían a amar, si algún hombre las miraba, era asesinado, Safo las cantó en sus poemas. En Roma, la secta estaba formada por las vestales, y viajeros de todos los tiempos dicen que llegó a la China, y que existía en todos los estados, salvo en el judío y en los musulmanes. Incluso los turcos las tienen, hermosas esclavas, aunque esa no es nuestra ambición. No deseamos ser esclavas de los hombres. Queremos ser libres para amarnos libremente.

Subimos de nuevo al carro. No puedo hablar. El encanto de su voz me adormece. Nos ponemos en marcha; ella ahora me retira el pañuelo con suavidad. Le cuento que lo que he visto me parece maravilloso. Y, sobre todo, diferente. Jamás lo habría imaginado así.

—Pero no todo es placer, Amélie, también hay que mantener la

armonía. Debemos honrar a Vesta, por eso está presente en todas nuestras reuniones, para garantizarnos su protección. La invocamos con sacrificios y libaciones. Somos prudentes, no revelamos jamás lo que vemos, lo que hacemos, ni los misterios de nuestra diosa. Lo que yo he hecho hoy contigo solo tiene un fin: atraer a nosotras con plena conciencia a quienes creemos preparadas para ello. Confío en ti, sé que guardarás este subversivo secreto. Pero además tenemos leyes que hay que cumplir, sobre todo, guerra perpetua a nuestros enemigos, aquellos que trabajan para destruirnos. También debemos cuidar la unión y la paz: somos una gran familia. Muchos saben que existimos, y muchos nos quieren destruir. Obramos bien con los desdichados, no hacemos distinciones entre pobres y ricos, a todas les damos bellas ropas, adornos, joyas, diamantes, corceles... Que quienes conozcan de la secta sepan que las Anandrinas son felices, para que otras se nos unan. Y se os educa en el amor. Los placeres de mujer con mujer nunca llevan al embarazo, todo es gozo, todo lo que un hombre puede darte, te lo dará multiplicado una mujer. Pero jamás te preñará con un hijo que es una carga perpetua solo para nosotras, cuando no nos asesina en la gestación o en el parto.

Entonces se escuchan voces en la calle. Ambas callamos. Debemos de estar pasando por la salida de alguna iglesia. Miro por la ventanilla. París está lleno de hombres y mujeres con vidas secretas, como las de mi amiga. Jamás habría podido creer que, tan cerca de mí, otro mundo como ese, lleno de voluptuosidad, hedonismo y amor, tan ajeno a mi forma de vivir y a la de los míos, pueda abrirse para mí. El cochero se detiene mientras unos cruzan la calle. No los grita, y los otros se dan prisa. Entre ellos, un hombre, alto, joven, de tez clara y suave; o eso parece desde aquí. Sus ojos se posan en los míos. Le sonrío. Lisbeth me mira.

—He cometido un horrible error, espero me perdones, Amélie. Debes ir con tu marido. Marie te ayudará a conseguir lo que deseas.

No habla con ira. Parece, simplemente, derrotada.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto, algo triste.

—Estoy acostumbrada a que muchas se acerquen a nosotras solo por lo que podemos ofrecer. Pero yo no deseo eso. Yo busco una amante y una amiga, alguien que quiera compartir de ella lo mismo que yo ofrezco. Pero, sobre todo, quiero alguien que me quiera. Y no eres tú.

—No, por favor, no te arrepientas, te doy las gracias por lo que has hecho. Sois sinceras con vosotras mismas, os ayudáis, buscáis una forma de

vivir al margen de lo que los demás os imponen. Vuestra pasión se contagia.

—Entonces, ¿sientes esa atracción diferente? No todas somos conscientes de lo que deseamos hasta que...

La beso. En los labios. Primero con delicadeza, luego con pasión. Como llevo queriendo besar a Christophe desde hace meses. Me gusta. No puedo negarlo. Sus labios saben dulces y la piel se enrabieta. Es la vida. Cuando nos separamos, me toma de la mano y su beso sobre el dorso es cálido, húmedo, tranquilo. El coche sigue trotando y la iglesia queda atrás. Sus piedras, sus rezos, sus mezquindades.

—Gracias. Muchas gracias, querida mía —me dice, emocionada.

Sus labios tiemblan y en su rostro el rubor se extiende como una mancha de aceite.

—Si alguna vez amo a una mujer, esa mujer serás solo tú, Lisbeth. Solo tú —le prometo y le tomo ahora su mano.

La acaricio. Es suave y caliente; y tiene uñas y poros, carne, venas, tendones, huesos, y sensibilidad. Igual que la de mi marido.

21. Carne y pellejo



En este momento, quizá el lector interesado en mi relato se pregunte si conseguí mi propósito. No es propio de una dama hablar de estos trabajos y mucho menos relatarlos por escrito. Me educaron de otro modo, y ni siquiera los años y las malas experiencias, conocer el mundo abominable en que muchos intentan que vivamos, han logrado que la virtud se me relaje y por ello me molesta exponer lo que voy a relatar. No soy una libertina. Ahora, eso sí, disfruto del amor y de sus sensaciones a pesar de esas medias verdades con las que pretenden que comulgue, pero no está en mí airearlo a los cuatro vientos. Al contrario, he llegado a creer que en lo carnal hay algo diabólico que perturba la mente y el alma, si la práctica no viene acompañada de cierto amor por el que está a tu lado. Y no es esta una convicción mojigata porque, por mucho que la tradición, la iglesia y los curas y sus secuaces nos sometan, y las beatas y los hombres falsos nos juzguen, el amor es lo único que nos salva de la ruina. Razón tenía mi padre en eso: el amor con ternura, el amor tierno, el amor espiritual. El amor con sensibilidad.

Sin embargo, detallaré cómo fue mi primera experiencia en esa vía de placer y dolor que todo ser humano termina por explorar con mayor o menor fortuna, porque creo que es la única forma de entender la naturaleza de Christophe y lo que luego aconteció. También porque recordarlo me da reparo, pero en cierto modo explica el camino que llegué a transitar. No todos podemos ser perfectos, por mucho que lo intentemos, y menos si no lo intentamos porque no nos parece.

Y yo dudé mucho hasta ese momento de si era pecado buscar mi encuentro con mi esposo de la manera en que la buena Marie me había mostrado. ¿Nos habría dado Dios semejante fuente de placer en nuestros cuerpos sin un fin? Me aferré al argumento, compartido por otras damas de alcurnia y gran intelecto, y creo que por cualquier mujer que quiera tener el control sobre su cuerpo, de lo que es y de su felicidad —sí, también de *la* felicidad de quien me lee, si es mujer—. Y cerré los ojos y los oídos a cualquier culpa.

Además, yo ya había leído todos los libros que alguien había escrito

alguna vez sobre eso y había sido capaz de encontrar. Son estupendos. Se pusieron de moda. Contaban historias de hombres con hombres y de hombres con mujeres y de mujeres con mujeres, incluso escritos por personajes en principio respetables —como corría la voz que había hecho el propio Voltaire, lo cual me extrañó pues desconocía esa faceta de él. El relato pícaro que decían que había escrito él era de los que más me gustaban—. Por eso hacía mucho que ansiaba la boca de mi esposo en mi boca y otras caricias que, sin saber realmente cómo serían, mi imaginación engrandecía. Solo nuestros deseos insatisfechos son siempre generosos, la realidad a menudo es raquítica y acaparadora.

Pero las lecturas, lector interesado, han de ser muy bien escogidas o de lo contrario avivan el cerebro con males que pueden agitar las almas hasta su perdición. Yo te aviso. Y mi imaginación de niña se había corrompido ya por entonces. Pero mi marido, aunque seguía siendo amable las pocas veces que comentamos él y yo, por comentar algo, jamás hablaba de amor conmigo; más que un marido, se había convertido en un hermano y sus padres, en los míos.

Sin embargo, el paso de los días y las conversaciones que escuché en aquel salón lleno de mujeres que variaban el tema y las confidencias según estuviera Adelaide, la hija de Madame, o no estuviera, solo me llevaron a reafirmarme en mi propósito: atraer a Christophe a mi cama a cualquier precio, de cualquier forma y con cualquier consecuencia. El mundo al revés: los hombres persiguen a las mujeres para que les den lo que yo estaba dispuesta a rogarle que me quitara al hombre que no lo había querido.

Y así fue cómo, tras conocer también con mis propios ojos de la mano (y, después, de la boca) de Lisbeth lo que podría llegar a ser el amor de una mujer, llegué a la conclusión de que no estaba hecha para los placeres que ella me mostró. Eran divertidos, seguramente, pero, como no podía compararlos con los que suponía ser amada por un varón, no era capaz de adivinar si aquello sería mejor o peor. A mí no me habían entusiasmado lo suficiente, tanto como me había marcado aquel beso furtivo y aquel magreo de Christophe hacía ya tanto tiempo y me alegraban las lecturas libertinas. Aunque he de ser sincera: tampoco me agradaba la idea de vivir como Lisbeth me había enseñado, supeditada a otra mujer, a mi “madre”. Yo llegué a apreciarla mucho, pero madre, lo que se dice madre, solo tuve una, y nunca habría tenido la desvergüenza de enseñarme esos menesteres. Aquella visita al lugar de reunión de las Anandrinas solo estimuló mi deseo por él, que satisface en

cuanto se me brindó la oportunidad y como a continuación narraré.

Si no se siente cómodo quien esto lea imaginando escenas escabrosas, ya le aviso de que las habrá; omítalas según su interés o predisposición y reanude la lectura, si así lo prefiere, en el siguiente capítulo de este relato. Que no hay ninguna necesidad de sufrir por aquello que a uno se le anuncia con el debido respeto y antelación.

La buena Marie era una mujer experta en las pasiones, no solo por su edad, también por su disposición y su belleza; cuando yo la conocí había tenido ya decenas de amantes. Yo me limité a seguir sus indicaciones al pie de la letra. Debía esperar que mis suegros no estuvieran, era indispensable puesto que quizá me iba a ver obligada a abordar a mi marido en algún lugar de la casa en el que no nos quedaríamos a solas. Jamás lo habíamos estado más que unos minutos, insuficientes para mi propósito. Él enseguida se iba de mi lado. Eso retrasó mi plan semanas, sobre todo porque Hélène volvió a internarse en su alcoba y no salía de allí ni para tomar el sol. A menudo desaparecía, hasta que algo le hacía volver a despertar y así hasta la próxima.

Pero una mañana de sábado, que felizmente coincidió además con uno de esos días en los que la cohabitación es posible pues no era un día de ayuno ni fiesta religiosa ni Cuaresma ni hacía excesivo calor ni yo me encontraba indispuesta por aquello que solo las mujeres sufrimos y muchos consideran razón para nuestra impureza. Estúpidos que son. El señor Albert y Hélène salieron juntos, el matrimonio Duprenier, fabricantes de quesos de Gruyere, les había invitado a pasar unos días en su casa de campo de las afueras de Vichy y así nos lo anunciaron, por si queríamos acompañarlos. Yo esperé nerviosa la respuesta de Christophe y me alegré al conocerla: mi marido no soportaba a la esposa del tal señor y prefirió quedarse. Aprovecharon también para conceder permiso al criado para que junto con su mujer se reunieran con una de sus hijas que estaba a punto de parir. Por eso, no hizo falta que encajara la puerta de la calle, como la buena Marie me había sugerido. Aunque sí me di mucha prisa para poner en práctica el resto del plan, ya que en cualquier momento Christophe podía irse a atender alguna de sus múltiples obligaciones, que yo seguía desconociendo del todo, pero le mantenían alejado de mí casi la jornada entera.

Me aseo con agua jabonosa, y me perfumo con esencias de sándalo, me

empolvo el rostro, las manos y los senos y me doy algo de rubor en los labios y en los carrillos, poco, pues todos estos mejunjes están repletos de plomo, que dicen que no es nada sano. A pesar de la rapidez en arreglarme, tengo tiempo de observarme en el espejo mientras me seco. Mi cuerpo se ve terso, firme y delicado, blanquísimo pues el sol apenas lo ha rozado, y suave como pelo de astracán de las montañas polacas. Ante la imagen que el reflejo me devuelve de mí misma, no puedo evitar pasar mi mano por distintas partes de mí. Jamás me he mirado ni tocado de ese modo y si alguna duda tengo de seguir adelante con el plan de Marie, se desvanece en este momento; al rozarme, las sensaciones son tales que mi única obsesión en este instante es buscar a ese hombre que debería continuar con las caricias que yo, toscamente, he iniciado. Todo en mí está despierto para el amor. Y me cuesta parar, aunque lo hago.

Decidida ya a obtener una respuesta a mis preguntas y la satisfacción que él me debe, me visto tal cual me indicó mi amiga, con un corpiño tan apretado que en cualquier momento se me va a salir el alma por algún lado, pero que deja muy a la vista mis pechos. Odio esta prenda, a pesar de estar la moda muy extendida por toda la villa de París, yo prefiero la bata inglesa. Debajo de la falda, sin embargo, no me enfundo las enaguas. Jamás he ido tan ligera de ropa. Es muy divertido. Al andar, cada roce de la prenda contra mi piel aumenta ese cosquilleo nuevo.

Voy a buscarlo. Él está sentado en la butaca. Me coloco muy cerca y le sonrío, él me sonrío a mí. Me mira lo que sobresale sin disimulo. Aunque enseguida aparta de ahí la vista.

—Me alegro mucho de que al fin nos hayamos quedado a solas. Deseaba que llegara este momento —le digo a mi pánfilo marido.

Christophe me mira entonces tan sorprendido como la buena Marie me avisó que estaría. No es así como una mujer debe hablarle a un señor, ni aunque este sea su esposo por la ley de la iglesia y la de los hombres, y mucho menos si este no ha intimado con ella durante meses tras el casamiento.

—¿No estás a gusto en esta casa? —me dice él, extrañado. Sus ojos parpadean demasiado—. ¿Te falta algo? Solo dímelo. Mi deseo es que vivas lo mejor posible, Amélie. Te lo aseguro.

Me gusta su respuesta. No nos desvía del asunto.

—No me falta de nada, marido. Todo está a mi gusto. Tus padres son personas encantadoras con quienes me siento bien, y no tengo por qué pensar

que eso cambiará. Pero me gusta estar así contigo, más en intimidad.

Él se ruboriza. Aunque se queda a mi lado. Me siento poderosa. Jamás había experimentado algo así. No estoy nerviosa ni dudo.

—Tengo muchas responsabilidades. Quizá aún no hemos pasado demasiado tiempo juntos. Pero te aseguro que te tengo una gran consideración. —Su mirada vuelve a posarse sobre mis blancos senos y esta vez tarda más en abandonarlos. El asunto parece ir como debe, a pesar de lo engolado de su conversación, el muy memo... que me considera... dice.

Yo lo que quiero no es eso. Siguiendo el consejo de Marie, le tomo de la mano y jugueteo con sus dedos.

—Eres una mujer muy linda, me agrada que seas mi esposa —afirma él; la cosa incluso mejora, sigue mirándome sin pudor.

—Pues entonces, quizá sea tiempo de arreglar eso que apuntas. Sí me he sentido un poco sola. También me gusta que seas mi marido, y creo que llegaremos a entendernos. Incluso llegaremos a amarnos.

Le beso la mano y aprovecho para rozarle entre los dedos, muy ligeramente, antes de soltársela. Él parece dudar. Me levanto y me acerco a la ventana. Como me recomendó Marie, no he terminado de arreglarme el pelo y unos mechones sueltos me caen por encima de los hombros desnudos. Comienzo a peinarme con parsimonia; el sol entra por la ventana. Me pongo al trasluz.

—¿Has peinado alguna vez a una mujer?

Él se levanta y se coloca detrás, me quita el cepillo de las manos y lo pasa por mi pelo. Está tan cerca de mí que siento su respiración en el cuello y más abajo.

—¿Por qué no vienes a visitarme nunca por las noches? ¿No deseas dormir conmigo? —le pregunto, con voz suave.

Se detiene. Yo le tomo la mano con la que agarra con fuerza el cepillo, lo dejo sobre la mesita y se la beso de nuevo, pero esta vez meto uno de sus dedos en mi boca al tiempo que aprieto contra él mi cuerpo. Mientras me esfuerzo por seguir las indicaciones de Marie, busco su otra mano y, con rapidez, me la llevo bajo mis faldas, la meto entre mis piernas y me esmero con su dedo en mi boca mientras me contoneo. Siento algo nuevo detrás de mí. Sigue habiendo esperanza. Él, agitado, me levanta entonces el vestido.

—¡Estás desnuda!

Temo que se enfade por mi atrevimiento y, durante unos instantes,

cierro los ojos, excitada como jamás lo he estado, sin poder imaginar qué hará él después y deseando que Marie no se haya equivocado.

—¿Eres virgen? —me pregunta, extrañado.

Pero Christophe no espera mi respuesta, de prisa, se baja los calzones, me inclina hacia delante, me agarra por la cintura y comprueba si lo soy. Después de esa primera embestida, más suave y relajada, él sigue y sigue, y me parece poseído por una fuerza demoníaca. Yo solo me dejo hacer. Es lo que he venido a buscar. Creo.

Me pregunto en ese instante de desvarío —no sé cómo, pero la mente viaja con sus propios remos—, si de verdad algo así puede ser tan malo. No tengo ninguna gana de procrear en este momento. Solo lo deseo a él. Y no yo debajo y él arriba, según manda el decoro y los señores clérigos, sino como él decida. Por eso, me aparto de sopetón y le pongo en esa estupenda arma que él guardaba sin que yo lo imaginase, una vaina, ante su mirada atónita. Pero él consiente y, una vez que he terminado, sigue y sigue y sigue de nuevo.

Y no tema quien haya decidido proseguir aquí la lectura, que no entraré en detalle, más que lo necesario para que se entienda quién era mi marido. Al principio lo sentí como un puñal, pero enseguida me agradó. Rasgó mi blusa y terminó de desnudarme, me tumbó boca arriba sobre la mesa de la cocina donde hasta ahora tan solo habíamos comido, me besó y me recorrió por donde quiso y enseguida volvió a mí. Sus embestidas eran brutales; sus caricias, prolongadas; sus gritos asustaban a las palomas. Por un momento temí que los vecinos entraran a socorrernos y me arrepentí de no haber cerrado con llave las puertas de la calle. Él parecía poseído por una fuerza excepcional; varias veces sentí que las manos y la cabeza se iban alejando de mi propio cuerpo y dejaban de ser parte de mí, como en un conjuro, y luego el resto de mis miembros fue flaqueando hasta que llegué a sentir que necesitaba dormir, pero entonces él me despertaba de nuevo.

Por un instante fugaz pensé otra vez en mis lecturas, en que no mentían ni exageraban, y esas maniobras que en alguna ocasión me habían escandalizado resultaban de verdad maravillosas. También busqué el rastro de ese dolor del que Marie me había prevenido, pero, si lo sentí, fue tenue y en seguida se esfumó. También en cómo las posturas *more canino* y *mulier super virum*, que tanto le gustaban a Christophe, no parecían en ningún modo contra natura, como decían algunos. Mi padre tenía razón y tanto predicar lo que no

se experimentaba nos había llevado a donde nos había llevado.

Pasamos así horas, bebíamos agua y tomábamos queso mientras descansábamos y nos reíamos, y recorrimos desnudos, enganchados, besándonos o acariciándonos, todas las estancias, aprovechando los muebles para encaramarnos, los lechos para tumbarnos, las sillas para cabalgar el uno sobre el otro, los marcos de las puertas para agarrarnos, la mesa para doblarnos y algo más. Y yo no pensé ni por un momento en Dios ni el pecado me importó un rábano, la verdad. Me apretó, me lamió, me mordió y me acarició y también dirigió mis caricias de formas que yo conocía por esos libros libertinos, los más útiles, sí, que hasta entonces encontré y cuyas enseñanzas experimenté por fin. Me recorrió hasta que ningún recoveco de mí quedó sin indagar. Y todos ellos lo añoraron cuando él los abandonó.

Al atardecer, exhaustos y sudorosos, nos tumbamos en la cama de sus padres, la más grande de la casa, y nos quedamos dormidos. Me desperté mientras él volvía a arremeter contra mí y me retorció a la vez con sus dedos índice y pulgar mis pezones. Solo cuando sentimos hambre de nuevo y ya no había qué comer sin prepararlo, desistió de seguir y entonces me pidió que cocinara unas codornices con pimientos, mientras él descansaba tumbado sobre la cama. Cuando estuvieron listas, nos sentamos a comer, desnudos, yo dolorida pero feliz y él con el rostro enrojecido por los roces de mi piel. Después, otra vez, fue un no parar y no parar; lo juro. Esa noche dormimos juntos, abrazado el uno al cuerpo del otro, sin importarnos la decencia ni ninguna norma moral, para eso éramos hace mucho marido y mujer, y él intentó entonces volver a las andadas, y lo seguí, y lo volvió a intentar al día siguiente, pero yo entonces ya sentí escozor y se lo dije, y él desistió.

Jamás habría imaginado que tuviera esa capacidad. Y, sobre todo, que, teniéndola, no se hubiera acercado ni un poco a mí en tanto tiempo.

Al volver al salón de mis amigas días después, ellas corrieron a preguntarme. Pero ninguna se alegró de lo que les relaté, aun omitiendo detalles; Lisbeth, por razones obvias, para ella ningún hombre es de fiar, y mucho menos uno tan potente; pero la mirada escéptica de la buena Marie me dejó intrigada. Le pregunté y no quiso decirme a qué se debía su desconfianza.

—Tenemos que esperar. Por ahora, disfruta de tu descubrimiento. Puede que todo esto haya sido así solo porque, con semejante bravura, tan

sumamente inusual en esa forma tan exagerada, y sobre todo tan rarísima en cuanto a la preocupación de él por ti, según nos cuentas, tu amante esposo necesite estar solo para demostrarte lo que lleva dentro. Entonces será fácil de solucionar, deberás mudarte de casa de tus suegros. Supongo que alguien así no puede exhibir su poderío en una alcoba con su padre y su madre en la de al lado sin que se asusten por la salud de ambos.

Pero la expresión recelosa de Marie permaneció en mi cabeza mucho tiempo. Ella era demasiado inteligente para mí, lo era incluso para todos.

22. La tercera letra



Christophe siguió entrando en mi alcoba cada vez que tenía ocasión y sus padres estaban lo suficientemente lejos. Siempre fue igual de efusivo que la primera vez y yo, durante un tiempo, me sentí feliz. Entonces no encontré en su actitud nada extraño, que llevara a pensar que él era el monstruo que dormía a mi lado. Así pasaron los días con rapidez en la casa: por el día pintaba los retratos que le contrataban los clientes a quienes su padre le iba recomendando y por la noche nos divertíamos. No era mezquino con sus caricias, como me confiaban entre miradas de envidia algunas en el salón que les ocurría, que no sabían ni cómo era el cuerpo de sus maridos; en general, tan solo las visitaban para usarlas. Yo me harté de ver el suyo. Las demás, a menudo tenían que buscar en los brazos de otros lo que en los de ellos no podían hallar. Estaba a la orden del día, aunque no lo pareciera por lo oculto que se guardaba y lo duro que se castigaba. Ricos y pobres, todos fornicaban con cuantos más mejor. Ese nuevo mundo ajeno a todo lo que yo había sido antes, en el que el cuerpo era el protagonista de las miradas y las medidas, de repente pasó a mostrármeme con una claridad de rayo de sol.

Y me di cuenta también de que nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestra religiosidad, nuestra vida cotidiana a menudo intentaban negar la realidad: el amor estaba en el aire. El amor carnal, desde luego. Pero cubierto con una gruesa capa de hipocresía y desigualdad. No fornicaban todos por igual, sino que se disfrutaba cuanto más se tenía. Hasta en eso éramos diferentes, como decía mi padre, —hablando de otros asuntos, claro está—. Y, por mucho que se predicaba lo contrario, la castidad era una excepción; sumida en los efectos de esa predicación, yo me había mantenido hasta entonces. En el matrimonio, se buscan hijos; fuera, se busca placer. Pero yo sabía bien qué hacer para no quedarme embarazada, en el salón de Madame Geoffrin se aprendía mucho aparte de Filosofía y Política, y, por aquel entonces en que acababa de probar aquel nuevo divertimento de mi vida, seguí sus lecciones como la alumna más aplicada.

Sobre mis otros asuntos, por las tardes, a menudo me acercaba a casa de mis padres. Mi padre me esperaba emocionado, cada día con algún tema

diferente sobre el que charlábamos hasta una hora antes de que el sol se pusiera. Entonces, para que me diera tiempo a recorrer el trecho que separaba ese barrio del de mi nueva familia antes del anochecer, que mi padre temía porque conocía la naturaleza humana grosera como la del cernícalo de caza, nos despedíamos y regresaba a casa de Christophe. Y, sobre mis retratos, hasta tal punto llegó la fama de mi marido entre los nuevos ricos de París —esos incipientes burgueses enloquecidos por el dinero y por medrar como si fueran de rancio abolengo—, que me terminó pidiendo que también firmara los lienzos por él, y comencé a falsificar su rúbrica. Pero seguí albergando la esperanza de ayudar de algún modo a Héléne y, mientras tanto, le echaba una mano en lo que la ayuda del criado se quedaba escasa, tanta tarea había: barre, friega, cocina, acude al mercado, limpia, cose, poda, lava, calcula, reza.

En una de esas me hallaba cuando escuché sonar las campanitas que anunciaban que alguien llamaba a la cancela de la calle; creo que estaba lavando nabos. El sirviente seguía en su pueblo, en la zona de Debussy, con su esposa y su hija menor. Su nuevo nieto había nacido más pequeño que los otros. Ya tenía diez, más otros cinco que habían muerto; no podían quejarse. La vida les sonreía. Héléne quería los nabos para preparar un caldo también con puerro, zanahorias y pescuezo de cordero que sabía delicioso. Yo no estaba acostumbrada a comer tanta carne y me bastaba su olor para extasiarme al verla cocinándolo.

Fui a abrir y me sorprendió encontrar en la puerta a mi amiga Lisbeth. Después de compartir con ella el magnífico secreto de mi marido, nos habíamos visto muchas otras veces, pero solo en el salón, desoyendo los consejos de prudencia de mi padre, y ya tranquila, pues nada truculento había vuelto a ocurrir en todo ese tiempo. Y existía entre Lisbeth y yo el cariño suficiente como para que viniera a mi casa sin avisar, aunque no era lo habitual ni lo correcto. Sin embargo, no me dio tiempo a que le preguntara la razón de sus ojos enrojecidos y su rostro desencajado.

—Menos mal que te encuentro, Amélie, no sabía a quién acudir.

Lisbeth se abraza a mí. Empieza a llorar al mismo tiempo. Temo por Héléne, porque se alarme al verla así, pero ella sigue con su puchero. Le da vueltas con la cuchara y el aroma a carne, verduras y cilantro va en crescendo.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué vienes así? —le pregunto.

Ella me suelta, pero sigue llorando.

—No puedes imaginar lo que ha ocurrido, Amélie. Es tan espantoso...

Ha vuelto a suceder, han vuelto a asesinar a una chica. —Me empieza a temblar todo el cuerpo. Dejo el cuchillo sobre la mesa y le ofrezco una silla. Ella se sienta obediente. Hélène no se inmuta. Lisbeth prosigue—. Igual que entonces. Y esta vez se han atrevido incluso a dejar uno de sus pechos ensangrentados en la puerta de la casa de Marie-Thérèse. Pobrecita, está destrozada. Lo recibió ayer por la tarde, metido en una caja de sándalo. Una asquerosidad, todo lleno de coágulos. Y, Amélie, no vas a creerlo, pero también era una de las nuestras, una Anandrina.

Le llevo una jarra de agua y se la pongo en las manos. Con gusto me habría tomado yo otra, una hasta arriba de vino seco.

—Bebe. Tranquilízate. Deja de llorar —le ordeno.

Vuelve a obedecerme. Parece un pajarillo mojado. Las venas de los ojos se han multiplicado desde la última vez que nos vimos. Y dudo de que sea capaz de continuar explicándome lo que ha ocurrido por la voz cada vez más apagada con que me relata lo ocurrido, pero me equivoco.

—¡Que te digo que han matado a Monique! ¡Por Dios! ¡Es tan espantoso! Pobre mía, ella que no quería saber nada de los hombres. ¡Imaginas lo que eso significa! Luego, supongo, la ahogaron. Los guardias han venido en seguida a interrogarme. Acaban de dejarme. Venían de casa de Marie-Thérèse, han tomado declaración a todas nuestras amigas, a todas las que acudimos a su salón. Yo quería avisarte enseguida porque es de suponer que también vendrán aquí. Para que estés preparada. —Habla atropelladamente. Casi no la entiendo—. La han matado del mismo modo, horriblemente, Amélie...

—¿Te contaron ellos todo eso?

—Ellos solo hacían preguntas muy desagradables. No saben nada de las Anandrinas, pero París es un hervidero de víboras y la gente murmura; algo sospechan. Me lo ha confiado Marie, Madame Geoffrin ha movido sus contactos en la Corte para saber más. No le ha costado. Dice que creen que el asesino debe provenir de la corte de los diablos. Solo de semejante lugar podría salir ese monstruo.

—¿Arañaron en su vientre también una letra griega? —pregunta Hélène de repente.

Lisbeth la mira sorprendida. Yo más.

—¿Has hablado ya con Marie-Thérèse? —le pregunta mi amiga—. Nos dijo que no podíamos revelarlo. Es clave para las pesquisas de la policía. Tenía grabada la tercera letra del alfabeto griego, sí. Debo irme de París,

Amélie. Tengo mucho miedo.

Hélène se acerca a Lisbeth y le agarra las dos manos.

—Eres tan dulce... Tan inocente.... Debes irte, claro que debes hacerlo... Ellos están convencidos de que vosotras sois las guerreras de la diosa blanca. Ha comenzado lo que tanto temíamos. No sé bien qué es lo que ha hecho que nos busquen, pero esos ritos asesinos... Se equivocan. Esos hombres se equivocan. Pero estás en peligro. No pararán. Habéis cometido un grave error dando tanto bombo al libro. ¡Y qué excusa más ideal para perpetrar sus maldades! —Me mira a mí y continúa hablando, mientras vuelve a tomar una judía—. Quizás, Amélie, no sea buen momento este para que las hermanas te inicien; no, mejor esperar un poco.

Hélène sonríe para sí misma y empieza a alinear sobre la mesa tocinera las verduras. Las coloca de cuatro en cuatro en horizontal y las trocea en fragmentos iguales. Lisbeth me mira aún más asustada.

—Si sabes algo sobre quiénes han asesinado a las amigas de Lisbeth, dínoslo —le ruego a mi suegra—. Lo denunciaremos a los guardias. Ellos se ocuparán. Sin duda estarán buscando al asesino.

Hélène comienza a cantar, su voz es frágil y melodiosa, y sube y baja de tono sin razón aparente. Lisbeth me mira. Hélène calla y se acerca a la puerta.

—Esta tarde tengo que salir de paseo. Hace un día maravilloso. ¿No escucháis voces? Debemos tener mucho cuidado o nos descubrirán. Sí. Mucho cuidado. Ellos pueden descubrirnos en cualquier momento y entonces terminarán con nosotras. Porque ellos son débiles. Muy débiles. Cada generación lo es un poco más. Pero nosotras somos fuertes y cada generación mejoramos, nacemos más inteligentes, más sutiles, más duras; no tendremos su fuerza, pero podremos superarlos algún día con sus propias armas. La guerra terminará entonces. Mientras tanto, tenemos que resistir. Y ocultar nuestro secreto a pesar de su amenaza. No deben saber dónde se encuentra lo que buscan. ¡Jamás!

Sigue cantando ahora. Su melodía suena nostálgica. Lisbeth y yo esperamos. No sabemos qué más hacer. Cuando Hélène quiere, vuelve a acercarse y, en voz baja, nos confiesa.

—Creo que ha llegado el momento de que sepáis de la Hermandad. — Se sienta entre las dos. Baja más la voz—. ¿No la conocéis? ¿No habéis oído hablar de ella? Las mujeres a veces estamos sujetas por muchas sogas, pero la

peor siempre ha sido la del pensamiento. Se nos ha relegado a la condición de negación del hombre. A ser solo cuerpo. Desde Platón, incluso se nos ha privado deliberadamente de la diferencia intrínseca, nuestra capacidad de crear vida, aduciendo que somos de la misma naturaleza que los hombres, para terminar comparándonos con ellos en lo que ellos destacan justo por su naturaleza, con lo que se concluye que somos iguales pero defectuosas, puesto que no tenemos su fuerza ni nos podemos igualar en lo que a ellos se les educa desde niños. Pero ¿qué habría sido de la Humanidad si Platón, en lugar de aquello, hubiera dicho que las mujeres son de distinta naturaleza, pero igual en valía? Decidme, ¿qué habría sido de nosotros!

Mira alrededor, nerviosa; pálida, sudorosa. Lisbeth, al ver su extraño comportamiento, parece haber olvidado la causa de su temor. Hélène empieza a moverse frenéticamente, de un lado a otro de la sala, mirando tras las puertas, debajo de los muebles, a través de las ventanas. Regresa corriendo a nosotras y continúa, siempre en un susurro:

—Todas son mujeres como nosotras, que sabemos dónde buscar, los Antiguos son nuestra referencia, hace miles de años. Y estudiando a los antiguos, descubrimos la revelación más importante que nos liberará de la prepotencia de los hombres para siempre. Pero aún es pronto para desvelarla, habrá que esperar a otro tiempo en que todos, también nosotras, estemos preparados. Falta muy poco para ese feliz día, demasiadas señales lo indican, mirad la gente, su descontento, su infelicidad. Pero los *Diletanti* nos ayudarán, no me defraudarán ahora. Ellos darán luz a las oscuridades. Debéis ser cuidadosas. Ellos no saben que no sois a quienes deben temer. La Hermandad de la Rosa es lo que buscan, aunque están desorientados, hemos conseguido engañarlos. Pero conocen nuestro secreto, no puedo entender por qué. Cuando los hombres sepan que los orígenes de todo lo literario no son los que ellos creen, cuando nuestras pruebas irrefutables salgan a la luz, la historia de la Filosofía y de la Literatura cambiará para siempre y tendrán que aceptar que somos iguales. Que siempre lo fuimos. Voltaire y otros como él lo saben, pero no son tan importantes, los que importan son los antiguos. A ellos es a quienes temen. Sí, debe de ser eso. Voltaire no es más que una excusa. ¡Imbéciles!

Hélène se echa a reír. Se ríe tan fuerte que temo que se haga daño. Pero se detiene de súbito y habla con otra voz, como si se hubiera convertido en otra persona:

—Os pido perdón. Sí, esto es culpa mía. Yo nunca debería haber permitido que él siguiera con vida. No, pero ¿qué iba a hacer? Es mi hijo. Un hijo te sale de las entrañas. No puedes devolverlo, no puedes abandonarlo, no puedes matarlo. Es tuyo. Yo no pude. Esos malditos hombres justos...

Hélène baja la cabeza. Lisbeth no deja de mirarla, no la ha visto nunca actuar de ese modo extraño. Siento pena por ella. Ha perdido el juicio del todo.

—Amélie, tú también debes tener cuidado. No estás a salvo, todavía no. Tienes que hacer lo que te dije. Buscarlas a ellas. Solo ellas podrán salvarte. A las hermanas es a quienes buscan. Es a ellas a quienes temen. Esto solo es un error. Lo siento, te pido perdón, porque yo te he entregado al demonio. Pero ¿acaso tuve otra opción? Me entenderás cuando seas madre, lo sé. Solo entonces podrás perdonarme.

Hélène se dirige a su alcoba. Ya no volverá a salir mientras Lisbeth continúe en la casa. Mi amiga me mira, llena de estupor.

—Lo siento mucho —me dice—. Siento tanto que ella esté así, no tenía que haber hablado en su presencia, pero... Jamás la había visto de ese modo, y ella sabe todo de nosotras. Pensé que debía saberlo. Quizás la policía la interrogue también a ella.

Intento quitarle importancia, pero ni siquiera yo creo en realidad mis palabras. Hélène está empeorando. Y también me cuesta convencerla de que no debe hacerle caso, porque, para Lisbeth, cualquiera puede tener de su parte la verdad, pero ¿es que tiene sentido algo de lo que nos ha dicho?

—No, no lo tiene —me responde mi amiga cuando se lo pregunto—. En realidad, todo esto es una locura.

—Creo que la única forma de saber qué es lo que está pasando es acudir a mi padre. Él podría ayudaros a protegeros.

—¿Tu padre? ¿Acaso es juez?

—Algo parecido. Pero entiende bien de las mezquindades humanas. Y si alguien sabe algo sobre esto, él lo averiguará. Sería más seguro. Diga lo que diga Hélène, han muerto ya tres mujeres y todas ellas eran...

—¿Por qué no usas la palabra? —me pregunta mi amiga, y veo en sus ojos la sombra de la resignación.

—¿Qué palabra?

—Libertinas, desvergonzadas, las amantes de mujeres.

—Iba a decir «tus amigas». Yo también tendría miedo si estuviera en tu

lugar.

Lisbeth se echa otra vez a llorar. Le acaricio la cabeza. Me parece desvalida, entiendo su desesperación. A ella no la dejan amar. Yo pinto los cuadros que vende mi esposo. Aprendí a pintar por mi cabezonería. También porque mi padre no es un hombre como los demás.

—La secta de las Anandrinas es mucho más que un club de mujeres, pero no hacemos daño a nadie —me dice ella cuando recobra la compostura—. Nos reunimos a charlar sobre Literatura, sobre Filosofía o sobre el mundo; algunas, además, nos amamos, de mejor forma incluso en que hombres y mujeres lo hacen. ¿Por qué les molesta tanto? ¿Porque no nos acostamos con ellos? ¿Porque nos resistimos a ser lo que quieren? ¿Eso es lo que odian de nosotras? Hay millones de mujeres a sus pies, ¿es que no pueden dejarnos en paz a unas cuantas? Una mujer es mucho más sabia con el cuerpo de otra mujer, Amélie, sabes dónde encontrar la satisfacción de tu pareja. Somos amigas, no solo amantes. ¿Eso es lo que ellos no pueden soportar? ¿Por eso las han matado de ese modo tan horrible? Nos odian tanto que ni siquiera hay una palabra para una mujer que ama a otra. Lo que no se nombra, no existe, Amélie. Si fuera por ellos, nos matarían a todas.

—Yo no tengo las respuestas, ojalá fuera así. Pero déjame que pregunte a mi padre. Él hará todo lo que esté en su mano para averiguar más sobre esto. Estoy segura de que nos ayudará.

—¿Crees que las han asesinado por el libro de Voltaire, Amélie?

—¿Lo tenéis vosotras?

—Lo tengo yo. Yo lo guardo desde hace mucho tiempo. Es mi cometido. Pero ninguna de las que han asesinado lo sabía. Solo yo sé dónde está ese libro.

—¿Por qué es el cometido de nadie guardar un libro? No se me ocurre ninguna razón.

—Porque es un libro muy especial. Es nuestro deber mantenerlo a salvo. Algún día servirá para quitarnos el yugo de encima. Para que todos entiendan, por qué somos así y no de otro modo.

—¿Y merece la pena morir por él?

—Si ese libro fuera la razón de su odio, sería menos doloroso. Al menos, tendría una explicación. ¿Hablarás con tu padre? Si él cree que ese libro es la causa, me desharé de él. También es el cometido de nuestra sociedad, guardarlo hasta que los tiempos nos sean propicios y se pueda

enseñar al mundo para reclamar nuestro sitio. Muchos dicen que será pronto, que vendrán cambios.

Me vienen a la memoria las palabras de mi padre. Él también cree lo mismo. ¿Será ese nuestro futuro? ¿Una revolución de las ideas? Y ese nuevo mundo, ¿merece el sacrificio? No lo creo, no. Sobre todo, cuando veo reflejado en el rostro de Lisbeth el pánico. Es solo eso. No hay esperanza en sus ojos. Solo auténtico terror.

23. Otro salto hacia adelante en el tiempo

Discúlpame de nuevo, amable lector o lectora, pero no tengo más remedio que volver a interrumpir. Seré breve, eso sí, e iré al grano: estaba yo transcribiendo las memorias de Amélie y, más o menos en el momento de su relato en que acabas de dejarlo, ocurrió algo en el mundo de las letras que a punto estuvo de terminar de desanimarme y que dejara de escribir, y es que la novela «Hombres buenos» de Arturo Pérez Reverte salió al mercado. Pues bien, las coincidencias entre esa obra y esta que estás leyendo son tantas que temí ser acusada de plagio: la época y el lugar exactos, la importancia en la trama de las ideas filosóficas de la Ilustración, el argumento en torno a un libro (la magnífica *L'Encyclopedie ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts, ets des Métiers* de Diderot y D'Alembert) e, incluso, el propio Reverte contando en forma de personaje cómo había llevado a cabo la escritura. ¿Qué debía hacer yo entonces?

Aunque ahí quedan las similitudes entre el muy vendido libro de Reverte y el mío, ¿no eran demasiadas? Menuda obra de pacotilla estaba escribiendo yo, si no soy capaz de ser original; si, de todas las millones y millones de historias, sigo relatando una que ya se ha contado con ingredientes tan similares. Mis dudas de escritora perfeccionista acudieron a mí de nuevo y, durante unos días, la abandoné.

Anduve entonces como un alma en pena por la casa, lamentándome, vacilando, pensando qué hacer. No había vuelto a tener noticias de Inés, la profesora lesbiana de la universidad compañera de Carmencita, la asesinada, y, que yo supiera, no se había producido ninguna otra muerte, así que, ¿de verdad debía continuar? ¿Acaso no sería más inteligente dejar la escritura por fin y buscarme un trabajo como es debido, por los que casi siempre cobras a final de mes? Por un momento dudé incluso de que la historia fuera tan genial como al principio había creído. Sería, probablemente, otra más.

Tengo que decir que mi hermano Enrique no estaba de acuerdo en eso: para él, esta iba a ser la novela que nos haría ricos. Como si eso ocurriera a menudo con autores mindundis como yo. Por cierto, que creo que no he descrito de ningún modo a Enrique y, dado que también es un personaje de esta

novela, quiera él o no, algo habría que decir de él: es un cincuentón de bonitos ojos claros, calva que le ocupa la mitad de la coronilla vista desde arriba, barba canosa y recia que se cuida con esmero como un hípster de esos de moda, nariz cual tomate maduro de Calatayud plantado en mitad del rostro y demasiado delgado para su edad madura, porque se cuida como un poseso con la comida y la bebida, y sale a pasear cada día, nieve, diluvie o caigan rayos de sol o de tormenta, durante una hora y media. Yo no creo que sea esta apariencia algo rara la razón de que no haya encontrado todavía con quien casarse o al menos con quien salir de vez en cuando, más bien creo que no le interesa mucho el tema o que es como yo, un poco raro para eso de elegir pareja. Sobre mí, diré también para ser honesta que, como personaje de novela, tampoco valgo mucho: soy bajita y regordeta, siempre me ha parecido que mis ojos están demasiado juntos y tengo los pies planos, de forma que, al andar, me muevo como una marioneta cojitranca. Si no fuera por mis ojos grandes y azules como los de Enrique, heredados de nuestro padre, nada en mí tendría especial gracia. Aunque, eso sí, creo que consigo disimular algo esta apariencia con el carácter dulce que dios me ha dado, según decía mi padre. Pero dejémonos de descripciones, que suelen aburrir, y volvamos a nuestro asunto, que sigue siendo muy grave, aunque intente quitarle importancia.

Después de lo de Reverte, pasé muchas tardes sentada en la cocina mirando al techo pensando qué debía hacer con mi novela. Enrique solía prepararme entonces una taza de café, se sentaba a mi lado y me miraba sonriente, e incluso leía mi manuscrito y tomaba notas. Él siempre había sido mi mejor crítico y me ayudaba mucho con las correcciones, sobre todo a buscar errores y pegas. Se le daba muy bien. Además, hacía tiempo que no discutíamos y creo que él debía de pensar que había olvidado mi intención de irme de casa. Yo no entendía por qué se enfadaba tanto, que a menudo terminábamos la bronca con él dando un portazo y yéndose a caminar, si lo que yo quería era de lo más normal. Alguna vez antes había intentado irme con alguna amiga, pero la experiencia no había sido muy buena y había regresado con él al poco tiempo. Enseguida, él volvía a dirigirme la palabra.

Con respecto a la novela, yo ya había solventado la difícil tarea de documentación de una gran parte, ya que, como era de esperar, Amélie se había dedicado a contar lo que a ella le atañía y poco tiempo y pericia había empleado en describir lugares, calles y edificios, personas o actividades de sus coetáneos. Cuánto habría dado yo por haber tenido dinero para hacer como

cuenta Reverte en su novela y poder pasar unos días en París disfrutando de los lugares que mencionaba yo en la mía y comprando carísimos libros de la época en los que revisar los mapas antiguos de la ciudad, y las viejas costumbres, usos y otros detalles de los que allí vivieron entonces. Me habría encantado perderme por sus bulevares, sus callejones, sus plazas y sus museos y catedrales, y sus restaurantes. ¿Y a quién no?

Sin embargo, por el contrario, yo había recorrido mil veces las calles parisinas en el Google Maps en busca de alguna localización real, analizado cuadros de aquel momento, estudiado a los ilustrados franceses y leído textos antiguos y modernos de Filosofía e Historia —y ya era mucha la información que había reunido, teniendo en cuenta las circunstancias.

Sin embargo, no conseguía tomar la decisión de si continuar escribiendo o no, cuando ocurrió algo tan grave que me obligó a decidir publicar lo que tuviese sin darle más vueltas. Salvar la vida siempre es lo más importante. Esa noche, cuando me senté en el salón con la idea de ver un rato la televisión para intentar dejar la mente en blanco, al consultar en el móvil mi correo, recibí un e-mail de la profesora de la asociación de la Universidad. Era la mujer que, hacía unos meses, había venido a mi casa para deshacerse del famoso libro prohibido de Voltaire y encomendarme a mí su custodia. El e-mail de Inés no podía ser más extraño por eso, ya que el libro lo seguía teniendo yo, pero ella me escribía que al día siguiente vendría a verme para llevármelo, como habíamos convenido, y volvía a explicarme que, por culpa de ese libro extraño, habían matado a su compañera.

Leí cuatro veces su mensaje, comprobé minuciosamente cuándo lo había enviado, tan solo unas horas antes, e intenté localizarla por teléfono en el número que me había proporcionado. En todas saltó un mensaje del contestador de la Universidad Felipe IV. El resto de lo que elle me contaba en el email lo copio a continuación:

«[...] También tengo que avisarte de que estos últimos días me han estado siguiendo. Como te conté la última vez que nos vimos, estoy convencida de que a Carmencita la mataron por culpa de este maldito libro, muchos hay por ahí que odian todo lo que significamos. Este libro representa, estimada amiga, toda esa lucha y todo lo que deberíamos llegar a ser. Carmencita murió por ello, estoy segura. También creo saber quién es la persona que me sigue, un antiguo alumno de nuestra universidad al que

conseguimos que expulsaran de la carrera tras desenmascararlo ya que, durante un tiempo, nos envió numerosas amenazas de muerte. Pertenece a un grupo que opera en Internet, muy activo en las redes sociales. Su cabecilla es un tal Luis Álvaro de Mendoza, el que hace poco tiempo fue noticia en los periódicos por haber organizado una quedada en diversas ciudades de España al mismo tiempo para manifestarse a favor de algunas de las ideas retrógradas que defiende, entre ellas que la violación no debe ser tipificada como delito en el Código Penal y otras barbaridades semejantes. Finalmente, ante la infinidad de protestas también en las redes, la manifestación fue desconvocada. Creemos que ha sido este joven el que me ha hecho llegar una carta que también te enseñaré cuando nos reunamos con el membrete de una organización llamada “La Sociedad de los hombres justos” en la que vuelven a amenazarme de muerte. Según decía en su carta, vela porque «las zorras feminazis se pudran en el infierno».

Desconozco por completo qué relación tiene esa asociación con el libro, aunque intuyo que han averiguado de algún modo su contenido, tan en contra de sus intereses, e intentan evitar que llegue a hacerse público. Como comprenderás, en cuanto envíe este email, acudiré también a la policía para denunciar los hechos y espero que con esto quedemos tú y yo a salvo de sus ataques de una vez por todas.

Así, confío en que todo quede tan solo en lo que ya por desgracia es inevitable, y espero con ilusión poder verte mañana para entregarte el libro y que entre las dos consigamos sacar a la luz su contenido y así seguir viviendo en paz».

Me quedé perpleja. No entendía por qué Inés me enviaba un mensaje como ese ni tampoco cómo podía haber hombres que defendieran semejantes ideas. ¿Era posible que eso ocurriera en el siglo XXI y en este lado del planeta? Pero todavía había más: mi hermano Enrique abrió la puerta de la calle justo entonces y, exhausto de un día mucho más largo de lo habitual a juzgar por la hora en que regresaba a casa, me dijo:

—Pon la televisión, hay un especial en la radio. Vas a hincharte a vender esa novela tuya. Por fin vas a hacerte rica y famosa.

Según anunciaban en exclusiva, habían matado a Inés del mismo modo que a su amante, Carmencita, y que a las Anandrinas en París del siglo XVIII. Alguien había avisado del crimen a los periodistas y las cámaras habían

llegado al lugar antes que la policía. Como siempre, el presentador bautizó al culpable: el asesino del alfabeto griego. Yo sabía bien por qué. No pude evitar el temblor de mi mano derecha. La izquierda, no sé por qué, se mantenía quieta.

Por supuesto, ese horrible hecho me dejó claro que debía continuar con mi novela. Y no por lo que el espabilado de Enrique me había sugerido sobre las ventas, sino porque el maldito libro estaba en mi casa, en la primera repisa de la izquierda en mi abarrotada biblioteca, y me moría de miedo solo con pensar lo que se sentiría cuando un asesino pirado te rasurase el pubis y te cortara los pechos, no sé si antes o después de violarte o de ahogarte con sus propias manos.

Sin embargo, todavía me esperaban más sorpresas. Al día siguiente, a primera hora, sonó el teléfono; pensé que estaba soñando, no había conseguido pegar ojo hasta la madrugada, pero el que llamaba insistió.

—Holaaaa..., ¿hay alguien ahí? —al otro lado de la línea gritó sin misericordia una voz femenina que me pareció reconocer.

—Sí —respondí a duras penas, mientras luchaba por subir la persiana de mi cuarto y comprobaba que el verano, de repente, se había ausentado y en su lugar un aire enrarecido había ocupado el cielo y movía los árboles del parque de debajo de mi casa.

—Te llamo del Museo de objetos desahuciados de Valencia. Tengo tu ficha aquí, estabas esperando que devolvieran un libro de Voltaire.

Me desperté de golpe y porrazo.

—¿Ya lo tenéis allí? —conseguí responderle, alucinada, intentando comprender cómo era posible que hubiera un ejemplar del libro de Voltaire en tres sitios diferentes: mi librería, la casa de la profesora asesinada y un sitio rarísimo a no sé cuántos kilómetros de los dos lugares.

—No, lo siento, no te llamaba para eso —me dijo la becaria—. Quería avisarte de que no conseguimos encontrar a las personas que se lo llevaron. Ya han pasado más de tres meses y deberían habérmolo hecho llegar. Cuando eso suceda, no dudes de que te volveré a llamar.

Me dolía la cabeza y la voz de pito de la chica no ayudaba a rebajar el sufrimiento. Quise colgarle, pero me dio un poco de pena, era tan amable...

—Sin embargo... —empezó la joven a decir.

—¿Sin embargo?

—Bueno, es que hemos encontrado algo más que he pensado que quizá

te interese. Es también de esa misma mujer, Amélie Lambert. Otros documentos de la época.

—¿Y qué documentos son esos? ¿Puedo ir a por ellos? O, mejor, ¿me los podéis enviar?

—Aún no pueden salir de aquí, lo siento; puedo llamarte cuando los haya catalogado. Solo quería que lo supieras. Pero si también te interesan, intentaré darme más prisa..., ¿sabes?, lo hago porque me gusta, porque para lo que me pagan... Y tendrás que venir a por ellos, no los enviamos.

—¿Es que te pagan? —Me extrañé de que en este país alguien invirtiera ni un euro en algo relacionado con la cultura o con el patrimonio cultural de España y de los españoles. O de las francesas residentes en Valencia.

—Qué va, qué más quisiera yo, ni el desplazamiento. Pero me sirve para convalidar un par de asignaturas optativas que me quedan de la carrera.

Creí recordar que ya me lo había contado. Y me di cuenta de que necesitaba volverlo a contar. Pero yo no estaba para escucharla, de repente volví a sentir pánico por el maldito libro que seguía ahí al lado, entre los de Mouawad y Rafael Chirbes.

—Bien, te lo agradezco muchísimo —le dije, intentado abrocharme como es debido el sujetador—, entonces espero a que me avises cuando pueda ir a recoger esos papeles, tomaré un AVE en cuanto me digas. Me interesa muchísimo cualquier hallazgo que tenga que ver con Amélie Lambert. Mil gracias por ser tan eficiente... —Quise llamarla por su nombre, pero no conseguí recordarlo.

Colgué el teléfono y entré en la cocina. Encontré a Enrique hablando por su móvil, con un café humeante sobre la mesa para él y otro para mí. Cuando colgó, me dio un beso en la mejilla que yo no tuve fuerzas para devolverle.

—¿Qué tal has dormido? Parece que diste algunas vueltas anoche —me dijo él, sonriendo de un modo raro, como si tuviera hormigas en la nariz.

Asentí y le di un sorbo al café; estaba dulce, como él sabía que me gustaba.

—Tengo que preguntarte algo... ¿Ese libro...? —siguió diciendo, y a la vez masticaba una magdalena con más hormigas.

—¿Qué libro? ¿El que estoy escribiendo?

—No, no, el otro, el de Voltaire, el que tienes en la librería. Es una

maravilla, muy valioso. ¿Es nuestro? Quiero decir, si es el libro del que me hablaste, ya no pertenece a nadie, ¿no es así? Sus dueñas han muerto y no creo que la profesora que te lo trajo contara a alguien que el libro lo tenías tú, ¿no es así?

Pensé un instante en lo que me decía. Por un lado, en su jugada. Seguía siendo un gran comercial. Ese había sido su trabajo desde siempre. Y era capaz de intuir el verdadero valor de las cosas a distancia, porque podía tener razón. Nadie sabría que ese libro estaba en nuestra casa, la pobre Inés no había dado señales de vida en el museo de donde ella y su compañera lo habían sacado y no creí probable que estuviera catalogado en ningún archivo oficial. El Museo de objetos desahuciados de Valencia era todo menos un lugar “oficial”.

—Sí —terminé respondiéndole, sobre todo al pensar en el email de Inés—. Podría decirse que ahora es nuestro, Enrique. Nadie sabe que está aquí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque vale mucho dinero. Y tengo un comprador. Un coleccionista.

—¿Un comprador? ¿Y quién te ha dicho que quiero venderlo?

—Siempre te estás quejando de que no tienes dinero para dedicarte solo a escribir, con lo que podríamos sacar por ese libro, vivirías un par de años. La oferta es muy suculenta, ¿no quieres saber de cuánto?

En ese momento me habría gustado muchísimo darle un puñetazo a mi hermano. Yo había leído ya ese libro y, sobre todo, me sabía de memoria la parte que tanto interés suscitó en el siglo XVIII a mi querida Amélie y a las asistentes al salón de Madame Geoffrin, por lo que la amiga lesbiana de Amélie, Lisbeth, pensaba que habían matado a las Anandrinas y por lo que también creía que la matarían a ella.

Sabía que aquellas palabras del filósofo, de salir a la luz, supondrían una revolución; sería como reconocer que en aquel momento nos robaron algo, cuando las ideas del Antiguo Régimen se removieron con batidora, se acabó con el poder de los reyes y se cuestionó la omnipotencia de Dios; cuando, tras siglos de oscuridad, se llegó a la conclusión de que la luz de la razón debía iluminar la vida de los hombres y que la igualdad, la libertad y la fraternidad debían regir el mundo. Y que eso debería haber sucedido también para las mujeres.

Ese libro significaba gritar a los cuatro vientos que entonces hubo pensadores que se dieron cuenta de que la discriminación de la mitad de la

Humanidad por la otra mitad era un atraso, una ignominia, una vergüenza.

Y pensé en lo que habría significado dar a conocer ese libro en la época de la Ilustración, cuando Amélie, por razones que yo todavía desconocía, consiguió mantenerlo en secreto, cuando las mujeres perdieron la oportunidad de avanzar en la lucha por la igualdad. Lo mucho que habríamos ganado si no hubiéramos tenido que esperar más de doscientos años hasta que los feminismos estallaron. Quién sabe si ese libro se hubiera unido a otras voces y la Historia de las mujeres podría haber sido otra, mucho menos dolorosa, menos infame, menos injusta.

Aunque también fantaseé con la gran oportunidad que suponía para mí vender el libro de Voltaire: poder devolver el dinero del crédito al director de banco, incluso llegar a independizarme de una vez de mi hermano Enrique — no porque fuera como un lechón que debía ir al infierno, sino porque ya era hora—. En ese momento, justamente, mi hermano no me quitaba el ojo de encima. Y eso terminó por decidirme. Me bebí el resto del café mientras Enrique esperaba mi respuesta. Parpadeaba demasiado, como un muñeco de los de cuando yo era pequeña, que tenían pestañas movibles y daban mucho miedo. Fregué la taza con minuciosidad, con doble dosis de jabón, como a él le gustaba, la dejé en el escurrerplatos, le di un beso rápido en la mejilla y volví a mi habitación. Sin querer pensar más en lo que había ocurrido con Inés para no morirme de miedo y con la intención de enfrascarme en mi trabajo hasta que tuviera la versión concluida de la novela, seguí recopilando las notas de mi querida Amélie, decidida ya a publicar su historia y a dar a conocer ese libro maldito, fuera como fuese y le pesara a quien le pesase.

Cada día desde entonces, además de seguir transcribiendo, organizando y convirtiendo en un relato ordenado el resto de las notas de la hija del verdugo de París, me dediqué a investigar sobre esa organización que había mencionado Inés en su email, intenté seguir la pista del estudiante al que ella mencionaba, escudriñé las noticias en busca de otros asesinatos como el de las Anandrinas o de cualquier indicio que me permitiera averiguar algo sobre los posibles asesinos. Mientras lo hacía, me preguntaba sin cesar si debía acudir a la policía o si esta vendría a interrogarme, si es que de verdad le había dado tiempo a Inés a denunciar lo que había ocurrido como decía en su email.

En ese caso, ¿qué debía contarles? ¿Me considerarían una loca por creer que unos asesinos que habían matado hacía trescientos años podían

seguir acabando ahora con la vida de unas pobres mujeres cuyo único pecado había sido quererse a sí mismas? Porque, si de algo estaba yo segura, era de que la razón de sus asesinatos había sido tener en su poder un libro en el que un hombre poderoso y respetado por los demás varones del reino del pensamiento les reconocía su capacidad de ser sus iguales.

24. El bosque de Bolougne



Ante la desesperación de Lisbeth, me armé de valor y fui a ver a mi padre, aun a riesgo de descubrirle mi desobediencia. Si yo no hubiera vuelto al salón, como él me advirtió que debía hacer, poco sabría de mi amiga ni, probablemente, del nuevo asesinato. Pero Lisbeth estaba aterrada y yo tenía la seguridad de que él, siendo quien era, podría saber más sobre los crímenes que cualquier otra persona a nuestro alcance. Incluso, estaba convencida de que él sabía mucho más de lo que me había querido contar sobre el libro de Voltaire que de algún modo tenía que ver con los macabros asesinatos. La piel se me erizaba al pensar en ellos. O tal vez era el queso gruyere de los amigos del señor Albert y de Hélène que olía desde la otra orilla del Sena y se fabricaba en esa nueva fábrica que daba al río. ¿Quién mejor que mi padre para conocer los secretos más turbios de nuestra sociedad, él, que infundía temor y respeto entre los hombres más bajos? Todos los malhechores lo conocían y a muchos les aterraba tan solo pensar que pudiera acecharlos.

También los verdugos se trataban, muchas veces seguían unidos para siempre a través de esa profesión horrenda que a algunos llevaba hasta el alcohol o el suicidio. Y en los calabozos se oían murmuraciones de todo tipo, no hay nada que avive más la lengua que una confesión ante un prefecto de la guardia, un juez, un magistrado, o, lo más, el verdugo. Por eso les era fácil enterarse de los crímenes propios y ajenos, incluso de los que habían pasado sin ser reconocidos; también los de los grandes señores, que disfrutaban de la mayoría de las prebendas, pero no de la de huir de la propia culpa. No todos los rumores respondían a la verdad, pero la red de verdugos, a veces más confesores que ejecutores, de malhechores y de sus carceleros era tan extensa que abarcaba toda la fauna criminal de la bella ciudad de París, y ese era el mejor lugar donde indagar si tenías que mantenerte al margen de las fuentes oficiales. Mi padre era incluso conocido en la Corte de los Milagros, entre la rue Montorgueil, el convento de las Hijas de Dios y la rue Neuve-Saint-Sauveur donde se hacinaban los más pobres de los pobres, prostitutas, mendigos y delincuentes, que, según decían, por la mañana se disfrazaban acorde a los quehaceres delictivos que les daban de comer, y se les veía

tullidos, ciegos o sordos; y por las noches, sanaban de milagro de todos sus males y defectos, y se dedicaban a la holgazanería. Yo, la verdad, no sabría decir si eso era así o no, aunque veía difícil que alguien pudiera ponerse y quitarse un brazo o una pierna adrede para mendigar.

Además, me sentía culpable, mucho más por haberle ocultado a mi padre que durante tanto tiempo Hélène y yo habíamos estado enfrascadas en una tarea que a él le habría apasionado. Y quizás había llegado ya el momento de solucionar eso, pues hacía mucho que habíamos dejado de trabajar en las traducciones y a pesar de sus promesas, yo no quería molestarla preguntándole lo que aquel libro significaba.

Bajé la cuesta que, empinada, conducía hasta la iglesia de Saint Laurent, allá en el arrabal de Saint Martin. Esa mañana había nevado con profusión y no oía ni mis propios pasos, tampoco había nadie por allí, era algo tarde, y las pocas personas que transitaban por ese barrio de París se veían difuminadas a lo lejos, trémulas entre las luces decoloradas de los faroles. No quise que me llevara el cochero. Mejor que no conociera mis andanzas. Atravesé con rapidez la calle de los Muertos por donde me había desviado para llegar a la pastelería y entré en ella. Quería comprarle a mi padre algunos pasteles, era tan goloso como yo. Me senté en la silla ante el mostrador para esperar al repostero. El fuego del horno chisporroteaba y el olor dulzón me abrió el apetito. Al otro lado de los vidrios, la nieve comenzó otra vez a caer. Saludé al tendero cuando salió de la trastienda; él enseguida me sirvió mis pasteles calientes envueltos en un apagado papel, le pagué y volví a la calle. Anduve entonces decidida, a pesar del frío que sentía en aumento en mi piel y que ni siquiera la gruesa capa lograba mitigar, hasta la parte alta del arrabal. Tras una media hora, llegué a la casa donde mi padre atendía a los enfermos, en la calle principal, la que lleva a la barrera de Panti. Allí casi nunca se ve un alma, quienes viven en ese lugar lo hacen en cabañas desperdigadas y agrupadas como agujeros de picaviruelas, y muchas de ellas están deshabitadas, y un viento desagradable suele terminar de helarte la piel, enfriado en los cerros de Saint-Cahumont y Velleville. Hasta las ratas, estoy convencida, huyen de aquí.

Al ir a entrar en el edificio, oí un ruido a mi espalda y me giré, pero tan solo encontré un perro que, entre la niebla, masticaba el cadáver de un gato, quizás muerto por el hambre. Parecía un milagro de la virgen que la construcción se mantuviera en pie: levantada con cascotes y recubierta a

rodales por yeso que amarilleaba, se caía por unos lugares sí y otros no; atemorizaba tan solo el pensar en entrar en ella. El tejado, negruzco y cubierto de musgo, se veía desigual y se hundía bajo la nieve en algunos tramos; los cercos de las ventanas se habían podrido por la intensa humedad y a través de las rendijas el aire frío helaba la piel. Pero había una tenue luz en su interior. Llamé a la puerta. Tardaron en abrirme. Un chiquillo sucio y desaliñado salió corriendo otra vez hacia la oscuridad de la casa en cuanto entré en la estancia.

Sobre unas esteras de paja, varios pacientes agonizaban. Otros esperaban en silencio su turno para ser atendidos. La lumbre, casi apagada, apenas se iluminaba al fondo, algunos troncos minúsculos aguardaban su momento. Del techo caían en algunos sitios finos hilos de agua, que se recogían en cuencos de cobre para beber. Dos sillas, una cómoda destartada y apenas visible bajo el tapete de moiré rojo que en otro tiempo quizás habría pretendido darle al mueble cierta elegancia y un cofre con la tapa abierta era todo el mobiliario que allí vi.

Al distinguirme, mi padre se levantó y se acercó.

—Te dije que no vinieras nunca aquí, cada día eres más desobediente. Como debe ser. Y ni siquiera te ha traído el cochero. No le he oído llegar.

—No podía esperar —le dije, y su sonrisa me recibió tan cálida como siempre.

—Torres más altas han caído por la enfermedad, hija mía, mucho más altas y más fuertes que tú y que yo.

Se lavó las manos en una palancana con agua limpia y jabón, y me abrazó. Él lo hacía siempre, a pesar de que algunos le llamaban loco.

—Si no te importa, seguiré con él mientras me cuentas a qué se deben tus prisas —me dijo, señalando a otro hombre más cercano a nosotros.

Yo sabía que mi padre atendía a enfermos algunos días cada mes. Los conocimientos que había atesorado gracias —o por culpa— de su execrable oficio, sobre botánica, cirugía y medicina, los usaba a menudo con esa gente que no podía acudir a ningún otro lugar a intentar aliviar sus dolencias, pues muchos de ellos ni siquiera tenían esperanza de vivir más allá de una semana. Gracias a mi abuelo, mi padre se interesó por la anatomía, quien la había aprendido como luego lo hizo él: en un cobertizo, con los cadáveres lívidos, quiso saber cuáles eran los secretos que sus cuerpos ocultaban. El escalpelo y su curiosidad fueron sus libros. De sus observaciones sobre los músculos y las articulaciones dejaron otros como él valiosos testimonios. Cuando tenía

pacientes de los que le pagaban, nos sirvió para vivir mejor, también su formulario de recetas, propiedad de nuestra familia, le proporcionaba sus dineros. Aunque todo eso fue antes de que los enfermos disminuyeran, cuando las escuelas y facultades de Medicina se organizaron y se empezó a exigir que los practicantes de estos doctos conocimientos tuvieran el diploma expedido allí. Mi padre eso ya no lo vivió.

Él sabía que no siempre era posible sanar o calmar a algunos pacientes, en realidad casi nunca lo era, pero creo que de algún modo reconfortaba así en parte sus propias fatigas y dolores del alma. Constituían, en cierto modo, su redención. Por mucho que Aristóteles ya reconociera hace siglos la necesidad de castigar al culpable, mi padre no dejaba de sentirse un criminal, peor incluso que aquellos a los que ajusticiaba. Y al verlo por primera vez allí, rodeado de enfermos moribundos, tuve la prueba de ello.

Pero, ahora, él me mira muy pensativo antes de responder a mi ruego de que me revele de una vez cuál era el contenido del *Diccionario filosófico* de Voltaire que había copiado hacía ya tanto tiempo ante las súplicas del malogrado caballero de la Barre.

—No, Amélie. Lo siento —me dice, mojando una gasa en agua jabonosa y pasándosela por la cara al hombre tumbado a nuestro lado—. No hay ninguna razón que me haya hecho cambiar de idea. Al contrario, me apena que no siguieras mi consejo y hayas seguido visitando ese salón. Te has puesto en peligro. Y solo tenemos una vida, créeme. La celestial es una estupidez para mantenernos entretenidos y callados.

—Pero es muy importante, padre. Tienes que ayudarme. Mi amiga cree que también pueden matarla a ella.

—Me deshice del texto para evitar enseñártelo, así que no voy a decirte cuál era su contenido. No debes seguir dándole vueltas a esto, Amélie. Sé mucho de la maldad humana y detrás de esos asesinatos hay algo increíblemente más perverso incluso de lo que su horrenda naturaleza demuestra. Mi consejo sigue siendo el mismo, no vuelvas allí y, a tu amiga, dile que desaparezca. Yo soy un mísero verdugo, si no me obedeces, no podré protegerte: aléjate de esas damas, no te mezcles con ellas durante un tiempo, cuanto más prolongado mejor. Es el salón más subversivo de París, los enemigos de Madame Geoffrin son peligrosos. En torno a ella hay demasiado misterio y eso debe de ser por algo.

—Marie-Thérèse es una buena persona, padre, y lo que hace es

encomiable. Su salón es un lugar donde la verdad resplandece. Le gustaría, sin duda.

—Ya no son buenos tiempos para los salones como el suyo, donde las mujeres pretenden sobresalir —continúa mi padre, mientras intenta limpiar ahora algunas heridas de la espalda del hombre que se ha girado despacio sobre su sábana mugrienta. Tiene un ojo tapado y el otro cerrado y su nariz expele un ronquido gutural al respirar—. Ahora, a pesar de lo que puede parecer, comienza la era de los varones. Será un tiempo muy convulso. Lo dijo el gran Leibniz, vendrán aires de revolución, si no cambiamos nuestra manera de amar. Pero solo ellos disfrutarán los cambios: filósofos, políticos que estén en el lado correcto, personas con poder; agitadores y marrulleros muchos de ellos, pero casi siempre ricos. Los pobres seguiremos como siempre o peor aún. Acéptalo y quédate en tu casa con tu marido. Con tus pinturas. Hasta ahora, lo que hacían en ese salón no parecía trascender demasiado, pero esta nueva muerte tanto tiempo después significa que esas mujeres han puesto en peligro de algún modo lo que los hombres poderosos buscan. Y eso no es buena empresa para vosotras.

—Pero quiero ayudar a Lisbeth. Está muy asustada.

—¿Por qué no me lo cuentas todo?

Dudo. Pero es mi padre. En él confío más que en mi propio espíritu.

—Ella guarda ese libro.

—¿La creadora de la secta de las Anandrinas tiene el *Diccionario filosófico* de Voltaire en su versión «especial»?

Asiento. Él se lleva las manos a la cabeza.

—Parece mentira. Se supone que vuestra naturaleza es endeble, que sois imprudentes, aunque también dulces, pudorosas, modestas, tímidas y reservadas, ¡ah!, y que tenéis afición a divertirlos. No debería interesaros ese maldito libro. Menudas estupideces se empeñan algunos en defender. Aunque imprudentes sí es verdad que sois. Esto lo demuestra sin duda. Es curioso. Muy curioso. Leibniz es un genio, hija mía. Solo el amor tierno, el amor considerado, nos salvará. Pero te lo dije ya y lo repito, Amélie, Voltaire no es tan inteligente ni tan admirable. Y ese libro no puede ser tan importante para nadie. Ya sé que muchos no entienden lo que Leibniz quiso revelarnos, no es de extrañar con los discípulos que tiene, como ese oportunista de Wolff, y así ha pasado. Pero Voltaire es el más necio de todos los que lo atacan. Pone en duda incluso que descubriese el cálculo a la vez que Newton. Con ese libro de

Voltaire podría ocurrir fácilmente que se confunda con la realidad, y entonces estaremos perdidos.

Sé que duda. Él sabe más.

—Ahora, quien no confía en mí sois vos —le digo, agarrándole con seguridad del brazo—. Y necesito saber. Nadie va a proteger a mis amigas. No van a investigar esos asesinatos. Solo son mujeres de mala vida puesto que se aman entre sí. Muchos incluso piensan que se lo merecen. Desde los dos primeros crímenes ya han pasado varios años, tiempo más que suficiente para haber encontrado al asesino. Pero sigue impune y además tiene la audacia de volver a actuar del mismo modo. En la ciudad, los cuchicheos se hacen cada vez en voz más alta, también las precauciones aumentan: las madres prohíben salir a sus hijas a la calle si no son acompañadas de alguien de confianza; los niños, por si las moscas, ya no juegan hasta tarde en las callejuelas. Pero nadie ha movido un dedo por descubrirlo. Alguien tiene que ayudarlas.

Entonces el hombre que reposa en la camilla abre el ojo sin tapar y me agarra de la mano con fuerza.

—Es un demonio. Señora, no debéis hablar de él. Vosotros sois piadosos. No deberíais poner en vuestra boca palabras que mienten al diablo.

Mi padre mira alrededor, pero los demás enfermos parecen demasiado ocupados con sus propias dolencias y nadie más se inmuta.

—Deberíamos haber sido más precavidos, Amélie. Estas personas oyen —me dice en voz baja.

—No se preocupe por mí —dice el hombre y tose. Cuando remite la tos, continúa—. ¿De qué podría tener miedo ya? Estoy a salvo de las iras de los hombres, todas las he sufrido en mi vida. Y pocas personas me han ayudado como hace usted, señor Josep. Alguien a quien conozco oyó a ese diablo, un amigo, mientras cometía su gran indignidad. Antoine siempre duerme al raso, alejado de la ciudad, en el bosque de Bolougne. Allí fue donde la asesinaron. Si hace buen tiempo, él suele acabar bajo el cobijo de algún matorral. El lugar está apartado de los malolientes rincones donde los demás nos hacíamos por la ciudad y hay caza que lo alimenta. Él es algo diferente, no se acostumbra a su nueva vida. Le despertaron los gritos y, como hace siempre si ocurre algo que no le incumbe, se escondió tras unas matas. Pudo distinguir a un hombre que forzaba a andar a una mujer. Y lo que vio y oyó después fue estremecedor. Aún se esconde por las noches. Esa bestia es el diablo.

—¿Entonces su amigo podría reconocer a quien lo hizo? —le pregunté, entusiasmada, aunque al tiempo estuviera también muerta de miedo. Oía las ramas crujir en la calle y la nieve resbalar sobre el tejado y todo lo que ocurría me parecía fruto de ese maldito ser demoníaco del que hablaba el enfermo, que nos acechaba de todas las formas posibles.

—No creo que Antoine pudiera describirlo ni señalarlo, aunque lo tuviera delante de sus narices. Es un pobre mendigo, como casi todos nosotros, se escondió muy bien para no ser descubierto. Solo distinguiría sombras. Más que verlo, oyó y adivinó lo que ocurría. Aunque ¿acaso importa, bella señora? Mírenos, ¿alguien nos prestaría oídos?

—Yo sí te creo, Lionel —le dijo mi padre, mientras limpiaba una de sus pústulas con un algodón empapado en un líquido que olía fuerte.

—Gracias, pero, no se ofenda, tampoco muchos le creerían a usted. Mi amigo Antoine contó, aunque nadie de los que estaban allí le hizo mucho caso, que el monstruo, antes de que la mujer gritara y dejara de oírsele a él, le preguntó a ella por un libro. El libro de ese señor que acaban de mencionar ustedes, Voltaire, del que tanto se oye hablar en todas partes, incluso en las calles, como si a nosotros nos fuera a cambiar la vida algo con sus palabras retorcidas y preciosas; para encantar serpientes valdría. Sí. Pero no para darnos pan y cama caliente.

Me estremecí. No podía ser que fuera una casualidad. Ese hombre no conocía nada de nosotros, nada de las Anandrinas. Y el libro lo tenía Lisbeth. No pude decir ni una palabra. Me eché a llorar y mi padre me abrazó. Con su calor, me consoló. Siempre lo hacía. Para mí él siempre constituyó el mejor reconfortante.

—Te agradecemos mucho que nos hayas contado esto, Lionel. Eres valiente.

—Yo ya no temo más que a Dios, señor Josep. Solo a él. Y cualquiera que hiciera lo que Antoine relató se merece pasar por sus manos, mi señor. No solo yo lo sé, casi todos los que dormimos en la calle tenemos noticias de ese monstruo. Incluso en la Corte de los Milagros se le teme. El asesino no procede de allí, no es un asesino cualquiera, no vive en las calles. No mata para robar y comer. Las prostitutas, al principio, se ocultaban de él. Pero ahora sabemos que las rameras de tres al cuarto no le interesan. Si alguien hubiera investigado de verdad, muchos sabrían cómo ocurrieron los asesinatos y dónde. Y, seguramente, quién los cometió.

El hombre cerró el ojo destapado y empezó a toser. Mi padre le acercó una bacinilla llena de agua, que sorbió poco a poco. Cuando se la bebió, me cogió de las dos manos. Me asusté, pero mi padre me miró con tranquilidad. Fuera el que fuera el mal que el desgraciado sufría, no era contagioso. Se acercó al oído y me susurró.

—Huele muy bien, señorita. Su cuerpo emana la delicia de la juventud y la belleza. Antoine también me contó que el monstruo no trabajaba solo, que dijo algo sobre sus compañeros, sobre que por fin tendrían lo que estaban buscando.

—¿Y mencionó a alguien?

—No pidas peras al olmo, Amélie, que maduran bien en el peral —me dijo mi padre, al tiempo que ponía un dedo sobre sus labios que el otro no vio.

—Sí, sí dijo algo, sobre un grupo al que todos ellos pertenecían, una sociedad, así la llamó él: la *Sociedad de los hombres justos*. Pero nada sé más de eso, señores, y estoy cansado. Si me lo permiten, aprovecharé el calor y el acomodo para echar un sueñecito.

Mi padre lo tapó con una manta roída y me acompañó enseguida hasta una puerta que había permanecido cerrada. Entonces la abrió, entró en la habitación y se despidió de alguien que ocupó su lugar junto a los enfermos.

—¿Crees que sabe algo más de lo que nos ha contado? —le pregunté, esperanzada por el hallazgo.

—Indagaré. Pero ahora no es el momento de seguir hablando. —Cogió su capa y me indicó que me abrigara yo también—. Vamos, te acompañaré, Amélie. Eres una imprudente habiendo venido hasta aquí.

25. El secreto de Hélène



Por el camino, dentro de la carroza, mi padre y yo devoramos los pasteles. No dejamos ni uno. Él no quiso que regresáramos a pie, aunque nadie allí atacaría al verdugo de París.

—Bien, ahora que ya estamos a solas ¿vas a decirme qué más querías saber? La casa de tu marido está a más de una hora de aquí, vienes caminando y sin compañía. Y seguro que sabías que no iba a desvelarte nada de ese libro. No creo que fuera eso lo único que te interesara.

No me sorprendió su sagacidad. Me conocía mejor que nadie. Pensé un momento lo que el mendigo había dicho sobre el extraño grupo. Hélène también había mencionado algo de los hombres justos, aunque ni Lisbeth ni yo habíamos hecho caso a sus palabras. Pero, si aquella asociación existía en realidad, quizás todo lo demás también fuera real y no una invención de su cabeza enferma.

—¿Padre, ha oído hablar alguna vez sobre esa sociedad que ha mencionado el mendigo?

—¿La de los hombres justos? Olvídate de ella, nada conseguirás si los persigues. Aquí, están protegidos. Y no tienen que ver con lo que te interesa.

—¿Y los *Dilettanti*?

—¿Dónde has escuchado ese nombre, hija mía? ¿Crees que tienen algo que ver con las muertes? Son gente muy importante, rica y poderosa. Extranjeros, ingleses, en concreto. ¿Crees que pueden tener algo que ver con los asesinatos?

—No lo sé. Pero me sería muy útil saber algo más sobre quiénes eran.

—Útil, ¿para qué?

—Últimamente me llegan muchas noticias acerca de esos caballeros. Y son desconcertantes.

—He leído sobre ellos, si te interesan las exploraciones que ellos costean, puedo pedirle prestado al abate Gomart algunos libros que sus socios o sus amigos escribieron sobre sus viajes, en ellos los descubrirás. No los tengo en mi biblioteca, son demasiado caros, hay que traerlos casi siempre de Inglaterra, o en traducciones muy costosas. Con ese nombre se conoce a los

miembros de una sociedad inglesa, la *Dilettanti Society*. Se creó en 1732.

—¿Y qué podrían tener que ver con Hélène?

Mi padre se relamió los labios. Le quedaban restos de miel.

—¿Con Hélène? Todo. Tienen que ver todo. ¿Qué es lo que te ha contado ella? Los ingleses descubrieron Grecia hace ya más de un siglo y llevan desde entonces robando sus reliquias, sus estatuas, sus mármoles. Los usan en los palacios y en las residencias de sus aristócratas. En Inglaterra el arte griego antiguo hace furor, se ha convertido en una moda, a la que han contribuido, precisamente, los libros que hablan sobre los griegos, muchos de ellos escritos con el apoyo económico de los *Dilettanti*, como te decía. ¿Esto te encaja con lo que has escuchado de ellos?

—Podría ser, sí. ¿Y Hélène?

—Antes, los jóvenes aristócratas solían viajar a Italia en su *grand tour*, el viaje de estudios con el que terminan su formación, la nueva moda que ahora, aquí, algunos ricos también siguen. Al principio, se quedaban en Roma, pero enseguida empezaron a llegar más lejos. Hace un tiempo, más o menos en 1750, la sociedad financió el viaje de dos de sus miembros, que permanecieron varios años en Atenas para estudiar los monumentos antiguos que aún resistían. Cuando consiguieron llegar tras meses esperando en Venecia que un barco los transportara, midieron y dibujaron las esculturas y los mármoles que encontraron. Allí estuvieron otros dos años, sin poder regresar, pues también les sorprendió una epidemia muy virulenta y se produjeron problemas políticos en la zona que impedían la salida de los barcos. En 1762, publicaron su libro, que en su país sigue siendo muy leído por los de alta cuna.

—¿Y cómo se llaman estos hombres?

—No recuerdo bien sus nombres, pero sus apellidos sí: son Stuart y Revett. Revett es el padre de Hélène. Pero... creí que ella te habría contado todo esto. Es una enamorada de lo clásico, ¿aún no te lo ha mostrado? Es una mujer extraordinaria. Inquietantemente culta. Creí que no tardaríais en encontrar eso en común que ambas tenéis. Me sorprende mucho que no lo supieras.

Me sentí estúpida por muchas razones, para empezar, mi suegra no era francesa, sino inglesa. A pesar de su acento extraño, yo siempre había pensado que su apellido era francés. Y nos parecíamos más de lo que creía, su padre también fue quien le inculcó el amor por la cultura griega. Me sentí aún mucho más cerca de ella. Pero también me di cuenta de que mi padre no me había

contado todo lo que sabía sobre mi nueva familia, a pesar de que era yo quien pensaba que le ocultaba algo a él.

—Hasta la publicación de esa obra —continuó sin darle ninguna importancia a su revelación, yo diría que entusiasmado porque ya hacía mucho que no teníamos ese tipo de conversaciones, y sentí una punzada de tristeza que intenté disimular—, la civilización romana había sido la que había captado el interés de los eruditos. Su Historia, su Política, su Filosofía, pero también su Arte o su Literatura han subyugado incluso a muchos de nuestros filósofos y reyes. Sin ir muy lejos, Rousseau lee a Plutarco y a Licurgo. Y los antiguos griegos han dejado de considerarse unos bárbaros, ahora Grecia interesa. Algunos están muy intrigados con el sistema de gobierno que ellos inventaron: la curiosa Democracia. Tan alejada de lo que es nuestro rey y sus acólitos. Aunque este interés no es nuevo, ya Montaigne eligió a tres griegos como los personajes más importantes de la Historia: Epaminondas, Homero y Alejandro. Algunos incluso piensan que Sócrates es el filósofo más importante. Diderot, Voltaire o Rousseau lo veneran. Y la moda no ha hecho más que empezar.

—Tienes razón, muchos bautizan ahora a sus hijos con nombres griegos. Incluso los que nada saben de Grecia.

—Pues los *Dilettanti* son en gran parte responsables de que lo griego esté en boga. Han pagado muchas otras expediciones, por ejemplo, la de otro inglés, Robert Wood, que conoció en Atenas a Stuart y Revett, y acaba de publicar otro libro con láminas ilustradas cuyos paisajes han maravillado a todos. En su *Ensayo sobre el genio original de Homero* intenta ubicar la Iliada y la Odisea en la tierra donde sus protagonistas, Ulises y Aquiles, lucharon y donde vivió Homero. También se la debemos a los *Dilettanti*.

—Pero ¿y qué puede tener que ver ahora Hélène con los *Dilettanti*? ¿Crees que trabaja para ellos? ¿Estará participando en alguna de sus investigaciones?

—Es difícil de saber. Los franceses y los ingleses tenemos formas diferentes de considerar las ruinas, para nosotros, son un sueño que presenta el paso del tiempo y la desaparición de la civilización. Los ingleses, sin embargo, saquearon Grecia, desmontaron lo que quedó del Partenón y lo trasladaron al Museo Británico, junto con sus esculturas y los maravillosos mármoles Elgin, por iniciativa de uno de sus lores, que pertenecía a la sociedad. Incluso querían desmontar alguno de sus museos para reconstruirlo

piedra a piedra allí. Los ingleses tenían miedo de que los turcos, que gobiernan en Grecia, destruyan el patrimonio de lo que se empieza a considerar la cuna de nuestra civilización. No sé si Hélène, desde París, puede colaborar con ellos en algún proyecto. Las formas son distintas. Y no podría trabajar ella sola, supongo. Pero ¿por qué no se lo preguntas?

Mi padre sufrió entonces un ataque de tos. El cochero se detuvo al mismo tiempo. Ya habíamos llegado a casa de mi marido.

—Padre, ¿se encuentra bien? Está pálido y parece muy cansado.

Él me tomó la mano y me la besó.

—Venme a ver más a menudo, ¿de acuerdo? —me contestó—. Y si quieres descubrir quién es el asesino, piensa en quién puede querer evitar que unas mujeres se amen y, sobre todo, por qué le interesan, cuando para nadie más son importantes. A pesar de lo que diga el pobre mendigo Lionel, el texto de Voltaire no es lo que buscan. El asesino que mata por un ideal no viola, impedir que se conozca el contenido de un escrito filosófico, por muy revolucionario que sea, es idealismo. Las mutilaciones, la peluca y la pintura en la cara sí son una demostración de poder, quiere poner en su lugar a las mujeres muertas, y podría obedecer a un ideal, a un valor íntimo. Pero las tremendas violaciones... Eso solo puede hacerlo alguien trastornado, Amélie. Ten cuidado. Y mucho más, tus amigas, no trates con ellas hasta que las aguas se calmen, el asesino volverá a matar. Yo indagaré entre mis conocidos, hay que saber escuchar. Aunque no puedes creer a pies juntillas todo lo que te cuenten, menos de un moribundo. Muchos hablan, pero pocos saben en realidad.

Él regresó a su casa en el coche de caballos. Al entrar yo en la mía, Christophe me aguardaba impaciente. Sus padres todavía no habían regresado de la misa y él estaba muy inquieto. No esperó ni a cenar para desnudarme.

—Ha llegado el momento de irnos de esta casa —me dijo un rato después cuando los escuchó entrar, mientras me tocaba el pelo.

Su voz era dulce y su rostro, sereno. Los de una persona normal que acaba de acariciar a la mujer ama.

26. El Dios de los desamparados



Lisbeth se ocultó como le aconsejé, en espera de las noticias de mi padre. Las asambleas de las Anandrinas se suspendieron durante un tiempo, no solo por miedo, el asesinato de su compañera pesaba demasiado en su ánimo y hubo muchas madres que dejaron la sociedad y también, aunque menos, algunas tríades. Cuando comenzaron otra vez a reunirse, se formó una cadena entre ellas para avisarse unas a otras con solo horas de antelación sobre dónde y cuándo se celebrarían sus encuentros. La secta incrementó sus esfuerzos para permanecer invisible y se dio instrucciones que debían seguir a rajatabla para que nadie volviera a cometer la estupidez de reclamar la posesión del maldito libro, y, sobre todo, que mantuvieran en el máximo secreto sus relaciones y sus encuentros, y ni siquiera las revelaran a amigos íntimos ni a familiares, como habían hecho hasta entonces muy alegremente algunas de ellas, por pura falta de cabeza, sobre todo entre las más jóvenes que buscaban diversión y vivir de un modo distinto.

En cuanto a mí, el recuerdo que tristemente me viene a la mente ahora de aquellos días convulsos —bien sabe el lector lo que ocurrió pocos años después y lo que supuso para todos aquella Revolución, aunque la agitación en las calles ya era patente desde mucho antes— es el de mi pobre padre postrado en su lecho. Le apareció de repente un enorme bulto en la nuca, que creció con gran rapidez. El dolor le encogió el alma desde entonces y de nada sirvieron ni su libro de recetas ni cuantos remedios le prescribieron los doctores con diploma. Incluso el de su majestad vino a visitarlo. Tan solo transcurridas unas semanas, se vio obligado a permanecer en cama; si se levantaba, se mareaba y se desplomaba en el suelo. Así que me olvidé de los *Dilettanti* y de todo lo que aquel hombre nos había desvelado aquella noche nevada. Hasta de alimentarme me olvidé. Sólo me preocupaba él.

En poco tiempo, adelgazó hasta convertirse en un saco de huesos. Recordaba a los galgos que usaban los nobles para cazar liebres en invierno. Una tarde, llovía con saña y los gamos, en busca de comida o por curiosidad, se atrevían a entrar desde el bosque de Bologne hasta más allá del río ante lo vacía que estaba la urbe; dos hombres vinieron a visitarlo. Se notaba, por su

vestimenta y por su manera tímida de inclinar la cabeza ante mi madre y de acercarse al lecho donde mi padre reposaba, que eran de baja estofa —quizás mariscadores, pues también tenían las manos agrietadas de la faena de meterlas en el agua fría buscando las monedas, las joyas y otras riquezas que el río a veces arrastra de quienes las pierden más arriba.

Quisieron hablar con él a solas y mi padre nos rogó que así lo hiciéramos. Cuando se fueron, él le pidió a mi madre que saliera a buscarle agua azucarada con limón, que decía aliviarle la sequía de su lengua y de su paladar, y me hizo una seña para que me aproximase. Enseguida le dio un ataque de tos, que no lo abandonaba desde hacía ya meses, brusca y desagradable, y pretendía arrancarle los pulmones. Cuando se calmó, tomó aire y me invitó a acercarme más. Hablaba con dificultad, pero sereno.

—Hay algo que debo decirte, hija mía. No me queda tiempo. Creí que ya no era importante, que nada tenía la más mínima relevancia. Pero acabo de comprobar que nunca más que ahora vas a necesitar saber. El asesino, Amélie, lo que nos contó el mendigo de él... No me encajaba, no me encajaba con el tipo de asesinatos ni con el tipo de hombre que los comete. Así que tiré de la lengua a algunos que me debían favores, de esos pobres que se esconden debajo de los puentes y... lo que han conseguido averiguar preguntando a unos y a otros.... Ahora tengo las pruebas, aunque por desgracia no les ha dado tiempo aún a confirmar la identidad de los sospechosos. Sí sé con seguridad que apoyando al asesino hay personas educadas, ricas y poderosas, a quienes la justicia jamás hará pasar por las manos de ningún verdugo por sus crímenes. Y eso significa, Amélie, que debes dejar de preguntar. ¿Me has entendido? ¡Júrame que lo harás!

Lo hice, claro que lo hice, conteniendo las lágrimas le juré por su respetado Leibniz —la única autoridad que él reconocía en el reino de los hombres— que dejaría de indagar y que le rogaría a Lisbeth que se ausentara, y se fuera a conocer otros sitios lo más lejanos posible de la efervescente París.

Entonces, al oído, me susurró:

—Y yo no me equivocaba. No es ese libro lo que estos hombres buscan. A pesar de lo que el mendigo oyera decir al asesino. El libro no es el motivo de sus crímenes. Alguien interesado en ocultar lo que en ese libro se defiende sobre la igualdad de las mujeres podría matar por él, pero nadie que tuviera esos ideales sería capaz de asesinar de esa manera.

—¿Sabía entonces el asesino que alguien lo escuchaba y por eso habló de ese libro? ¿Solo quería desviar la atención de su verdadero móvil? —le pregunté.

—¿Quién puede saberlo, hija mía? Puede que sí y puede que no. No resulta muy creíble que alguien que mata así lo haga a la luz de la luna y en un lugar que todos saben que frecuentan los enamorados y los perdidos.

—Y, entonces, ¿cómo ha llegado usted a esta conclusión? —seguí, desconcertada.

—Piensa, Amélie, solo piensa. La razón es la más poderosa de nuestras virtudes. No la más valiosa, pero sí la más potente. Aunque poco utilizada, por desgracia. ¿No se te ocurriría ninguna otra forma de asegurarte de que esa versión del libro no saliera a la luz o de que, si lo hiciera, jamás se convirtiera en bandera de causa alguna? Claro que la hay. Pero Voltaire sigue vivo. Y cada vez tiene más renombre. Si fuera su diccionario lo que ellos persiguieran, para neutralizar lo que podría significar, bastaría con amenazarlo a él y asegurarse de que hace correr la voz de que el libro publicado es el verdadero y que cualquier otra copia no es obra suya. Ese libro está prohibido por la policía de libros, pero se puede comprar en cuatro cuartos en cualquier librería clandestina de las muchas que abundan en París. ¿Por qué matar a tantas mujeres de esa peligrosa manera si se puede solo amedrantar a alguien que es un cobarde?

Mi padre volvió a toser. Yo apenas le oía, me hablaba a trompicones. Le serví agua, se bebió solo un sorbo y continuó, parándose en cada frase para coger aire y proseguir.

—Voltaire tiene mucha cabeza, pero pocos arrestos. Y nunca fue valiente, pero ahora es un anciano. Además, conozco bien la naturaleza humana. En esos crímenes hay pasión. También remordimiento. Nadie emplearía tanto tiempo y tanto esfuerzo y tanta pericia en asesinar, si detrás de ese crimen no hubiese o bien un mensaje concreto para alguien, que entiende que la forma de matar significa algo, o bien una satisfacción personal. Pienso que lo mueve la segunda motivación. Si solo tuviera una razón cabal, bastaría con rebanarles a las chicas el pescuezo. Los asesinatos, muchas veces, se resuelven a través de la psicología, todo hombre deja su impronta tras el mal que ejerce. Habla de sí mismo, se descubre en sus crímenes. Y detrás de estos, hay un hombre especial.

—¿Qué hombre podría hacer algo así? Tiene que ser un animal.

—Los animales, Amélie, no se recrean en el mal. Eso solo lo hacemos los hombres. Somos muy humanos en eso, sí. Nos gusta el mal banal. Nos recreamos en su banalidad. Y, en cierto modo, él las quiere y desearía ser normal, pero no lo es, Amélie, eso es lo que le hace tan peligroso. Quiere amar, pero no puede. Por eso las viola así, pero luego se arrepiente y les corta aquello que les hace mujeres, y las maquilla como si fueran otras, para arreglarlas. Es después, ya muertas, cuando las disfraza de reinas, con pelucas con olor a flores y polvos de arroz. Los disfraces están impolutos. Se los pone al final. El asesino siente placer matando de ese modo, pero luego se arrepiente e intenta mitigar el daño que ha causado —me ruboricé, no estaba acostumbrada a hablar de esos asuntos con mi padre, ni con nadie en realidad. Perteneían a lo privado, y allí debían quedar.

—También puede ser tan solo un psicópata, sin más, que usa el libro como excusa para matar —dijo tras descansar unos segundos y dar otro sorbo del vaso—. La verdad es que es un caso extraño. He nacido y he crecido en medio de la muerte y estas muertes son distintas. El producto de un loco. Un desviado. Un monstruo. He conocido muchos asesinos así. Tuve que ajusticiarlos. Muchos eran seres humanos atormentados por sus pecados. Otros se jactaban de ellos. Pero repite el mismo patrón, así que obliga a tu amiga a que se vaya lejos de París, porque volverá a suceder, es como tantos otros que han pasado por mis manos, reinciden siempre, hasta que los descubren y pierden su cabeza. Y tú, no vuelvas jamás al salón. Tienes razón, a nuestro rey no le preocupa capturar al asesino de unas mujeres desviadas. Por muy nobles que sean, no son más que mujeres.

Mi padre empeoró de repente tan solo días después de aquella conversación que me confundió y me entristeció tanto; yo habría deseado que él no hubiera sentido esa preocupación por mí en los últimos instantes de su vida. Me pasaba todo el día a su lado, a los pies de su cama o sentada en un butacón cerca. Ayudaba a mi madre a asearlo y a cambiarlo de lado, ya que apenas podía moverse y empezaron a salirle pequeñas pústulas en la espalda, en los muslos y en los glúteos. Le seguí hablando de Platón, de Aristóteles, de la Ilíada y la Odisea, e incluso llegué a confesarle que había tenido en mis manos aquellos ejemplares maravillosos de Hélène y que los había traducido. Le brillaron los ojos. Él me apretaba la mano a modo de respuesta y me

sonreía siempre; incluso cuando el dolor le hacía estremecer y el láudano que le administrábamos le dormía entonces durante horas, lo hacía con una sonrisa. Jamás se quejó; por el contrario, cuando le volvía la razón y el habla, incluso nos animaba a permanecer alegres y a salir de aquella triste habitación al menos un rato para ver la luz del día.

—Todo mejorará, os lo prometo. Algún día volveréis a sonreír al acordaros de mí. Siempre has sido mi rosa, Amélie. Una flor de Leibniz solo para mí.

Todavía, años después, se me llenan los ojos de lágrimas al recordarle así, tan enjuto, tan pálido, tan indefenso. Aunque, poco a poco, ese recuerdo empieza a palidecer y se llenan de luz otros más alegres. Esos, ahora sí, son los que ya tengo de él.

En aquel momento, sin embargo, ni mi madre ni yo queríamos estar en ningún otro lado más que junto a él. Cada mañana, le abría todas las ventanas para que entrase la luz del sol y el aire fresco, le besaba muchas veces, le acariciaba las manos y me sentaba a su lado, hasta que él se despertaba. Podía tardar horas, pues las drogas cada vez eran más fuertes y más alta la dosis necesaria para mitigarle el dolor. Me gustaba entonces mojarle los labios con un paño empapado en agua fresca y perfumarle el cuerpo con aceite de lavanda y agua de jazmín. Llegó un momento en que solo lo alimentábamos con purés líquidos. Todo lo demás lo vomitaba. Un día dejó de poder tragar. Nos temíamos lo peor en cualquier momento y yo no abandoné su lecho más que para asearme o ir a hacer mis necesidades. Mi madre iba y venía, y por la noche ella sola lo acompañó, pues no permitió que yo me ausentara entonces de mi casa y dejara de atender a mi esposo, como era mi obligación, incluso por encima que la de atender a mi padre moribundo.

Al amanecer, las dos estábamos juntas, a su lado, cuando el abate Gomart, el amigo de mi padre y mi preceptor, le llevó el Santo Viático. Enseguida le dio la extremaunción. Él, a quien la vida le había obligado a no ser creyente a base de forzarle a pecar, se encontró de repente claudicando ante el símbolo que tanto había vilipendiado. Su amigo había vencido. Con voz tranquila, mi padre se limitó a rezar; no quería molestar a quien había demostrado la amabilidad de acudir al lecho de muerte de un asesino, pues eso se sentía él, sí. Un asesino de los peores. Y la campanilla de los niños del coro sonó en su pieza y el abate rezó por su alma perdida. Muchas personas, más de las que él habría imaginado jamás, vinieron a despedirse. El señor

Albert, Hélène y Christophe también. Los tres rezaban. Aunque mi padre tuvo la última palabra, como debía ser.

—Amigo Gomart, no espere que dé a Dios cuenta de mis acciones — dice mi padre tras otro acceso de tos de los que le dejan exhausto y colorado como una mora salvaje; y al tiempo se desabrocha la camisa—. Ya me he confesado con él a solas y él y yo sabemos en qué obré mal. Pero estoy seguro de que nuestro señor Altísimo no podrá acusarme de lo que tuve que hacer por mandato de los hombres buenos. Cuánto sufrí por ello. No me juzgará como lo hicieron muchos de mis compañeros de viaje aquí en la tierra. Y me quedo tranquilo, sí, porque también he podido cumplir mi deseo.

Mi padre me mira, yo sé bien cuál es ese deseo satisfecho: sus nietos no van a verse obligados a seguir su senda en esta vida, esa que ha odiado durante toda su existencia. Intento no llorar. Aprovecho para desahogarme cuando él, a menudo en las horas siguientes, se queda dormido. Y Dios misericordioso se ha apiadado de su espíritu en verdad.

Por eso, el hombre que yace junto a mí es la mitad del padre que yo amo. Podría cerrar los ojos para siempre en cualquier momento.

Miro a mi madre, solloza también entre varias señoras a las que no he visto nunca, todas de luto, que mueven sin cesar el rosario contando lo que tienen que contar en sus oraciones por él.

Entonces Christophe se separa de los suyos y se coloca junto a nosotros. Su mirada me parece extraña, sus ojos están alegres, aunque no sonrío. Toma la mano de mi padre y se la besa. Mi madre se acerca también y se coloca junto a ellos.

—Señor —dice Christophe—, permítame decirle que en verdad puede irse muy tranquilo. Yo cuidaré bien de su hija, no le faltará de nada. Ella, aunque no haya tenido aún tiempo para demostrárselo lo suficiente, me ha llegado ya muy adentro y espero poder pasar toda la vida a su lado.

Mi padre cierra los ojos. Me asusto, pero percibo su respiración pausada. Christophe continúa:

—Sin embargo, no puedo dejar pasar esta oportunidad más tiempo, por razones fáciles de entender. Estoy seguro de que mi decisión le hará feliz. He consultado a las autoridades pertinentes y estoy en disposición de solicitar su puesto. Nada en este mundo me agradaría más que llevar sobre mis espaldas la noble profesión que vos habéis practicado con tanta dignidad.

Mi padre abre los ojos como movido por un resorte. Quiere levantarse,

pero no lo consigue. Mi madre le toma de las manos.

—¿Cómo dices? —grita, crispado— ¿Deseas continuar con mi trabajo? ¿He oído bien? ¿Eso es lo que vienes a anunciarme?

Mi madre permanece impassible. No se mueve, ni parpadea siquiera. — El rostro de mi padre se torna amarillento, aunque ya antes me ha parecido demacrado demasiadas veces.

—Sí, eso mismo. Es habitual que los hijos hagan lo que hacen sus padres, y, entre mis dos padres, yo siento predilección por lo que hace usted. —Hélène se desmaya y Albert se arrodilla para intentar reanimarla. Yo no puedo dejar de prestar atención a las palabras de mi marido—. Y este es el momento más oportuno para ello, aún no han designado a un sustituto.

Lo que Christophe afirma es cierto, normalmente ya habrían nombrado a alguien que sustituyera a mi padre, pero desde que cayó enfermo no se ha producido ninguna condena a muerte ni se ha decretado practicar ningún tormento a ningún acusado ni ha sido requerido ningún otro de sus servicios. Así que se pospuso la elección del sucesor, aunque todos, incluido mi padre, piensan que sería elegido alguno de sus parientes que viven alejados, ser el ejecutor de París es un honor para los que sufren por su sangre el estigma de la profesión maldita.

—Pero eso no puede ser —dice mi padre—. ¿Cómo es que deseas algo tan espantoso? ¿No sabes, infeliz, lo que tendrás que hacer si ocupas mi lugar en la administración de París? Dime que eres tan estúpido que desconoces la crudeza de mi profesión.

—¿Josep! ¿Cómo te atreves a hablar así a tu yerno? —le riñe mi madre, intentando mantener el debido respeto en el tono de su voz. Está llorando, o eso parece, pues enseguida se pasa la manga por los ojos.

—¿Qué yerno ni qué niño envuelto! —grita él y una mueca de dolor le recorre el rostro. Cuando se le relaja el ictus, continúa, aunque intenta hablar más bajo—. Marie, por Dios bendito, no me pongas en esta situación. Durante mucho tiempo creí que la sociedad nos necesitaba y por servirla fui abnegado y me sacrificué, pero ¿por qué demonios había de sacrificarse también mi hija? Que la sociedad se arregle con otro, que nosotros ya dimos demasiado por ella. Mucho más de lo que ella dio por nosotros.

—Josep, debes cumplir tu palabra —dice mi madre. Y yo siento un puñal en mis entrañas. Hacía mucho que alejé de mí la daga de esta maldición. No puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Qué palabra? ¿De qué me hablas, mujer? Yo ya no tengo que cumplir nada, solo a Dios le guardaré cuentas, si es que me las pide, que lo dudo, pero ¿por qué alguien como este mentecato y en su sano juicio querría ocupar mi lugar? ¿Es que puedes explicármelo? Él no tiene ningún motivo para encadenarse a esta horrible vida, ¡ninguno! ¡Si es un hombre pudiente y poderoso, si vive de las rentas y de sabe Dios qué negocios!

Christophe calla, aunque no quita oídos de la conversación. Yo tampoco. Como mi padre, no consigo entender por qué mi marido está pidiéndole que le dé el visto bueno para sustituirlo. Solo así podrá continuar siendo el verdugo de París, y no es algo descabellado, a menudo los esposos de las hijas de los anteriores ejecutores son los elegidos para continuar con la profesión. Si mi padre consiente, a partir de ahora, será aquello que él tanto odió. Además de su muerte, yo tendré que lidiar con la vergüenza de convertirme en la triste señora del nuevo verdugo de París.

—Josep, me juraste que dejaríamos su futuro en manos de Dios. —Mi madre le besa en la mejilla y le habla con tono firme; en ese mismo momento sé que todo está perdido—. Y él ha decidido. Siempre has sido un hombre de honor, no es momento ahora de cambiar. Quédate tranquilo. Ella sabrá llevarlo como lo llevé yo. Confía en mí como siempre has hecho. Será feliz como yo lo he sido a tu lado.

Mi padre me mira con una expresión pavorosa. Sus ojos están llenos de lágrimas, me llama con la mano. Consigue incorporarse enganchado con fuerza a mi brazo. Mi madre sigue junto a él. No se mueve ni un ápice. Yo quiero morirme si él se va de mi lado. Por favor, que no me deje todavía.

—Lo siento, mi dulce Amélie —farfulla en mi oído, yo apenas consigo oírlo—. Eres lo que más he querido en este mundo miserable, la estrella que me hacía creer que todo a mi alrededor era más luminoso y menos rastrero. La prueba de que mi admirado Leibniz tiene razón: el amor sin condiciones, el amor con ternura, es lo único a lo que podemos asirnos para escapar de las tinieblas. Pero tienes que perdonarme, te lo ruego. Ahora lo entiendo todo. Se casó contigo para conseguir este puesto. Es eso lo que anhelaba. Y siento tanto haberte fallado que no podría llevarme otro dolor mayor a la tumba. Pero ya nada depende de mí.

Respira con dificultad, el pecho le sube y le baja en un intento por retener el aire. Se agarra a mi cuello y continúa hablándome con un hilo de voz:

—No quise creer lo que me contaron y cometí el error de no indagar más. Ahora es tarde. Guárdate de ellos y de los hombres como ellos. En todos mis años de vida he visto muchas maldades, pero no imaginaba que en mi lecho de muerte vería la peor. ¡Ah!... Me equivoqué tanto... Pero lo solucionaré. Solo elige bien a quién te confías... Sobre todo, no acudas a ella. —Mi padre mira a Héléne, que nos ve, pero no nos oye, e intenta respirar—. Nadie aquí es lo que parece ser. Y cuídate de tu marido. Con uñas y dientes, si es preciso, mi amada Amélie. Te quiero, hija mía, te quiero mucho, a eso y solo a eso tendrás que aferrarte.

En ese momento, las fuerzas le abandonan; el abate Gomart le agarra por el hombro y mi padre le susurra al oído. En el último momento parece que hace las paces con el Dios en el que nunca creyó. Me suelta entonces y cae de lado sobre el catre, exhala un suspiro largo y su pecho deja de moverse. Me abrazo a él con fuerza y le beso mil veces. Mi madre le cierra los ojos, le pone el crucifijo sobre el pecho, que él ya no se molestará en quitarse de encima, y la rama de boj que había en la pared para alejar los malos espíritus.

Horas después mi madre y yo seguíamos llorando por él como nunca lloramos por nadie. Mi padre, el verdugo de París, fue la mejor persona que llegaré a conocer en toda mi existencia mezquina.

27. Camille



A pesar de su indisposición contra Dios, mi padre había pedido ser enterrado en un lugar santo, en la iglesia de Saint Laurent, en el mismo nicho de mi abuelo. Era esa una parroquia pequeña, cercana a la antigua prisión, la que había sido una leprosería, al este de la rue de Faubourg-Saint-Denis, al sur de la de Paradis y al final del boulevard de la Chapelle. Hacía tiempo que las familias recluían allí a quienes se habían descarriado y no volvían al redil, mujeres casi siempre, enloquecidas o que incumplían inquietantemente los códigos y las leyes que debemos seguir para bien de la mayoría —por lo general, para bien de quienes se quedaban fuera de aquellos muros—. No pudo ser así del todo y mi padre no fue enterrado junto al suyo, pues el párroco no consintió en abrir su tumba y meterlo en ella con él, pero le asignaron un enterramiento lo más cerca que encontraron y allí reposan todavía sus restos.

Muchos fueron a la nave a despedirlo, más de los que él jamás habría creído: verdugos de otros distritos, policías, sacerdotes, ejecutores ayudantes que lo trataban a menudo; pero también, además de nuestros familiares que viajaron incluso desde provincias para la ocasión, algunos vecinos, el panadero, el tabernero y su mujer, los librereros a quienes les compró libros toda su vida, y algunos otros a quienes ni siquiera conocíamos mi madre o yo. Creo que lo que más le habría gustado a él es que también acudieron muchos de los indigentes a los que socorrió y de los enfermos que cuidó y aún quedaban con vida, hombres y mujeres agradecidos. Para nuestra sorpresa, se llenó así la iglesia para decir adiós a un hombre bueno de verdad. Los hortelanos de la zona habían regalado a la parroquia las cuatro campanas, que doblaron por primera vez en el funeral de un ejecutor. La losa que lo separó para siempre del mundo de los vivos quedó sin inscripción por propia voluntad, no quiso que su nombre quedara grabado a fuego en un lugar sagrado para muchos.

No sabía él que, años más tarde, eso le salvaría de que sus cenizas fueran pisoteadas junto con las de tantos otros, pues quienes quebraron las sepulturas de los reyes y de sus secuaces con tal fin los encontraron a casi

todos, pero no supieron dónde hallar a quienes, como mi padre, no quisieron darse publicidad después de muertos. En su lápida, sin embargo, al volver semanas después a ponerle flores con mi madre, una marca me llamó la atención. Ella lloraba a mi lado. No podía evitarlo, desde la muerte de mi padre, lo hacía a menudo, sin parar, durante horas y horas. Y debo reconocer que me impresionó. No creía que ella fuera a dejarse llevar por su corazón. Jamás la había visto sufrir así.

Cuando dejó las flores sobre la tumba, le cogí de la mano y ella no me la retiró.

—Madre, ¿por qué tiene la lápida esa marca? ¿La mandó grabar usted?

Se sorbió los mocos haciendo un ruido estrepitoso y se llevó el pañuelo a la nariz. El frío quebraba los huesos, allí el alma se congela incluso en pleno verano al sol. Algunos pájaros echaron a volar. Grullas. Siempre grullas. Sus graznidos como trompetones se elevaron con ellas. Me acordé de las mil de mi padre y mi abuelo, pero no pude sonreír.

—¿Qué marca? —me responde.

—¿No la ve? Esa es —la señalo con el dedo—. El resto de lápidas no lo tienen. Solo la suya. Es un tenue trazo de una rosa dentro de un círculo y, sobre él, una letra alfa invertida. No puede estar ahí por casualidad.

—Será algo del cementerio. No es la de los ejecutores de París, tampoco el escudo de nuestra familia ni ningún otro que yo conozca. Pero vámonos, Amélie. No quiero seguir aquí. Se me parte el alma y los sabañones me pican.

Mi madre se agarra a mi brazo y echamos a andar. Los olmos blancos del camino han perdido todas sus hojas hace mucho y el suelo resbala como el aceite si no pones cuidado de dónde colocas tus pies.

—Bien, ya está hecho —dice ella—. Ahora ya puedo irme.

Sigue andando más aprisa. Intento callar. Pero no lo logro. Es propio de mí insistir y lo hago ahora también.

—Pero, madre, ¿de verdad lo ha pensado bien? Christophe le ofrece su casa. Puede venir con nosotros. Donde caben cuatro caben cinco.

—No, Amélie, ellos no son para mí ni yo soy para ellos. Son tu familia ahora, pero no son la mía. Somos muy diferentes y tú lo sabes.

—Así es, pero ¿acaso importa? Se encontrará bien allí, estará conmigo, podrá ayudar en la casa. Siempre hay mucho que hacer; quizá, podría cocinar, eso le gusta. Madre, por favor, yo no quiero que se vaya. Es muy

pronto...

El nudo en el estómago es duro y tirante. Pero no me permito llorar. No delante de ella. En realidad, no ha variado sus razones para no mudarse a la casa de mi marido. Ya me las ha repetido antes varias veces, siempre que surgió la conversación.

—No, hija mía. Mi sitio es otro. Mi sitio siempre estuvo con tu padre. A su lado, apoyándole en sus locuras, consolándole de sus penas, haciendo de abogado del diablo si era necesario. Dándole ánimos. Ahora que ya no está, no tengo nada que hacer aquí.

No puedo evitarlo. Incumplo el pacto que había hecho conmigo misma y me echo a llorar.

—Pero ¿y yo, madre? ¿Y yo? ¿Acaso yo no le importo?

—Amélie, no seas trágica. Siempre fuiste fuerte. Lo superarás.

Ella sigue andando. Noto cómo su mano aprieta con fuerza mi antebrazo y tira de mí. Como ha hecho siempre. Las hojas crujen bajo nuestros pies. Están secas y se lamentan a punto de ser pulverizadas antes de desaparecer.

—¡Venga! No te retrases, que no quiero que se nos haga tarde. Tu tío viene hoy a buscarme. No quiero que esté esperándome cuando llegemos.

Ella ya lo tiene todo preparado, apenas se lleva un par de bultos de toda una vida pasada con mi padre y conmigo: ropa, algún libro de los favoritos de él, un retrato de ambos que yo les pinté. Él sonríe y ella no. Siempre fue así. Al pensar en ellos, el corazón se me encoge. Pero no permitiré que se dé cuenta.

—¿De verdad no prefiere quedarse conmigo?

Me suelta y me mira a los ojos.

—¿Cuándo vas a dejar de insistir? Claro, qué tontería. Te estoy pidiendo algo que no eres capaz de hacer. Cabezota siempre fuiste, igual que él. Y yo, tonta por pensar que de algún modo cambiarías. Si es que...

—Por favor, madre. Piénselo al menos.

—Amélie, solo voy a decirte esto una vez y espero que lo entiendas de una vez. No voy a quedarme en París, ¿me oyes? No me quedaré en tu casa con tu marido y sus padres. Ni siquiera aunque os mudéis solos a otro lugar me quedaré. Tengo que irme de aquí.

—Pero ¿por qué?

Entonces ella me suelta. Se coloca el pelo y se pellizca en las mejillas.

El frío le ha enrojecido el rostro. Las campanas suenan a muerto y vemos avanzar cerca otra larga comitiva. Ella ni los mira.

—Presta atención, hija mía, porque jamás lo repetiré. Nunca. Nunca volverás a oír de mi boca esto que te voy a decir. ¿Acaso no eres capaz de entender que, sin tu padre a mi lado, yo ya no quiero seguir aquí? Él era mi soporte, pero, si no lo tengo a él, no puedo seguir sobrellevando la carga de su profesión. Y tu marido, Amélie, será el ejecutor de su majestad el rey.

Si me hubiera dicho que el hielo ardía, me habría sorprendido menos.

—Pero él fue lo que usted quiso, madre, ¿cómo puede decir eso? Siempre pensé que usted quería que yo fuera la esposa del verdugo.

—No así, hija mía. Así no. Como decía tu padre, mi Dios ha decidido que tú sigas siendo la señora de París. Pero, para serlo, hay que estar casada con el verdugo. Tú llevarás con orgullo, resignación y elegancia, si aprendiste algo de mí, esa dura carga. Porque los demás lo necesitan, porque nada es casi nunca lo mejor que podría ser. Que eso es una patraña, y lo decía tu padre y tenía toda la razón, pero ¿acaso quedaba otro remedio más que apoyarlo, que servirle de sostén? ¿Podríamos habernos dedicado a otra cosa? ¿Podría él haber dejado de ser quien fue? ¿Tenía acaso libertad para actuar como quería? Si se hubiera apartado del ejercicio, ¿los demás le habrían perdonado por sus enormes pecados? No, Amélie, tu padre tenía que morir siendo el verdugo y así lo ha hecho. Y yo le puse mi hombro cada noche que venía a mí destrozado por la culpa y por el dolor, y le proporcionaba los argumentos que él no tenía para aguantarlo. Porque, de no haberlo hecho, él no habría soportado seguir siendo lo que tuvo que ser.

No puedo creer lo que mi madre me está diciendo. Pero en el tono de su voz no hay la más mínima duda, el más mínimo resquicio que me muestre que me miente.

—Escúchame, y escúchame bien. Dios ha querido que seas lo que ahora eres. Nada hicimos ni tu padre ni yo por buscarlo, al contrario, creímos que tu boda con Christophe te alejaría de este mundo en el que él fue tan infeliz. Pero el destino tiene sus propias leyes, las de sus designios, y como yo siempre supe, nada ni nadie puede huir de él. Esto no ha hecho más que reafirmarme en que lo que me esforcé por hacer con tu padre fue lo que debía. Era mi obligación, lo que se esperaba de mí. Yo jamás dudé. Desde que lo conocí, supe que era especial y que su alma necesitaba un lugar caliente, cómodo y seguro donde reposar y recobrase de tanto dolor y tanta injusticia.

Solo espero que de verdad yo le sirviera para aligerarle algo el gran peso que tuvo que cargar. Pero ya no puedo seguir con ese saco sobre mis espaldas, Amélie. Te ruego que lo entiendas y que no me pidas que me quede.

—Pero ¿y yo?

—Lo haría también por ti. Yo lo haría por ti igual que lo hice por tu padre. No dudes ni por un momento de mi amor por ti. Ni un instante dudas. Pero tu marido no es el mío. Y tu marido ha elegido ser aquello que tu padre odió. Ni él ni yo ni nadie más que tú podemos resolver esto. Así que tú decides ahora.

—¿Y qué voy a decidir? ¿Que me deje sola, madre? ¿Eso es lo que quiere que decida? Yo ya la echo de menos...

Ella me abraza y no puedo contener las lágrimas. Me acuna en sus brazos como cuando era pequeña y acudía a ella porque siempre estaba allí.

—Venga, venga, Amélie, venga... No sigas llorando... ¿Acaso no sabes que eres lo que más quiero en este maldito mundo? Tú y tu padre, tu padre y tú, para mí nunca hubo diferencia. Y te hubiera querido igual si hubiera podido tener más hijos; eso no importa, una o diez, a todos os habría querido lo mismo y a todos os hubiera educado como a ti. Pero tuve la mala suerte de no poder engendrar y te tocó todo el pastel. ¿Fue demasiado grande para ti? Espero que no. Pero también espero que sepas lo que significas para mí. Si algo te pasara, yo saldría corriendo para socorrerte, como hice siempre, ¿es que acaso no te acuerdas? Fui estricta, aún lo soy. Pero cada palo que te di me lo cargué a mis espaldas... Ya, ya sé que nunca te puse la mano encima, no va conmigo y mucho menos con el pedazo de pan que tuvimos las dos la suerte de tener a nuestro lado hasta ahora, en que el despiadado destino le ha vuelto a jugar otra mala pasada. Pero sabes a qué me refiero. Yo te quiero con toda mi alma, Amélie, y si alguna vez sentiste que no era así, es que no lo hice bien del todo. Cada riña, cada «no», cada discusión que tuvimos para que siguieras por la senda apropiada tuvieron siempre ese sentido para mí, el conseguir que te convirtieras en lo que ahora eres, una mujer hecha y derecha que sabrá bien cómo enfrentarse a la vida, cómo sortear sus trampas, cómo ser feliz en ella, tan feliz como puedas y te permita ese destino malnacido. Estoy segura de ti. Por eso ya no me necesitas. Ya cumplí con mi obligación. Pero ahora algo dentro de mí se ha roto y debes dejar que me vaya; volveré, si consigo repararme lo suficiente como para ver cómo te conviertes en lo que fui yo con la misma determinación, aceptación y entereza. Y también, siempre que tú lo

desees, vendré a verte o vendrás tú, que la casa de tu tía no está tan lejos. Necesito un descanso, solo es eso.

Me dejé abrazar por mi madre y seguí llorando. Sentí sus brazos alrededor de mi cuerpo más grandes y robustos que nunca, justo entonces, cuando supe que era su corazón lo que estaba roto y que necesitaba esa cura. Bastante había soportado ya. Y entendí también qué fue lo que mi padre había visto en ella. Por qué eran el uno para el otro.

Nadie como mi madre me enseñó que la piel de los seres humanos no es lo que mejor oculta lo que somos, lo que nos tapa ante los demás es la intención de no mostrarnos, y las razones para mantenernos escondidos son infinitas. Cada uno tiene la suya.

28. Y las rosas se esconden



A menudo lloro por mi padre: en su cumpleaños, cuando recuerdo su sonrisa, cuando recuerdo sus ojos, cuando recuerdo su olor. Pero traerlo a mi memoria me hace bien: mientras yo lo tenga en mi pensamiento, no me abandonará. Por eso me aferro a la suavidad de su mano y a su barba de hombre recio y a la calidez de su voz. Y lloro al darme cuenta de que solo son una ilusión, pero, así, él vuelve a mí. Eso me reconforta un poco. No me sirven ni Dios ni los hombres. Ni el sol en el rostro ni las flores. La tristeza que me acongoja es infinita. Nada consigue alejarme de ella, ni el cariño de mi tosca madre, que ahora sé que siempre tuve, ni la amable Lisbeth ni siquiera Hélène, que vino a visitarme con un pastel y unos bollos que compró en Dalloyau, la mejor pastelería de París, y se ofreció a hacer cuanto pudiera por mí; ni mi marido, que parece intuir que aún no puedo enfrentarme a su decisión y ahora no duerme conmigo. Pero sé que nadie puede devolvérmelo. Nadie.

Sin embargo, la vida sigue. Así que yo debo vivir.

Esta mañana, tras obligarme a mirar por la ventana y comprobar que el sol lucía un día más, me asecé y desayuné higos dulces y uno de los cruasanes de Hélène, y me acerqué al mercadillo, el de la rue de Ferronnerie. En los pilares de Las Halles curioseé, por hacer algo, algunas telas y zapatos. No compré nada, a pesar de la insistencia de los vendedores, que bien saben hacer su trabajo. Y se ve que muchos pasan hambre, pues solo dos o tres compran el pescado que traen por la vieja calzada romana, las criadas de los de siempre. Los demás miran. Siempre me he preguntado cómo se puede vender pescado al lado de donde descansan los muertos, o donde no descansan pues su hedor es aún más insoportable que el de los besugos pasados.

Ahora, por fin llego a casa de Violette, la viuda que vende ropa usada cerca del mercado. Tras avisarla a ella de lo que vendrá luego, André, el cochero, traerá lo que mi padre ya no se pondrá. Mi madre me lo pidió antes de irse y yo lo haré por ella, aunque, sin que lo sepa, he guardado para mí su tricornio, su chaleco, su camisa y su calzón preferidos, los únicos que no eran de color negro; con los que vestía para pasear con nosotras por Tullerías, engañando a los suizos que entonces nos confundían con una familia de bien.

Yo sé que fuimos mucho más que eso.

Quedo con la viuda en que por la tarde le traerán bastante ropa, le digo la talla que es y que está muy bien cuidada —sin revelarles a quién perteneció — y me vuelvo por donde he venido. Y es al volver a echar a andar entre la gente, cuando un hombre que cubre su cabeza con la capucha del sayo de sacerdote me toma del brazo y me susurra que le siga sin que parezca que lo hago. Yo le obedezco, pues no le veo malos modos ni le huelo mal olor; y, sobre todo, porque una indiferencia extraña me embarga —será la pena— y también la curiosidad, que mató al gato, me puede.

Me creo a salvo entre la multitud que vende, compra o cotillea, y solo dudo de mi osadía cuando, siguiéndolo, llegamos a una iglesia, que, por la emoción, no sé ni cuál es. Es grande, dentro está oscuro, la luz del día ha cegado mis ojos y apenas veo más que sombras mientras se acostumbran a las penumbras del frío lugar. Me mete en una habitación: una sola ventana de vidrios de colores alumbra con una luz atornasolada, los muros desmoronados por muchas partes dejan ver la madera de las vigas y de las alfagias que sostienen el techo, en la mesa no hay ni un cenicero, la silla tiene el cojín roto, y en la cama de cordeles con respaldo de madera reposa un colchón esmirriado y lleno de rodales de sudor.

En cuanto se retira la capucha, respiro tranquila: el abate Gomart me abraza tiernamente. Sé que, como yo, su corazón está acongojado por la ausencia de mi padre; seguro que lo echará mucho de menos. Al abrazarnos, los dos comprobamos cuánto une compartir el dolor por los que se fueron. Pero ¿a qué viene tanto secreto y tanta capucha para taparse ante mí?

—Mi muy querida Amélie, lamento haberte abordado así, pero lo que tengo que revelarte no puede soportar ni intermediarios ni testigos. Entenderás enseguida lo extraño de mi comportamiento. Siempre he estado en deuda con tu padre, solo él fue capaz de prepararme para cumplir mi obligación a su lado, en el patíbulo, atendiendo a los pobres miserables a quienes debía dar consuelo. Aunque, antes que nada, él era mi amigo. Por él, yo haría cualquier cosa.

El abate de la cofradía de Picpus, Angel Matthieu Gomart, de la orden de los Recoletos, es otro hombre bueno. Por eso hicieron enseguida buenas migas mi padre y él. Desde que lo vi por primera vez, cuando le trajo a casa para que tomara aliento antes de regresar a su convento tras desfallecer al estrenarse en el ajusticiamiento de un reo, la tripa se le ha redondeado y el

pelo le ha raleado, pero sus ojos limpios siguen hablando por él. De su persona, no tengo nada que temer, él es mi maestro, quien me ha enseñado todo lo que sé. Bueno, casi todo.

Y no fue hasta el reinado de su majestad Luis XV cuando cada orden religiosa nombró para ese menester al eclesiástico que sentían más adecuado para esa misión de caridad; antes, durante el reinado de Luis XIV y en tiempo de la regencia, solo los doctores de la Sorbona acompañaban a los reos al suplicio. Pero el abate Gomart es piadoso y, a pesar de que mi padre no creía en la palabra de su dios, se hicieron buenos amigos, ya que él se ocupó del duro cometido de asistir a los ajusticiados por mi padre. Ambos se respetaban, el buen clérigo intentó hacerle entrar en razón y atraerlo al camino de la fe. El abate era testarudo, dulce y persuasivo, y seguramente habría vivido más feliz de no haber tenido que presenciar las confesiones y las ejecuciones de los pacientes, enjugándoles el sudor y refrescando sus labios. Fue de los pocos que atravesaron nuestra puerta para comer en nuestra casa, aunque, para no incumplir las estrictas normas de su orden, tomaba siempre huevos. Las malas lenguas ensucian la leyenda sobre él, atribuyéndole las pasiones más insanas, pues la vieja serpiente del Génesis murmura a nuestro oído y nos envuelve en su veneno y la tentación es muy grande. Podría haber ocurrido realmente lo que decían de él. Pero a mi padre las murmuraciones ni siquiera le entraban por un oído.

—Josep vino a verme para que le ayudara a encontrar cierta información —continúa presuroso, se nota que tiene prisa por contarme—. Estaba muy preocupado por ti y por lo que pudiera pasarte. Me pidió que intentara averiguar algo sobre un exclusivo club, ya conocido por nosotros, que en los últimos tiempos podría haber cambiado de objetivos. Son muchos ahora los grupos de hombres que se ayudan mutuamente, con diversos fines e intereses.

—¿La Sociedad de los hombres justos? Él me dijo que me olvidara de ellos. Que no eran importantes.

—Quería protegerte, Amélie. Siempre es eso lo que quieren algunos padres. Pero ahora él ya no está. Y me ha encomendado su misión a mí. Ha resultado fácil averiguar más. Sabíamos de ellos y de ellos nos guardamos, aunque no nos preocupaban porque nos mantuvimos siempre en la sombra, y nunca nos causaron problemas. El menosprecio hacia las mujeres ha servido para que nadie sospechara de nuestra existencia y no habíamos investigado

sobre su sociedad hasta que ocurrieron los crímenes. Tienen miembros muy ilustres, los más ilustres que te puedas imaginar: a su majestad le divierten sus excentricidades. Es muy dado a ese tipo de conspiraciones. Son hombres que se dedican a lo que suelen hacer los hombres: intrigar para tener más poder, crear redes que se ayudan entre sí y evitar que otros se les adelanten cuando descubren algún negocio lucrativo.

—Sin duda, eso no es ninguna novedad.

—Pero hay algo en ellos que les hace, cuando menos, extravagantes. Tienen un código de honor, una especie de blasón, que portan en su ropa. Ese símbolo responde a sus objetivos y siempre nos resultó extraño: el perro, la mujer y el hombre ocupan los vértices de un triángulo equilátero. Y su consigna es clara: los miembros de la sociedad están obligados a evitar, por todos los medios, que las mujeres tengan la mínima relevancia en lo político.

—Pero ese objetivo tampoco es nuevo, abate.

—El lugar de las mujeres en nuestra sociedad es uno y así seguirá siendo mucho tiempo, pero, que yo sepa, en ninguna declaración por escrito se hace referencia a que, si la fuerza de la razón y la costumbre no son suficientes, se usará la del cuchillo para manteneros en vuestro sitio, al lado de vuestros hijos y vuestros maridos. Eso, hasta a mí me parece fuera de lugar; mi aspiración es el conocimiento, no el poder. Justifica el uso de la violencia, Amélie. La misma violencia que podría haberse empleado para matar a tus amigas. Por eso tu padre me pidió que te hablara de ellos, si lo consideraba necesario. Ahora lo considero.

—¿Ha ocurrido algo más?

—Eso dicen mis confidentes, aunque no se ha encontrado aún ningún cadáver. No he querido esperar. Podrías estar en peligro, como tu padre temía.

—¿Mi padre creía que esa sociedad tenía algo que ver con los asesinatos de las Anandrinas? ¿Tú también lo crees?

—Que yo sepa, no son unos asesinos. Pero mejor tenerlos presentes. Su lema es del todo inusual, en todo caso. Él estaba casi seguro de que la sociedad tenía relación con el asesinato de esas mujeres, Dios las tenga en su gloria, pero yo, no tanto, por eso él llegó a dudar y quiso indagar más. Entre sus miembros hay gente muy importante: filósofos, nuevos ricos de la burguesía, nobles... Todos monárquicos hasta la médula. ¿Qué interés tendría el rey o cualquiera de ellos por unas casquivasas? No suponen ninguna amenaza para el *statu quo*. Dudo que ninguno de esos hombres levantara un

dedo en su contra, son hormigas frente a elefantes. No luchan en el mismo terreno, el de las ideas. Pero, hay algo más... que sin duda sí te concierne y debes saber: tu suegro y tu marido pertenecen a esa sociedad. El señor Albert Lambert es, de hecho, uno de sus miembros más antiguos y respetados, y con más poder. No tiene ningún sentido que tu marido pidiera el puesto de ejecutor. Jamás le faltarán trabajo ni influencias.

No sé por qué, no me extraña lo que el abate me cuenta.

—¿Y la señora Hélène? Ella es... especial. Todo lo contrario de lo que ellos parecen detestar. Es brillante, una erudita del mundo antiguo.

—También sobre ella sé, desde hace mucho en este caso. Aunque esta mujer es muy contradictoria. Parece que ese interés le viene de lejos, de su padre, un famoso Dilettanti inglés. Es como meter a los ratones con el gato en una caja. De hecho, los franceses son como el grupo inglés, también promueven la investigación en Grecia y Roma, en las artes, pero sin esa curiosa diferencia respecto a las formas y al interés explícito por evitar que las mujeres sobresalgan acudiendo, si es preciso, a la violencia.

Entonces el abate, abrió el armario y extrajo un sayo de monja, supongo que de su misma orden.

—Póntelo, por favor. Hay que darse prisa, quedan pocas horas de luz. Lo siguiente que tengo que mostrarte debes verlo con tus propios ojos, pero nadie debe verte a ti conmigo.

El abate me indica que me suba la capucha y mire al suelo, y juntos caminamos un buen trecho. Se hace largo sin saber a dónde nos dirigimos y, sobre todo, porque el buen abate no emite ni un sonido, tan ensimismado va en sus propios pensamientos que parece haberse olvidado de mí. Solo vuelve a hablarme cuando, tras callejear tanto que no sabría volver, nos paramos ante una verja a cuyos lados ondean dos banderas con un escudo cuyo simbolismo desconozco. Un soldado nos permite el paso. Al franquear la puerta, nos recibe un jardín lleno de árboles enormes, arbustos de flor, enredaderas que cubren casi todos los muros hasta rebosar por encima y varias estatuas al estilo griego. El abate se preocupa de si puedo seguir. Pues claro que puedo.

Tras llegar al edificio, y, dentro de él, recorrer varios pasillos y subir dos escaleras en direcciones diferentes, tras una puerta que no tiene nada de especial, entramos en una estancia gigantesca, con grandes lucernarios a través de los cuales la planta se ilumina de luz natural. Deslumbrante. La sala está llena de mesas donde numerosas mujeres trabajan en silencio. No veo ningún

hombre. Por lo que vislumbro en las que están más cerca, algunas parecen dibujar ilustraciones, otras escriben en las antiguas lenguas; hay mesas distribuidas en hileras por todos lados. Algunas levantan los ojos y saludan al abate. A mí me miran con curiosidad.

—Ya puedes quitarte la capucha, si lo prefieres.

Lo hago, aunque dudo de si es inteligente darse a conocer en un lugar como ese, del que yo nada sé. Pero él me inspira la misma confianza de siempre.

—Míralas bien, Amélie —me dice, con voz afable señalando a las mujeres—. Son como tú. Todas aquí estudian los antiguos manuscritos. Su tarea es investigar y transmitir ese saber de la Grecia Antigua, guardarlo, estudiarlo, cotejarlo. Nuestros benefactores compran las obras y aquí se catalogan, se copian y se guardan.

—¿Y por qué me trae aquí? Es maravilloso, sí, pero ¿desea que yo me una a lo que hacen?

—¿No sabes quiénes son? ¿Helene nunca te habló de la Hermandad?

Entonces entiendo de repente.

—¿La Hermandad de la Rosa?

El abate me sonrío.

—En efecto —dice—. No era una de sus excentricidades. Pero te he traído aquí por una razón muy especial: tu padre amaba este lugar, Amélie. Gracias a esto, pudo sobrevivir. ¿Cómo si no un hombre como él, inteligente, sensible, amable y de buen corazón habría podido soportar una dedicación tan miserable y triste como la suya?

Tengo que agarrarme al brazo del abate. Siento que me mareo. No puedo creer lo que me cuenta. Pero sé que no miente. Mi corazón sabe que es así. Y me da un vuelco; mi padre, rodeado de todo esto que solo intuyo, tuvo que ser inmensamente feliz.

—¿Pero por qué no me había hablado de este lugar? —digo al fin. Alegre por él, aunque triste. Todos tenemos secretos que ocultamos a los demás. Secretos dolorosos para otros, como este.

—Él siempre deseó que tú lo acompañaras, pero le preocupaba tu futuro. Si terminabas casándote con alguien que siguiera sus pasos, ¿cómo podrías haber sido feliz a medio camino entre los dos mundos? Siempre sufrió al saber que existía otra forma de vida diferente de la que llevaba, ligada a las letras, al saber, a la razón. Pero esa era su condena y no quería condenarte a ti.

El conocimiento es una maldición perpetua si no puedes hacer buen uso de él, si tienes que renunciar a él y vivir al margen, en un mundo de tinieblas. Imagina que hubieras descubierto este lugar, iluminado por la sabiduría, y, sin embargo, al casarte y vivir con tu marido en la que tendría que ser tu vida para siempre, tus obligaciones a su lado y su forma de pensar te hubieran impedido regresar aquí, ¿cómo habría sido tu existencia entonces? Conocerlo y luego tener que abandonarlo te habría hecho muy desgraciada. Eso pensaba él. A menudo lo hablábamos. Yo tenía otro parecer. Pero él decidió esperar. Cuando tu esposo pidió tu mano, tuvo sus reservas, dudaba de cuáles podían ser sus motivaciones y si tú aceptarías de buen grado el matrimonio, aunque después fue muy feliz al creer que Christophe era un hombre culto y que encontrarías la manera de ser la esposa del ejecutor y, al mismo tiempo, acompañarnos... siendo él hijo de Hélène, tu padre y yo llegamos a convencernos de que así sería, y estaba seguro de que pronto podrías compartir con él esta pasión. De hecho, Christophe es una persona cultivada... Cuando tu padre enfermó, estaba a punto de traerte aquí. Tan feliz lo vi... Luego la enfermedad fue demasiado deprisa. Al final de su vida, yo no quise desvelarle a tu padre la realidad sobre ellos, por eso no le conté quiénes eran realmente tu marido y tu suegro, Albert Lambert, y que ambos forman parte de la Sociedad de los hombres justos. Y lo extraño es que tampoco Hélène, tu suegra, se lo contó nunca. Ella debe saberlo. Su tristeza fue horrible cuando, en su lecho de muerte, tu padre tuvo la oportunidad de comprobar hasta qué punto llegaba la traición de tu marido con respecto a ti.

»Pero, si te traigo ahora es porque creemos que tu marido, de algún modo que no podemos imaginar todavía, podría suponer un peligro para ti. Estamos investigando, pero creemos que deberías tener cuidado, Amélie. Lo que hizo con tu padre... En fin... Si lo necesitaras, aquí podríamos ayudarte. Hélène y tu padre se conocían. Como imaginas, ella también pertenece a esta sociedad y ambos coincidieron aquí, cada uno en su tarea. Por eso él hizo lo posible por convencer a tu madre de que estudiaras griego y latín, porque fueras a pintar a casa del señor Albert y, más tarde, porque te casaras con el hijo de Hélène. Pero ella, al final, ha resultado un misterio. Tu padre se sintió traicionado cuando su hijo le exigió ocupar su puesto, sus últimas palabras... Bueno, él me pidió que no te dejara sola. Y queremos que tengas en cuenta que estamos aquí. Te ayudaremos en lo que necesites.

No soy capaz de decir ni una palabra. Mi pensamiento se aturulla ante

lo que el abate me acaba de revelar. Una mujer se levanta y se acerca a nosotros. Al mirarla, un rayo de sol me deslumbra y no distingo bien sus facciones.

—Creo que a ella a conoces —dice el abate Gomart sonriendo a la mujer.

La buena Marie me sonrío. La reconozco cuando mis ojos se acostumbran a la luz.

—Por fin vienes a vernos —me dice ella—. Hace mucho tiempo que te esperamos, Amélie.

Me emociono al pensar que mi padre y Marie trabajaban juntos, al lado de todas esas mujeres, que compartían su pasión. La que también es ya, en parte, la mía. En muchas ocasiones, fue feliz; ahora lo sé.

Marie me abraza. No puedo evitar llorar.

—Venga, venga..., llora lo que quieras, grita, corre, canta, enfádate. Lo que te plazca, pero que no se te olvide nunca que tu padre era uno de los mejores hombres que tuve el placer de tratar. Él siempre quiso decirte que nos conocíamos. Lamenté mucho no poder ir a despedirme de él ni acompañaros en su funeral. Pero era demasiado peligroso. Solo algunas fueron, las que podían pasar más desapercibidas porque nadie sabe de ellas. Todas lamentamos muchísimo su pérdida. Celebraremos nuestra ceremonia de despedida en breve. Estás invitada, por supuesto.

Ahora sé qué es el extraño símbolo a los pies de su tumba: ellas lo llevan en sus batas, similares a los peplos griegos: la silueta de una rosa dentro de un círculo y, sobre él, una letra alfa invertida. Asiento con la cabeza. Distingo a algunas de las mujeres que estuvieron presentes en su velatorio. Ni mi madre ni yo sabíamos quiénes eran.

—La rosa es el símbolo del secreto —entiendo por fin, señalando los trazos bordados en su vestimenta. Ella me limpia las lágrimas y su contacto me reconforta.

—Así es. Nuestra labor debe permanecer oculta, al menos por ahora. Nadie debe conocernos ni saber lo que hacemos. Muchos dicen que vienen tiempos convulsos y que esto cambiará. Para eso nos estamos preparando. La rosa es también nuestro símbolo, como el de otras sociedades secretas. Pero, además, la rosa es el símbolo de los símbolos, Amélie, la única flor que se esconde en sí misma, que encierra su misterio.

—Y, cuando se abre y nos muestra su corazón, está a punto de llegar a

su final —digo y siento una punzada de dolor al imaginar a mi padre hablando con esas jóvenes que ahora no levantan la frente de sus quehaceres.

—Quizás dentro de poco tú también puedas unirme a nosotras. Nos serías de mucha ayuda. —Entonces Marie duda. Calla un momento y, antes de continuar, me toma de la mano—. Y, discúlpame, pero tengo que preguntarte: ¿ha compartido Hélène contigo sus investigaciones? Era uno de nuestros miembros más preciados. La echamos mucho de menos. Supuso para nosotras, y para tu padre, una alegría saber que te había elegido para transmitirte lo mucho que sabe.

—Pues lamento decirte que no es así, Hélène y yo trabajamos en traducciones de libros antiguos, pero no sé cuál era su investigación. Nunca me ha hablado de ella o, si lo hizo, fue entre otras confesiones, que muchas veces creí producto de su estado, un tanto...

—Especial —me corta ella—. Sí, tienes razón, es difícil saber cuándo delira y cuándo no. Por eso dejó de venir, ella misma temía perjudicarnos. Pero hace tiempo que ha encontrado las pruebas que confirman la hipótesis que llevaba años investigando, incluso me confesó que las había comunicado a la Sociedad de los Dilettanti, en la que ella tenía plena confianza, para que la difundieran o pagaran otras investigaciones que dieran suficiente promoción a su gran trabajo, a salvo de los peligros que aquí nos acechan. —Ahora entiendo de repente cuál era el encargo que Hélène me hizo hace años. Y por qué tanto misterio con los sobres que debía enviar. Marie continúa:— Siempre se ocultó de su marido, pobre Hélène, ella con seguridad sabía más de él de lo que nos reveló. Pero nadie ha conseguido que compartiera sus hallazgos ni sus conclusiones. Pensamos que tú serías la afortunada. Es una lástima, la muerte de las Anandrinas ha trastocado todos los planes. Aparte de lo triste de su pérdida, por supuesto.

—¿Las Anandrinas también forman parte de vuestra comunidad? —pregunto. De no saber de la existencia de ninguna organización extraña, ahora resulta que estoy relacionada con varias.

—Nuestros intereses y los suyos son diferentes. Las dos luchamos por ser libres, pero de modos distintos. Ellas buscan su identidad en sus cuerpos, quieren poder amar a quienes deseen, sin sentirse obligadas por los hombres, rechazan ser madres y, sobre todo, rechazan pertenecerles. A nosotras, por el contrario, solo nos interesa el conocimiento. Y por eso admitimos a hombres, como tu padre o el abate Gomart, siempre que no tengan prejuicios contra lo

que somos y lo que representamos, lo cual es difícil. Muchos hombres creen que, si las mujeres nos cultivamos y nos independizamos, vamos a terminar con el mundo tal y como lo conocemos ahora. Se ven amenazados por lo que hacemos aquí, por quiénes somos. Las teorías de Rousseau y de otros estallarían por los aires si nuestras investigaciones se dieran a conocer. Por eso, por ahora, debemos mantenernos en secreto. Y por eso no sabías de nosotras. A tu padre le trajo aquí nuestro amigo el abate. Y resultó de una gran utilidad. Fue el mejor documentalista que hemos tenido. Su red de informadores abarcaba hasta el agujero más recóndito y su fiabilidad, impresionante.

—Sí, Marie... Sin embargo... Todo lo que me cuentas es muy extraño. ¿Cómo voy a creer que mi padre perteneciera a este mundo diferente y no me lo hubiera revelado nunca?

—Pero, Amélie, ¿qué interés podría tener yo en engañarte? —me pregunta el abate, apesadumbrado.

Es cierto. Me avergüenza mi desconfianza. Aunque sé lo que me ocurre: me duele que él no confiara en mí.

—No debes tener miedo, Amélie —me dice la buena Marie—. Desde siempre, se ha calumniado a las mujeres y sus actividades, para muchos solo somos demonios o ángeles, pero, como estás viendo, no llevamos cuernos de cabra ni copulamos con caballos. Tampoco somos prostitutas. Sí tenemos nuestras reglas especiales, por ejemplo, estuvimos en el funeral de tu padre y le llevamos una corona de rosas blancas en forma de seis, el número del conocimiento, y la capilla de la Universidad de La Sorbona repicó las campanas seis veces con seis segundos entre una y otra. Eso fue lo más difícil. Aún nos estamos riendo por cómo lo consiguieron nuestras compañeras. Pero todo eso es una estupidez, un rito, una manera de sentirnos parte de algo mayor. Lo que importa es lo que somos. Eso es lo que de verdad nos une.

—Todo lo que me cuentas parece un cuento. Es... difícil de asimilar...

—Por supuesto, tómate el tiempo que necesites. Te proponemos que te unas a nosotras, pero reflexiona antes. No te estamos pidiendo nada y confiamos en ti. Tanto que, si alguna vez nos necesitas, solo tienes que dejarnos un mensaje a los pies de la abadía de Saint Pierre de Montmartre. Comprobarás que una de las piedras de la entrada principal se desprende. Te será fácil encontrarla. En breve, te buscaremos nosotras a ti. Sé fuerte, niña mía.

La buena Marie se despide de mí con un beso y el abate me acompaña a la salida. Vuelvo a encapucharme. Mirar así la vida, bajo un sayo que te oculta de todos, da libertad. Pero me gustaría quitármelo, correr, llorar. Siento que mi padre fue feliz, pero ya jamás podré compartir con él esa felicidad.

El abate me dirige a la salida. Esta vez, un carro nos espera. Nos lleva hasta Grevé, donde bajamos. En el medio de la plaza, mucha gente se agolpa.

—Es mejor que nos separemos ya, está ocurriendo algo extraño —me dice el abate Gomart, tomándome del codo para ir más rápido.

En el centro de un corro, algunos sujetan por el brazo a un chico. Otros le dan patadas. Casi todos lo insultan. Están enfurecidos. Yo no puedo moverme, el miedo me paraliza.

—¡Asesino, Dios te ahogue entre los humores de tu cuerpo! — ¿Qué le has hecho a esa chica? —le grita un hombre que le tiene agarrado por el cuello.

—Avanza, Amélie, no te detengas aquí —me susurra el abate y aprieta el paso.

Pero no puedo seguirlo, mis piernas no me responden, la multitud me atemoriza; muchos siguen increpándolo y algunos le arrojan piedras. En ese momento llega la guardia y comienza a apalear a los que tienen rodeado al chaval. A él lo apresan. Es joven, apenas veinte años, rubio, normal. No parece un asesino, aunque sus ropas están ensangrentadas.

—Yo no he hecho nada, ¡dejadme tranquilo! Yo soy matarife, mato cerdos, terminé pronto hoy, y al dar una vuelta antes de irme a mi casa, me encontré con el cadáver. Salí corriendo para que no pensarán que lo había hecho yo. ¡Y lo no la maté, os lo juro! —explica a gritos sin cesar, entre alaridos y abucheos—. Ese es un loco, solo un loco ha podido hacer algo tan horrible, ¡parecía una reina, pero no tenía pechos y toda la ropa estaba cubierta de sangre! ¡Y esa marca en su sexo!... ¡Espantoso!

El chico no para de llorar, se tira al suelo de rodillas, exhausto y reza. Por fin, dos guardias lo levantan de los brazos y lo llevan a cuestras hasta la carreta. La gente cuchichea. Están aterrados y sus caras lo demuestran. Es la cuarta mujer asesinada. Demasiadas muertas seguidas para una ciudad tan hermosa como esta. Yo no puedo creerlo. Temo por Lisbeth.

—¿Será otra Anandrina? —le pregunto a Gomart mientras me agarra de nuevo por el brazo y me obliga a caminar; siento los músculos paralizados y las piernas me tiemblan. Me echaría a llorar.

—Quién sabe qué locura puede haber cometido esta vez ese trastornado. Pero tu padre siempre tenía razón en cuestión de asesinos: él sabía con certeza que volvería a matar.

29. La dulce Hélène



Mi marido sustituyó a mi padre enseguida; no le hizo falta la recomendación escrita: todos habían oído las últimas palabras de mi madre y nadie osó llevarle la contraria a Dios. Tampoco puedo saber si alguien solicitó el puesto, como pensaba mi padre que ocurriría, porque mis primos y los hijos mayores de mis primos estaban ocupados ajusticiando a malhechores por las otras villas de París y ninguno de ellos quedaba libre. Y tuve mareos y ganas de vomitar durante muchos días después de aquellas experiencias a las que tan poco acostumbrada estaba, y no porque me resintiera por la crueldad del populacho con aquel chico cubierto de sangre de cerdo —a punto estuvieron de lapidarlo antes de que la guardia consiguiera sacarlo en volandas del medio de la plaza, ante el griterío de los que no querían que fuera el verdugo quien le diera su merecido—, ni porque otra Anandrina hubiera sido asesinada.

Yo, a esta última, no había llegado a tratarla demasiado. Tampoco las advertencias del abate sobre mi marido y mi suegro me afectaron. Lo que me había contado sobre la sociedad a la que ambos pertenecían y el posible peligro que él veía en ello, no influyó en mi forma de tratarlos entonces, ¿qué era yo para mi suegro sino una estúpida mujer? Por mucho que lo pensé, no encontré en qué podría yo molestarle tanto. Y, para mi marido, no tenía ni idea de qué o quién era él, pero nunca había percibido en el trato con ninguno de los dos hasta ese momento nada que me hiciera temerlos. Por el contrario, mi malestar se debía a que, a medida que transcurrieron los días, fui más consciente de que mi padre había vivido de una forma muy distinta de como yo había creído.

Estoy segura de que ni siquiera mi madre llegó a conocer esa faceta suya, y entendí, de sopetón, todas las extrañas manías de mi padre, su alivio al comprobar que yo me interesaba por sus aficiones, su alegría por mis avances en el estudio de esos idiomas extraños que apenas nadie dominaba entonces en toda Francia y todavía ahora siguen siendo un enigma para la mayoría. También tuve la seguridad de que él había sido feliz. A pesar de su vida dura, de su dolor insoportable a veces, de sus inconfesables secretos. Y eso me

calmó un poco, le seguí echando de menos como a la luna en medio de la niebla, pero parte de mi tristeza se apaciguó.

Llegué entonces a la triste conclusión de que él había continuado siendo el verdugo de París hasta su muerte por mi madre, le profesaba un amor impenitente que no entendía de razones ni de tiempo —ella, mientras vivió tras la muerte de él, siguió manteniendo con celo su viudez, sin conocer a ningún otro varón, según me contaba en sus cartas—. Y mi padre creyó siempre que ella deseaba que él fuera lo que era. Yo, después de lo que ella me reveló, ya no supe nunca si mi madre lo admiraba, precisamente, por su labor como ejecutor o si solo mostraba esa admiración para ayudarle a salir adelante. La quise más incluso desde entonces y a él también. Parecía que fue asesino por amor. Qué contradicción. Sin embargo, el conocimiento lo convirtió en un ser libre. Estoy segura.

Y todos estos pensamientos me sumían a menudo en un duermevela, envidiaba a mi padre por tener la seguridad de que participar en la misión de la Hermandad le había hecho feliz, aunque a la vez esta seguridad también me hacía sufrir. Quería seguir sus pasos y, sin embargo, como me dijo mi madre, estaba atada a un hombre que había elegido vivir como mi padre siempre odió. Aunque, por fortuna, Christophe se seguía manteniendo alejado de mí, yo creía entonces que por respeto a mi luto. Y aún me sentía demasiado herida como para echarlo de menos. Él había buscado una casa más pequeña para los dos algo más alejada del centro y más cerca de Grevé; aunque yo sabía que él viajaría a menudo, como lo había hecho mi padre. Cuando mi madre se fue con mi tía la de Marsella, se despidió de mí con el rostro lleno de lágrimas y su fardo en la mano, tan pequeño que parecía que volvería al día siguiente. Después, la volví a ver solo dos veces. Y se quedó a vivir en casa de su hermana hasta que murió, años más tarde, sin saber lo que había sido de mí. Yo no quise contárselo, me daba tanta vergüenza reconocer el infierno en que llegó a convertirse mi existencia que, aunque nos escribíamos a menudo y ella me pedía en cada una de sus cartas que fuera a visitarla, ni siquiera me atreví. Y, por supuesto, mi correspondencia obviaba todo lo que me estaba sucediendo. No he nacido yo para amargarle la vida a otros, y mucho menos a ella.

Y nuestra nueva casa me gustaba, estaba en la rue Saint- Claude, entre el Boulevard y la calle de Saint-Louis, no muy lejos del convento del Sacramento y del palacio de Voysins. Para llegar a ella había que subir una

cuesta en la que asomaban las puertas de otras ocho casas, dos callejuelas, un callejón sin salida que hacía esquina con el palacio y siete faroles. La arboleda del convento sobresalía por encima de los tejados de nuestra calle y por encima del nuestro se vislumbraba uno de sus muros, con un gran ventanal con los cristales rotos y lleno de telarañas. Todas las mañanas, una pareja pasaba temprano por delante de nuestra puerta, la calcetera y el zapatero que ya no volvían hasta el anochecer. No tenían hijos. Desde allí, llegaban a la Bastilla en apenas un cuarto de hora. Lo peor era que, como pocos vivíamos en las casas de aquella calle, los faroles del paseo no se encendían nunca y raros eran los que se atrevían a llegar hasta allí cuando había anochecido.

Una mañana, andaban las alondras trayendo en sus picos ramitas y piedras para sus nidos de nuestro tejado y, al escucharlas piar, me asaltó la idea de averiguar más sobre lo que tanto le interesaba a la buena Marie: la investigación de Hélène. La asociación era extraña, pero no siempre las reacciones tienen que ver con los estímulos. Además, saber que ella también pertenecía, como mi padre y la buena Marie, a aquel maravilloso grupo de mujeres, me había dado alas: mi suegra estaba de nuestro lado. En menos de lo que tarda en cantar el gallo, me planté en casa de mis suegros y me senté a esperar en su sillón hasta que ella tuvo a bien salir a recibirme cuando le avisó una doncella. Era nueva. Encontré a Hélène contenta, incluso feliz, aseada y vestida con elegancia. Todo un cambio que me alegró.

—Veo que ya tienes mejor color, Amélie, me agrada. Para una pena como esta solo existe un remedio. Poco a poco te sentirás mejor.

Hélène se sirve una taza de té. Le añade leche y un poco de canela. Me ofrece. Declino su invitación. No quiero más que saber y no voy a dejar pasar la oportunidad. Está sobria, tranquila, deslumbrante. Le hablo del día tan bonito que hace, de que me apetece volver a nuestras clases. La pintura me requiere una paz de espíritu que no alcanzo últimamente. Me sonrío y se levanta.

—¿Vienes con tiempo?

Asiento.

—Vamos, pues.

No puedo creerlo, pero, por suerte, me lleva hasta la biblioteca; la alegría se convierte en picor de manos, que me rasco con disimulo, no quiero que se dé cuenta de lo que supone para mí regresar allí. Ese lugar me maravilla y ahora, tras conocer algo más sobre los intrínquilis de esta familia,

la veo con ojos nuevos, oculta más secretos de los muchos que yo daba por sentado. Entramos y Hélène echa la llave a la puerta, extrae el ejemplar de la Odisea más antiguo y lo abre sobre la mesa. Su rostro resplandece de felicidad. Solo su razón viene y va como la sombra de la luna en el pozo. Nos sentamos. Acaricia las páginas. Permanece ensimismada mirándolas. Relee en voz alta algunos de sus fragmentos. Me contagia su entusiasmo. La echo tanto de menos...

—¿No te parece hermosísimo? Es el texto más prodigioso de toda la Literatura griega. Es tan hermoso que siempre me he preguntado cómo sería alguien capaz de crear tanta belleza, si era un pastor o un guerrero, si rubio o pelirrojo, dónde viviría, con quién se casaría, cuántos hijos tuvo, dónde y cómo murió. En fin, todo.

—Sí, es un misterio inquietante.

—¿Y qué opinas tú de él? Si tuvieras que imaginar cómo era el autor de este maravilloso poema, ¿quién supondrías que fue?

—¿Cree que se puede saber algo del autor de una obra por lo que él creó?

—¿Tú no? ¿No te parece que este hermoso poema quizá nos cuente mucho sobre quien lo compuso?

Nunca me había parado a pensar en ello. Pero un universo como el que se oculta tras sus páginas necesariamente debe de mostrar a quien lo imaginó.

—Yo no diría que lo creó una sola persona.

—¿No? ¿Y por qué razón? Adelante, adelante... Imagina, ¡imaginar es tan emocionante!

—No sé, es demasiado... —Dudo, no quiero quedar como una estúpida, pero la sonrisa de Hélène me da valor—. Contiene demasiadas historias para haber sido creada por un solo poeta. Tendría que ser alguien muy especial, capaz de concebir una estructura de relato muy extraña para la época, y, sobre todo, ser un hombre extravagante, que pudiera ponerse en el lugar de las mujeres. Con lo que ahora sé de otros poemas de entonces, no creo que fuera fácil encontrar a alguien así. Es incluso diferente de la Ilíada, tan masculina excepto en su final. La Odisea, por el contrario, está llena de mujeres, y describe tan bien lo que ellas tienen que hacer diariamente, su forma de pensar, sus tareas, su carácter, que casi podemos ver cómo son y lo que hacen. En el eje de la Ilíada están los hombres, al menos en una gran parte, pero en la Odisea nosotras somos las protagonistas. Sí. Sus descripciones son

feroces a veces, pero también muy dulces. No, no creo que lo creara un solo hombre. Quizás lo ayudara... sí, quizás lo ayudara una mujer.

—Tu análisis es excepcional, Amélie, y ¿qué más opinas de la composición? Sigue, lo estás haciendo muy bien. ¡Me gusta!

—Hay muchas mujeres en ese poema: Minerva, que actúa como mujer, no como guerrera, aunque en la *Iliada* haga justo lo contrario. Me sorprende que el mismo autor la describiera de forma tan diferente en sus dos obras. Nausicaa domina a Ulises, Arete a Alcinous, Helena es la maestra de Menelao. Muchos hombres de la *Odisea* necesitan tener una mujer cerca que les guíe por el buen camino, Ulises solo tiene la ayuda de dos hombres en su viaje, Eolo y Merucio, todos los demás personajes importantes en su viaje son mujeres. Y... —Me emociono, lo reconozco; me entusiasma que ella me pregunte sobre algo que conoce tan bien—. Bueno, me extraña que, en estos poemas, la razón para la guerra sea el amor. Van a la guerra por el amor de una mujer, aunque sea la más bella del mundo. Es un planteamiento muy femenino, esa razón, y además coincide con el del final también en la *Iliada*, no conozco ninguno tan maravilloso como ese, tan tierno, tan emotivo: la guerra finaliza con Hércules apiadándose del padre de su adversario al que asesinó y llorando con él. Es como si en estos poemas hubieran intervenido personas con sensibilidades muy diferentes.

Hélène se ríe. Yo también. Mi atrevimiento me pone nerviosa. Parecemos dos chifladas riendo bajo la lluvia. Pero no hay lluvia, todavía. El cielo está oscuro, podría levantarse una tormenta de camino a mi nueva casa.

—Sí, es un poema extraño —me dice, con voz nostálgica—. Yo a veces juego a imaginar quién sería Homero y en qué circunstancias creó sus poemas. Me gusta teorizar sobre si escribió la *Odisea* antes o después que la *Iliada*, si fue solo una persona o varias, si era un aristócrata o un pastor, un rapsoda... Además, me gustan mucho las mujeres que muestra, son...

—Desvergonzadas —aventuro.

—Iba a decir libres, más libres de ataduras que ahora, por supuesto. Y eso, con lo que se va sabiendo sobre las costumbres de los antiguos griegos, resulta muy extraño. Los griegos eran, como la mayoría de las sociedades, muy misóginos, solo quizás en Egipto las mujeres gozaban de más libertad. Y, sobre todo, hay algo muy interesante en la *Odisea*, ¿sabes lo que es?

Solo tengo que mirarme a mí misma, ¿qué es lo más importante en mi vida? Por eso es un poema tan hermoso. Nos vemos reflejados en él.

—Ulises no mata a Penélope al regresar de su periplo —respondo, orgullosa—, como sí ocurre en otros mitos anteriores de su viaje; en la versión de Homero, ellos terminan juntos. Ulises no asesina a Penélope por sus amores con Antinoo, el amor triunfa sobre los dioses. En la Odisea, él no se venga de su esposa.

Hélène me toma de las manos y ríe a carcajadas. Me gusta verla feliz. Me hace feliz a mí.

—Me siento muy orgullosa de ti, Amélie. Se nota que has aprovechado mis lecciones. Y hace tiempo que estás preparada para saber más. Lo sé. —Se levanta, camina por la sala mientras habla, el vestido, brillante, limpio, precioso, suena al moverse como si dos cigarras se aparearan; la luz tamizada por las cortinas apenas le ilumina el rostro lo suficiente para dejar ver su expresión decidida—. Aunque hay mucho por hacer todavía. No todos creen que estas obras sean lo que son, superiores a todas, los cimientos de nuestra civilización. Pero el entusiasmo por los griegos que ya inunda a otros se terminará contagiando también a los franceses, tan suyos ellos... Estoy de acuerdo con Winckelman: el arte egipcio es imperfecto, como dice él, no puede escapar de su «desafortunada posición geométrica». Los egipcios eran tan pesimistas... Y, además, monárquicos y conservadores. Eso los empequeñece. El arte griego es joven y libre, su cultura es el culmen de la libertad. Eran otros tiempos, es verdad, y también cometieron errores, pero el asunto griego se debatirá en breve en toda Europa, Amélie, ese será nuestro futuro. Tú eres joven, te prepararé para lo que tiene que venir, para que participes en ese debate, y puedas rebatir a autoridades como Fénelon. Tienen que producirse muchos cambios para que eso suceda, pero llegarán, estoy segura. Tú lo verás. Y ellos te atacarán, sí. No podrán soportar las evidencias, las pruebas, la humillación. Por eso debes seguir estudiando, saber mucho más, saberlo todo de ellos y de nosotros.

—¿Y quiénes son ellos?

Me está asustando. No me veo preparada para semejante pelea. ¿No estará Marie equivocada? Hélène sigue pareciéndome ahora algo trastornada. Sus ojos brillan en exceso, suda.

—No temas —me intenta tranquilizar, pero su mirada sigue siendo la de una alucinada—. No son tantos. Y algunos ya murieron. Serás mejor que ellos. Fénelon era un estúpido, ¿cómo se puede adorar a Homero, admirar la simplicidad magnífica de los griegos y al mismo tiempo afirmar que Egipto los

superaba? Tendrás que prepararte bien, tus oponentes son elevados, inteligentes, eruditos. Y nos llevan años de ventaja. Terrason era profesor de griego y latín del *Collège de France* y miembro de la Academia Francesa y de la de las Letras. Es todo un referente todavía, a pesar de su gusto por escribir como si fuera un autor alejandrino del siglo II. El fraude fue un escándalo, pero demuestra su conocimiento de los autores antiguos, desde Heródoto a los Padres de la Iglesia. Y, lo peor... su ataque contra la *Ilíada*. Feroz, argumentado, brillante incluso. Eso no se lo perdono. Pero tú estarás bien acompañada, también en nuestro bando hay personajes cultivados, cada vez somos más: el hugonote TanneGuy Le Fèvre, el padre de la primera traductora de la *Odisea*, defendía ya que los antiguos consideraban a Homero fuente de la sabiduría. Su hija también creía en los valores eternos y la perfección de Homero.

Me entusiasma escucharla. Ojalá cumpla su palabra esta vez y me desvele su investigación. Nada me gustaría más que seguir sus pasos y convertirme en esa persona que ella me anticipa. Pero Héléne se levanta de repente y tira la taza al suelo. Me sobresalta de nuevo.

—¿No has oído ruidos? —susurra y, nerviosa, mira detrás de ella y a los lados—. Aprisa, debemos irnos.

Guarda con rapidez el libro en su escondite y, mientras se oye, en efecto, cómo alguien cierra la cancela del jardín, ordena con rapidez la mesa. Al hacerlo, del cajón cae un sobre. Ella lo abre y lee su contenido. Su expresión en un instante se torna enajenada, rompe a llorar, arruga el papel y lo deja caer, me acaricia el rostro con suavidad y sale corriendo escaleras abajo. No puedo evitar leer lo que en ella ha ocasionado esta reacción:

«La siguiente serás tú, Héléne Everett de Lambert. Acepta tu lugar y no sigas jugando a soliviantar a los grandes hombres. Deja en paz a los muertos y a los vivos, cada uno está donde Dios lo ha colocado. No insistas en tu interés. Abandona. De lo contrario, yo te buscaré».

Rompí la nota y me metí los pedazos en el bolsillo, y salí con calma de la biblioteca. En las escaleras me topé con mi suegro, el señor Albert, a quien saludé torpemente y, tras argumentar la primera excusa que se me ocurrió por mi prisa y mi torpeza, salí a la calle. Caminando, procuré calmarme. Miré al

cielo, miré los árboles. Intenté oler el viento. El otoño se había adelantado, todo el mundo sabe que siempre ocurre así en la Provenza, pero también allí, en el centro, las hojas en los árboles empezaban ya a caer como grandes plumas de perdiz. Al pisarlas, parecían insectos que se retorcían bajo mis pies. Muchos caminaban, como yo, mirando al suelo; otros paseaban charlando, ajenos a mi tremendo miedo.

En el paseo, intenté recordar todo lo que Hélène me había contado sobre aquellas maravillosas obras de la Literatura que a mí también me tenían encandilada. Imaginé la satisfacción de mi padre si hubiera llegado a saber que quizás, en algún momento, sus amados libros tendrían el destino y la repercusión que Hélène les auguraba. Y fue él, su recuerdo, sus palabras, su apacible tranquilidad a pesar del dolor de su corazón, que ahora sabía sin duda hasta donde había llegado, lo que logró que me calmase. Poco a poco, mi corazón empezó a latir a ritmo normal y dejé de parecer un conejillo asustado.

Cuando llegué a mi casa, Christophe me esperaba sentado. Temí su reprimenda, pues una mujer debe aguardar a su marido en casa y con los alimentos de la cena dispuestos, si hay para tenerlos, pero él ni siquiera me miró. Por su expresión, parecía haberse tomado alguna de esas sustancias de las que hablan en los libros que nublan la razón y llenan el alma de felicidad. Pero, al acercarme más a él, comprobé, horrorizada, que su ropa estaba manchada de sangre. Sus manos también, incluso en su rostro había restos humanos, pequeños trozos de carne y pelos. Por fin se percató de mi presencia.

—Querida Amélie, hoy he comprobado por mí mismo lo que nos hace superiores. Darle la muerte a alguien es como ser Dios. Gracias, gracias por permitírmelo. Gracias por calmar mi alma atormentada.

Aquella desafortunada tarde, Christophe había asistido por primera vez a la confesión de una acusada y ella había muerto en el interrogatorio. En su expresión no había ni rastro de dolor por lo ocurrido, ni arrepentimiento ni pena. Por el contrario, relucía de emoción. Me di cuenta de lo extraño que él resultaba para mí. Me acordé de las palabras del abate que me prevenían de él, ¿se refería a eso? En efecto, esa rareza de mi marido con respecto a su trabajo me afectaba, pero no tanto, todavía, como para temerlo y huir de él. Le dije que me encontraba indispuesta, que el dolor de riñones se me hacía insoportable, me retiré a mi cuarto y lloré. Lloré por todo lo que había perdido y también por lo que intuía que pronto habría de perder.

A partir de ese momento, su reacción ante sus sesiones en la cárcel o en el cadalso siempre fue la contraria a la tribulación que sentía mi padre.

A mi marido sí le agradaba, y mucho, ser el ejecutor de París.

30. Lisbeth y Christophe



Mi visita a la casa de H el ene resultó ser el preludio de un nuevo cambio en mi vida. Ella sufrió justo después un mal tan grave y raro que ni los médicos más famosos de París fueron capaces de sanarla. Nadie sabía el porqué de su degradación, más que yo, que, aun sabiéndolo, tampoco la entendía, pero esa vez me pareció obvio que fue la lectura de ese extraño mensaje la que la había alterado así, aunque yo no llegaba a comprender cuán inquietante llegaba a ser su contenido y en qué manera tan maléfica y cruel le afectaba.

Dejó hasta de comer, apenas dormía, deliraba a menudo y no hablaba con nadie. Y yo, a la vez, me encontré entonces en un dilema irresoluble, ya que empecé a sentir un tremendo odio hacia mi marido. No podía evitarlo. Él me recordaba lo que mi padre no había querido ser. Por ello, que él ya no me buscara en la cama como antes me pareció incluso un alivio. Me debatía en un dilema, aunque el que yo siguiera de luto me permitió posponer su resolución. En ese momento además él comenzó a requerir mi ayuda para algo que me enternec ia sin que pudiese remediarlo. Así, cada día, tras asistir a su trabajo, yo debía tener preparada la comida para nosotros y también una ración extra.

—Date prisa, Amélie, o no nos dar a tiempo a llegar antes de que se duerma.

Yo entonces cogía las viandas y las organizaba lo mejor posible para transportarlas hasta casa de mi suegra; también para que ninguno de los múltiples mendigos que nos abordarían en mitad de la andadura pudieran saber que hacíamos cada día el mismo trayecto y con el mismo paquete, lo cual suponía, a todas luces, tanto una temeridad como un incordio. Cada vez eran más y estaban peor alimentados.

Al llegar a casa de H el ene y el señor Albert, la criada nos daba, invariablemente, el mismo “no” por respuesta cuando Christophe le preguntaba si su madre había probado bocado. Entonces mi esposo se convertía en algo que yo jams  le había visto ser. Tomaba la comida, me dejaba en la puerta de la alcoba donde su madre reposaba y entraba solo. En ese momento, el señor Albert se sentaba con la criada a la mesa y entre los

dos daban buena cuenta de lo que ella cocinaba para los tres, que, al repartir entre los dos, sin duda les sirvió para engordar como los pollos de corral para la comida de Navidad.

Yo, tímidamente, intentaba entonces presenciar la escena de Christophe junto a su madre, no conseguía acostumbrarme a pesar de las numerosas veces que tuvo lugar ante mí. Él, solícito y amable, la levantaba del catre y la recostaba sobre los cojines más mullidos que hubiera encontrado, para mantenerla erguida. Reposaba el plato repleto en la mesa de noche y, cucharada a cucharada, y palabra melosa tras palabra melosa, hacía que la mujer se terminara hasta la última miga remojada en la salsa, si la había.

—Así, madre, así, no se vaya usted a dejar nada de esta avutarda a la miel que con tanto esmero ha preparado para usted Amélie.

Yo, incrédula y hasta emocionada, hacía el ademán de entrar, pero él, con un giro de cabeza y la mirada furibunda, conseguía que desistiera. Creo que lo quería así para no romper el hechizo y poner en peligro su labor de nutrición, que tan escrupulosamente llevaba a cabo, ya que sí me permitía observarlos en silencio desde allí, con los ojos como platos y el corazón acongojado porque semejante amor y cuidado no me parecían —ni me lo parecen ahora—, acordes con la sangría de las manos, de la camisa, el chaleco y el calzón de mi extraño marido cada vez que tenía que estar presente en un tormento, un martirio o una ejecución. Cuanto más lo pensaba, menos entendía a Christophe, sí señor. Terminado hasta el postre, y solo entonces, él retiraba con cuidado el plato, limpiaba amorosamente los labios y la barbilla de su madre con una servilleta limpia de lino seleccionada con amor y se sentaba a su lado, a leerle el libro que en algún momento había escogido para ella de su biblioteca. Me sentí incluso celosa, a veces, cuando por un momento se me olvidaba en qué se había convertido él.

También me sorprendió mucho entonces el que, si era necesario, Christophe la leía en griego, y su dominio del idioma era tal que pocas veces su madre le corregía, pues en esa circunstancia ella sí volvía a hablar. Verlos así a ambos, madre necesitada y amante hijo, me producía una placentera satisfacción, aunque desconocía qué extraño maleficio convertía a mi marido en otra persona cuando ejercía de ejecutor. O quizás el maleficio lo estuviera presenciando entonces, al tenerlo frente a mí cuidando con agrado y mimo de Hélène.

Otras veces, sin embargo, decidí aprovechar que Christophe seguía

ensimismado en su empeño al menos durante un par de horas y el hecho de que, a ojos del señor Albert, yo me había convertido en un ser invisible desde que habíamos dejado atrás la instrucción en su arte y también la pintura de retratos, ya que mi esposo solo estaba dispuesto para su madre. Mi suegro demostró su displicencia respecto a mí ya desde el primer momento en que le pedí permiso para subir sola a la biblioteca:

—Por supuesto, Amélie, dales uso a esos viejos libros. No entiendo tu interés, pero no seré yo quien te impida intentar entenderlos. Si descubres algo que merezca la pena allí, te ruego que me lo reveles enseguida.

Desde entonces, mientras Christophe seguía ocupado con Hélène como una madre mirlo con su polluelo más débil, subí a la buhardilla y allí pasé horas y más horas, relejendo mis obras preferidas. Cuando adquirí confianza y comprobé con la experiencia que, a falta de Hélène, a nadie le importaba lo más mínimo lo que yo tramaba en aquel lugar, empecé a rebuscar con cuidado y sigilo entre sus papeles, que yo sabía dónde guardaba, intentando encontrar alguna huella de esa importante investigación que tanto interesaba a la buena Marie y que yo ansiaba conocer. Y es que el gusanillo de la sabiduría se había introducido en la manzana podrida que empezaba a ser mi espíritu. El saber corrompe, sí. Y yo avanzaba por sus agujeros con la máxima rapidez.

De esa forma tan tonta y tan pueril —el señor Albert siempre permaneció en la casa mientras yo me entregaba a esa dedicación subversiva y mal vista—, intenté encontrar las pruebas de las que me habló Marie, cuya trascendencia llegué a conocer mucho más tarde porque entonces mi búsqueda no tuvo ningún éxito. ¿Cómo habría podido ser de otro modo si ni sabía lo que andaba buscando? Aunque las evidencias siempre estuvieron allí, en esa misma biblioteca rodeadas de conocimiento, me devané los sesos día y noche intentando averiguar qué debía buscar y dónde estaría: ¿qué podría haber descubierto una mujer como Hélène, tan docta y tan infantil, tan interesante y tan inestable, tan magnífica e inteligente, y tan dócil y rebelde a la vez? Algunos, ya, incluso la habían dado por loca incurable de las muchas que caían en la histeria propia de las mujeres y nuestros humores incontrolables.

Y su amor por la Grecia clásica era ingente, pero ¿qué podría ser tan importante de esos griegos de la lejana Antigüedad como para que ella escondiera su secreto incluso ante sus colegas de la Hermandad? Yo llevaba años trabajando con ella y, a pesar de sus alusiones esporádicas a ese maravilloso conocimiento que según ella iba a cambiar la vida de las mujeres

—solo ahora soy capaz de entender lo que con eso quiso decir— y me iba a transmitir, nunca me había hablado de lo que había encontrado. Mi intelecto no daba entonces para abarcar la magnífica verdad que contenían sus palabras. Ni lo peligroso que podía llegar a ser que su hallazgo saliera a la luz. Aquella época, en realidad, fue de las sombras, pues entre tinieblas se anda todavía y lo que hubo de llegar fue sangre, penurias y perdición, sobre todo para el pueblo y contra el pueblo, que algo vio mejorada su vida y sus desgracias, pero poco, al menos a corto plazo. Ya dirán los listos y los filósofos si el futuro será mejor tras todo lo que la sangrienta Revolución trajo poco después de novedoso en las vidas de nuestros hijos, nietos y demás.

Lo que sí hubo, sin duda, fue la ascensión de unos al poder, la maldición de otros pocos que lo perdieron a cambio —algo habitual si la cara del poder siempre es la misma y lo único que varía es el rostro de los poderosos—, y los de siempre, los más necesitados, hambrientos, pobres, campesinos, artesanos, comerciantes o mercaderes sin grandes aspiraciones ni negocios, es decir, el pueblo llano, siguieron en el mismo lugar, pisoteados por todos los demás aunque un poquito menos.

Pero volviendo a lo mío, que hablando de la Revolución se tiene que ir el santo al cielo sin remisión, sigo contando que cuando Christophe y yo volvíamos a nuestra casa tras estas incursiones en la de sus padres, él apenas me hablaba; al contrario, a menudo parecía contrariado y triste, creo que porque con su actitud anhelaba conseguir que su madre volviera a ser la que alguna vez fue y se daba cuenta de que faltaba mucho para lograrlo. Que quizás, incluso, hiciera falta uno de esos milagros que pocos logran y casí todos piden.

Una tarde de invierno, sin embargo, me encontré indispuesta, hacía frío y, en el cielo, los nubarrones eran tan negros y parecían tan cargados de agua que daba miedo hasta asomar el pie más allá del recibidor, y le pedí a Christophe que acudiera solo a su cita con su madre. Así que me quedé sola en la casa. Llegada la oscuridad, oí un ruido en la ventana. Sonaba como un lamento. Apagué las velas intentando ocultarme, pero sonaron tres golpes claros y rotundos en la puerta y, después, medrosa, una voz de mujer.

—Amélie, por favor, ábreme. ¡Que se me van a helar las pestañas si me tienes mucho tiempo aguardándote!

Reconocí la voz de Lisbeth. Le abrí enseguida. Hacía meses que no sabía de ella. Al mirarla cuando volví a encender la candela, me asusté.

Su rostro se ve demacrado, sin polvos que le suban el color, el pelo grasiento y con los huesos marcándosele como si fuera un caparazón de gallina.

—Por dios, amiga mía, ¿qué te ha sucedido para que vengas a verme a esta hora y de semejante guisa?

Le hago pasar y, en cuanto se acomoda frente a la lumbre, para que deje de temblar, le sirvo una taza de caldo de pichón que sobró del que se llevó Christophe para su madre, sabroso, nutritivo y algo picante. Pero ella ni lo huele. Se frota las manos cerca del fuego, la llama arde y muestra sombras danzantes en sus mejillas pálidas, como si fuera una dama de la perdición.

—¿Tu marido tardará en volver? —me pregunta sin tardar, y se sigue sacudiendo los brazos y las piernas para entrar antes en calor como si tuviera pulgas.

—¿Llevas mucho tiempo ahí afuera, Lisbeth?

—No quería que me vieran. Nadie debe saber que he venido aquí, ni Christophe ni ninguna otra persona.

Ella desenvuelve el paquete que lleva bajo la capa. Apenas veo lo que oculta, lo hace como si no quisiera que nadie pudiera sorprenderla, aunque en la habitación tan solo estamos ella y yo.

—¿Seguro que no volverá? —pregunta otra vez y la voz se le quiebra. Está a punto de llorar.

—Puedes confiar en mí. Tardará unas horas. ¿Qué es eso que guardas con tanto celo?

—El libro de Voltaire. Tú te lo quedarás. Yo me largo ahora mismo de París. No volveré aquí nunca. Solo a ti te lo encomendaré. En cuanto te deje, me iré.

—Pues sí que estás rara, sí... ¿El libro prohibido? ¿Y por qué me lo entregas?

—De otro modo, no podré recuperarme. Tengo mucho miedo, Amélie, miedo de que me maten. Ya no queda nada de nosotras, de nuestro grupo, las últimas que seguíamos resistiendo ya apenas nos veíamos. No entiendo por qué han matado a Laurie, era un sol, un encanto, casi una niña sin malicia ninguna. La misma monstruosidad que a las otras le hizo ese salvaje, y dicen las lenguas que murmuran sin parar que también a ella intentaron sonsacarla acerca de este maldito libro que, si tú no quieres guardar por tu buena cabeza,

quemaré ahora mismo. Las lenguas llevan meses hablando sobre esos crímenes y muchas veces no parecen decir nada a derechas, pero en esto, precisamente, coinciden. Y la muchedumbre aterrorizada casi mata a palos al joven matarife de cerdos que descubrió su cadáver, pero él no fue el asesino, lo dicen todos ya.

—No debes deshacerte del libro, Lisbeth.

—Sabía que dirías eso. Toma. Es para ti. Nadie más querrá tenerlo. Y demasiadas han muerto ya por él.

—¿Y por qué crees que yo debería tenerlo?

— Tú lo guardarás mejor que nadie, no eres una Anandrina y nadie podría pensar que la esposa del verdugo de París esconde semejante secreto. Nadie. Tú eres la más adecuada para custodiarlo hasta el momento correcto. Entonces seguro que incluso nos reiremos de todo esto.

—¿Y cuándo ocurrirá eso?

Lisbeth está a punto de llorar. Y yo, por mucho que lo intento, no le veo la gracia a lo que me está pidiendo.

—¿Es que alguien puede saberlo? Solo sé que yo ya no puedo hacerme cargo de él. El miedo es mal consejero, mal amigo, mal amante. Y yo estoy aterrorizada. Creo que me siguen a todas partes y luego... luego compruebo que no es cierto, pero siento que alguien me observa, no puedo quitármelo de la cabeza. No puedo vivir más así, Amélie. Por favor, quédatelo y no dejes que nadie lo destruya. Algún día, podrá salir a la luz. Sin duda tú eres la más adecuada para mantenerlo a salvo hasta entonces.

Empezaba yo a cansarme de ser la esperanza de todas, de Hélène, de Lisbeth, incluso la de mi padre muerto a quien de súbito recordé.

—Pero... Lisbeth, estoy casi segura de que este libro no es la razón de los asesinatos de ese loco.

—¿Puedes asegurarme entonces que no me matará si me lo quedo? Dime... ¿Puedes?

Niego con la cabeza.

—Pero mi padre pensaba que no era por ese libro por lo que el asesino de las anandrinas las mataba. Y él... tenía buenas razones para creerlo.

—Sus razones eran tuyas, Amélie. Las mías tienen mucho más peso. Cinco mujeres han muerto hasta ahora, y todas eran amigas mías, alguna, incluso mucho más. Me da igual que murieran o no por el libro, yo no quiero

guardarlo más tiempo. Si tú tampoco lo quieres, lo echamos ahora mismo a la lumbre y en unos instantes se convertirá en polvo.

Lisbeth se levanta decidida y se va directa hacia el fuego. Las piernas le tiemblan, su faldón de seda roza contra el sillón, un regalo de mi suegro. Le agarro con fuerza del brazo.

—De acuerdo. Lisbeth, yo me lo quedaré.

Y, a la vez que pronuncio estas palabras, me sobreviene una arcada. Es el miedo, pero también muchos nervios. Por fin sabré qué fue lo que mi padre quiso ocultarme para no ponerme en peligro, aunque eso, la sabiduría, siempre tiene un precio muy alto. Yo ahora sé que estoy dispuesta a pagarlo.

—Te lo agradezco, Amélie. Este libro servirá algún día, junto con otros muchos gestos de mujeres valientes, para liberarnos de nuestra condena. Seremos libres, para decidir y para vivir como queramos.

Siempre supe que el contenido de ese libro era peligroso, pero entonces me pudo la necesidad de saber. Como comprobará el lector interesado si sigue leyendo, no me equivoqué.

31. El cadáver



Seguro que resulta fácil imaginar que oculté el libro en el rincón más recóndito e imprevisible de mi casa. A nadie le hablé de él, por supuesto tampoco a mi marido, y, durante semanas, espí cada ruido que presentía por leve que fuera, eché el cerrojo a las puertas y atranqué las ventanas cada vez que me quedaba a solas, salí lo imprescindible para comprar lo que necesitaba en la comida del día, y regresaba cuanto antes y por las calles más populosas. El miedo, poco a poco, fue aminorando. Pero la rabia lo sustituyó: leí, por fin, el libro de Voltaire. Y entendí. El análisis de mi padre con respecto al filósofo me pareció brillante: sin duda, si en realidad lo había escrito él, era, simplemente, un loco. Y Lisbeth debía sentirse aterrorizada y había acertado abandonando París.

Pero mi ira aumentó: me di cuenta de lo diferente que podría ser mi vida si lo que en ese libro se proponía llegara a convertirse en realidad. De la libertad que podría haber disfrutado. Sin embargo, también supe que pocas mujeres estaban preparadas para habitar en ese otro mundo tan distinto; las Anandrinas, sin duda, sí. ¿Por eso las asesinaron? No era capaz de saberlo. Me dolía la cabeza de pensar en ello, me obsesioné con esa idea. Pero tampoco podía hablar ya con nadie sobre mis suposiciones, pues de nadie podía fiarme. Ni tan siquiera de la buena Marie y sus amigas, al menos mientras no pasara el tiempo y se comprobara qué rumbo seguían los acontecimientos.

Y, en lo que a mi marido se refiere, en mi casa se impuso el silencio sobre sus sangrientas ocupaciones... las que tenían que ver con su nuevo trabajo, por supuesto. Si alguna vez alguien mencionó algo sobre eso en su presencia, la mirada de Christophe se volvió tan fría y cortante que la conversación se encauzó enseguida hacia otros temas. Ni él ni yo hablamos jamás de sus ejecuciones, como sí hacía a menudo mi padre con mi madre para mitigar su dolor. Pero a mí su ocupación y lo que había hecho en el lecho de muerte de mi padre... me resultaban imposibles de olvidar.

Así, una parte de mí se sentía cada vez más molesta con él. Al verlo, a menudo no podía remediar sentir un intenso estremecimiento que hacía mucho

que había dejado de ser atracción física; al contrario, me ponía los pelos de punta, se me erizaba la piel y casi siempre terminaba llorando. Mucho me costaba evitarlo cuando no tenía más remedio que estar en su presencia, como mínimo, a las horas de las comidas y del rezo. Christophe había mantenido la costumbre en que lo educaron sus padres y dos veces al día, por la mañana y por la tarde, nos reuníamos en el salón a orar para pedir por nuestras almas. Él, arrodillado sobre un reclinatorio regalo de su padre que permanecía junto al sofá, y a los pies de un gran crucifijo de alabastro, recitaba en voz alta las oraciones y después las repetíamos juntos.

No es que yo sintiera la necesidad de hablar con Dios, ni mucho menos, la personalidad de mi padre marcó sin duda también este rasgo arisco de mi espiritualidad, pero mi madre se habría alegrado de la piadosa afición de mi marido. Christophe era un gran devoto, un alma tan atribulada que ansiaba el perdón de sus múltiples y cruentos pecados. Cuando, pocos años más tarde, muchos tuvieron que esconder su fe y las iglesias y las catedrales se cerraron o se quemaron, solo los proscritos y los verdugos siguieron rezando en público, y hasta los hombres de Dios se ocultaban a riesgo de perder, como muchos otros, su preciada cabeza rebanada por la luisita.

Es verdad que fuimos testigos de cómo se iba avecinando la revuelta sin darnos cuenta de a dónde nos conducía: los disturbios en las calles y la reunión de las tres órdenes en la Asamblea Nacional fueron la prueba irrefutable de que todos ansiaban un cambio, ricos y pobres, mujeres y hombres, clérigos y laicos. También los menos afortunados, siempre mayoría, veían en esos aires de progreso y libertad la salida a todos sus males, por cuanto las desgracias eran mayores cuanto menores eran los bienes de cada uno, pero mi marido Christophe y casi todos los que con él trataban, su padre entre ellos, apoyaban hasta la médula a la monarquía. Y eso, al menos así lo creí yo entonces, ni siquiera cambió cuando, por culpa de las carestías a las que se sometió la corona en esos años, suspendieron el pago de su sueldo.

—Tenías que haberlo visto, Amélie. Parecía un monigote —me dijo, ufano, atusándose la peluca empolvada y larga con la que acudió a su cita.

Ese monigote del que hablaba era el rey. Por suerte para nosotros, parecía que el dinero nos llegaba de todos modos, pero él había tenido la osadía de ir a reunirse con el monarca, Luis XVI, para reclamárselo.

—Desde luego, no sé cómo pueden decir que el Estado está en bancarrota y no tienen para pagarme. Por todas partes había oros, mármoles

extravagantes como jamás verás en toda tu vida, cristales fabulosos, alfombras de Persia y muebles maravillosos. Pero claro, estamos hablando de un palacio y de un rey. Nuestro soberano.

En las calles, desde luego, la visión era otra: cada vez más harapientos se tiraban al suelo a mendigar. Y cada vez eran más feos, más tullidos, más ciegos. Yo solo asentía por respuesta. ¿Qué más podía decir?

—Me he ido contento, me ha prometido que la corona pagaría todo lo que me debe. Su ironía a la hora de hablar de lo mucho que hago por él ha hecho que pierda la cabeza y a punto he estado de increparlo. No parece una persona de fiar, nuestro rey. Puedes creerme, Amélie. Parece un muñeco, con esos cabellos empolvados y rizados recogidos en la coleta y esa vestimenta estrafalaria, tan suntuosa que él mismo parece un cortinaje de su palacio.

Mi marido no se caracterizaba por tenerle miedo ni respeto a ningún ser no divino, ni siquiera al que pretendía asemejarse a Dios como era el rey, ni ahora ni entonces. Aunque en presencia de otros proclamara su lealtad a él, creo que le era igual de fiel que al resto de los hombres y, lo que era mucho peor, que quizá solo del diablo se mantuvo devoto. Ahora me resulta una ironía aquel encuentro que él me contó con detalle: no muchos años después, mi marido sería quien hiciera que ese hombre que no le pareció de fiar perdiese su cabeza a los pies del cadalso junto con muchos otros de su misma condición y altanería.

Pero mientras él me contaba lo divertido que le había resultado el encuentro y lo pazguato que le pareció nuestro monarca, yo no podía dejar de pensar en mi intención. Cambió mi vida, nuevamente; ya parecía una veleta girando con el vendaval. Si la actitud de Christophe con su madre me había ablandado el corazón, sin embargo, las palabras del abate Gomart y de Marie, y el miedo en los ojos de Lisbeth y de Hélène seguían haciendo mella en mí. Eso, unido al buen humor que Christophe seguía demostrando siempre que volvía de su quehacer, cuanto más ensangrentado más contento, y quizás el hecho de que ni siquiera me pusiera un dedo encima ni yo a él desde hacía ya demasiado tiempo, hicieron que, al verlo, empezaron a hacerme sentir a veces ganas de huir y no parar hasta llegar al mar. ¿Odio, inquina, desconfianza hacia él? No lo sé. Solo sé que un día me encontré sintiendo la imperiosa necesidad de averiguar más sobre lo que hacía y a qué se debía su buen humor en esos días en que sus servicios eran requeridos en el calabozo o en el cadalso, porque tanta diferencia en el ánimo de dos seres humanos ante las mismas

experiencias me resultaba inexplicable. Mi padre lloraba, él era feliz. Y creí que estaría preparada para lo que pudiera encontrar, pues conocía cuál había sido desde siempre el cometido del verdugo.

Tras la comida, Christophe me advirtió de que iba a estar ocupado las horas siguientes. No esperé otra ocasión. Él no era demasiado grueso, así que me esmeré vistiéndome con sus ropas más estrechas, rellené con algunos trapos lo que me faltaba para que me sentaran mejor y me coloqué una de sus pelucas y, cuando calculé que ya había pasado el tiempo suficiente, vestida de esa guisa como un hombre —un tanto extraño, sí, pero no mucho más que aquellos con los que luego me crucé—, me dirigí a la plaza de Grève, donde todo estaba preparado ya para otra ejecución. A pesar de lo avanzado de la hora, casi la de la comida, en las calles que llevaban hasta allí no cabía un alma más, infinidad de ciudadanos asistían siempre a las ejecuciones como si de una misa se tratase: viejos, niños, hombres y mujeres se amontonaban, agitados por la emoción de la sangre. De hecho, estoy convencida de que solo hay dos clases de parisinos: los que quieren emociones y se dan cita frente al cadalso, y los más tranquilos, que aguardan al desdichado y lo insultan al ser trasladado hacia su destino.

Como otras veces, la cita se hizo coincidir con el día de mercado, que se encontraba cerca, para asegurarse de que el lugar estaría atestado, como si la argucia hiciera falta.

La carreta en la que llevaban a la presa avanzaba a duras penas, entre alaridos de quienes la esperaban. Ya en la calle de Satory, algunos intentaron tocarla a través de las rejas y la siguieron luego hasta el cadalso, esperando que el cura le diera su bendición; al morir mi padre, el abate Gomart había decidido dejar su puesto a uno más joven y menos machacado por la tristeza, y otro cura de mirada limpia todavía encabezaba la comitiva. La desgraciada incluso fue afortunada: en aquellos tiempos, todavía a los asesinos les aguardaba la horca, mucho más rápida y menos dolorosa, mientras que la ignominiosa rueda estaba destinada a los ladrones de caminos o con fractura. Con la espantosa rueda habían perdido su vida hasta entonces los culpables de robos de vajilla, robos de harina, robos de ropa blanca, robos de pan y muchos más, pero ya mi pluma se cansa y no daré ni nombres ni más razones. Como es fácil de comprobar en esta iniquidad y en la mayor parte de nuestras acciones, la vida humana se considera menos sagrada que la propiedad, aunque esa precisamente fue la última vez que mi marido aplicó la horca a una

asesina. Muchos agradecieron que las revueltas trajeran al menos progresos como la dulcificación de las penas —la Asamblea Nacional abolió por fin la rueda—, la institución del jurado, la abolición de delitos contra la moral y la religión, la publicidad de los juicios, la eliminación del juramento de los acusados, la obligación de motivar y hacer públicos los juicios, o la libertad de la defensa. Los hombres también querían ser iguales en la forma en que eran juzgados. Las mujeres, al parecer, no.

Tras asegurarme de que mi marido iba a ahorcar a la desdichada y que tanto él como sus ayudantes tardarían en regresar a la sala del tormento ya que tenían mucha tarea por delante, me dirigí, camuflada entre la gente, hasta la cárcel. La sala estaba vacía: guardias, rondas, patrullas, el cirujano, el carpintero y mi marido se hallaban afuera en el cadalso o en sus alrededores, esperando cada uno su momento para participar en la ejecución, y pude moverme por ella sin temor a ser vista, aunque con mucho cuidado, ya que ni sabía lo que buscaba: ¿pruebas de la maldad de mi marido? Allí había todas las del mundo, pero no de su crueldad, sino de la de todos los seres humanos.

El suelo estaba mojado y lleno de enormes manchas oscuras, y al pasar me resbalé y me caí. Me levanté enseguida por el asco que me dieron al pasar casi rozándome dos ratas como dos caballos que, por fortuna, no se interesaron más por mí. El calabozo de tortura era un cubículo de altas paredes y varios pies de espesor, cubierto con un bastidor de papel impregnado en aceite, con una minúscula ventana redonda y dos gruesas rejillas en forma de cruz a cada lado del muro. El frío y la humedad lo congelaban, y el aire era tan escaso que las velas de sebo se habían sustituido por otras de cera, menos pestilentes. Situado en el sótano de la cárcel, el calabozo solo era lo bastante grande como para contener los instrumentos de los que el atormentador se serviría para conseguir de los acusados la confesión y algunos otros por si acaso, y espacio para estos y para quienes se ocupaban de esa noble tarea. Poco tiempo después, nuestra majestad Luis XVI abolió por fin aquella brutalidad, tras la insistencia durante siglos de personajes ilustres como Montaigne y otros, que renegaban de ella.

A un lado, me espantó ver el taburete de piedra del tormento del agua, junto a las dos anillas de hierro para las manos y otras dos para los pies. No pocas veces mi padre había presenciado esa tortura horrorosa en la que el reo, tras leer la sentencia, se recostaba sobre ese asiento mientras le ataban las muñecas a las dos anillas, los tobillos a las otras dos y por delante de él, se

tiraba entonces de las cuerdas y, cuando su cuerpo ya se encontraba extendido cual una sábana mojada al sol, bajo los riñones se le colocaba un caballete y el atormentador le echaba el agua de una jarra a través de un cuerno hueco que el paciente mordía entre los dientes. Eso, como es fácil de imaginar, tenía la consecuencia de ahogarlo, si es que le aguantaba el corazón. Cuando su pulso se ralentizaba demasiado y parecía que su vida estaba al punto de escapársele por la boca, el cirujano interrumpía el tormento hasta que el aspirante a confeso se despertaba y era entonces cuando era interrogado. Generalmente, confesaba.

Me estremecí al imaginar a mi padre en aquel lugar, él que pensaba que el verdugo era *un producto de la civilización enferma y que una más avanzada haría desaparecer*. Allí pude ver también la polea colgada del techo de donde se colgaba al paciente por los pies hasta dislocarle los miembros en tres ocasiones; a la tercera ya estaba, seguramente también, dispuesto a decir la verdad. Sin embargo, no me dio tiempo a ver nada más, escuché voces y, pensando que, si huía, podría encontrarme de bruces con quienes se acercaran, me escondí en un armario lo bastante grande como para que cupieran tres como yo. Sentí un escalofrío al comprobar que allí, a mi lado, colgaban todo tipo de artilugios para el martirio que ni siquiera era capaz de identificar. Las rendijas para airear el acero y secar los aceites con que se engrasaban me permitían ver lo que ocurría en un lado del calabozo. Los dos ayudantes dejaron el cuerpo de la ajusticiada sobre la camilla, enfrente de mí.

—Yo me ocupo ya. Podéis iros —dijo Christophe con determinación cuando terminaron de acomodarle con sumo celo.

Los dos hombres asintieron y, enseguida, recogieron sus casacas y salieron, sumisos ante su jefe. Christophe cerró la puerta con cerrojo y revolvió en algún lugar. Se oían ruidos metálicos, goznes chirriando, el estruendo de un objeto contundente al caer. Me oriné encima. El líquido caliente se quedó impregnado en mi ropa y, si llegó a travesar el calzón, creo que fue en una cantidad insuficiente como para rebosar del suelo de mi escondite. Intenté calmarme, pues no habría sabido explicar a mi marido qué hacía allí si me descubría disfrazada de él y me fijé en el cuerpo. La mujer recién ajusticiada en el cadalso venía cubierta por una túnica encarnada y aún llevaba en la cabeza el velo negro que durante el trayecto en el carro le tapó la cara; al ahorcarla se lo levantaron para que todos pudiesen verla. Tuve claro

entonces cuál habría sido el crimen por el que la habían condenado: dado que solo a los parricidas los llevaban así, era de pensar que habría asesinado a alguien de su familia, quizás a sus propios hijos —no acerté: la condenada, de nombre Rachel de Valois, había terminado matando a su marido y a dos de sus amigos, que la violaban todos juntos cada noche de domingo y algunas fiestas de guardar—. Aun así, también en esto fue afortunada: años después el Código de crueldad legal se cambió para que a los asesinos además se les amputara la mano.

Christophe apareció ante mi vista de repente. Llevaba una palangana que dejó junto a la muerta. Le rasgó la túnica; vi cómo se la retiraba y caía al suelo. Las piernas desnudas del cadáver estaban sucias y amarillentas, las rodillas ensangrentadas, algunos dedos de los pies quebrados y otros reventados. Mi marido comenzó a lavarla. Me acordé de su madre, con qué amor la mimaba y la alimentaba ahora que estaba enferma. Seguí observándolo y me enterneció la suavidad con que la trataba; tuve entonces la seguridad de que todas mis sospechas eran infundadas y que cualquiera que pensase mal de él se equivocaba, sobre todo yo. Despacio, fue mojando la esponja, enjabonándola y pasándosela por todo el cuerpo, que no podía ver entero pues Christophe me daba la espalda y solo me dejaba a la vista las piernas y los brazos de ella y el torso de él. Le dio la vuelta con vigorosidad y vi cómo le lavaba los hombros, los glúteos, los muslos y hasta la planta de los pies. Durante unos minutos, imaginé que seguía borrando el rastro que el sudor, el orín y otras sustancias que el cuerpo excreta al sufrir, habrían dejado sobre la piel de Rachel, que parecía joven a pesar del sufrimiento impreso en su rostro pues su pelo, aunque sucio y pajizo, caía largo y poblado a un lado de la camilla.

Gracias a mi marido, al recibir sepultura, los seres queridos de la muerta tendrían una visión menos truculenta de quien seguramente amaban.

Me enternecí y me sentí estúpida, pero solo me quedaba seguir allí escondida hasta que pudiera salir sin que Christophe me descubriera o bien podría pensar de mí que me había vuelto loca y echarme de su casa, o algo incluso peor, ¿quién podía saber cuál sería su reacción? Él volvió a retirarse y ante mi vista volvió a quedar la mujer, desnuda ya. No me pareció guapa, pero no era de extrañar, las marcas de la tortura habían convertido sus párpados en un amasijo de carne abultada, los labios los tenía secos y ensangrentados, le faltaban algunos dedos de las manos y de sus muñones colgaban restos secos

de sangre que Christophe no había sido capaz de limpiar. Sus moratones estaban ya ennegrecidos. Aunque podría ser que no los hubiera sufrido en el ejercicio de la confesión, sino al ser detenida; los carceleros no sentían demasiada simpatía por las mujeres que mataban a sus maridos y allegados. El color amarillento del rigor mortis empezaba a adueñarse de ella. Se me puso la piel de gallina y tuve que contenerme para no abrir la puerta porque ya apenas podía respirar dentro de aquel cubículo.

Ví entonces a mi marido que traía una sábana, la desplegó, la agitó delante del cadáver y formó después varios dobleces. Yo procuraba no hacer ni un ruido. Ya me sentía del todo arrepentida por mi estupidez y mi desconfianza y empezaba a pensar en que lo mejor era salir de mi escondite: lo que él hacía ante mis ojos parecía lo mismo que mi padre había tenido que hacer durante años. La razón por la que a Christophe no le causaba dolor ni remordimiento, no la iba a encontrar dentro de ese armario, sudorosa, empapada con mi propio pis, aspirando el olor acre de ese lúgubre lugar donde cientos de ajusticiados habían sufrido la misma suerte de quien mi marido trataba ahora con tanto esmero.

Entonces él giró de nuevo a la muerta con fuerza, se volvió a colocar en frente de ella y le extendió la sábana sobre la cabeza. Enseguida, se bajó el calzón, le abrió las piernas y, agarrándola bajo las axilas, arremetió con fuerza contra su cuerpo macilento. El culo de Christophe se movía frente a mí adelante y atrás con una violencia que yo conocía de sobras, y las rodillas de la ajusticiada se quebraban ante mis ojos. Él siguió moviéndose vertiginosamente solo unos segundos, hasta que aulló y se retorció, y yo dejé de mirar y me eché a llorar, tapándome la boca y maldiciéndole porque todo mi mundo se había hecho pedazos con unos cuantos empujones.

32. Montmartre



Desde luego, podía decir que había encontrado pruebas de, como poco, la anormalidad de Christophe. Ahora solo me quedaba averiguar qué debía hacer con ellas. Y lloré. Durante días. Incluso en su presencia lloré. Le mentí cuando me preguntó por qué.

—Una prima a quien quería mucho ha fallecido de un mal aire — improvisé mientras rezaba para que no recordase que todos mis primos habían muerto hacía años.

Él, flemático, me sugirió que debía ir a su entierro, el muy canalla. A punto estuve de hacerlo con tal de salir de su casa.

Cada vez que tenía que estar cerca de él, lo recordaba en aquella habitación y las piernas quebradas de la mujer temblando a los dos lados de su torso, y su culo y sus muslos desnudos en un vaivén desenfrenado atrapaban mi pensamiento. Intenté que no notara el horror que sentía siempre que estaba ante mí, ni las marcas enrojecidas alrededor de mis ojos ni que apenas tenía ganas de comer ni podía dormir.

Aquella noche, además de esperar a que terminara de aliviarse con el cadáver incluso alguna vez más, tuve que aguardar que acabara de preparar a la muerta, a quien en realidad ningún otro verdugo de ninguna otra provincia de Francia prodigaba tal limpieza. Los cadáveres se dejaban a menudo a la intemperie, bajo la estructura de vigas del cadalso donde se levantaba la horca. Él, sin embargo, les dedicaba esos cuidados —me refiero a los del enjabonado y enjuague minuciosos—, porque había llegado a un acuerdo con los forenses de la Universidad de la Sorbona y ellos, a cambio de algunas libras, se hacían cargo de los cuerpos que no eran reclamados por sus familiares para darles cristiana sepultura. Qué poco valen los huesos, las vísceras y la carne de los infelices. A ellos les servían para unas misteriosas investigaciones que, poco tiempo después, revolucionaron el ámbito de la Medicina y el estudio de la Anatomía. Así ocurrió aquel día, y mientras ellos cumplimentaban unos formularios para la Universidad, con la fecha y la hora de la muerte, la forma, el nombre, el sexo y otros datos de interés —según los escuché decir desde mi tétrico escondite—, yo logré salir de aquel espantoso

lugar sin que nadie me viera. Al menos, pensé yo al enterarme de aquello, lo que hacía mi marido le era útil a esa nueva Ciencia de la que muchos hablaban, pero pocos sabían para qué servía. Con mis propios ojos vi yo su otra utilidad.

Cuando dejé de llorar, me invadió la rabia. Y luego, de nuevo, el terror. Después de todo, Christophe bien podría ser quien hubiera asesinado a las Anandrinas. Alguien capaz de hacer algo tan espantoso como lo que yo vi, sin duda encajaba en el perfil de un asesino. Y el abate Gomart tenía razón y, desde luego, escondía algo que podría hacerme mucho mal, aunque al menos entendí por qué le gustaba su trabajo y había solicitado el puesto. A punto estuve de huir y reunirme con mi madre en casa de mi tía, pues eso me parecía lo más fácil en mi situación.

Pero entonces até cabos: para empezar, ese sería el primer lugar donde él me buscaría si llegara a imaginar que yo le había dejado porque sospechaba algo macabro. Además, llevaba sin yacer conmigo desde que mi padre había fallecido, justo cuando empezó a ejercer de ejecutor, y, sin embargo, los asesinatos de mujeres sí habían continuado. Lo lógico era pensar que, si hubiese necesitado de esa perversión para su gusto incluso más que necesitaba de mí, cuando tuvo a su alcance a más mujeres como esa (y en esa época de violencia en aumento, se producía una ejecución cada dos semanas en alguno de los barrios de la ciudad), no habría tenido por qué haber seguido matando. Eso, al principio, me calmó al menos en cuanto a que, además de un necrófilo, Christophe fuera un asesino. Intenté seguir en mi casa. Sin embargo, al cabo de pocos días, al leer uno de los libros de mi padre, recordé como si lo estuviera contando él, lo que me había advertido sobre quien cometía esos espantosos asesinatos. Estaba seguro de que detrás de todas las muertes había un loco, un animal, alguien irracional que no tenía motivaciones ideológicas, sino pasionales. Alguien que mataba por amor o por odio. Y ahí sí que volvía a encajar Christophe, sí, claro que sí..., de maravilla encajaba él.

Y, por fin, me decidí a abandonarlo.

Los alrededores de Montmartre no eran entonces, como ahora, un lugar en el que los revolucionarios hacían gala de su inquina hacia la religión y los desmanes y la codicia de algunos clérigos —quizás se podría decir, sí, que de

una gran mayoría— destruyendo los conventos. Así terminaron casi todos esos templos sagrados tras siglos de haber permanecido inalterables en su esencia. Las huertas de donde salían los productos hacia los mercados de todo París estaban muchas en esa colina, en los terrenos que los propietarios de la abadía de Saint Pierre de Montmartre habían usado para cultivar las hortalizas mientras vivían en alguna de las casas más modestas. Esa antiquísima iglesia tampoco se salvó después del furor revolucionario, a pesar de que dicen que allí se formó la orden de los Jesuitas —o quizás justo por eso.

Había también viñedos, trigales y pastos donde algunos criaban raquíticas ovejas, y, en su parte más alejada del río, en la colina, numerosas alimañas y otros animales habitaban; de hecho, mi padre había cazado allí a menudo ya que conocía a una de las familias de hortelanos que también se lo podían permitir; a fuerza de trabajo duro, habían logrado una posición más desahogada. Cuando llegué a la puerta de la abadía, me cercioré de que nadie me hubiera seguido. No era difícil, pues, como decía, el lugar estaba entonces en mitad de un campo a través, y solo algunos árboles desperdigados salpicaban la vista. Con disimulo comprobé que, como me había indicado la buena Marie, una de las piedras a los pies del arco de mediopunto de la torre circular se desplazaba. Dejé allí el sobre con mi mensaje y volví a colocarla en su lugar, implorando a un Dios en el que no sabía si volver a confiar que ella siguiese utilizando esa forma de contacto. Podría haber ido a verla al salón, o buscarla de otro modo, pero quizás eso sería mucho más temerario, ¿cómo podía saberlo si ni sabía cuál era el verdadero peligro? Los árboles sin hojas parecían mirarme a mí y corrí para alejarme lo antes posible, pues tanta soledad me perturbaba también. Regresé enseguida a mi casa, ya segura de que, quizá, aquella era la única oportunidad de alejarme de la desgracia. El más temible de los diablos para mí podía estar durmiendo al otro lado del pasillo.

Transcurrió hasta una semana y nada sucedió. Además, Hélène no mejoró y Christophe siguió yendo a alimentarla; yo me zafaba para no acompañarlo, como es de imaginar, no podía soportar ni siquiera saber que estaba cerca, aunque a él mi indisposición no parecía importarle. Ni la pintura me calmaba; para pintar, hay que tener una limpieza de espíritu y una amplitud de mente extraordinarias y yo no conseguía alcanzar ni lo uno ni lo otro, mi atención andaba en otros asuntos. Aburrida de estar sola y desocupada la mayoría de las tardes, ya que incluso habíamos llegado en ese momento a

disfrutar de los servicios en nuestra casa de uno de los ayudantes de Christophe, me arreglé para dar una vuelta por los jardines de Tullerías que siempre era un buen lugar donde perderse y soñar. El sol lucía, las flores perfumaban el ambiente, los niños jugaban a tonto, bufón o necio, y algunos se bañaban en el río: nada llevaba a creer que los monstruos existiesen. Pero enseguida percibí que alguien me seguía. Alto, enjuto, con un andar extraño, como si al pisar no pudiera soportar el dolor en su cadera derecha, con poco pelo y vestido como un perseguidor cualquiera, imagino, pues yo hasta entonces no había visto otro más que a él —casaca roja y chaleco verde, tricornio claro, calzón corto de pana y zapatos de doble hebilla—. El pánico me hizo echar a correr, y él corrió detrás de mí. Entré en una librería y allí me siguió él, y se colocó a mi espalda. Podía oler su sudor y algo más que temía incluso reconocer. Cuando se aseguró de que el tendero hubo entrado en la trastienda a por el papel para envolver el libro por el que le pregunté, el extraño con olor desconocido me puso entre los dedos un sobre y desapareció sin decir nada más ni darme tiempo a fijarme en su rostro o en algo que no fueran sus largas manos enfundadas en sendos guantes blancos. En cuanto salí de la tienda y no vi ni rastro de él, rasgué el sobre y lo leí:

«Mi muy querida Amélie, no sabes lo que me apesadumbra la información que me has hecho llegar. Desde ya quiero enviarte toda nuestra fuerza y nuestro empuje para abandonar a tu marido, pues solo de esa forma podrás volver a ser feliz, y ese y solo ese debe ser tu destino. Como imaginarás, no es conveniente que nos reunamos antes de que llevemos a cabo nuestros planes. Es imprescindible que sigas actuando como antes de tu horrible descubrimiento para no levantar sospechas y que no adviertas a nadie de tus intenciones. La Hermandad te ayudará de un modo que seguramente te agradará, pero que no puedo desvelar aquí, pues podría significar poner en un grave peligro nuestra empresa. En breve, recibirás instrucciones de cómo proceder a continuación en cuanto hayamos realizado todos los preparativos para ponerte a salvo.

Sin otro particular y esperando poder vernos próximamente y ya en un lugar a salvo de los hombres, me despido con un fuerte beso. Siempre tu amiga, Marie».

Me eché a llorar de nuevo. La carta de la buena Marie me llenó de esperanza y, a la vez, de tristeza. Suponía abandonar todo lo que yo había sido y Christophe, y solo Christophe, era el culpable. Escupí al suelo y me habría gustado tenerlo delante para escupirle a la cara también a él.

A la mañana siguiente, me levanté temprano y fui hasta la casa de Hélène. Estaba decidida a dejarlo todo y huir, pero, a pesar de la advertencia de Marie, no podía hacerlo sin despedirme de ella. Esa mujer llegó a ser demasiado importante para mí. Entré en su cuarto, ella parecía dormir. Las cortinas, aún echadas, hacían que la habitación permaneciera en penumbra; apenas la reconocí allí recostada, tan ausente de ella la vida. Le acaricié el rostro y abrió los ojos. Se echó a llorar.

—Lo siento, no debí haber venido. Me iré de inmediato, si eso le hace sentir mejor.

Ella entonces se irguió y se recostó sobre el cabecero.

—Abre las ventanas, que entre aquí un poco el aire, que huele a hierbas podridas, y siéntate conmigo, por favor. Te he echado de menos, verte aquí siempre me reconforta.

Hice lo que me pidió, aunque a mí el olor de la habitación no me pareció el que a ella, y allí quedamos las dos en su lecho, cubiertas por las cuatro esquinas con los doseles de su cama. Un rayo de sol entraba y refulgía tras la seda aportando al cubículo una sensación mágica. Me tomó de las manos y me las besó.

—Mi querida niña... —su voz se quebró.

La abracé, su cuerpo me pareció empequeñecido, quizás había perdido peso a pesar de los cuidados de Christophe o podía ser que mis guisos no fueran lo suficientemente nutritivos. Se me encogió el corazón, ¿cómo podría abandonarla?

—Señora, tiene que disculparme, debí haber entrado a verla más a menudo, pero vuestro hijo me rogaba que me quedara afuera de vuestra vista y yo, lo siento, le obedecí. Aunque debe saber que todo este tiempo me he preocupado por usted. Siempre pensé que mejoraba poco a poco y eso me alegraba.

Hélène me retira un rizo de la cara. Tiene las manos suaves y los ojos encajados entre dos agujeros grisáceos que son ahora sus ojeras. Parece tan envejecida desde la última vez que la vi tan de cerca... Aunque huele a limón como si estuviera recién aseada.

—No te disculpes, por favor, porque quien debe disculparse siempre he sido yo. Llevo semanas atormentada, indagando dentro de mí para conocer las respuestas. Pero todas me llevan a la verdad. Debí haber confesado mucho antes. Solo eso, quizá, podrá salvarme. Amélie, debo pedirte perdón —se tiró al suelo y se arrodilló ante mí, el pelo alborotado, el camisón a medio salirse de los brazos—. Te entregué a un monstruo —gritó, tirándome de las manos hacia abajo, mientras yo tiraba de ellas hacia arriba, temiendo que alguien la descubriese en esa posición rastrera—, dulce a veces, considerado, pero incapaz de ser de otra manera. Yo soy culpable de un crimen horrendo y no tú.

Por fin conseguí que me soltara y, de paso, se levantara del suelo y volviera a comportarse como una señora de alta posición. Verla allí postrada a mis pies me ponía muy nerviosa, pues bastante tenía yo con mis propios quebraderos de cabeza como para entender los tejemanejes que ella me quería confesar.

—Por favor, por favor, levántese, señora Héléne.

Me hizo caso y volvió a sentarse a mi lado. Aunque continuó y yo la escuché interesada de a dónde quería llegar:

—Él fue mi perdición, pero debería haber sido más valerosa y haber resistido. Creí, tonta de mí, que podríais ayudarle a ser otro. Pero está visto que las personas son como son y nada puede hacerles cambiar sino Dios. Quizá la muerte sea la única forma de redención.

¿Estaba hablándome Héléne del monstruo de su hijo? Me resistí a creerlo. Aunque ¿a quién si no se estaría refiriendo?

—¿Habláis de...? —acerté a balbucear.

—Tu marido, sí —me interrumpió—. Él es el asesino de las Anandrinas. —Me quedé helada, a punto estuvo el color de huir de mi cara, lo contuve con unos pellizcos certeros en los mofletes que ella observó frunciendo el ceño—. Yo te puse en sus manos, Amélie. Estaba convencida de que el amor podría enmendarlo, de que se enamoraría de ti y la vida que podrías darle le sería suficiente. Pensé que, al ser tu padre quien era, él encontraría en tu familia todo lo que necesitaba.

Me levanté. Entendí de repente. A punto estuve de tirarla de la cama de la rabia que me dio.

—Me está diciendo que sabía que Christophe era un perturbado y que me entregó a él por quién era mi padre. ¿Es eso lo que intenta decirme, señora

Hélène?

Ella se echó a llorar, por cuarta vez, más o menos. Sus lágrimas empezaban a molestarme, por cuanto en ese momento no las podía yo ya ver demasiado sinceras.

—Algún día, dentro de poco quizá, serás madre —me dijo entre sollozos e hipos—. Entonces entenderás mi sacrificio. Era tan solo un joven, quizás meses antes de que tú aparecieras en nuestras vidas asomada al árbol del jardín. Teníamos una criada. Una tarde al volver a casa Albert y yo, la encontramos en el suelo de la cocina, bañada en sangre, con el cuello rajado y las faldas levantadas. Él estaba en su cuarto, tan tranquilo, con las manos ensangrentadas. Ni siquiera se había molestado en lavarse. Esa, quizá, fue su entrada en la pubertad.

Hablaba sin mirarme, a gritos unas veces y otras en apenas un susurro. Yo estaba empezando a perder la paciencia —creo que me duró entera demasiado— y toda la admiración que sentía por ella se estaba tornando aversión.

Pensé en abofetearla, pero me contuve, pues no es digno de una dama actuar así ni siquiera cuando su suegra le confiesa que su hijo es un asesino contumaz que además de matar, viola a las muertas y que ella lo sabía desde la más tierna infancia del crío. Así que las Anandrinas fueron violadas después de ser asesinadas... al menos me quedó ese consuelo, que no era poco.

—Él es mi sangre, es mi único hijo, tenía que hacerlo. No puedes entender lo que ha supuesto para mí que la sangre de mi sangre fuera capaz de esas monstruosidades, que aquel a quien has educado para que fuera como tú, es un monstruo, todo lo contrario a lo que tú eres; él, en lugar de amar a las mujeres, las maltrata. Tú fuiste lo mejor que se me ocurrió que podría hacer por él. Yo conocía de hacía mucho tiempo a tu padre. Sabía a lo que se dedicaba, era un gran hombre... Mi marido estaba convencido también de que la demoníaca naturaleza de nuestro hijo quedaría saciada de sangre con las muertes del cadalso. Por eso... sí, debes saberlo, aunque sea para ti un descubrimiento ingrato... Por eso él consintió en seguir dándote clases. Tenía la esperanza de que tú o la profesión de tu padre lo salvaríais. Pero... ni siquiera eso funcionó. Lo entendí en cuanto vi su carta de amenaza. Solo él podría saber que yo soy quien está detrás de la investigación de Homero. Y llegó a amenazarme también a mí. Jamás habría creído eso de él. Solo ahora me siento libre, ahora que he conseguido reconocer lo que él es. Y por eso te

lo cuento. Ya es hora de que lo sepas tú también.

—Hélène, ahora, tú serás libre. Pero a mí me has encadenado.

Entonces sí la abofeteé.

Llamaron a la puerta, lo cual supuso un alivio, pues la situación estaba tensa. Me levanté. Hélène se tapó con las sábanas y se limpió las lágrimas, se recostó sobre su almohada y cerró los ojos. Hacía algún tiempo que no veía al señor Albert y me sorprendió comprobar lo que había engordado.

—Estás aquí, Amélie, no te oí llegar. Solo quería decirle a mi esposa que puede quedarse tranquila, por fin han encontrado a la asesina de las Anandrinas.

Hélène se levantó de golpe. Parecía no comprender.

—¿Cómo es posible? ¿Una mujer? —gritó.

Entendí su turbación al instante. También yo me sentía perdida. Quizás, después de todo, mi marido era un desequilibrado, pero la estrategia de Hélène y del señor Albert podría haber funcionado. Una cosa era ser un asesino en serie y otra muy diferente un enfermo de la carne. Puestos a elegir, yo sabía bien con qué quedarme. Y lo de la criada de Hélène podría haber sido solo un accidente. Quiere la razón atender a razones cuando la locura parece la única salida posible.

—Pero esos crímenes tan espantosos, ¿una mujer podría haberlos cometido?

—Sí, si es quien parece ser que es: los celos son un gran motivo para matar, ella conoce las técnicas para violar pues las emplea a menudo para divertirse, conocía también a todas las víctimas, tuvo la oportunidad y, además, y lo más importante, ha confesado.

—¿Y quién es esa mujer? —pregunté yo, intrigada. Quizás y a la luz de la respuesta, debí haberme callado.

—Alguien a quien ambas conocéis bien. Vuestra amiga Lisbeth de Fleury, quien dicen que creó la secta de las Anandrinas. La han capturado cuando estaba intentando huir de París, resguardada en una fonda de las afueras. Ya está a buen recaudo, precisamente en la cárcel de Grève.

33. ¡Oh!... ¡Cuánto amor!



Lo que ocurrió a continuación lo he querido borrar mil veces de mi memoria. Pero, cuanto más lo he intentado, más a fuego se ha grabado. Advierto al amable lector de que, si hasta este momento se ha sentido turbado alguna vez por mi relato, lo que narraré a continuación hará mejor en dejarlo para la ocasión en que se encuentre dispuesto a sufrir y solo entonces podría leerlo y, después, si es posible, sentarse y abrazar a alguien a quien ame, pues dicen que, aferrados al amor, la maldad se lleva de manera bastante más agradable y hasta se olvida mucho antes.

Debo advertir, eso sí, de que algo íntimo había cambiado en mí, pues yo me tomé todo esto de una forma muy diferente a como lo había hecho hasta entonces. Creo que se darán cuenta por cómo he podido relatarlo. En realidad, yo había cambiado. Pero lo cuento ya, así, quizá, la pena algún día podría disminuir.

Christophe ejecutó a Lisbeth. Los detalles de semejante horror los omito, no por usted, por mí. Todavía hoy no he conseguido evitar ponerme a llorar cuando recuerdo aquel cruento error que cometió la justicia, si es que se podía llamar así al procedimiento miserable que se ponía en marcha con una confesión como la que el atormentador armado con las herramientas más viles que ya he detallado antes y otras similares —pues muchas más había a disposición de mi marido y sus secuaces, y de diversas subclases— podía obtener de una pobre alma indefensa, sola y asustada, cuya única salvación parecía residir en morir, cuanto antes, mejor.

Como Montaigne afirmaba, yo pienso: «Es una invención peligrosa la de los tormentos, y más bien parece que sea un ensayo de paciencia que de verdad, y el que los puede sufrir oculta la verdad tanto como el que no los puede. ¿Por qué el dolor me ha de hacer confesar lo que es cierto, más que obligarme a decir lo que no lo es? ¿Qué no diría uno, qué no haría para librarse de dolores tan acerbos? De aquí resulta que aquel a quien el juez atormentó para que no muriera inocente, muere inocente y, además, atormentado. Miles y miles de acusados han hecho confesiones falsas. Varias naciones menos bárbaras en esto que la griega y la romana, tienen por horrible

y cruel atormentar y despedazar a un hombre de cuyo delito no se tiene certeza absoluta. ¿Qué puede creer de vuestra ignorancia? ¿No sois injustos vosotros, que, para no matarlo sin razón, no hacéis más que matarlo?».

Yo sé que, con mi amiga Lisbeth, justo así ocurrió.

Llorosa, apenada esperando el ajusticiamiento de mi amiga, sin poder dejar de vagar de un lado a otro del salón como alma en pena que transita por la laguna Estigia esperando su final, aguardaba en casa aquella tarde espantosa el mensaje de la buena Marie en el que me especificase cómo y cuándo abandonaría para siempre mi hogar y a mi marido; fuera o no un asesino, yo ya no quería tener nada que ver con él.

Y había guardado ya la ropa de invierno, regado las plantas del jardín, dejado comida preparada en escabeche y salazón para varios días, convencido al gato que se había instalado hacía poco en el jardín de que se fuera a vivir a otro lugar más conveniente —lo que me costó varios días tirándole arenques por encima de la puerta de la vecina a su patio— y concluido algún otro preparativo más. Me senté entonces a esperar más cómoda, intentando no pensar en lo que estaría sucediendo en las calles aledañas, nerviosa, llorando cuando me acordaba de mi amiga y de su suerte y, sobre todo, en mi fuero interior, rogando con fervor a Dios por que los familiares de Lisbeth reclamaran su cadáver, no fuera a ser que Christophe la enjabonase a ella también.

Entonces llegó él. Sentí un estremecimiento que me recorrió de pie derecho a pie izquierdo, y por el camino incluso tuvo tiempo de helarme las tripas y, aunque no las enumeraré, algunas otras partes íntimas del cuerpo.

—¿Qué tal has pasado la tarde, Amélie? —me dijo, con una sonrisa—. Te veo mucho más contenta estos días.

Me sorprendió su sagacidad. No le había encontrado yo antes tan despierto. Pensé que, sin duda, el asesinato de la pobre Lisbeth le habría agudizado el intelecto. Esta vez al menos venía limpio. Se acercó a mí y, por detrás, me dio un beso en el cuello que me dejó paralizada. Mi piel, que tiene memoria, recordaba aquellos besos, pero a mi cerebro, que al parecer posee una memoria más gorda y desarrollada, le repugnaban, así que la mitad del cuello se me erizó y la otra mitad se sintió estremecer de miedo. Me pregunté si mi cuerpo sentiría algo al ser violada salvajemente después de írseme el sentido en el ahogamiento y la mutilación de mis pechos o si una vez desangrada, poco podía yo ya temer.

En semejantes incongruencias estaba ocupada mi mente, por ocuparse en algo, creo yo, ya que me veía incapaz de hacer lo que debía hacer y escapar corriendo de él, cuando Christophe me metió la mano bajo la falda y me acarició cuanto pudo alcanzar desde su posición. Entonces toda mi sangre subió a la cabeza de repente y me quedé congelada de cuello para abajo. Sin moverme. Sin respirar. El miedo, se lo juro, le deja a uno los músculos tan inmóviles como si se los hubieran pegado con engrudo de almidón. El pavor a que me siguiera tocando me hizo, por fin, reaccionar como era mi obligación.

—¡No! —Acerté a gritar. Le di un empujón y me levanté.

Él se quedó pasmado.

—¿Acaso te ocurre algo? Hace mucho que no estamos juntos. Te echo de menos, Amélie. ¿Tú no me echas a mí?

De mi casa sí habría querido echarle, ciertamente. Pero era una estupidez hasta pensarlo, pues en realidad era la suya. Yo no tenía ni nombre ya, había adoptado el de él. La fortuna de mi padre era escasa, vendieron casi todo cuando él murió y mi madre se llevó con ella el beneficio para emprender su nueva vida; yo lo vi justo, pues gracias a ellos —ahora lo sabía con claridad— había hecho un gran matrimonio que me proporcionaría todo lo que yo necesitase en el presente y en el futuro. Qué idiota fui enamorándome de él. Intenté disimular en la extraña situación en que me encontraba atusándome el cabello y recomponiendo mi vestido que él había levantado y colocado fuera de donde debía estar, y creo que en parte lo conseguí pues llevaba disimulando ya unas semanas y, a la vista estaba, no me había ido demasiado mal. Venciendo mi repugnancia, lo besé.

Al separarme de él, su cara me lo dijo todo. Me agarró en volandas y me llevó hasta nuestro cuarto, me tiró sobre la cama y echó el cerrojo a la puerta.

—¿Qué ocurre, mi cielo? —le pregunté, sintiéndome atrapada y temblándome las piernas, sin adivinar del todo cuál sería su intención, aparte de la muy obvia.

—Quiero un hijo. Y tú me lo vas a dar. No entiendo por qué no estás ya en cinta.

En ese momento, no supe calibrar bien si él era idiota, o si pensaba que los hijos los traía también en el caso de las mujeres de a pie el espíritu santo, aunque en seguida entendí que se refería a cuando ambos disfrutábamos de esos encuentros de pasión. Pero muchas cosas habían cambiado desde

entonces. Sobre todo, había cambiado él. Y yo en ese momento no estaba dispuesta de ningún modo a darle un hijo. En realidad, solo quería correr, huir, escaparme, volar. Me fui hacia la puerta. Él se puso delante.

—¿Dónde vas? ¿Ya no me quieres? Porque yo a ti te amo. Quizás no he sabido demostrártelo como debería, pero ahora sí lo haré.

Se quitó el cinturón y se desnudó de cabo a rabo, y nunca mejor utilizada ha sido esta expresión. Ahorraré los detalles escabrosos, pero sí contaré que nunca le había visto así de semejante su artefacto. Me dio miedo, ni muerta podría yo no haber sentido como un puñal aquello dentro de mí.

—Ni de broma, Christophe —me miró con expresión furibunda—. No me encuentro bien, quiero decir —rectifiqué, intentando darle pena.

Creo que no se la di.

—Ven aquí —me dijo, al tiempo que me tumbaba sobre la cama.

Y así me tuvo, durante días, encerrada en la habitación. No me dejaba salir ni para hacer mis necesidades —las recogía puntualmente dos veces al día en el orinal que volvía a traerme limpio y reluciente, eso hay que reconocerlo; guarro, no era mi marido—, me traía agua y comida y retiraba los platos sin apenas probarla, hasta que comprendí que de allí no saldría viva si, además de follada cada día hasta cinco y seis veces, dejaba yo de alimentarme. Al principio, me resistí, aún temblorosa por otro de sus envites, pensé que yo era mucho más de morir defendiéndome que esperando tranquilamente que él me rebanara el pescuezo, o los pechos, que lo mismo de macabro me resultaba. Pero él era mucho más fuerte que yo. Siempre lo son o, de lo contrario, no actuarían así. Ha sido de ese modo desde que la tierra está poblada por hombres y por mujeres, que a saber cuándo fue ese momento, pues el registro se perdió entre otros muchos secretos y misterios que siguen sin la explicación pertinente y, por tanto, nos impiden rectificar.

Pasados unos días, y al darme cuenta de que su intención no era más que hacerme un hijo, sabría dios a cuento de qué le había dado ahora esa obsesión extraña, y al disponer yo de tanto tiempo libre encerrada allí dentro sin otra cosa que hacer más que esperarle a él, pensé en mi padre, pensé en su teoría sobre el amor tierno y luminoso y en las flores de Leibniz, pensé en mí misma y en lo que podría perder y ganar si me clavaba en algún lado blandito pero vital el tenedor que acompañaba a mi comida para intentar quitarme la vida o, mucho peor, si intentaba clavárselo en un ojo a él y no lo conseguía a

la primera. Teniendo en cuenta mi suerte, desistí, pues consideré que era mejor esperar que se calmara, aunque cada día me daban más asco su cuerpo, sus manos, sus besos, sus lametones y hasta el más ligero contacto con su piel, y llegué a odiarlo tanto como algún ser sobre la faz de la tierra haya odiado con más odio al más odioso de los humanos. Aunque también llegué a creer que, si me mostraba tranquila, al menos, conservaría mi vida. Un “no” es un “no”, lo mires por donde lo mires, pero si un “no” significa morir, pues que venga un “adelante” mientras se busca una solución más satisfactoria para ambas partes.

Y entre violación y violación —ya que tuve entonces demasiado tiempo libre como para dedicarlo solo a meditar—, empecé, primero, a caminar por la habitación a menudo, a hacer ejercicios sentada sobre una estera en el suelo para desentumecer las piernas, a saltar desde la cama para comprobar hasta dónde llegaba; y, después, a correr subiendo y bajando por los obstáculos que por allí en medio coloqué, a tumbarme en el colchón y levantar el torso para endurecer el vientre y a engancharme en el quicio de la puerta del armario de roble y subir y bajar con los brazos en tensión. En alguna ocasión no me maté de milagro y algún que otro coscorrón sí que me llevé. Teniendo en cuenta las circunstancias, no es para quejarse, pero sí se lo cuento para que sepa el lector interesado que he continuado después con esa costumbre que allí adquirí y noto cómo mi cuerpo envejece un poco menos rápido. Pruébelo, se lo aconsejo, no se arrepentirá.

Pero pasé tantos días allí, que miedo me dio perder la razón como la había perdido Hélène y, para seguir entrenando mi mente y mi cuerpo al mismo tiempo, me encontré obligándome a memorizar pasajes enteros de la Odisea y, cómo no, volví a meditar sobre todo lo que ella había supuesto para mí. Mi suegra y su conocimiento maravilloso de la Antigüedad me habían abierto un mundo nuevo y al mismo tiempo me los habían cerrado todos. Recordé el fatídico libro de Voltaire y me reí con ganas cuando me di cuenta de lo estúpidos que resultaban los buenos deseos, cuando todas las mujeres del planeta estaban obligadas de algún modo, por su naturaleza, por su educación, por su pasión, por su inclinación, por la necesidad o por la fuerza, a criar a los hijos que los hombres les engendraban no siempre con amor, y ni siquiera las mujeres como Hélène eran capaces de extirpar de ellos la monstruosidad aunque la demostrasen ya mientras estaban bajo su influencia. Sin embargo, también era cierto que sí había otros que, como mi padre, aun pareciendo monstruos, resultaban ser las personas más bellas de toda la creación. Y

también eran hombres.

Un día, de repente, Christophe abrió la puerta de mi habitación y me esperó fuera. Cuando me decidí a salir pasados unos largos instantes, ya que no confiaba en su buena voluntad y no sabía si fiarme de lo que me tendría preparado al otro lado de mi prisión (quizá, el muy cabrón, me quería dar la muerte allí tras hacerme pensar que me había librado de ella), Hélène aguardaba sonriente y en perfecto estado de salud, al menos, en lo que yo veía de ella desde allí.

—¡Enhorabuena, Amélie, querida! ¡Enhorabuena! ¡Sí!

Me abrazó llorosa. Me alegré de la tenacidad con que había realizado cada día mis ejercicios; de lo contrario, me habría caído redonda al caminar de nuevo por una sala tan espaciosa como nuestro salón. Aun así, era fácil percatarse de que parecía un pato mareado, pues el cuerpo enseguida se resiente de ser atravesado una y otra vez por un pene enhiesto, encerrado entre cuatro paredes, privado de la luz del sol y alimentado a base de arroz y carne de pollo hervidos.

—¿Enhorabuena? —le pregunté yo, pensando que, sin duda, madre e hijo habían terminado por perder la cabeza y los dos estaban tramando asesinarme allí mismo y comerse mi carne fresca como parte de algún ritual de hechicería bajo la luz de la luna. Sin embargo, estaba tan dolorida y magullada por el ímpetu sexual de Christophe que de todas formas me senté, aun con cuidado, segura de que, por mucho que intentase escapar, sería del todo inútil. A veces, la única salida es la resignación.

—No hace falta que lo ocultes más, Christophe me lo ha contado todo.

Él sonreía. Se sentó en el otro extremo de la estancia. Ella vino a sentarse a mi lado. Disimulé el malestar en mis ojos al mirar a la claridad. Christophe me había ocultado la ventana desde fuera con un tablón que, al menos desde donde yo permanecí, parecía apoyado contra el muro y mantenía en penumbras mi lugar de tortura. Esa luz tan maravillosa que ahora se colaba sin tapujos por el quicio de la puerta y los cristales me dio el empuje para preguntar. Creo que fue esa la razón, pues pensado ahora en frío me doy cuenta de lo mucho que arriesgué.

—¿Has sabido lo que ha hecho tu hijo conmigo, Hélène? ¿Sabes cuánto tiempo llevo encerrada en ese cuarto?

La inconsciencia es un defecto que muchas veces cura la edad. También lo curan los azotes de una vara larga en un costado, pero ese otro

remedio no lo he llegado yo a probar, según se ha comprobado ya varias veces a lo largo de mi relato, y, es más, no lo pienso probar jamás ni con mi persona ni con nadie cercano a mí pues debe de doler bastante y ya sé cómo defenderme, casi siempre.

—Vamos, vamos, hija mía, que no creo que sea para tanto —insistió mi suegra, con la sonrisa puesta—. Al fin y al cabo, es tu marido, y lo que me ha contado es maravilloso. ¿No estás contenta?

Investigué en mi interior las razones que yo tenía para la alegría... Tardé poco en concluir que mi querida Hélène había extraviado definitivamente y del todo la razón y, como mucho, yo podría sacarle de su error, pero que no lo iba a hacer porque no estábamos allí para perder más el tiempo. Ella así me lo demostró enseguida.

—Es imposible que una mujer como tú, Amélie, tan dulce y tierna, no se emocione al saber que va a ser madre.

A punto estuve de vomitar, no sé bien si por las náuseas del embarazo o por el asco que sentí. En mi vientre empezaba a crecer un niño de esa familia de monstruos y yo ni siquiera me había percatado, tan ocupada había estado las últimas semanas en sobrevivir. Pero enseguida me di cuenta de que podría tener razón. Y él, sin duda, lo había apreciado.

No era difícil anotar cuál había sido la fecha de mi última mancha y comprobar que, llevando ya en esa habitación más de dos meses, no había vuelto a tener que ponerme una compresa, así que lo lógico era concluir que él había logrado su objetivo. Ni podía lavarme siquiera las entrañas cuando él terminaba besándome todo el cuerpo y me dejaba allí, tumbada en la cama para que, según él, descansara mejor a solas y estuviera fuerte y sana para la siguiente embestida.

Me sentí violada por dentro y por fuera. Espiada, engañada, utilizada, esquilada, maltratada, ridiculizada, pisoteada, poseída, sucia, flagelada, asqueada e infeliz. Me habría gustado apuñalar mi vientre y sacarme de allí lo que de él quedase, vivo o muerto. Pero, al mismo tiempo, supe que jamás lo haría. En el mismo momento en que pensé en mí como una madre, algo se apaciguó. Quizás esa es la misma magia que ha embrujado a millones de mujeres a lo largo de la historia del mundo para que permanezcamos al lado de nuestros hijos y lleguemos incluso a dar, si es preciso, nuestra vida por salvar la suya. Porque ¿acaso son ellos culpables de nuestros propios pecados o de los de sus padres? Me acaricié la tripa, en un gesto involuntario que

repetiría después cientos de veces a medida que aquello empezó a adquirir un tamaño inaudito teniendo en cuenta mi esqueleto fino y mi cuerpo delgado, más aún en ese momento en que la comida de Christophe, mucho peor que la mía —y menos nutritiva—, había hecho mella en mí. Y ya, sépalo el lector, empezaba a angustiarme tanto interés por la composición de los alimentos ingeridos, supongo que por lo raro de la situación.

—Ahora todo mejorará, Amélie, un pequeño Christophe es lo que todos necesitamos. —Tuve que sentarme. Las arcadas aumentaron y corría peligro la integridad del sillón, del rostro demasiado cercano al mío de Hélène y de mí misma—. Un regalo para esta familia. Lo que ha ablandado el corazón de mi hijo y ha hecho que yo me sienta recuperada. Todo empezará otra vez, todo, tendremos una nueva oportunidad de enmendar nuestros errores. Él es nuestra esperanza. Y yo quiero agradeceréte. No soy capaz de expresarte de qué modo me ha servido esta noticia para volver a ser feliz.

Si yo me sentía feliz, que dios se levante ahora mismo de donde quiera que esté y recite el *Te deum*. La abracé y me encomendé a mi padre quien, de algún modo inimaginable para mí entonces, supe que tenía la obligación de ayudarme a salir de ese embrollo.

34. Michel



—Michel, cariño, no corras, que puedes hacerte daño si te caes ahí.

Hélène corre tras su nieto. Están felices. Ella lo quiere a él con toda su alma y él le devuelve con creces su amor, como sólo los niños saben. Los observo y no puedo, de nuevo, evitar sentir el vacío dentro de mí. Tanta felicidad siempre es el preludio de la catástrofe, me atrevo a asegurar. Esa sensación me persigue. Pero no fui capaz de huir. Soy cobarde, mucho más de lo que jamás habría pensado. Y me avergüenzo de mí misma, pero no logré vencer ese maldito miedo que se agarró a mis vísceras y muchas veces me lo encuentro todavía rondándome. Ni siquiera los consejos de mi padre me sirvieron.

—¿Por qué no dejas que te ayudemos, Amélie? Podrás rehacer tu vida con el niño, no necesitas a ningún hombre para sobrevivir —insistió a menudo la buena Marie mientras duró mi embarazo y mucho tiempo después.

Pero ella no había pasado toda su vida a la sombra de hombres y de mujeres, superando cada día su desprecio, la humillación, la ignominia que significaba ser la hija del ejecutor. De un modo extraño, ya que Michel era justo eso, quise evitarle a mi pequeño un estigma aún peor. Porque, si ser el hijo del ejecutor es una mancha entre tanto hombre y mujer estúpidos, mucho peor es no tener padre, y, sobre todo, no tener para sobrevivir. Eso pensé cuando por fin nació Michel y la buena Marie me volvió a ofrecer sacarme a mí y a él de París. Mientras Christophe me mantuvo presa en nuestra casa para dejarme embarazada, la buena Marie me buscó desesperada, pero jamás llegó a pensar que me hallaría en la habitación de nuestra propia vivienda, siendo ensartada y ensartada. Y, cuando él me liberó y ella vino a visitarme y le conté lo que él me había hecho, gritó, volvió a gritar, se enervó aún más y terminó tirando la taza de té contra la pared —aunque por fortuna ya se lo había bebido—, pero tuvo que contenerse cuando se dio cuenta de que yo ya no iba a abandonarlo, pues, en efecto, tenía un ser vivo creciendo dentro de mí y, si me iba, podíamos morir los dos. Esa fue la razón que me di a mí misma para esconder mi cobardía, sí. Y Marie tenía también un hijo mayor, sabía lo que era sentir que tu vida ya no es nada si la de él se ve en peligro. Esa sensación

de ser imprescindible para quienes amas que te pega al suelo de tu casa la tienen millones de mujeres en el mundo, estoy segura.

—Lo siento, Marie, el embarazo está siendo muy difícil, el médico me lo dijo desde el principio: «Amélie, eres demasiado enclenque, y tienes una enfermedad extraña que no sé bien reconocer, pero ahí está. Si te mueves demasiado, si tienes alguna preocupación más alta que otra, si levantas más peso del debido, si respiras un poco fuerte, lo perderás, y podría ocurrir la desgracia de que te pierdas con él. En estas cosas, nunca se sabe, y lo mejor que puedes hacer es quedarte sentadita».

Ahora albergo la duda de si ese médico fue cómplice de mi marido o, incluso, de mi suegra. Pero, de cualquier modo, el miedo me mantuvo atada toda la gestación, sin moverme, sin pestañear, sin ir al mercado ni a pasear por los jardines de París, sin bañarme en el río. Sin huir.

Además, Hélène estuvo siempre conmigo; ella cuidó de nosotros como si fuera una perra con sus cachorros. Mi madre enfermó justo en esos días y yo sufrí por no poder ir a acompañarla. Aunque mejoró, prefirió no venir a verme por si lo que tenía —una enfermedad extraña de las muchas que van y vienen— no se había ido del todo y podía contagiármela a mí o al niño. Lo sentimos las dos, pues yo no la había visto desde que se fue de París tras fallecer mi padre y me habría gustado mucho tenerla a mi lado en esos momentos. Aunque, también, fue un alivio: ¿cómo podría haberle ocultado a ella quién era en realidad Christophe si la tenía cara a cara?

Así, pasé casi ocho meses postrada en la cama y engordé y engordé, hasta convertirme en una especie de sapo embarazado, en vez de verde, de color carne pálida y con pelo en la cabeza —que, por cierto, creció sano y lustroso como nunca—.

Y también tengo que reconocer que, mientras eso sucedía, Christophe cambió. Al menos lo hizo en la intimidad. En realidad, no sé qué hacía él más allá de la puerta del jardín, pero eso, entonces, no me importaba: solo quería sobrevivir y llegar a verle la carita a mi hijo. Así que cerré los ojos y disfruté pensando en él, en cómo sería... en su sonrisa. La felicidad es tan efímera como una gota de rocío sobre una hoja de peral; al sacudirla, lo normal es que se desintegre en el aire.

Todos los días durante el embarazo, Christophe pasaba un rato conmigo, me daba masajes en los pies, me traía dulces, me agasajaba con regalos. Se produjo en él una metamorfosis espectacular, incluso alguna vez

llegó a prometerme que abandonaría el cargo de ejecutor en cuanto el niño tuviera conciencia de lo que significaba. Me lo juró y me lo perjuró, y yo necesité creer que nuestra vida podría llegar a ser normal. Quise perdonar. Dicen que el amor significa eso y, aunque yo ya no lo amaba y tampoco le creí jamás —alguien que es capaz de hacer lo que yo vi, no era digno de mi perdón ni de una segunda oportunidad—, no me sentí con fuerza y tesón suficientes como para enfrentarme a la realidad y terminé por acostumbrarme de nuevo a su presencia.

Creo que me resistía con toda mi alma a aceptar que él fuera un perturbado y hasta llegué a creer a Hélène cuando una tarde vino y me relató, totalmente convencida, que se habían equivocado juzgando a su hijo y que la historia que él les había contado sobre lo acontecido con su criada (que se había suicidado y él solo la miró mientras dormía tirada en el suelo) era cierta. Además, Christophe, con su forma de actuar, parecía querer demostrarme que todo el mundo puede hacer algo que no debe y merece una segunda oportunidad.

De modo que, cuando el niño nació y la buena Marie volvió a preguntarme si quería escapar de él, me negué de nuevo, le expliqué que el bebé necesitaba un lugar para vivir tranquilo y libras a fin de mes, y que yo no iba a quitarle ni lo primero ni lo segundo.

—Mejor me lo pones, niña mía, ahora es cuando más debes dejarlo. Piénsalo bien; sobre todo, piensa en tu hijo. ¿Querría tener un padre así? Por mucho que quiera demostrar otra cosa, sin duda es un violador, quizás sea un asesino —yo no lo descarto— y además es un ser muy raro. Parece un lagarto.

Yo entonces lo pensé; quería mucho a Marie y, siempre que me visitaba, me hacía dudar. Muchos días con sus noches, medité sobre su oferta: durante el primer mes de vida de mi hijo, el lagarto no abandonó mi pensamiento. Me encerré en mi habitación con el niño y, mientras lo amamantaba y mis pezones se llenaban de grietas y la tripa se me desinflaba con cada chupetón de él, pensé. Y, al final, me reafirmé en mi decisión y seguí allí por él. Fui, de nuevo, cobarde: ¿y si me ocurría algo? ¿Quién cuidaría de él? ¿Y si me entraban unas fiebres de esas tan de moda? ¿Y si me secuestraban? ¿Y si Dios me enviaba un asaltante de caminos y de mí se deshacía de una certera puñalada al cerciorarse de mi pobreza? El miedo, sí, me hizo ceder. A donde me dirigiera, estaríamos solos, él y yo, sin pasado ni memoria. Solos ante los hombres. Y los hombres no perdonan a una mujer que

viaja sola.

Me vendí a mí misma, sí, a cambio de la promesa de un futuro más halagüeño y de un espejismo que me inventé, temerosa de enfrentarme a mis semejantes sin ayuda de nadie. Pero ¿es que acaso una mujer tiene otra alternativa? ¿Cómo podría yo ganarme el sustento? ¿Me mantendría la Hermandad durante el resto de mi existencia?

—No —me respondió la buena Marie—. Podemos ayudarte a escapar e incluso te proporcionaremos algún dinero para vuestros gastos al principio, pero no es una gran fortuna. Amélie, el valor debes demostrarlo tú. Ya es suficiente ayuda el sacarte de París. Eso sí podemos hacerlo, puedes elegir el país, hay varios donde escoger. Él jamás te alcanzará ni sabrá dónde te has ido. No podrá encontraros nunca. Ten arrestos y huye.

Pero yo quería mucho más y terminé olvidando que el miedo jamás resulta un buen consejero.

Además, es cierto, Christophe no volvió a ponerme la mano encima. El niño le había convertido, de repente, en una persona mejor. Con él, era un amor, y conmigo siempre fue respetuoso desde entonces —antes, ya sabe el lector que no—. Acepté vivir con una persona a la que ya no quería, a cambio de que esa persona quisiera a mi hijo. Quizás Hélène tuviera razón y todo lo que Christophe necesitaba era más amor. En eso, además, coincidía con mi padre, la buena señora. El poder del amor para él era infinito.

Y perdóneme el lector la insistencia en mis argumentos, me doy cuenta de que vuelvo una y otra vez a los mismos. Es el sentimiento de culpa. Aún no me ha abandonado.

Aunque, a pesar de todo, la buena Marie siguió protestando con energía y, durante meses, intentó convencerme de que eso del amor no es más que otra de las patrañas que los hombres se han inventado para mantener atadas a las mujeres y conseguir que no vivamos como queremos. Años después, y vivido lo vivido, creo que en esto ella no tenía razón y mi padre, sí: sin amor, seríamos tan solo animales parlantes. Pero Marie volvía a mi casa a menudo para darme todo tipo de razones por las que me equivocaba, hasta que una tarde, cansada de mi terqueza, claudicó:

—Te equivocas, niña mía, pero cada uno se equivoca en su propia vida y con sus propios errores.

No regresó ya más a verme, pues sufría mucho al vernos allí a Michel y a mí, aunque se aseguró de que supiera que siempre podría volver a pedirle

ayuda acudiendo a la iglesia de Saint Pierre de Montmartre. Allí estarían para ayudarme las mujeres de la Hermandad, si se me pasaba la chaladura o terminaba necesítándolo.

El día que se despidió, me besó y me abrazó, y vi una lágrima resbalar por sus mejillas. La buena Marie fue para mí casi como mi hermana mayor.

Lo que aún no he logrado entender es que ella no se diera cuenta del motivo más importante que me hizo quedarme con mi marido. Mi padre lo había intuido y por eso no quiso mostrarme su secreto: el conocimiento es la libertad, pero una vez enganchada a él, renunciar a conocer es imposible. Ahora creo que, de habérsela revelado yo, quizás la buena Marie habría entendido mi otra razón: también ella estaba sometida por el espíritu del saber. Aunque su cabeza habría domado a su corazón y me habría obligado a huir. Por eso me callé. Porque yo me quedé, sobre todo, por Héléne y su maldita investigación. Como mi padre adivinó, yo necesitaba saber.

Héléne levanta a Michel por los aires y el niño ríe a carcajadas. Christophe los observa mientras corta una raja de melón. Su sabor dulce le encanta y me ofrece un poco. Nadie podría decir que alguna vez fue quien yo vi. Es como una alucinación. Por eso, solo disfruto de los momentos como estos, sin pensar, mientras mantengo alejada de mí la inquietante sensación de que se acabarán. Quiero tener fe. Christophe llama a Michel y él corre a su encuentro, se tiran al suelo, le hace cosquillas. Héléne viene hacia mí.

—Gracias, Amélie, por permitirme vivir esto.

—Por favor, deje de decirlo, no puede darme las gracias cada vez que venga a nuestra casa.

Helène ha cambiado tanto... desde que supo que estaba embarazada, no ha vuelto a sufrir esa espantosa enfermedad que la había mantenido en un estado de duermevela, triste, histérica, alterada.

—Le has hecho convertirse en algo bueno, Amélie —insiste mi suegra—, mi hijo es ahora mejor por ti. Gracias.

Creo que hasta el señor Albert se ha convertido en alguien diferente, se le ve más alegre, más amable, más cariñoso con todos; con Héléne sobre todo. Vienen y se van juntos a menudo, aunque ella vuelve a todas horas y a veces se queda con el niño mientras yo tengo tarea.

—No me dé las gracias. Estoy bien aquí con él —le respondo y realmente lo pienso, creo que todos somos más felices ahora, cada uno a nuestra manera.

Y todos lo merecemos alguna vez. Por eso intentamos que ese momento se alargue, incluso de forma artificiosa, aunque en realidad eso es como intentar pegar de nuevo a las ramas las hojas caídas de los árboles.

—La familia es lo más importante, Amélie —dice mi suegra y sonrío al mirar a Michel—. Lo único verdadero entre tanta falsedad. Yo echo mucho de menos a mis padres, hace tanto ya que los perdí...

Me alegra que ella sea como yo. Cada vez que recuerdo a mi padre, lo veo enjuto, con la cara demacrada; su imagen se me ha quedado grabada y aún no se ha diluido. Intento disimular el dolor. Para eso, a menudo, vuelvo a correr por la habitación, me tiro al suelo a elevar el tronco y bajarlo, y luego camino hasta la Abadía de Saint-Terence-du-Ponti y subo y bajo los trescientos escalones hasta que las piernas casi ya no me responden, y vuelvo despacio a casa pensando solo en lo que quiero recordar de él.

—¿Su padre fue quien le introdujo en el mundo de la antigua Grecia? —le pregunto.

—Sí. Él me lo enseñó todo —me responde, con satisfacción. Mi cara se ilumina sin poder evitarlo. Quizás, esta vez...—. Con él viajé por primera vez a Grecia. Conocí esa tierra misteriosa con mis propios ojos.

—¿Y fue él quien le enseñó también latín y griego?

—Por supuesto. Era el mejor profesor. ¿Echas de menos nuestras sesiones, Amélie?

Me acerco a ella, me parece ver en sus pupilas un destello del antiguo brillo que emitían cada vez que se acercaba a sus amados libros. Pero Michel se me adelanta y se la lleva de la mano.

—Por supuesto —suspiro—, por supuesto. Es lo que más añoro de esta vida en la que desde hace tiempo vivo esperando algo que no llega.

Pero ella ya no está cerca de mí y no escucha mi lamento. Ha vuelto a ocurrir como lleva sucediendo desde que Christophe le anunció que yo estaba embarazada. No hemos retornado a los lugares maravillosos por los que viajó Ulises, y a Helena de Troya la dejó abandonada hace años ya. Y a Plutarco, y a Cicerón y a Heródoto y a Plinio el joven. Y al viejo también; Hélène ya no se acuerda de que ha traicionado a los que tanto admiró.

Los observo. Salen los dos corriendo al jardín. Ella, más despacio que

él, llega justo a tiempo de ayudarlo a escalar al árbol. Afortunadamente, es más bajo que mi querida acacia, que sobrevuela todavía más alta los muros de la casa de mis suegros.

—¡Mira, abuela, mira lo que hago!

Michel grita. Se ha subido a una rama por encima de su cabeza. A menudo me sorprende que Hélène jamás regañe al niño. Ahora, yo lo haría. Puede caerse, aún es demasiado pequeño. Ella lo mira y le aplaude. Espero nerviosa. Desde allá arriba, él le arroja algunas piedras que llevaba en el bolsillo. Hélène se ríe de la ocurrencia. No espero más.

—Michel, no hagas eso. Puedes hacer daño a tu abuela. Y baja de ahí, ya has subido demasiado alto. Es peligroso.

Le ordeno mientras, casi corriendo, llego hasta el árbol y lo ayudo a bajar. Y él se da prisa ahora por esconderse tras el tronco de un manzano cercano. Es un torbellino, no para, nos agota a todos una y mil veces.

—Debes dejarle que pruebe por sí mismo, Amélie. No se habría caído —me dice mi suegra. Y yo la sonrío, pero no estoy segura de que tenga razón.

Aunque sé que es otra persona. Como si en ese mocoso viera una segunda oportunidad de enmendar su primer error. Es, quizá sea eso, su esperanza. Sería comprensible. Ser madre te hace entender a las otras madres, a veces ocurre así.

Me meto en la casa y los dejo a solas. A veces, me obligo a hacerlo. A menudo entonces, aprovechando la visita a casa de Hélène, subo sola a la biblioteca y releo los libros que ella me enseñó a amar. Acaricio sus cubiertas, huelo su penetrante aroma a viejo. Ya me cansé de buscar lo que ella descubrió y, para mi desesperación, preguntarle por su investigación resulta inútil. Llevo años haciéndolo y nada me respondió ni nada encontré hasta ahora. Es como si de repente todo lo que esa mujer sabía y era se hubiese desvanecido. Ni lo extraña ni lamenta que se haya perdido.

Al cabo de las horas, cuando todavía queda luz para regresar a su casa sin necesidad de perseguir las farolas encendidas por el camino, Hélène se despide a duras penas de su nieto y se va.

Y no entiendo su abandono, su desidia, su completo desinterés. ¿Quizás sea una enfermedad de la mente que le hace olvidar aquello que tanto amó? Al fin y al cabo, él no es más que un niño. Mi gracioso y amado Michel.

Él era, claro que sí, lo más importante de mi vida, y, por eso, de lo que aún me sigo arrepintiendo con toda mi alma es de haberme adormecido en esa

felicidad falsa en la que me sumí en aquellos días y no haber sido capaz de darme cuenta a tiempo del enorme peligro al que lo expuse a él .

35. El mirlo



Me sentí muy feliz cuando mi madre pudo venir por fin a París y permanecer en nuestra casa unos meses. Michel la extrañaba al principio. No sabía quién era esa mujer sobria ni por qué tenía que obedecerla, tan diferente de su otra abuela de muchas formas —mi madre llevaba siempre el pelo recogido en un moño alto y estirado, jamás se daba color en las mejillas ni brillo en los labios, y ni una sola vez cambió el color negro de sus vestidos, el luto por mi padre con el que vivió toda su vida—. Y ella, al contrario que Hélène, no le consentía que corriera por las habitaciones ni se subiera a los muebles ni comiera con las manos; le regañaba si no esperaba a que todos los mayores nos sentáramos y Christophe hubiese bendecido la mesa para empezar a picar del plato lo que más le gustaba; le sugería que bebiera el agua despacio para no atragantarse, que diera las gracias cuando debía y que se despidiera al irse a dormir.

Con el pasar de los días, me di cuenta de que yo me había convertido un poco en ella y eso me hacía sonreír. Así actuaba yo con Michel a menudo y no me había dado cuenta de por qué; aunque, al observar a mi madre, me percaté de que yo solo conseguía que se comportara como es debido cuando mi suegra no estaba presente, pues ella estaba tan maravillada con su nieto, le hacía tan feliz, que no venía ninguna razón para decirle que no a nada. Era aún pequeño, es verdad, y además Hélène se recuperaba con él de sus extrañas enfermedades, y sus únicas reglas cuando ella estaba delante eran la diversión y el cubrirla de besos cada vez que la veía aparecer en casa y siempre que ella se iba. Mi hijo la quería con locura. De eso no tengo ninguna duda.

Pero los niños son muy listos, más que el hambre, y, con mi madre, Michel enseguida supo lo que debía hacer para lograr de ella incluso más atención de la que estaba acostumbrado en esa casa, que era mucha. Delante de ella, enseguida empezó a comportarse de otra manera. Eso me maravilló. Empecé a observarlos más a menudo, intentando que ninguno de los dos me viera, y entendí mucho mejor a mi madre y a mi hijo. A ella la quise incluso más entonces, pues a través de su relación con él, me vi a mí misma.

Además, aquellos días en los que la tuve conmigo fueron para mí un

alivio. Creí que podría vivir como una persona normal y me terminé de convencer de que había hecho bien quedándome con mi marido. Incluso, he de reconocerlo, me volví a acostar con él. Muy de vez en cuando, muy de poco en poco, y sin tanta efusividad como hacía tiempo. Y solo, quizá, cuando el día había transcurrido feliz, viendo a mi madre y al niño jugando tan tranquilos, y se me llegaba a olvidar —porque terminamos olvidando lo malo para protegernos de la melancolía y la depresión— lo que le había visto hacer a Christophe. Mi vida pasó entonces durante unos años sin sobresaltos, más allá de algún coscorrón de Michel, aunque fuera de mi hogar la Revolución se seguía barruntando.

Cuando mi madre decidió que había llegado el momento de volverse a ir, le ayudé a recoger sus pertenencias, casi la misma maleta que había hecho la primera vez que me dejó, con la misma ropa, el mismo cuadro de ella y mi padre que yo les había pintado hacía tan solo unos años, pero que parecía ya tan antiguo como la catedral de Notre Dame.

Christophe llevó sus bultos hasta la puerta y ella se fue a buscar a Michel adentro, donde jugaba, y caminaron los dos a ritmo del niño hasta la reja de la entrada.

—Ya sabe que aquí tiene su casa —le dijo mi marido. Y parecía sincero. Nunca supe si lo fue o no—. Puede quedarse con nosotros todo el tiempo que quiera.

—Gracias —le respondió ella—. Pero no, no quiero. No deseo ser grosera ni que pienses que no acepto tu hospitalidad porque no me encuentre bien aquí. Estoy a gusto y me gustaría mucho seguir viendo crecer a este pequeñajo. Pero no siempre podemos hacer lo que más nos agrada.

Michel se soltó de su mano y se puso a dar vueltas a su alrededor. Era un niño alegre, tan guapo y vital como solo pueden serlo los niños de su edad, y con los ojos azules y el pelo rubio de mi padre. Tan azules los tenía y tan rubio era su cabello que en sus retratos —que ya le había hecho más de uno— me era muy fácil representarlo como a los querubines de las obras de los grandes maestros florentinos.

—Como desee, sepa que aquí será siempre bien recibida. Que su hija y yo estaremos siempre pendientes de todo lo que necesite.

Christophe se despidió de mi madre, como si fuera un yerno normal diciendo adiós a su suegra. Incluso, demasiado amable me pareció, aunque si algo he de decir de él en su favor es que jamás le vi tratar a nadie en persona

—al menos en persona viva— de mala manera. Él era así: extraño, desesperante.

Yo también le volví a pedir que se quedara conmigo; por inercia, porque la echaba de menos, porque no quería que se fuera a tantas lenguas de mí.

—No, Amélie. Este no es mi sitio. Sigue sin serlo. Vendré más a menudo, te lo prometo. No dejaremos que pase tanto tiempo. Pero no puedo vivir de nuevo lo que ya sabes. No lo hablemos más, te lo ruego.

Yo ya sabía lo que le ocurría y había vivido mucho desde la muerte de mi padre. Me puse en su lugar y entendí sus razones. Y, además, se habían sumado otras. Creo que nunca llegué a fiarme del todo de mi marido. No, mi madre no tenía por qué vivir con él. De modo que no insistí más.

—De acuerdo. Pero es una promesa. Pasarás con nosotros algún tiempo de vez en cuando. Siempre que lo desees.

—Por supuesto. No quiero que mi nieto se olvide de mí, ahora que ya sabe pronunciar mi nombre y que se tiene que sentar para comer.

Michel estaba agarrado a su pierna y se metía debajo de sus faldas mientras ella hablaba. Luego volvía a salir. Ella lo miraba divertida, para mi sorpresa.

—En fin... lo siento, madre. Es que... bueno...

—Ni es que ni es que... Es un niño, cuando se comporta como tal y es lo normal, no hay que recriminárselo. Déjale que disfrute de serlo, Amélie, creo que lo sabes hacer muy bien. Estoy orgullosa de ti, muy orgullosa. Es un niño feliz. Tiene una madre maravillosa.

Mi madre me abrazó. El coche acababa de llegar, tenía que trasladarla hasta una fonda a la mitad del camino, en la ciudad de Lyon, donde ella reposaría una noche y mis tíos la irían a buscar al día siguiente. El viaje iba a ser largo, pero ella estaba tranquila. Ya no sentí en su expresión la tristeza por mi padre de cuando nos despedimos la última vez. Ambas habíamos aprendido a ocultarla o a recordarle solo cuando queríamos, en momentos especiales.

Al separarse de mí, tenía lágrimas en los ojos. Se las limpió enseguida. Cogió a Michel en brazos y lo besó también. En cuanto lo dejó en el suelo, él salió corriendo junto a Christophe. Él estaba en el jardín, al otro lado, empeñado en plantar semillas de coles en el huerto. La tierra se había endurecido tanto por tantos días sin llover que la azada se le escapó de las manos en ese instante. El niño se rio a carcajadas.

Observé cómo el carro se alejaba por el Boulevard. Ella no se asomó para mirar atrás. Nunca fue ese tipo de mujer. La gente caminaba cada uno pensando en sus cosas, sin molestarse; algunos niños corrían para pillarse, uno se calló y se echó a llorar. Alguien lo ayudó. Los perros ladraron como si supieran que alguien, al otro lado del río, acababa de morir vapuleado por unos mendigos que tenían hambre. La vida seguía su camino. Siempre lo hace. Entré dentro y sentí frío, me eché por encima una manta, una que mi madre había tejido para mí. Ya no tenía su olor. Pero me reconfortó. Salí de nuevo al jardín.

Mi marido y mi hijo están al fondo. Me acerco a ellos, trastean y se ríen. Y siempre es así.

Christophe y Michel se quedan jugando en el patio —él es un padre extraño, firme pero solícito y amoroso con su hijo, que a menudo, aunque me duela, me recuerda a mi propio padre por su interés en mí—. Los observo, mi hijo está bien, es feliz. Sigue riendo con él. Yo paso dentro de nuevo a preparar el avío de la comida: cerdo estofado con ciruelas, un poco de queso, unas frutas, verduras frescas. Dejo la manta de mi madre sobre la mesa y empiezo a picar cebolla, el tomate, la achicoria. El fuego arde con llamas que me estremecen. La cacerola está en la lumbre, echo el agua. Y un escalofrío me recorre de nuevo.

Desde la ventana, los observo; me gusta mirar a mi niño, es todo energía, todo amor, vive en el instante justo en el que está viviendo. Eso no sabemos hacerlo los adultos.

Suena el borboteo del agua cociendo. Echo las verduras, la carne irá luego. Siento frío y voy a cerrar la ventana, el sol se ha escondido tras una nube y, fuera, las hojas se mueven por la tierra; hacen un ruido extraño, como si rajaran con una sierra el piso. Los veo a ambos sentados bajo el castaño, a Michel reclinado sobre sus rodillas y a Christophe a su lado. Mi marido sostiene algo en la mano. Ya no se ríen. Y siento curiosidad. Me pongo sobre los hombros la manta de mi madre y salgo. Están tan ensimismados en su juego que no me ven acercándome. Mucho antes de llegar a ellos, ya veo con claridad a Christophe: sujeta con firmeza una rata contra el suelo, cada una de sus patas clavada a las cuatro esquinas de un tablero del tamaño de un ajedrez, mientras Michel lo observa atento y callado con un interés inusitado en un niño

tan pequeño.

La manta se me cae de los hombros. Pero he dejado de tener frío.

El bicho se retuerce, grita, intenta sobrevivir. Yo siento una arcada que tengo que reprimir para evitar poner perdido el suelo.

Con lo que parece un punzón, poco a poco, mi marido va abriendo el estómago del asqueroso animal con escrupulosa precisión hasta que las vísceras rebosan y caen en mórbida sintonía. Parece que ya aprendió las cualidades de todo ejecutor que se precie. El roedor se agita en espasmos. Me sobreviene otra arcada y esta vez no consigo controlarla. Vomito sobre el rosal y de prisa, sin hacer ruido, me escondo detrás del olmo, justo a tiempo de evitar que él me vea.

La felicidad, de repente, es una rata que agoniza con las tripas desparramadas sobre la tierra de albero. Y todas mis profecías se cumplen al mismo tiempo que Michel se acerca más a ver cómo quedó la operación.

El azadón, herrumbroso y oxidado, está clavado muy cerca. Si creyera en los presagios, este sería de los más obvios.

36. Y otra vez

Aquí estoy de nuevo; en esta ocasión, no tengo más remedio que contar que hasta este punto en el relato llegaban los documentos de Amélie de Lambert. Al terminar de transcribir y ordenar en forma de capítulos todos sus cuadernos, me sentí perdida, necesitaba saber más sobre ella y su destino, pero, por mucho que busqué entre sus diarios por si se me había pasado alguno, su historia terminaba de ese modo grotesco. Aunque parecía que había conseguido escapar de su marido en algún momento o no habrían llegado a mí sus testimonios, me quedaban muchas preguntas por responder: ¿cómo lo logró? ¿Pudo llevarse a su hijo? ¿Los terminaría encontrando Christophe?

Había, por supuesto, otras incógnitas que yo, como escritora cotilla que soy, no podía dejar de investigar: ¿había asesinado Christophe a las Anandrinas o no? ¿Por qué las mataron de esa forma? ¿Fue por su desvergüenza? ¿Sería por el libro de Voltaire? Hasta el momento, esta seguía siendo la versión oficial, que el asesino, además de un ser repugnante e irracional, tenía algún interés por conseguir esa obra subversiva en aquella época de oscuridad que intentaba vencerse con la luz de la razón (de la que se consideraba razonable entonces, claro).

Y había algo más que a mí me interesaba mucho: ¿consiguió Amélie averiguar de qué trataba la investigación de Hélène y cuáles fueron sus conclusiones y sus pruebas? ¿Por qué eran tan importantes para ambas?

Por supuesto, dado que yo tenía el *Diccionario* de Voltaire, había otra cuestión más que me incumbía directamente porque ¿cómo era posible que más de doscientos años después, alguien hubiera asesinado a dos mujeres de la misma forma macabra y, según la desgraciada Inés, por idéntico motivo? Al leer las notas de Amélie, había llegado a la conclusión de que esto no podía ser cierto y además ya conté que yo no creía en asociaciones maléficas ni en sectas extrañas que hubieran pervivido varios siglos y siguieran actuando. Probablemente el lector, que a menudo va muchos pasos por delante del escritor, ya tendrá muy claro que ese libro no era el móvil de los asesinatos. Pero entonces ¿por qué todo parecía siempre apuntar a ese libro extraño?

Incluso Amélie dudaba y no debía de estar muy segura de que hubiese

sido su marido o lo habría abandonado mucho antes, a pesar de lo que había contado en su último diario sobre su miedo a ganarse la vida sola en un mundo en el que esa potestad solo la tenían reinas, locas y prostitutas, y únicamente a las primeras les iba bien a veces. Al pensarlo, se me erizaba hasta el último de los pelos, aunque me esforzaba por desviar mi pensamiento del peligro que podía estar rondándome: ¿cómo si no podía ordenar en mi cabeza las ideas para seguir con la historia?

Pero tenía la certeza de que en el *Diccionario Filosófico* se hallaban las respuestas, así que releí la parte en la que el autor hablaba de las mujeres. Me pareció una declaración de la necesidad de trabajar por un mundo en el que nosotras pintáramos mucho más. Pintar, lo que se dice pintar, no pintamos ni siquiera ahora. Pero que, en aquel momento de la Historia en que todo el pensamiento anterior terminó patas arriba, no se debatiera sobre la igualdad de las mujeres y los hombres solo se puede entender si se conoce muy bien lo que ocurría entonces. El siglo XVIII llegaba a su fin, en los Estados Unidos la Guerra de Independencia estaba concluyendo para llevarlos a convertirse en el primer país del mundo gobernado en democracia y, sin embargo, se siguió viendo lógico y normal que los negros siguieran siendo esclavos de los blancos, y en el mismo lugar estábamos las mujeres. Tras la revolución francesa con las que tantas otras injusticias se terminó, ellas tuvieron que continuar metidas en sus casas, ocupándose de sus hijos y de sus maridos. Voltaire se había anticipado al menos un siglo y algo al cambio de las ideas y había llegado a argumentar contra la injusticia que suponía que a ellas no se las considerara ciudadanas con los mismos derechos que ellos. También alzaron la voz para denunciarlo otros con menos influencia que Voltaire y a todos se les acalló a tiempo, sobre todo a las mujeres. Por todo eso, yo no podía quedarme en ese final o la novela no tendría ningún sentido.

Sin embargo, viajar hasta Valencia para intentar averiguar más sobre lo que le ocurrió a Amélie sin tener la certeza de si ese libro era, como creía Inés, la razón por la que la asesinaron y, sobre todo, si su asesino y el de su compañera sabía o no que yo tenía el puñetero libro, me parecía una temeridad. Solo de pensarlo me daba dolor de estómago.

Pero ¿podía permitir que la historia quedara a la mitad? Si me inventaba el desenlace de Amélie, su hijo y su marido, ¿conseguiría mi propósito? Además de salvar mi vida, lo que me interesaba era contarle a todo el mundo que el libro de Voltaire existía, cuáles habían sido sus peripecias

hasta que la copia llegó a mis manos y desvelar la trama de las Anandrinas para que dejara de tener sentido asesinar a nadie por una maldita reivindicación de hacía más de doscientos años que, tarde o temprano, tendrá que hacerse realidad. Y fue entonces cuando me di cuenta de que ya me importaba muy poco hacerme famosa y rica, o incluso irme de la casa de mi hermano Enrique sin nada y con una deuda con el banco de propina. Lo que yo estaba buscando con desesperación era la verdad.

Segura ya de mi objetivo y pensando en la becaria que me llamó para contarme que había encontrado más documentos de Amélie, en cinco minutos preparé una minúscula maleta —unas bragas, unas medias, la pasta de dientes y el cepillo, y, por si acaso, un pijama limpio—, le dejé una escueta nota a Enrique y me planté en el Museo de objetos desahuciados. Por cierto, me llevé conmigo el libro de Voltaire, no fuera a ocurrírsele venderlo sin mi permiso.

Allí seguía nuestra amiga la aspirante a historiadora graduada en paro. Al verme, se llevó las manos a la cabeza:

—¡Ayyyyy! —gritó—, ¡ayyyyyy! —siguió gritando.

Quizás porque vio mi cara, dejó de gritar y continuó:

—Si es que no puede ser, si es que esto es un lío tremendo y nadie me hace caso, que necesito otra becaria que me ayude, porque aquí, aunque no lo parezca, hay trabajo para tres. Y yo ya no puedo más.

—No te preocupes, de verdad, no pasa nada. Pero, si quieres, yo te ayudo a buscar lo que necesito, solo dime por dónde puedo empezar.

Guiomar (de repente recordé su nombre, del castellano antiguo, según ella, muy apropiado sin duda para una historiadora) puso los ojos en blanco y una sonrisa le iluminó el rostro joven y maravilloso de los veintiuno y algo.

—Pues no te imaginas cómo te lo agradezco, ¿sabes? Porque la verdad es que sé que están por aquí, en su sitio en la librería de los documentos por catalogar, pero no he logrado ponerme a ello aún. No te creas, que no hay nada que parezca importante: una carta con su sobre y todo, algunos pliegos arrancados de algún lado que aparecieron dentro, y un montón de documentos antiguos; que seguramente serán imitaciones. No creo que tengan ninguna utilidad. Pero, como tenías tanto interés en el libro de Voltaire y al final no lo han devuelto, me imaginé que a lo mejor te servirían para algo. Si me los buscas, yo hago la ficha a la vez y te los llevas y todos tan contentos.

Paró un momento, para respirar y no ahogarse mientras mascaba el chicle de fresa ácida.

—Por cierto —continuó ella—, siento mucho que no te hayas podido llevar también ese libro. Hemos intentado localizar a las dos mujeres que se lo llevaron y, no te lo vas a creer: ¡están muertas!

—¡No me digas! —Se me da fatal disimular, pero creo que lo conseguí. —Qué lástima, cuánto lo siento. Pero no te preocupes por eso, de verdad. Ya me apaño con lo que hay.

Al mencionar Guiomar el libro y a las pobrecillas profesoras asesinadas Inés y Carmencita, un escalofrío me había recorrido del cuello a la rabadilla, pero salvando ese desagradable detalle, desde luego, yo sí estaba contenta —mucho más que asustada—. Creo que, al haber pasado ya varias semanas sin que me ocurriese nada y no tener noticias de más asesinatos similares, casi llegué a olvidar que una organización criminal podría estar siguiéndome los pasos.

Hice así emocionada el trayecto de vuelta a casa, y llegué ya tarde: en el mismo día había ido al museo y había regresado, y estaba muy cansada, pero quería incorporar cuanto antes los documentos a la novela y publicarla enseguida. Así que me fastidió muchísimo encontrarme a Enrique despierto.

—¿De dónde vienes a estas horas? Te estaba esperando —me dijo él, sin asomo de enfado en la entonación, aunque algo nervioso y en chándal.

Sobre la mesa, en un plato de la vajilla de diario asomaban dos huevos con jamón.

—Estoy cansada, voy a acostarme.

—Es para ti. Tu cena.

Me lavé las manos —no quería más discusiones con mi amable hermano y sus normas de higiene—, me senté y me comí los huevos fritos. Le oí trastear en el baño. Estaba limpiando. Siempre fue un poco histérico también con eso, pero en ese momento me pareció excesivo, eran las doce de la noche y la vitrocerámica estaba reluciente y la campana, más. Él volvió entonces a la cocina y yo metí el plato en el lavavajillas tras quitar los restos bajo el grifo, no fuera a ser que al final de todos modos se terminara enfadando en un momento tan inoportuno.

—¿Dónde has ido? ¿No vas a contármelo?

—¿Vas a fregar también aquí? Ya no queda nada por recoger —le dije, extrañada al verlo con los guantes de fregar todavía puestos.

—No —me respondió—. Después me los quito. No te preocupes. ¿Tienes tú el libro?

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Curiosidad.

—Pues la curiosidad mató al gato.

—Venga, dímelo, que he estado buscándolo y no está en casa. La persona que desea comprarlo quiere verlo cuanto antes.

—Por favor... estoy muy cansada, Enrique. Me voy a la cama; mañana hablamos. —Él se encajó los guantes y me sonrió. Me dio otro escalofrío—. Si esto fuera una mala novela, tú serías el asesino, con esa pinta a estas horas —le dije, seria. Él no se rio—. Pero no puede ser. Luego tendrías mucho que limpiar.

—¿Te crees graciosa?

Deprisa, mi hermano Enrique sacó una pistola de una bolsa de plástico y me apuntó con ella. Me quedé blanca y también me di cuenta de la poca gracia que en realidad había tenido mi comentario, dadas las circunstancias.

—¿Te has vuelto loco? Aparta eso, que puedes hacerme daño. ¿Es de verdad?

—No hay nada que esperar, cuanto antes terminemos esto, mejor para los dos. Te lo digo por experiencia. Siéntate en el sillón, será más fácil.

—No voy a sentarme —le dije con bastante chulería.

Me golpeó en la frente con el arma. Me hizo mucho daño. No me permití soltar ni una lágrima.

—¡Serás cabrón!

—Siéntate, por favor. No me lo hagas más difícil.

Le obedecí, dolorida y sin entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué estás haciendo, Enrique?

—¿No te parece obvio?

Me lo pareció de repente: mi hermano iba a asesinarme. Logré hablarle sin tartamudear, aunque aún no sé cómo.

—No puedes matarme en tu propia casa, ¿es que estás loco? ¿Qué dirán los vecinos? —le grité; no se me ocurrió nada más brillante.

—Es el mejor lugar, me he asegurado de que nadie me haya visto entrar y de todas formas me he disfrazado para venir hasta aquí. He salido de viaje de trabajo esta mañana; en teoría, estoy en un motel, a cien kilómetros de aquí. Lo suficiente para que pueda ir y volver en autobús sin que nadie se percate de mi presencia. Se supone que ahora mismo estoy en la cama del motel, escuchando música. Y, antes de entrar en la habitación, he estado

tomando algo en el bar, delante de mucha gente. Después de matarte, volveré allí. Aunque lo más importante para que no me cojan es que no tengo ningún móvil.

—Pero, si no tienes ningún móvil, ¿por qué quieres matarme? No será porque quiero irme... ¡Enrique, por favor, madura un poco!

—No te hagas la idiota. ¿Has ido ya a ver algún piso? —Me miró y sonrió—. Sabía que no, siempre estás muy liada con tus novelas, ni siquiera has buscado dónde mudarte. Y, a tus amigas, hace siglos que no las ves, que estás atontada siempre con tus novelas, tus novelas, tus novelas... Ya no tienes tiempo para nadie. Pero lo importante aquí es lo que acabas de decir, que no tengo ningún móvil.

Él tenía razón; y me dio rabia, pero quería salvarme, no podía abofetearle como me habría gustado.

—Si vas a dispararme, me gustaría saber por qué —así era, aunque, además, la pregunta me permitía ganar tiempo—. Es que no te pega nada, Enrique, por favor...

Sonrió. Esta vez, su sonrisa me pareció triste.

—Terminemos ya, por Dios. Túmbate, será más fácil, y apóyate en el respaldo del sofá. ¡Vamos!

Me empujó con la pistola para que le obedeciera. En ese instante, tuve la seguridad de que iba a hacerlo. Apenas podía respirar del miedo que sentí al mirarlo a los ojos. ¿Quién era esa persona?

—Dime al menos por qué —le rogué.

—No.

—Bueno, pues déjame que lea cómo termina la historia de Amélie. Déjame que lea sus papeles. Avanzaré rápido. Déjame solamente eso.

—Tampoco.

—No puedes matarme así, no es lógico.

—La vida no es lógica. O tú no te habrías querido ir de casa.

—¿En serio quieres matarme porque voy a dejarte solo? No digas tonterías, Enrique.

Me miró furibundo. Sentí que debí haberme mordido la lengua.

—No soy idiota. Espero hacerme rico de una puñetera vez con tu novela, que ya llevas sin trabajar más de cinco años. Pero no tenías suficiente, encima querías dejarme tirado y ¿de qué pensabas vivir?

No respondí. Bastante tenía con hacerme a la idea de lo que me estaba

sucediendo; ni en la novela más comercial se me habría ocurrido que mi hermano terminara deshaciéndose de mí para quedarse con los derechos de autor de una obra que aún no había concluido. Me di cuenta de lo poco que sabía él del mundo editorial. Lo más probable era que, por mucho que yo pensara que era una maravilla, no la comprase nadie, como siempre. O que la comprasen y enseguida desapareciera de las librerías engullida por las miles y miles de novedades.

—Enrique, no se puede concluir esta historia sin saber qué ocurrió con el niño, el hijo de Amelie y Christophe, ¿con quién se quedó al final? ¿Se lo quedó su padre como ella temía? Ese era su miedo... Aún no he terminado la novela, no podrás venderla.

—A ver si te crees que solo tú sabes escribir; ahora, cualquiera escribe un bestseller menos tú. Yo mismo la concluiré.

De repente, até cabos y ¡comprendí! A punto estuve de hacerme pis encima como Amélie.

—¡Entonces tú también has matado a las Anandrinas! Digo... ¡a las profesoras!

—No voy a decirte que no fuera desagradable cortarles los pechos y todo eso, pero no se me ocurrió otra forma mejor de acabar contigo. ¿Cómo enmascarar un asesinato? Pues con otros asesinatos en el pasado que tengan varias réplicas en el presente. ¡Es genial! Digno del mejor escritor de bestsellers de esos que los críticos odian, pero los lectores adoran. Los que tú no has tenido ni idea de cómo escribir hasta ahora. Ya puedo matarte sin que nadie crea que yo lo hice. Siempre sospechan del marido o de algún familiar cercano o del vecino... Pero tú tienes el email de la profesora, estará en tu servidor de correo...

—¡Maldito desgraciado! ¡Claro! En él, Inés me decía que me iba a traer el libro, aunque ella ya me lo había traído mucho tiempo antes y...

Enrique me interrumpió, estaba feliz.

—Bueno, también soy bueno imaginando. No llego a tu destreza, pero no se me da mal, después de todo. ¿Te pareció verosímil? Me costó mucho que la profesora encendiera el ordenador y escribiera su clave, no paraba de llorar. La convencí de que no iba a matarla. Ella tenía que dejar escrito de algún modo lo del libro para que la policía encontrase una razón convincente que explicara que alguien quisiera mataros a las tres o habrían sospechado de mí. Ahora solo tengo que dejarlo todo preparado para que parezca que te han

robado el libro del filósofo y te encontrarán asesinada igual que a los profesoras que lo tenían y que a las Anandrinas. Parecerá que en el presente continúa esa sociedad o que alguien la imita, que hay mucho loco suelto.

—¿Y lo del alumno que amenazaba a las profesoras también era mentira?

—No, eso era verdad. Inés y yo hablamos mucho rato... Cuando conseguí que se calmara, claro. Me caía bien, la verdad... Yo escribí después el email. Y ella no tenía intención de ir a ningún lado, aunque no importa si te trajo el libro esa noche o no, importa que tú lo buscabas desesperadamente, ¿o le has dicho a la del museo que lo tenías? No... claro que no. Te interesa demasiado su contenido como para deshacerte de él. Eres así de idealista o de cara dura, no sé. Y la policía no sabrá si ella llegó a llevártelo y te lo robaron, o si se lo robaron a ella y luego te mataron a ti porque conocías su contenido; hay varias posibilidades. Aunque lo que importa es que hay una duda razonable que relaciona los tres crímenes con ese libro. Tampoco se lo habrás ofrecido a nadie, no querías venderlo, te enfadaste mucho cuando te dije que tenía un coleccionista interesado en él.

Desde luego, tenía todos los cabos atados. Respiré hondo, necesitaba calmarme para pensar.

—Pero has estado preguntando por él —le dije—, sabrán que a ti sí te interesaba.

—No me tomes por estúpido. Soy comercial, sé bien a quién puedo preguntar y a quién no, si quiero que algo no se sepa; trabajo con los ayuntamientos.

—Por favor, Enrique... —rogué con el tono de voz más lastimoso que logré emitir y, sin saber ya qué hacer para entretenerlo mientras pensaba cómo podía escapar—. ¿Me dejarás leer qué es lo que ocurrió antes de matarme? Vengo de Valencia, traigo más documentos de la hija del ejecutor.

Enrique dudó, pero enseguida siguió hablando.

—No me interesa lo que pudiera pasarle a una estúpida mujer. En cuanto te mate, destruiré todos esos papeles.

Sujetaba la pistola con fuerza, apuntándome. Nunca habría creído que mi propio hermano fuera capaz de algo así. Pero, si los asesinos fueran quienes parecen asesinos, la cosa no tendría ningún interés.

—Sí, pero... —balbuceé.

—¿Pero... qué? No le des más vueltas, no hay forma de que arregles

esto.

—Pero todavía tienes que matarme —le respondí—. Y no puedes dispararme. A ellas las asfixiaron.

Me estremecí al pensar qué más les hizo a ellas.

—Abultas poco, no podrás impedirlo. Lo siento, esto no debería ser así, pero vas a ganar mucho dinero. Tu novela incluso se traducirá en un montón de países. Hasta podría convertirse en una serie de Amazon. He hecho cuentas. La mayoría de los autores se mueren de hambre, como tú, que llevas años viviendo de mí, pero cuando logran el milagro de vender algo... Además, después de esto, seré famoso y yo podré dedicarme también a escribir.

—¿Pero si tú no has escrito nunca?

—Claro, tú puedes ser escritora y yo no... ¿Ves como eres una egocéntrica?

—O sea, que lo has pensado muy bien... Enrique, ¡que soy tu hermana! —intenté llorar, pero no me salieron las lágrimas. Seguía queriendo pegarle. Siempre fue un maldito egoísta, además de un histérico de la limpieza.

—Por supuesto. Ya sabes que no soy nada pasional. Más bien aburrido, eso les dices a tus amigas, ¿no?

—¿Miras mis wasaps? ¡Por dios, qué bajo has caído! —intenté tranquilizarme—. Entonces... ¿no existe esa Sociedad de los hombres justos? ¿El libro es falso? ¿Todo es falso? —le pregunté, agotando ya todos mis recursos.

—Pues no tengo ni idea. No sé si existió esa sociedad, pero, si no existió, debería haber existido. No se os puede dar mucha cancha o enseguida tomáis las riendas. Y nosotros no queremos salvaros de ninguna inundación, salimos corriendo los primeros. Es la lucha de sexos, que tú vas a perder. Y además me vas a hacer rico, como cuentas en el libro, esta novela se venderá muy bien, y saldrá en la radio y en las revistas culturales. Y no tenemos más familia. Yo heredaré los derechos, que, esta vez, sí valdrán algo porque tú habrás muerto igual que mueren tus protagonistas y te habrá matado la misma sociedad que a ellas, que sigue en el presente, por la misma razón. Y el libro de Voltaire, desde luego, es auténtico. Como te dije, vale mucho dinero; es muy especial. Ninguna copia de ese libro dice lo que ese. Pero sí se ha oído hablar de un ejemplar así. En el siglo XVIII le cortaron el cuello a uno por él. También la muerte de Olympe de Gouges en la guillotina se relaciona con el

Diccionario Filosófico. Luego, misteriosamente, no se vuelve a saber nada del libro, aunque algunos lo siguieron buscando. Claro, lo tenía esa tal Amélie, la loca esta.

—¿De verdad me vas a asesinar por dinero, Enrique?

Me sentía indignada. Más pobre que las ratas e iba a terminar así. No tenía ningún sentido. Y, de hecho, lo siento mucho, pero, querido lector, no sabrás hasta el final si realmente terminé así y esto que estás leyendo lo escribió el estúpido de mi hermano, aunque sea desde la cárcel, que es donde debería acabar y a saber por qué razón lo ha incluido.

—Bueno, me gustaría no tener que matarte —me respondió, algo compungido—. Pero no me queda más remedio. Las dos profesoras están muertas, ya no hay marcha atrás. Y, además, con todas las tonterías que yo te he aguantado, tantos años sin preocuparte de nada, dedicándote a escribir, con la nariz siempre metida en el ordenador... Y ahora querías irte y dejarme solo... Si, además de evitarlo, puedo vivir sin trabajar lo que me queda de vida, pues es un aliciente más. Es curioso, lo más difícil es matar a la primera, luego ya no resulta tan desagradable. —Se quedó callado un instante y luego me miró—. Y también porque ya estoy harto de tanto ego. Que te crees especial. Ya te lo he dicho. Pero el ego podría habértelo perdonado. Esta es la mejor forma de disimular tu asesinato, entre otros similares y tan llamativos. Y También tengo que violarte, claro —volvió a quedarse callado. A mí se me terminó de poner la piel de gallina hasta de la nariz—. Bueno esto quizá no sea necesario, no sé si seré capaz de hacer algo así, eres mi hermana. Pero sí te rasuraré el pubis y te arañaré la tercera letra del alfabeto griego y te cortaré los senos... Me da un poco de asco, pero es la única forma de que no me culpen a mí. Y de heredar tu dinero. Escritora famosa.

Enrique apartó la pistola de mi cuello y me dio un beso en la mejilla, justo el tiempo suficiente para que yo pudiera sacar el spray de pimienta de mi bolso, al que había conseguido acercarme mientras hablábamos. No se me había ocurrido ninguna forma mejor de intentar protegerme. Vacíé el vaporizador directamente en sus ojos y recé para que no estuviera caducado. Nunca lo había usado, pero lo que me dijo el dependiente raro que me lo vendió en el Rastro era verdad: al instante, Enrique empezó a dar alaridos, tiró la pistola para llevarse las dos manos a los ojos y yo la recogí y le apunté con ella a la cabeza.

—Te juro que no fallaré, Enrique. No se te ocurra moverte, idiota.

—¡Maldita zorra! —gritó, todavía restregándose—. ¿Un spray antivioladores? ¿Desde cuándo tienes uno?

—Desde que tengo miedo de que algún desgraciado intente asesinarme. Lo siento, soy mujer, estoy acostumbrada a sobrevivir. Y además soy escritora, tengo mucha imaginación. Aunque te aseguro que jamás habría pensado que el asesino fueras a ser tú.

Enseguida llamé a la policía. Mientras llegaban, como en las películas, hice que él mismo se inmovilizara los pies con la cuerda de sujetar su bicicleta al coche; y luego le pedí que se atara la otra muñeca a la silla con su cinta de plata que tanto le gustaba usar para precintar cualquier cosa —hasta la tubería del gas— y yo le terminé de atar la otra mano; y le tapé la boca también con la cinta. La espera se me hizo muy corta, aproveché para releer los papeles de Amélie. Fue la mejor forma que se me ocurrió de no pensar en lo que acababa de sucederme y, sobre todo, de no mirar a mi hermano a los ojos.

En cuanto este libro esté en la imprenta, digitalizaré el *Diccionario filosófico* de Voltaire y lo publicaré en Google, para que todo el mundo pueda conocer su contenido. Y enviaré todo lo demás a la Real Academia de la Lengua y llevaré copias a todos los lugares oficiales que se me ocurran y a la prensa.

Y, ahora, ya podemos seguir con los nuevos documentos que había traído del Museo. Son varios, y aquí los copio ordenados para que tengan sentido. Ya podemos seguir con la historia de Amélie.

37. La flor de Leibniz



No soy capaz de describir qué se siente cuando despiertas una mañana y te das cuenta por fin de que todo lo que has vivido antes ha sido una invención, que tú misma has creado solo para ti. Esa sensación de soledad, de apatía, de intenso miedo que experimenté al ver a mi marido abriendo en canal a una pobre rata aún viva ante la mirada curiosa de mi hijo me mantuvo en una especie de sopor durante días, pues no sabía qué debía hacer ni me perdonaba a mí misma no haber seguido los consejos de la buena Marie y haber abandonado hacía años aquella casa de horror y a aquel hombre que jamás se convertiría en lo que yo necesitaba que fuera.

Me dejé engañar por la ilusión de pensar que, tal vez, mi hijo lo cambiaría y mi vida y la de Michel se convertirían en lo que yo deseaba. Y me negué a aceptar la realidad. Pero la realidad siempre te salta a la cara en un momento u otro, y de repente la mía se había convertido en una liebre. Saltó tan alto y tan lejos que no me quedó más remedio que dejarla correr.

La desesperación me abatió durante días. Como si hubiera caído enferma, apenas comía ni hablaba ni dormía, hasta el punto de que Christophe llegó a llamar al doctor.

—Es solo mal de mujeres —dictaminó él—. Que se aplique cada noche en el estómago y en la frente unas friegas de lavanda hervida con sal y pimienta. Si no funciona, procederemos con las sanguijuelas.

Ante la poco halagüeña perspectiva de tener que sufrir esa asquerosidad, reaccioné. Al día siguiente, Hélène, preocupada por mí, vino de nuevo a visitarme pero, esa vez, le rogué que se quedara con Michel y, sobre todo, que no le quitara ojo de encima en ningún momento. Le dije también que tenía que salir a por los ingredientes del ungüento que el médico me había recetado. Era imprescindible para mi recuperación. Aunque, mientras tanto, en la mano apretaba con fuerza dos libras para pagar el eficaz veneno que mataba las ratas sin compasión, fácil de conseguir para una pintora: el verdigrís.

Esta sustancia contiene una gran cantidad de cobre, es el *viride Grecum*. El Tratado de Teófilo *On divers arts* y la receta de Heraclio recogida en su obra *De coloribus et artibus romanorum* indican cómo prepararlo una

misma —lo digo por si el lector interesado lo necesita en algún momento de desesperación—. Pero era mucho mejor comprarlo hecho: probablemente, mi marido habría sospechado algo si me hubiese visto mear sobre una plancha de cobre extendida al sol en el patio. El color cobre oxidado de las armaduras de Latour podría matar a un regimiento entero, en una sola dosis enmascarada en un chusco de pan. Hasta diez ratas había eliminado así mi madre una vez que una pareja anidó en nuestro granero: la familia entera, creo. Mi padre me prohibió utilizarlo para pintar desde entonces, pues él conocía *El libro de los Venenos*, que escribió Ardoynis hacia el 1400, y entonces pudo comprobar que no mentía.

Después de conseguir cantidad de veneno suficiente, me acerqué de nuevo hasta la Iglesia de Saint Pierre de Montmartre y, bajo la misma piedra que la otra vez, dejé un recado para Marie, rezando igual que en aquella ocasión para que llegara a su destino. Debía salir de París en una semana, pues solo ese tiempo estaba dispuesta a esperar antes de asesinar a mi esposo y huir con mi hijo. Él era todo lo que me importaba y nada ni nadie me iba a impedir que yo le pusiera a salvo. Si tenía que convertir a mi marido en una estatua oxidada de jardín, lo haría sin dudar —¿cómo se quedaría la piel de Christophe tras comerse mi nueva receta de pollo con *viride Grecum*?

Cuando llegué a mi casa, Michel jugaba con su padre bajo el olmo, ante la mirada satisfecha de Hélène. Dudé: ¿qué hizo ella para impedir que su hijo fuera quien yo había conocido? ¿Podemos las madres evitar que nuestros hijos se conviertan en monstruos? ¿Lo son desde que nacen o se convierten con nuestra ayuda? Miré a Michel, era un niño sano, divertido, feliz. Supe que sería capaz de hacer cualquier cosa para que no siguiera los pasos de su padre.

Esa vez, la buena Marie tardó tan solo un día en enviarme a otro mensajero de la Hermandad que me hizo llegar ya las instrucciones necesarias para huir, así que no tuve que esperar demasiado. A las pocas horas, ya había preparado todo como ella me indicó, aunque añadiendo un preparativo más que mi amiga desconocía: vertí todo el veneno en el pollo con pimientos de Verdú que había preparado de comida para él y para mí, su plato preferido. Me aseguré de que no tendríamos visitas ese día y lo esperé sentada en la silla de la cocina. No podía dejar de mirar la cazuela chisporroteando al fuego.

Cuando él entró finalmente, el niño fue corriendo a reunirse con él. Quería a su padre con la misma intensidad que a mí. Christophe lo abrazó y se

lo comió a besos, y luego lo dejó de nuevo en el suelo, Michel siguió jugando con el bastón, como si fuera un caballo, se subía en él y recorría el jardín a todo trote.

Mi marido se acercó a mí.

—Estás más recuperada, Amélie. Parece que las medicinas del doctor han dado resultado. Por algo su clientela es la que es.

Le di las gracias y me levanté a servirle un vaso de agua fresca de la jarra.

—Tengo hambre, ¿comemos ya? —dijo y enseguida se sentó a la mesa.

Tomé la fuente con el pollo y le serví. Los muslos, las alas, el cuello, cualquier pieza que tuviera huesos, tendones y ternillas le agradaba; las pechugas las dejaba para mí. El guiso olía bien, me había cerciorado de ello, aunque su color tornaba un poco al verdoso por la cantidad de veneno con que lo había aderezado. Lo disimulé echándole ración extra de tomates muy maduros de Montmartre. Me inventé un nombre para él: *pollo al verdigrís con tomates maduros*. Nunca se sabe, a veces, hay que repetir.

Me senté al lado de Christophe y me serví también. Mientras él rezaba, lo observé. Me seguía pareciendo atractivo, su fealdad interior no se vislumbraba en nada en su rostro ni en sus manos ni en ninguna parte de su cuerpo; ni siquiera en su forma de tratarnos, pues siempre era educado, incluso exquisito en sus modales, ni un grito, ni un mal modo. Un digno hijo de Hélène. Mirándolo a los ojos, nadie podría haber adivinado jamás cuál era el color oscuro de su alma.

Creo que es así siempre, que la fealdad que venden las leyendas de brujas y de asesinos no es más que una invención para que lleguemos a creer que el ser humano comete monstruosidades solo si su aspecto exterior es el de un ser espantoso. Pero el aspecto de Christophe era el de una persona agradable, normal, incluso simpático. De buen padre y buen marido. La imagen de mi propio padre vino de nuevo a mi memoria. Para muchos, él también había sido un monstruo.

Mi marido estaba a punto de pinchar el tenedor sobre la carne blanda del pollo. Eligió un muslo y se lo llevó a los labios. Lo detuve antes de que se lo metiera en la boca.

—¿Qué ocurre, Amélie?

—Nada. Es el olor. No te lo comas. Enseguida te sirvo otra cosa.

—¿Olor? —dijo intentando acercarse a la nariz la pieza que yo seguía

sujetando con fuerza—. Yo no huelo a nada extraño. ¿No será que esas medicinas te han alterado un poco el olfato? A saber qué contienen y cuándo volverás a estar recuperada del todo.

Le quité el muslo de los dedos y lo dejé en el plato; enseguida, lo vertí todo de nuevo en la cazuela ante su mirada atónita.

—Pero tengo hambre, no creo que estuviera tan estropeado como para no poder comerlo. ¿Cuándo trajeron el animal del mercado?

Me levanté de prisa con la cazuela en las manos y tiré todo su contenido en el estiércol, lo cubrí bien para evitar que alguno de los gatos apareciera muerto al día siguiente y enseguida pasé dentro. Enseguida, coloqué sobre la mesa unos fiambres, rebanadas de pan de centeno, algunos embutidos y una sabrosa tarta de manzana que había preparado para el postre, sin aderezos pictóricos, mientras intentaba ahuyentar el nerviosismo que me producía lo que estaba a punto de hacer. Él me miró extrañado, pero enseguida empezó a comer con ansia.

—Creo que por fin sé quién soy —le dije, satisfecha, al tiempo que me llevaba a la boca un buen trozo de tarta.

—¿Y quién eres? —me preguntó mientras picaba pan con gruyere.

—Lo que mi padre me enseñó. Alguien como él. Como lo que él fue. Estaría muy orgulloso de mí. Soy una de sus flores de Leibniz.

—¿Qué quieres decir, Amélie?

—¿Sabes quién es Leibniz, Christophe?

—Por supuesto. ¿Por qué estás tan extraña últimamente? ¿Te has encontrado en el mercado con alguien de quien no quieras volver a saber? Olvídate de eso, la vida es la que manda lo que somos.

—Leibniz fue el gran héroe de mi padre. Como los griegos lo son para tu madre. Un filósofo excepcional, él así lo creía.

—No lo he leído. Aunque he oído hablar de él. Dicen que pretendía haber inventado lo mismo que Newton. Un aprovechado. Pero si crees que debo leerlo, lo haré. No tengo reparo en conocer las ideas de todos esos enciclopedistas. Quizás eso nos venga bien a ti y a mí. Tendríamos algo que compartir.

—No, él no es un filósofo famoso. Para mi padre, fue mucho más que eso. El libro de Leibniz que le impresionó tanto fue su *Nouveaux essais sur l'entendement humain*. Cuando Leibniz lo estaba escribiendo, a Pierre Bayle le faltaba poco para morir, Voltaire aún jugaba a la gallinita ciega y

Montesquieu casi, casi; y Rousseau ni siquiera había nacido. Si lo hubiese publicado cuando lo escribí, ¿estarían ellos en la famosísima Enciclopedia de Diderot o estarían Leibniz y otros muy distintos? Hasta nuestros vecinos saben de ella, las ediciones en folio se venden incluso en el mercado, sin apenas disfrazarlas para sortear a la policía.

—¿Y eso ha hecho que no me pueda comer el pollo? Olía muy bien.

—No, lo que ha hecho que no te lo hayas comido ha sido lo que en ese libro él decía, y lo que decía mi padre de él. No somos nada si no recordamos lo que fuimos. Sin memoria, no tenemos futuro. Y el futuro solo vendrá del amor tierno entre los hombres. De sus principios.

—Todos somos así, ¿no crees? Cada uno tiene los suyos. Incluso el más enfermo de los seres humanos. Créeme, sé bien de lo que hablo.

Miré a mi marido. Nunca llegué a saber si en ese momento él ya había averiguado todo lo que yo sabía de él. Siguió comiendo tranquilo.

—Es posible —respondí—, pero solo a uno mismo es necesario rendirle cuentas. A los demás puedes engañarlos, a ti mismo, jamás.

Christophe dejó el queso en el plato y se quedó muy serio. Lo volvió a coger, lo masticó, se levantó y cogió a Michel en brazos. Mientras lo levantaba por los aires, me dijo algo extraño:

—Gracias, Amélie, muchas gracias. Por no habértelo llevado y por entenderme y darme una oportunidad. —Lo que me quedaba de la tarta se me cayó de los dedos—. No es fácil ser como soy, pero tú me has hecho mejor.

Dejó al niño de nuevo en el suelo, me dio un beso en la mejilla, se sentó y siguió comiendo.

Tampoco supe nunca si él adivinó que yo había pretendido abandonarlo alguna vez. Él había respetado en parte nuestro pacto tácito, ninguna mujer más murió asesinada como las Anandrinas y a mí no me había vuelto a obligar a hacer nada que no quisiera. Pero mi hijo era mucho más importante.

Hélène me había mostrado, también en eso, el camino: ella se había convertido en alguien muy diferente de quien era por mantenerse fiel a su esposo y a su hijo.

Y yo no estaba dispuesta a seguir su ejemplo.

38. La confesión



Monsieur Christophe Lambert
Verdugo principal del rey Luis XVI, de la región de París

A mi esposa, Amélie de Lambert
París, Año del señor 1778

Mi amadísima Amélie, espero que tú y mi hijo Michel os encontréis en plena condición y facultades y que nada os haya sucedido en este tiempo que habéis permanecido alejados de mí. Me ha llevado más de un año saber de ti, tan bien te has escondido. Aunque no lo suficiente.

Una vez dicho esto y antes de que procedas a leer lo que a continuación te comunico, te agradecería infinitamente que pensaras por un momento lo que supone nacer con un defecto como el que padezco y me hiciste ver en tu carta de despedida. Si lo hubieras sufrido tú, te habría resultado más fácil vencerlo, pues las mujeres, estoy seguro, sois de otra condición. Sin embargo, yo soy como soy y nunca pude evitarlo. Ni siquiera quienes me querían lo lograron a pesar de lo mucho que insistieron en ello. En especial, mi amada madre. Es lo que más siento ahora, haberle hecho sufrir tanto. También lo que te he hecho sufrir a ti, aunque menos: tú no eres de mi sangre.

Pero no me demoraré en contaros mi propósito. El motivo principal de esta carta es exigirte que me devuelvas a mi hijo. Solo eso te salvará de que os encuentre y sufras una atroz suerte. Porque daré contigo, estate segura de ello. Ten por cierto que, al igual que he logrado averiguar vuestro paradero ahora, sabré dónde os halláis en el futuro, os escondáis donde os escondáis. Tienen más ojos los verdugos de este mundo que todos los demás mortales juntos. Otros más listos se escondieron de mí. Y perecieron. Mi hijo es carne de mi carne y ser de mi ser, y debe regresar conmigo para que continúe mi egregia estirpe. No hay más que decir sobre esto.

Pero, para que puedas entenderme y accedas a lo que te pido, te contaré más sobre lo que sin duda estarás dudando.

Yo maté a las Anandrinas. Lo confieso. Y disfruté, aunque para mi descargo debo repetir que nací así, y nada hice yo para vivir en la monstruosidad y la perversión. Es mi naturaleza que solo a veces logro reprimir. Contigo lo logré, acuérdate, y llegué a creer que podrías ser mi salvación. Mi madre así lo creía también, y mi padre, el honorable caballero. Pero ambos han muerto ya, te lo anticipo, pues entiendo que te interesará. Mi madre se quitó la vida. No soportó vuestra huida; sobre todo, no soportó que te llevaras a su nieto. Yo te perdono por ello, pues entiendo que el mismo amor has demostrado con mi hijo Michel que el que ella demostró conmigo. Y mi padre solo tuvo su merecido. Él no confió en mi curación y me indujo a matar para su provecho, así que, una vez que ella ya no estaba en este mundo, ¿por qué habría de quedar él? A su digna Sociedad de hombres justos, sabios y poderosos le resultaba provechoso contar con un verdugo como yo en sus filas, alguien a quien encargarle las tareas más viles que los demás no querían ni conocer.

Mi madre cometió el error de enviar a esos advenedizos ingleses de los Diletanti sus investigaciones y ellos la delataron. Ningún hombre, ni a este lado del oscuro mar ni al otro, permitiría nunca que semejante hallazgo pudiera ser descubierto. Buscaron al autor. En su carta, mi madre les dio una pista falsa. Nunca le cayó bien Voltaire. Yo tuve que hacerle una visita para que pareciese a ojos de mi padre que del filósofo me había ocupado también, aunque lo dejé con vida; el ilustre pensador corrió a pasarse a nuestro bando y juró y perjuró que jamás reconocería que había escrito ese libro. Pero lo peor fue cuando los Dilettanti llegaron a la determinación de que esa investigación tenía que haber sido llevada a cabo por una hembra. ¿Qué supondría para la humanidad el que una mujer fuera quien rebatiera todas sus creencias? Para ellos, la Antigüedad griega lleva ya al menos un siglo siendo la única fuente verdadera de sabiduría. Además, mi padre y todos los miembros de su sociedad eran profundamente monárquicos, ¿cómo habrían podido consentir que esos estúpidos griegos fueran creciendo en popularidad? La idea de la democracia les produce pavor. Debían encontrar a la autora y hacerla callar.

Agradecí que al menos mi madre no cometiera la torpeza de hacerse visible y que mantuviera su anonimato en el envío a los Dilettanti. Ese encargo infame me encomendó mi padre, descubrirla y asesinarla, sin poder ni imaginar que a quien en realidad buscaba era a su propia esposa, ya que, para él, mi madre era una mujer más, algo inquieta intelectualmente, pero histérica

y voluble como casi todas. Sin embargo, ella era mucho más lista que él y, en su presencia, siempre se mostró precavida; fue, en apariencia, lo que él quiso que fuera y eso le costó la salud. Aunque no solo eso, lamento decirlo.

Sin embargo, ¿cómo podría yo ejercer de asesino de la persona a la que más quería? La única que me entendió, que intentó ayudarme, que se puso en mi lugar y que, conociendo mi monstruosidad, no me trató como un monstruo.

Las Anandrinas vinieron a darme la solución. Eran unas libidinosas, unas charlatanas, prepotentes e inconscientes; pregonaron a los cuatro vientos su condición y que poseían un libro prohibido que la Sociedad de los hombres justos también ansiaba hacer desaparecer, aunque no lo relacionaban, en principio, con la autora de la investigación que tanto les importunaba. Ellas fueron las cabezas de turco. Me sirvieron para ocultar a la verdadera autora de la investigación, pues además mi madre —supongo que para evitar suspicacias y que no tomaran en serio su envío, o quizás por pura diversión— había mencionado a su autor en las cartas para los *Dilettanti* y, como digo, hasta lo había señalado como remitente.

No me resultó fácil, pero terminé convenciendo a todos de que ellas, además de guardar ese libro, eran las responsables de la investigación que más les interesaba a los amigos de mi padre, la que en realidad estaba llevando a cabo mi madre desde que yo tenía memoria. ¿Quiénes si no podrían haber sido responsables de esa hipótesis descabellada más que unas mujeres que formaban un grupo extraño como aquel, de casquivanas eruditas y amantes de mujeres, que frecuentaban los mismos salones que las de la Hermandad de la Rosa a la que mi madre y sus amigas pertenecían? A estas, por cierto, espero algún día poder tener el placer de devolverles el daño que me han hecho ayudándote a escapar de mí.

A mi amada madre le di pistas para que dejara de insistir en su empeño ante los Diletanti. Incluso llegó a enviarles dos veces su investigación, no he podido averiguar cómo, y dejé en las Anandrinas marcas claras de que los asesinatos tenían que ver con su maravilloso trabajo. Pero ella no lo entendió así, y los tatuajes de las letras griegas no le llamaron la atención ni las asoció con un peligro para sí misma. Quizá ya estaba demasiado afectada por la tristeza y no se percató del riesgo. Por eso al final tuve que amenazarla para que callara. Sin embargo, ella también entendió mal mi aviso y, dándose cuenta de que el asesino de las *racourt* debía de ser yo sin duda y creyendo

que yo también sabría que ella era la directora de la investigación que perseguían los hombres justos, pensó que había dejado de quererla y por eso la estaba amenazando. Qué grande error el suyo, cuando lo que yo siempre busqué solo fue protegerla.

Por eso enfermó y solo mis cuidados, y tu impagable ayuda, Amélie, al darme un hijo a mí y a ella, un nieto, la sacaron de su apatía, que de seguro la habría conducido mucho antes a la muerte. Entonces nos diste la felicidad a ambos, pues ese hijo me aportaba, a mí, tranquilidad y una razón para intentar ser mejor; y a ella, una nueva razón para vivir. Duro era ser como mi madre y tener un hijo como yo y un marido como el suyo. Eso, con seguridad, la enloqueció. Solo sus libros y su amor por el saber y el conocimiento la mantuvieron con vida. Cuando dejaron de interesarle y su nuevo amor desapareció, dejó de querer vivirla. Si no te culpo por su muerte es porque ella no lo hizo tampoco, pues antes de morir me hizo saber que te entendía. Y yo no soy Dios ni mucho menos para no perdonar a quien la ofendida sí que perdonó.

Mi madre siempre conoció las actividades de mi padre, él nunca las ocultó, salvo, claro está, aquellas que incluían eliminar a mujeres que les molestaban. Sobre todo, si la corona estaba en peligro de algún modo. Ella, a escondidas de él para no contrariarlo, me enseñó griego y latín, y muchos otros de sus conocimientos; ansiaba trasladarme su pasión, pero poco pudo hacer pues mi pasión siempre fue otra. Mi padre era un gran estúpido; nunca creyó en mí, por eso me encomendó los asesinatos, yo le servía para sus fines. Y tampoco nunca creyó de verdad en mi madre y en su plan para ayudarme, pese a que se prestara a darte clases para ponerlo en práctica. De otro modo, jamás se hubiera convertido en tu maestro.

Pero, además, si él no me hubiera encargado buscar a la autora de la investigación, las Anandrinas seguirían con vida. Yo les hacía pensar a todos que ellas conocían su secreto, pero el secreto lo guardaba mi madre, a ella es a quien guardé del peligro. Él, siempre tan inteligente, tan perfecto, tan agudo, tan correcto y respetable ante todos los demás... Se estará revolviendo en su tumba, el malnacido. Mi madre siempre fue mucho más lista que él.

Para que puedas comprobar la verdad de mis palabras, adjunto a esta misiva la carta de despedida de mi madre más todo lo relativo a su investigación. El porqué tanto les molestaban a esos hombres estos descubrimientos siempre me resultó un misterio que no puedo explicar aparte

de lo ya explicado, ya que el libro de Voltaire sí que se refiere a las ideas y tiene razón de ser que eso les irritase sobremanera, una mujer jamás será igual que un hombre, lo sé bien, veo sus vísceras a menudo, y, por experiencias propias y ajenas, sé de vuestra intensa debilidad. ¿Cómo podríais ser como yo?

Sin embargo, lo que mi madre descubrió tenía que ver con la Literatura y eso, también lo sabe todo el mundo, es un asunto de nula importancia. Como decía Platón en su fabulosa *República*: «el autor de tragedias imita las obras del artífice (Dios) es por tanto imitador de una apariencia, el pintor pintará sin entender nada de las artes y engañará con la ilusión a un charlatán o imitador que le ha parecido omnisciente por no ser él capaz de distinguir la ciencia de la ignorancia y la imitación», o, lo que es lo mismo, los sabios son los filósofos; los poetas, tontos son.

¿Qué podría importarles a ellos, hombres ilustres, un descubrimiento como ese, tan cercano al mundo de los dicharacheros, de los teatreros, de los especuladores, de los engañosos creadores de mentiras y falsedad? La Filosofía, el mundo de las ideas, sí es importante y ese sigue perteneciendo a los hombres, a pesar de estúpidos disfrazados de hombres brillantes como Voltaire y otros como él, que los hay lo suficientemente inconscientes como para proclamar al mundo su estupidez. Pero los relatos inventados por alguien, ¿qué pueden tener de subversivo en ellos? ¿Qué pueden importarles a nadie más que como mera forma de entretenimiento y regocijo para pasar las horas sin pensar en lo que importa? Ni el poder ni la política ni la verdad pueden estar contenidos en un poema.

Quizás tú puedas revelarme la respuesta a estas preguntas en alguna ocasión, por esto te envío todos los documentos de mi madre, para que su gran anhelo que fue siempre sacarlos a la luz de todos, no caiga en saco roto. Yo no podría: dado mi cargo ahora, sin duda quedaría invalidada su intención. Si no es en este momento porque no lo consideres oportuno, te ruego que sea más adelante. No puedo asegurarte que la sociedad a la que pertenezco, si vuelve a sospechar que esa investigación consta en algún lugar, no vaya a buscarte para obligarte a ocultarla.

Y no temas, si haces lo que te pido y me entregas a mi hijo, no te perseguiré, pues mi madre, en cierto modo, tenía razón, y con las muertes del cadalso mi espíritu atormentado tiene más que suficiente para sentirse satisfecho.

Quedo así a tu disposición, para que me hagas saber de qué modo y manera me entregarás a Michel. No dudes de mis buenas intenciones, pues ante él, seré el padre que yo habría querido tener y no el que yo sufrí y me moldeó a su manera.

Mi señor padre ya pagó sus deudas conmigo, porque las tenía y muchas. Él me hizo sentir un monstruo desde siempre, apenas soy capaz de fijar ese tierno momento en mi memoria. Jamás me dio una oportunidad. Primero, en forma de correctivos, luego, durante un tiempo, ya como una costumbre. Dejé de consentirle sus castigos cuando llegué a ser lo suficientemente vigoroso como para resistirme. Pero para entonces yo ya estaba condenado y empecé a servirle de otro modo, dando rienda suelta a esos instintos que hasta entonces le habían horrorizado, aunque también le habían servido para mantenerme callado y servil. Ojalá pudiera volver atrás, ojalá hubiera un modo posible de rehacer el camino, de volver a empezar. Solo entonces su actitud cambió, cuando ya no tuvo la fuerza necesaria para doblegarme, aunque he de decir que siempre realizó sus actos de diversión conmigo con mucho mimo, sumo cuidado y sin violencia hasta el momento en que yo me percaté de que no era eso lo que yo quería de él y puse fin a sus visitas a mi alcoba, cuando entendí que yo no era otra cosa más que su juguete y que el perturbado, más que yo, había sido siempre él. De otro modo, ¿cómo podría haber abusado de mí? Y, sobre todo, ¿cómo podría alguien haberle encargado a su propio hijo el asesinato de otro ser humano? Yo no era para él más que alguien que le podía servir, nunca quiso de verdad ayudarme.

Y no detallaré más esta experiencia que tanto me duele y que solo te cuento, querida Amélie, para que entiendas por qué, cuando mi madre faltó, lo asesiné a él, pues no creo que en realidad importe más que para intentar, si acaso, comprender un poco al padre de tu hijo y a la persona de la que estoy seguro estuviste enamorada un tiempo. Yo intenté amarte a ti. Lo intenté. El amor siempre es así de cruel de un modo u otro, pues los sentimientos, las pulsiones y los placeres de los demás están blindados para nuestros ojos. Y muchas veces ni siquiera se muestran con claridad para nosotros mismos. ¿O crees que soy capaz de saber por qué soy como soy? ¿Crees que me gusto? ¿Qué no querría cambiar? ¿Qué no soy capaz de amar? Lo soy, te lo aseguro, en mi anormalidad, soy una persona normal.

Solo añadiré que, cuando mi madre murió, disfruté al menos en esta alternativa que se me abrió de repente, ya que la razón para mantenerlo a él

con vida dejó de existir; ella siempre lo amó y a él estuvo atada, incluso más de lo que estuvo atada a mí, por los lazos del afecto. La forma en que lo maté queda entre Dios, él y yo. Puedes tener la seguridad de que no repetiré yo con mi hijo lo que a mí me hicieron sufrir pues el odio que yo siempre sentí por mi padre, no soportaría que él lo sintiera hacia mi persona.

Sin otro particular, me despido. Tu amante e infeliz marido, Christophe Lambert.

39. Amélie



«Hombre ¿eres capaz de ser justo? Una mujer te hace esta pregunta». De esta forma comenzó la buena Marie —quien usaba el pseudónimo de Olympe de Gouges en lo literario— su subversiva obra *Declaración de derechos de la mujer y la ciudadanía*. Y ahora que tengo ante mí la tarea de escribir este que será mi último testimonio del horror que tuve que vivir, me doy cuenta de que empecé con una condición y termino con otra, pero que, ni antes ni ahora, encontré la justicia en el mundo ni tampoco en la mayoría de los hombres que se cruzaron en mi camino, más que en uno, mi amado y buen padre, precisamente quien estaba atormentado por infligir la injusticia que los demás decían aplicar. Y esto, por lo general, es lo que suele ocurrir más o menos.

En estas memorias que tienes en tus manos encontrarás, lector interesado, mi paso de niña a mujer y mucho más, ya que, como advertirás si sigues leyendo, aprendí que en la vida hay que luchar siempre y hacerse valorar. No soy yo quien debe dar cuenta de cómo nadie tiene que vivir, pues cada cual es libre de hacerlo como desee, pero, si yo volviera a nacer, de seguro, pediría volver a ser mujer. Porque ahora, por fin, me siento orgullosa de lo que soy. Nadie, ni siquiera mi especial marido, pudo quitarme eso.

Pero continuaré con mi relato, ahora ya con otra intención, y es que debo poner punto final a mi historia. He incorporado a estos testimonios la carta que mi esposo me envió. Quede fiel constancia de que de su puño y letra él, seguramente, la escribiera, pues en efecto lleva su firma, la misma que está impresa en todas las sentencias de ejecución entre los años 1770 y 1803. Las revelaciones que me hizo en ella me afectaron, lloré por él, pero no impidieron que siguiera con mis planes, uno siempre es libre de decidir si repite con sus semejantes el mal que otros le ocasionaron.

Y anticipo ya que él fue en efecto quien ejecutó a la buena Marie, y así cumplió su promesa de vengarse de ella, el 3 de noviembre de 1793, aunque no lo hizo solo. Muchos otros hombres buenos guiaron su brazo ejecutor. Marie no solo se enervaba por la desigualdad entre hombres y mujeres, también luchó por el abolicionismo, quería acabar con la esclavitud de los

negros. Escritora, filósofa, actriz y dramaturga, su compañía de teatro llegó incluso a representar en varias plazas su obra *La esclavitud de los negros*. Pero hasta sus propios actores terminaron rechazándola., pues era la Corte de Versalles la que pagaba los gastos de alguno de los teatros donde solían trabajar, y muchas de las familias nobles se habían hecho ricas gracias a la trata de esclavos.

La Revolución le permitió seguir luchando por lo que quería, y llegó a ser admitida en el Club de los amigos de los negros. También fue admirada por otros abolicionistas como el abate Grégoire y el diputado girondino Brissot. En 1791 escribió su famosa declaración a favor de la igualdad de las mujeres: en un mundo efervescente en el que se luchaba justo por eso, casi todos los demás se habían olvidado de incluirlas. Y todo eso fue demasiado para una sola mujer. Cuando sus amigos los girondinos fueron decapitados, ella contó con los dedos de una mano los días que le faltaban por seguirlos al infierno de los justos. Demasiado valiente, demasiado subversiva, demasiado luchadora para ser una señora.

Pero volvamos a mi historia, que poco queda ya por decir: el camino de regreso a París fue largo, tardé dos semanas en llegar hasta donde me aguardaba mi marido. Allí llevaba unos días, en el lugar que le indiqué hacía ya más de un mes, cuando le respondí a la carta que él me había hecho llegar. Yo iba sola, Christophe parecía que también. Y su rostro mostró su sorpresa por ello.

—Desde luego, eres audaz... ¿y mi hijo? —me preguntó en cuanto estuve lo suficientemente cerca como para que pudiera oírlo.

—A salvo. No vendrá.

Se quedó sin palabras por un instante. Creo que era la única opción que no había contemplado su alma descarriada, a juzgar por los dos hombres que vislumbré a pocos pies de nosotros, embozados con su capa hasta los ojos bajo un árbol cercano lleno de higos aún verdes. Ni el color del pelo les llegué a vislumbrar.

—No bromees, vuelve a por él donde lo hayas dejado y tráelo, Amélie. O no respondo de lo que será de ti.

—De mí no va a ser nada, Christophe. Si yo no regreso, tú estarás perdido. Y tampoco volverás a ver a tu hijo.

—No sé qué bicho te ha picado que te ha inoculado la locura, pero no estoy para juegos. Te he dado una oportunidad y debes aprovecharla, no la

mantendré mucho tiempo. Puedo matarte y luego buscarlo a él, lo encontraré. Te lo juro.

Me cansé de jugar al ratón y al gato. Me acordé de mis amigas Anandrinas; en realidad, me habría gustado pagarle con la misma moneda. Pero yo no era como él y el sicario al que acudí para que le buscara, le quebrara las piernas y los brazos, le diera de puñetazos y, finalmente, le hundiera una daga en el corazón, me pidió varias libras por el servicio, un precio desorbitado para una mujer con un hijo que mantener, que debía su sustento a algo tan poco de moda en el país que me acogió como la traducción de obras antiguas, la pintura de retratos, la enseñanza y otras extravagancias similares, las que fueran saliendo y luego, si me acuerdo, contaré. Por fortuna, sí salían. España es un lugar extraño, a medio camino entre la ira y la salvación. Y, además, yo era ya una flor de Leibniz.

—¿Amaste a tu madre? —le pregunté, separándome un poco de él, pues me pareció que estaba demasiado cerca y su aliento me molestaba, me levantaba arcadas. Me sorprendió, sin embargo, no estar nerviosa, solo harta de él.

—¿A cuento de qué viene ahora eso? De verdad que has perdido la razón.

—Tiene gracia que alguien como tú me haga esa pregunta. Respóndeme tú a la mía, Christophe: ¿la amaste?

—Conoces la respuesta.

—Pues entonces entenderás por qué no voy a entregarte a nuestro hijo. Él es todo lo que me queda. Puedes matarme ahora si lo deseas, pero te juro que no lo volverás a ver. No dejaré, como tu madre hizo con su propio hijo, que nadie le haga daño. Aunque ella debió protegerte mejor.

Él me miró con ira. Yo me aparté un poco más, por si acaso.

—No juegues conmigo, estoy perdiendo la paciencia —me dijo conteniéndose todavía.

—Me subestimaste, Christophe.

—Podría haberte ido a buscar a tu escondite, pero soy un hombre, tengo obligaciones.

—Y yo soy una mujer, tengo cabeza. La emotiva carta que me enviaste es el salvoconducto de mi hijo. Con ella, le has dado la libertad. Y a mí con él. Si algo me pasara a mí o al niño, si él desapareciera o desapareciera yo, esa carta de tu puño y letra llegaría a quien tú no querrías nunca que llegara.

Le cambió el color del rostro. Le mudó a un amarillo limón.

—¿Qué estás diciendo, Amélie?

—Estoy diciendo que no me valoraste lo que habrías debido. Que pensaste menos que yo, que me proporcionaste el medio más sencillo y más tonto que se me habría ocurrido de no hacer lo que deseas. De que no te acerques más a nosotros. Tu carta, de un plumazo, demuestra que eres un prepotente y un gran idiota. De los más grandes que he conocido. Pero también es la prueba de que eres un asesino. De todo lo que ha sucedido he escrito mi testimonio, que —ya sé— ningún juez aceptaría como evidencia de tu enfermedad y no sería suficiente para que visitases desde otra perspectiva tu lugar de trabajo. Conozco de sobra los métodos que los magistrados usan para juzgar y el testimonio de ninguna mujer, ni siquiera de tu esposa, bastaría para condenarte. Pero a mí sí me llega el intelecto para saber también que cualquier juez sí creería lo que digo en ellos si, además, recibiera como prueba tu carta en la que te declaras culpable de haber asesinado a cinco mujeres y, de regalo, a tu padre. No creo que ni siquiera el rey, que ya tampoco está para ayudar a nadie por las voces que corren sobre lo que sucede en la Corte, intercediera por ti, pues de tu puño y letra afirmas sin tapujos que eres un monstruo y que naciste así. Además, nadie te ayudará. Ninguno de tus ilustres amigos moverá un dedo por salvarte: en esa carta te enemistas con la mitad de los hombres más poderosos de París, no sé si te acuerdas de que en ella declaras su estupidez, y su carácter antimonárquico, que, en estos tiempos, si no eres marqués, es casi como decir que estás en contra de todos menos del rey. En realidad, me gustaría hacerla pública, yo también tengo amigas, ¿sabes?, que también saben dibujar y elaboran unas octavillas maravillosas, elegantes e instructivas, que distribuirían por la ciudad en menos que canta un gallo. Todo el mundo sabría de ti. Al rey no le quedaría otra que condenarte a sufrir lo mismo que a ti te produce tanto placer. Quizás, incluso, a tu sustituto le agrade sobremanera enjabonar a los ajusticiados como hacías tú con tus clientas.

Él sonrió.

—No me hagas reír, la carta no iba firmada, Amélie. No soy tan estúpido. Cualquiera podría haber imitado mi letra y haberla escrito en mi nombre. Y, sobre todo, nadie te creerá. Soy quien imparte justicia, no quien la incumple. Y mi padre era quien era.

—Un violador de niños. Según dices. Bonita historia para darla a conocer. ¿Y quieres que yo te entregue a mi hijo? Te recuerdo que yo, además

de mujer, soy pintora. Muy buena. Sé dibujar, me enseñó tu padre, a quien en no muy buena estima tienes y que ha resultado ser el peor monstruo de los dos, pero debes reconocer que también era un maestro pintor de los mejores de toda Francia.

Saqué la cuartilla en la que había estado practicando su firma, que hacía mucho que conocía de memoria. Se la puse en las manos. No quiso mirarla.

—Haces mal. Yo que tú comprobaría si tú mismo eres capaz de percibir alguna diferencia con la tuya propia. Además, olvidas algo: llevo años imitándola. Tú no tenías tiempo para ello, ¿recuerdas? En toda Francia hay decenas de retratos que te encargaron a ti y que yo pinté y firmé en tu lugar. Te reías antes de mí, no sé si te hará también mucha gracia someterte a los tormentos para que confieses tus crímenes. A lo mejor, no solo confiesas estos, sino treinta y tres más. La edad de Cristo al morir. Tu nombre, mira qué casualidad.

Observó el papel. Enseguida lo arrugó y lo tiró al suelo. Dejé que rumiara mi victoria. La venganza, aunque tan nimia como aquella, pues él quedaría libre si a mí me daba la libertad, sabía dulce. Pero también vi en sus ojos que la humillación de verse superado por alguien a quien jamás había considerado más que una piel suave, dos senos, muslos apretados, un buen culo y un agujero donde meterla, era demasiada para soportarla sin gritar.

Así lo hizo, gritó y gritó, aunque yo me había apartado a tiempo y no pudo agarrarme en un instante de ira que no supo contener. Los embozados se dispusieron a venir, pero él, con un gesto, y ya con el pico cerrado, los contuvo donde estaban. Entonces continué:

—De no volver yo al lado de mi hijo en el plazo de dos semanas a partir de hoy, Marie hará llegar tu carta que, te lo repito por si no te ha quedado claro, tiene la misma firma con la que rubricas todos los informes de ejecución, al magistrado mayor de la ciudad de París y otro como él te acompañará a ti a tu amado cadalso. Pero, si nos dejas irnos a los dos, te juro por Michel y por tu Dios que me llevaré mi secreto a la tumba. Tu problema, como el de tu padre y el de muchos otros como tú y como él, es creer que una mujer no puede pensar igual que piensas tú. Aunque lo que en realidad creéis es que ningún otro ser humano es tan bueno como vosotros. ¿Cómo se te ocurrió enviarme una carta en la que me hacías chantaje y confesabas todos esos asesinatos? ¿De verdad creías que iba a entregarte a mi hijo sin más, solo

porque tú me lo exigieras? Christophe, lo único que he aprendido a tu lado ha sido a dejar de tener miedo.

No me respondió. Darse cuenta de la tremenda estupidez de uno justo ante quien más estúpido crees, supone un horrible ejercicio de humildad. Se dio la vuelta, se reunió con los embozados y los tres montaron en sus hermosos caballos negros y emprendieron viaje, imagino que al infierno.

40. Borrón y cuenta nueva



Y así terminó mi vida con Christophe. No volví a verlo, ni siquiera cuando ejecutó a la buena Marie. Habría querido estar presente, homenajearla, aunque hubiera sido asistiendo al último acto de valentía de una dama inteligente, noble y distinta, ante la plebe. Fue la mejor mujer que conocí, pero no pude anticiparme a los horribles hechos y, cuando supe de la injusticia, ella ya había dado con su cabeza en el suelo separada de su tronco por la odiosa Luisita, la que el doctor Louis Guillotin inventó precisamente para humanizar la muerte del suplicio, pues el buen hombre exigía la igualdad de penas para crímenes o delitos iguales, sin importar de dónde procediesen los culpables. Y es verdad que la guillotina, o luisita como prefiero llamarla yo pues ese nombre también la humaniza un poco, mataba como solo hasta ese momento habían ajusticiado a los más privilegiados, hiriéndoles en su órgano más noble y poderoso: su testuz.

No creo yo que el doctor quedara muy contento, ya que su invento y su determinación por usarlo fueron la causa de la mayor inhumanidad sobre el cadalso de lo que jamás se había visto hasta entonces. La sangre fluyó como un río. Y ese fluir y esa violencia y ese arrasar con todo lo anterior permitió a muchos olvidarse de lo que eran, hacer borrón y cuenta nueva, que era lo peor que nos podía pasar. Mi marido, sin duda, disfrutaría mucho siendo el que apretaba el resorte que hacía brotar la sangre que lo posibilitó, con la ayuda de los hombres, por supuesto; siempre los hombres.

Al llegar a mi casa tras mi victoria ante Christophe, exhausta, feliz, convencida de que mi amenaza había sido suficientemente explícita para que Michel y yo siguiéramos a salvo para siempre, me lo encontré dormido. Acaricié sus rizos, iguales que los de su padre, y su rostro hermoso —los mofletes sonrosados, la tez blanca, sus labios suaves de niño feliz— y le di un beso despacio, para que no se despertara. Le pagué a la nodriza sus dos reales por haberlo cuidado durante los interminables días que tardé en ir a París y en volver, y ella se los guardó en el refajo.

—Es un cielo —me dijo, con una sonrisa apacible.

—Lo es, sí, es el cielo más estrellado que se pueda contemplar. Pero, sobre todo, es una pizarra en blanco, tiene toda la vida por delante, y su mente, todavía, está libre de prejuicios. Eso es tan maravilloso...

Me acordé de mi padre, de sus flores, de su vida atormentada, pero, a, su modo, feliz. Me habría gustado tanto que estuviera allí conmigo, que hubiese conocido a su nieto, que él le hubiera enseñado como a mí a regar sus flores de Leibniz. Se me escapó una lágrima. Normalmente, las contengo; como habrá comprobado el lector interesado si ha llegado hasta aquí, no soy yo mucho de llorar.

—¿Qué te ocurre, Amélie? Pareces cansada, ¿el viaje ha sido muy accidentado? —me preguntó la nodriza, al caminar ya hacia la puerta.

—Accidentado, por decir algo, sí. Pero ya estoy en casa, ya estoy con él. Y nadie podrá jamás arrebatármelo.

Me limpié las lágrimas y acaricié el rostro de mi hijo.

Se movió, pero no abrió los ojos. Dormía tranquilo. Él, todavía, tampoco sabía lo que era el miedo.

—Vete ya, se ha hecho tarde, y hay poca luz en las calles. Tu país es más oscuro aún que el mío, pero solo por las noches, por el día, vibra. Me acostumbraré a vivir aquí.

La investigación de Héléne —impresionante, exhaustiva y digna del más docto de los expertos en la materia—, no la hice pública; me pareció la mejor forma de devolverle el mal que ella misma había creado, nada justifica amparar la maldad de un hijo, más que la propia vanidad que se hace patente al creer que todo lo que nosotros engendramos es perfecto y que no puede ser de otra manera. No pude destruir sus documentos, eso no, pues en verdad son maravillosos. Pasé mucho tiempo estudiándolos, alucinada por la brillantez de los argumentos de esa mujer, por su minuciosidad al interpretarlos, por su amor y su respeto por las fuentes de las que fue recopilando durante años, y me pesó enormemente no haber tenido la oportunidad de conocer de su propia boca cómo, dónde, con quién y cuándo los había ido atesorando. Los guardo a buen recaudo, junto con el libro de Voltaire que, quizá, algún día, espero que el mundo conozca.

Sus libros de la Odisea y la Ilíada los vendí en su momento, esa fue la mejor manera de comenzar aquí una vida nueva. Se los dejé a buen precio a un

joven loco inglés que viajaba por el mundo y decía estar buscando la prueba de que Homero no era un hombre sino una mujer. Me reí, tomé su dinero y le deseé suerte. Esos libros le maravillaron. Años después escribió un ensayo sobre este tema, precisamente, pero yo no tuve oportunidad de leerlo. Los libros de Hélène le sirvieron para eso.

Y, en 1790, Condorcet, por fin, hizo lo mismo que Voltaire años antes, y en el número 5 del *Journal de la Société de 89*, equiparó a la mujer con el hombre como ciudadana, en derechos y obligaciones. Entonces pensé que, quizás, si el *Diccionario filosófico* en mi poder se hubiera hecho público antes, en realidad no habría cambiado nada y todo en el futuro seguiría como está.

En España, para sobrevivir, traduzco, imparto clases y, a veces, pinto cuadros. Gracias a todo lo que aprendí con el apoyo de mi padre, a mi amor por el arte y el conocimiento, me gano el sustento por mí misma; mis pinturas gustan, sobre todo los retratos, me dicen de ellos que son como la vida y que muestran el interior de quienes posan para mí. Su verdad. Y debo confesar que también echo mucho de menos a la buena Marie y al abate, a lo que son y a lo que podrían haberme dado. La revolución acabó con la vida y las reivindicaciones de cientos de mujeres ilustradas como la de la buena Marie, la gran Olympe, muchas más que sus iguales hombres, por supuesto; de entre ellas, los revolucionarios eligieron precisamente —qué casualidad— rebanar el cuello del cuerpo de quienes eran ricas en dinero y en intelecto; de entre ellos, sobre todo guillotinaron por miles a los pobres tanto en lo uno como en lo otro. Fueron pocos los ilustrados hombres en comparación que murieron asesinados por el terror.

Pero el abate y la Hermandad de la Rosa siguieron ejerciendo e investigando. Y yo habría sido muy feliz con ellos. La pasión por aprender es una llama inapagable que se aviva, incluso, con el tiempo y la experiencia de los años y en mí está más encendida que nunca.

Sin embargo, la vida me sigue dando ocasiones incontables para satisfacer esa necesidad, porque eso, creo yo, es lo más importante: no saber, sino saber que se quiere seguir sabiendo, lo pasado, lo presente y lo futuro. Lo que somos, lo que podríamos llegar a ser. Esa podría ser la razón de que a veces, me requieran aquí y yo me preste para ayudar a resolver entuertos, a

descubrir quién mató a quién, quién robó o quién ultrajó de verdad a otro — que no siempre es el culpable que encuentran las autoridades porque ellos tienen otros fines que casi nunca son la búsqueda de la verdad—. Lucho así a mi manera contra la ignorancia, que es el verdadero y tremendo mal de los hombres y las mujeres, sin distinción de edad ni de sexos.

Pero esas son otras historias que no vienen al caso ahora. Me sirven a mí para ser feliz y eso a nadie le importa más que a mí y a mi hijo. Al lector que haya llegado hasta este punto de mi relato, con certeza no habrá sido por saber de mí. Espero que lo que haya averiguado sí le haya interesado.

Y, por cierto, sigo fortaleciendo mi cuerpo cada día (creo que porque siento que fortalece mi mente) y también continúo firmando mis pinturas como hacía en París, con el nombre de mi marido, Christophe Lambert. Ambas son maneras de recordarme a mí misma que jamás vuelva a tener miedo. Para mí estoy pintando ahora uno que estuvo mucho tiempo rondándome sin encontrar el momento para llevarlo al lienzo: una mujer, sentada frente a una ventana, observa la luna llena. En su cara más triste, ella misma se refleja.

Y, por si acaso se lo preguntan, no he vuelto a unirme en matrimonio. España es un país tétrico, aunque a la vez muy alegre; de hombres robustos, vivaces, guapos y feos, está lleno, y sin su compañía y sus caricias la vida es mucho menos divertida. Pero mis alforjas están repletas, por ahora, de esas habas podridas. Por lo menos de las que solo uno de ellos podría hacerlas rebosar.

41. Nausicaa

De nuevo, y por última vez, me permito colarme en el relato, querido lector, esta vez para finalizarlo y contarte de paso que mi hermano Enrique está en la cárcel, a espera de juicio. Mi testimonio sí sirvió para condenarlo y es bastante probable que lo dejen allí encerrado diez o doce años, aunque podrían ser menos si se porta bien. Él saldrá pronto y entonces mi integridad, quizá, vuelva a estar en peligro. Pero supe arreglármelas bien sola y lo volveré a hacer.

Y podría dejar también sin resolver la incógnita de cuáles fueron las investigaciones de la dama Hélène. No sería esta entonces una novela redonda, de esas que tanto gustan a la mayoría. Yo, tras descubrir que el objetivo de mi escritura es buscar la verdad e intentar contarla de un modo diferente de las otras millones de verdades, tengo que decir que me importa bien poco si la novela es redonda o no, pero en cualquier caso sí me gustaría que se conociera cuál fue la investigación de aquella extraña mujer que, a pesar de lo mucho que he escrito sobre ella, es para mí una completa desconocida: Hélène Everett de Lambert fue una gran erudita del mundo antiguo en un mundo moderno que se desintegraba para volverse más hermoso, pero no lo suficiente ni, quizá, el mejor de los posibles. Aún vivimos insertos en una sociedad sucia donde la libertad, la igualdad y la fraternidad brillan, pero, por su ausencia.

Ella luchó entonces para conseguir demostrar algo que podría haber sido, quizá, otra revolución en aquel momento, algo sobre lo que algunos ya habían discutido mucho antes (Jenón, Helánico, Aristófanes de Bizancio), otros casi al mismo tiempo ([François Hédelin d'Aubignac](#), Giambattista Vico) o un poco más tarde (el escritor, filólogo y compositor británico Samuel Butler). Incluso el escritor y erudito Robert Graves jugó, como he jugado yo, con esa hipótesis en su magnífica novela *La hija de Homero*.

Aunque, si el lector aún no ha adivinado lo que la suegra de Amélie descubrió, será porque, en cierto modo, seguro que no sería tan importante. Para Hélène, sin embargo, y para las mujeres que vivieron una época como aquella y esperaron sin éxito a que también cambiara la Historia para ellas, el

que el autor de la Odisea y quizás también del final de la Iliada no fuera un hombre, sino una mujer, debió de suponer el mayor de los orgullos. Y para muchos de los hombres que convivieron con ellas entonces, una conmoción. Y suponía echar por tierra todo aquello que sustentaba su misoginia, su pretendida superioridad, su autoridad frente a la opinión generalizada de que las mujeres no tenían el mismo cerebro que los hombres ni podían ser educadas como ellos. Porque justo esto fue lo que Hélène demostró en su investigación.

Y demostrar en aquel momento la autoría femenina de la obra considerada por muchos como la más magnífica de la Antigua Grecia supone, en efecto, poner patas arriba la Historia de la Literatura y entregársela a las mujeres. Además, es toda una reivindicación política y cultural. La genial hipótesis y el descubrimiento de Hélène quedaron entonces ocultos como se cuenta en esta novela, pero ahora, gracias a la valentía de Amélie, las pruebas que Hélène encontró, siguió y demostró ciertas a lo largo de su vida saldrán a la luz. El autor del poema que se considera la cuna de la Literatura europea no fue un hombre, sino una dama. Y así debe proclamarse.

¿Y cómo consiguió ella tal hazaña? Hélène había viajado con su padre a Grecia muchas veces; como tantos otros miembros de la aristocracia británica masculina de aquellos siglos, ese constituía el fin de su formación académica universitaria, o algo parecido, pero ella tenía la suerte de que su padre quiso transmitirle, como el ejecutor a nuestra Amélie, su amor por la civilización griega y ella siguió acompañándole allí mucho tiempo. En uno de estos viajes que la maravillaron siempre y que sirvieron para convertirla en una apasionada del mundo antiguo, de su Literatura, su Filosofía y su Arte, se encontraron en una de las ruinas en que casi todos los antiguos edificios se habían convertido a un viejo ermitaño, un loco zarrapastroso que vivía en una mezquita abandonada y medio derruida de las afueras de Atenas. Todos en la zona conocían a aquel hombre, que se había dedicado toda su vida a narrar la Odisea como los antiguos rapsodas y aedos podrían haberlo hecho, de memoria, cantando e imitando las voces de los distintos personajes de los poemas por las ferias y fiestas de los lugares por donde iban pasando.

Pero la versión que relataba aquel hombre era distinta de la que el padre de Hélène le había enseñado desde siempre a su hija. No coincidían algunas escenas, los personajes, sus nombres y, sobre todo, los lugares por los que Ulises viajaba. El viejo usaba nombres actuales para recorrer el mismo

itinerario. A Héléne le apasionó esa versión, ya que aquel hombre le enseñó mapas que había confeccionado con sus hipótesis, porque, según él, el autor de la Odisea no era Homero, sino la princesa griega Nausicaa, que además era siciliana y eran esas tierras cercanas y conocidas las que había incluido en su obra. Ahora esa hipótesis que otros estudiosos actuales han formulado y muchos más han rechazado hace tiempo nos podría parecer artificiosa, pero a Héléne le fascinó. Y se dedicó desde entonces a estudiar los lugares por donde habría viajado, según aquel hombre extraño. Cuando este falleció, le dejó a Héléne su legado. Y, poco a poco, ella fue encajando las piezas.

Incluso cuando se casó con Albert y tuvo a su único hijo —el doctor le previno sobre su mala disposición a volver a engendrar—, esa fue la principal razón por la que Héléne logró sobrevivir ante las vicisitudes con las que se encontró. Y lo que ella investigó y las hipótesis que planteó no debían de ser una locura, pues las reacciones que provocaron se han contado en esta historia, e influyeron en gran medida en ella y en todos los que la conocieron.

Cuando salgan a la luz, que el mundo juzgue si tenía razón o no, lo cual es complicado, pero mientras se demuestra, la “cuestión homérica” seguirá suscitando fabulaciones maravillosas (por la fantasía) como esta. Para mí, la cuestión se ha dilucidado: Héléne triunfó.

Sin embargo, al releer ahora la novela, se me avivó la curiosidad: en primer lugar, por culpa de algunos de los documentos de Héléne, que, al principio, no llamaron mi atención, ya que no parecían ser importantes para la investigación que interesaba a Amélie y, por tanto, que me interesaba a mí. Eran notas de la propia Héléne en las que relataba cómo había encontrado nueva información muy valiosa y ella misma recalca que debía volver a ella más adelante pues estaba segura de que aportaría datos esenciales sobre “el otro tema que la preocupaba”, y así se refería a él sin más. En la segunda lectura de dichos papeles y ya sabiendo, o creyendo saber, lo que me interesaba de aquella dama, descubrí entonces que Héléne había llegado incluso a cartearse con otra erudita sobre el asunto que, como ella, “necesitaba saber más”. En esta ocasión, quien les interesaba a ambas era una mujer de la que yo no había oído hablar hasta entonces, Christine de Pizane y de su libro “La Ciudad de las mujeres”. Pero en este nuevo hallazgo aún no he llegado a profundizar, aunque bien podría, claro que sí, ser el tema de mi siguiente novela. Ahora, puedo seguir escribiendo sin tener que pedir más préstamos a mi banquero favorito.

En segundo lugar, al releer esta historia en la última corrección antes de publicarla, se me planteó otra gran duda. El padre de Amélie, Albert, admiraba a Leibniz. Yo reconozco que del gran filósofo apenas sabía nada, hasta que al leer los testimonios de Amélie se me avivó la curiosidad. Ahora diría que el verdugo Josep siempre fue el más listo de esta novela. Y el personaje más interesante.

La revolución francesa supuso un borrón y cuenta nueva en la Historia de Occidente, ya que se olvidó lo que éramos para partir de cero. Y eso sigue pasándonos factura todavía y lo hará durante mucho tiempo, porque, como decía Julián Marías:

«En cuanto se instaló en las mentes el espíritu revolucionario, destruyó la visión de la Historia incluso paradójicamente en los que hicieron avanzar esta disciplina. Voltaire, autor de uno de los libros que contribuyeron a ello, anuló su propia creación, no solo por fanatismo y falta de veracidad, sino por algo aún más profundo, un naturalismo que desconocía lo que la Historia tiene de innovación, de alumbramiento de realidades nuevas.

Un paso más fue la pasión por lo definitivo, desde la creencia en el progreso seguro y auténtico de Turgot, o Condorcet. La idea de evolución como desarrollo o despliegue de lo ya existente en forma larvada o implícita fue la trampa naturalista que consumó la negación de la condición siempre abierta, innovadora, casi creadora de la condición humana. En el fondo, se trata de reducir lo superior a lo inferior, en todos los órdenes, la negación de lo que se eleva sobre los niveles más bajos de realidad, es decir, de lo que es más real, para hacerlo ingresar violentamente en aquello que no es.

Personalmente me asombra la capacidad con que el hombre de nuestra época admite la destrucción o disipación de lo más real que conocemos: una persona humana, yo, tú. Cuando se atribuye la paternidad de estas actitudes a tal o cual fuerza o partido contemporáneo, se cae en un error. Ha habido diferentes equipos que, con varios pretextos, han ido tomando el relevo en la misma empresa: la degradación de lo real, lo que suelo llamar rencor contra la excelencia. Parece evidente que Leibniz vio brotar esta actitud hace muy cerca de tres siglos».

Y, ahora sí, querido lector, esta historia ha concluido. Solo me queda plantearte una pregunta, o varias: si entonces se hubiera descubierto que el

autor de la Odisea había sido una princesa siciliana, si se hubiera sabido en su momento que Voltaire había escrito esa versión de su *Diccionario filosófico* o si Leibniz hubiera publicado su refutación a Locke cincuenta años antes de lo que lo hizo, ¿se habría evitado la revolución? Seguramente, el Antiguo Régimen habría caído, aunque no de aquella manera; quizás se habría podido tener en cuenta lo que éramos para progresar desde ese punto de partida. Sin que muchos como Christophe disfrutaran haciendo rodar cabezas —en especial, cabezas pobres o femeninas—. ¿Viviríamos entonces en un mundo diferente? ¿Viviríamos en un mundo mejor? ¿Podemos olvidarnos de la Historia o, como decía Marías, olvidarnos de lo que somos y de lo que ya hicimos solo nos llevará a un futuro peor?

Las respuestas no las tengo.
Esta novela es solo un juego.

FIN

Nota de la autora (de la de verdad)

Efectivamente, como decía la autora de la novela en la novela, este libro es un juego, un juego en el que imaginé cómo podría haber acontecido la Historia si los filósofos que influyeron tanto en el pensamiento occidental — en este caso, Voltaire—, hubieran ido más allá apoyando mucho antes de la Revolución francesa una filosofía diferente, y hubiesen considerado que la mujer tenía derechos y que era igual que el hombre, llevándola después a la categoría de ciudadana en toda su amplitud. Jugué así con la hipótesis de que la idea de Leibniz sobre el amor tierno pudiera calar en la sociedad, una idea que no es mía, sino del gran filósofo y catedrático Julián Marías.

Olympe de Gouges fue asesinada y su asesinato también se debió a su *Declaración de derechos de la mujer*, su famoso libro en el que, por primera vez, alguien gritaba alto y claro que las mujeres somos iguales en derechos que los hombres. Sin embargo, no perteneció a ninguna secta de lesbianas, ni a ninguna sociedad secreta para estudiar la Antigüedad. Tampoco consta que el caballero de la Barre fuera quemado porque poseyera una copia del *Diccionario Filosófico* de Voltaire en la que el filósofo afirmara, antes de la revolución francesa, que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre; esa versión de su diccionario no existió, pero jugar con esa posibilidad me abría muchas hipótesis. ¿Qué habrían hecho el resto de hombres si sus filósofos más importantes y destacados hubieran luchado decididamente por la igualdad de los dos sexos ya en aquel momento de cambios radicales? ¿En qué mundo viviríamos ahora? ¿Estaríamos doscientos años más avanzados? ¿Hemos perdido todo ese valiosísimo tiempo de progreso de la Humanidad? Como se pregunta Amélie: ¿en qué mundo viviríamos en esta parte del planeta si Voltaire, Rousseau y otros, como sí hizo la valiente Olympe de Gouges, hubieran defendido en una época de revolución en las ideas y el pensamiento occidentales que las mujeres debemos tener los mismos derechos que los hombres?

Tuvieron que pasar siglos para que ellas y ellos llegaran a atribuirnos esta igualdad jurídica, al menos en la teoría, y esto lastra a todas las sociedades, incluidas las occidentales.

Pero esta novela, en efecto, solo es un juego, una invención que

pretende tener mucho de Microhistoria, de Historia Cultural: juego a imaginar qué podría haber sucedido si el feminismo se hubiera defendido muchos años antes, por parte de esos ilustrados; que, tras las palabras "Libertad, igualdad y fraternidad", se hubiera gritado «de hombres y mujeres» y de qué modo los hombres reaccionaron, imaginándome una reacción ficticia. Brutal.

Y voy más allá: ¿qué habría sucedido si desde aquel momento tan importante para el cambio del Antiguo al Nuevo Régimen se hubiera conocido también que los cimientos de la Europa que en ese momento se estaban colocando en la Antigüedad clásica se cimbrearan al descubrirse que había sido una mujer y no un hombre el creador de la base de la Literatura Occidental? Me divertía este juego de espejos en el que el pasado y el presente se interrelacionaban.

La hipótesis de que Homero fuera una mujer no es más que eso, una hipótesis, y muchos la han desarrollado o usado para la ficción, pero nadie la ha demostrado e incluso se considera ya refutada. Si al lector le interesa el tema de la cuestión homérica, este artículo es muy ilustrativo como comienzo: <http://www.elcultural.com/revista/letras/Que-fue-de-Homero/32998>.

Además, todo lo que tiene que ver con el supuesto libro de Voltaire y su versión es una invención de la autora (de la novela en la novela), así como el asesinato de las mujeres de la secta de las Anandrinas. Este grupo de mujeres lesbianas existió, fue creado en 1770 por Thérèse de Fleury, pero por fortuna no las asesinaron. Lo que sí sucedió es que la mayor parte de las mujeres que tuvieron un pensamiento "feminista" (usado el término con reservas, puesto que no se habla de tal hasta mucho tiempo después) perdieron la cabeza en la "luisita", como la llama Amélie. Y como también argumenta la supuesta autora de la novela, más de trescientas damas de clase alta fueron guillotinas con la excusa del terror y, de ellas, la mayoría eran ilustradas, lo que no ocurrió con los hombres, pues la mayor parte de los ajusticiados por el invento de Louis Guillotine eran muy pobres y apenas sabían leer. Olympe de Gouges es un icono, ya que su *Declaración de derechos de la mujer* fue tan avanzada para la época en la que la enunció que sorprende por su actualidad, a veces, tristemente.

Por otro lado, tengo que decir sobre los argumentos que Hélène usa para intentar demostrar que la Odisea fue escrita por una mujer, que me he apropiado de los que con gran sagacidad argumentó el escritor, filósofo y filólogo inglés Samuel Butler en 1897 en su obra *The authoress of the*

Odissey, where and when she wrote, who she was, the use she made. El autor, ya entonces, defendía que no fue un hombre quien escribió en su totalidad el poema, sino que le ayudó una mujer, la princesa Nausicaa, desde algún lugar de la costa siciliana.

La cuestión homérica genera un intensísimo debate en la comunidad académica, lo he usado en esta obra formando parte del mismo juego de imaginar que algo así podría haber suscitado tanto interés en los años previos a la revolución francesa, cuando las ideas se revolucionaron. Disculpe el lector la licencia, que como tal debe tomarse, por cuanto no existen pruebas de que la teoría de Butler, defendida también por eruditos más actuales como Robert Graves que escribió al respecto la magnífica novela *La hija de Homero*, sea cierta. Aunque tampoco existen de que no lo sea.

Pero esta novela, en efecto, es solo un juego.